OLIVIA DARCY

OPERACIÓN COWBOY



esencia

Índice

Portada

Portadilla

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Banda sonora

Créditos

Operación Cowboy

Olivia Darcy



Esencia/Planeta

Prólogo

Harper

ÚLTIMA SEMANA DE MAYO

—Harper, estás despedida.

Las palabras de Victoria flotan en el aire climatizado de su despacho como balas a cámara lenta. Una, dos, tres... directas a mi frente.

—¿Perdona?, ¿en la calle? —logro preguntar mientras mi cerebro intenta procesar que acabo de unirme oficialmente al club de los parados.

Victoria Davis, directora ejecutiva de Elite Sports Marketing y mi jefa durante los últimos dos años, me mira por encima de sus gafas de diseño como quien observa un insecto de lo más decepcionante.

—Técnicamente, todavía no —aclara, tamborileando con sus uñas perfectas sobre mi informe trimestral—. Tienes un plazo de dos semanas para encontrar a Nate Sullivan y convencerlo para que vuelva al circuito. Si no lo consigues, entonces, sí, estarás despedida.

Mi estómago da un vuelco tan violento que casi puedo oírlo gritar. Mierda. Mierda. MIERDA.

—Victoria, con todo el respeto, nadie sabe dónde está. —Mi voz suena estrangulada, como si alguien me estuviera apretando la garganta—. Los paparazi llevan meses buscándolo; la prensa deportiva también. Incluso sus patrocinadores han contratado a investigadores privados para localizarlo.

—Y todos han fracasado. —Jason Parker, mi némesis corporativo y aspirante número uno a quedarse con el ascenso al que ambos optamos, interviene desde el sofá de cuero donde está repantigado como si la oficina de Victoria fuera su sala de estar—. Lo que demuestra que necesitamos un enfoque... diferente.

Le lanzo una mirada que podría congelar el infierno. Jason lleva dos años procurando sabotear mi carrera con la sutileza de un rinoceronte en una tienda de porcelana.

Digamos que no nos llevamos muy bien.

—Nadie te ha preguntado, Jason —escupo, y luego me giro hacia mi jefa—. ¿Por qué yo? Sullivan desapareció hace seis meses. ¿Por qué ahora, de repente, es mi responsabilidad?

Ella suspira como solo puede suspirar alguien que cobra una cifra de seis cifras al año.

—Porque eras su gestora de imagen, Harper. Porque, cuando decidió esfumarse como un maldito fantasma, se llevó con él tres contratos de patrocinio que representaban el veinte por ciento de nuestros ingresos anuales.

—Y porque tú deberías haber advertido las señales de que iba a desaparecer —añade Jason con una sonrisa que me dan ganas de borrarle de un puñetazo—. Después de todo, ¿no deberías conocerlo mejor que nadie?

Siento cómo la sangre me hierve en las venas mientras aprieto los puños bajo la mesa. Lo peor es que tiene razón, el muy idiota. Yo debería haberlo visto venir.

—Tienes dos semanas, Harper —repite Victoria, cerrando la carpeta con mi nombre—. O te buscas otro trabajo.

Salgo de su despacho con las piernas temblorosas y un zumbido en los oídos que suena sospechosamente como la banda sonora de mi vida desmoronándose. En el ascensor, Jason se coloca a mi lado con esa sonrisa de depredador que debe de practicar cada mañana frente al espejo.

—No te lo tomes como algo personal —dice, ajustándose la corbata de seda—. Es solo trabajo. Cuando fracases, yo asumiré tus cuentas y todos contentos.

—¿Sabes qué, Jason? —Sonrío de forma tan dulce que casi me duelen las mejillas—. Si me hundo, te arrastraré conmigo al fondo. Y, créeme, sé nadar mejor que tú.

La puerta del ascensor se abre y salgo disparada antes de que pueda responder. Mis tacones resuenan contra el mármol del vestíbulo como pequeños martillos que clavan el ataúd de mi carrera.

En la recepción, agarro una revista de la mesa. «¿Dónde está el Rey del Rodeo?», pregunta el titular sobre una foto en la que aparece Nate Sullivan dominando un toro como si fuera un juguete. Dios, odio esa foto. Odio cómo sus músculos se tensan bajo la camisa vaquera, cómo su mandíbula cuadrada se aprieta por la concentración, cómo sus ojos verdes brillan con esa intensidad salvaje que hace que sus fans pierdan la cabeza.

Y, ahora mismo, lo odio a él. Con toda mi alma.

En la calle, el viento de mayo me golpea la cara mientras saco mi teléfono y marco su número por enésima vez.

—El número que ha marcado está apagado o fuera de cobertura...

Por supuesto que sí. Nate Sullivan tiene la capacidad tecnológica de un anciano de noventa años. «Los móviles son para la gente que no tiene nada mejor que hacer», me soltó una vez mientras firmaba autógrafos con una mano y sujetaba las riendas de un caballo con la otra.

Pues, en la actualidad, yo no tengo nada mejor que hacer que encontrarte, cabezón.

Con un suspiro que podría impulsar un velero, llamo a la única fuente que podría tener alguna pista sobre su paradero: sus padres.

No he querido hacerlo antes, pero ahora mismo estoy desesperada. En estos momentos mi empleo está en juego.

—¿Harper? —La voz cálida de Martha Sullivan me provoca una punzada de culpabilidad—. ¡Qué alegría oírte, cielo!

—Hola, Martha. —Trago el nudo en mi garganta—. Perdona que te moleste, pero... ¿has tenido noticias de tu hijo últimamente?

El silencio al otro lado me dice todo lo que necesito saber antes de que ella responda.

—Solo que está bien —contesta al fin—. Nos llamó hace unas semanas, pero ya lo conoces... No es lo que se dice un libro abierto.

—¿Mencionó dónde está? ¿O por qué decidió desaparecer como si estuviera en un programa de protección de testigos?

Martha suelta una risita triste.

—No, cariño. Solo dijo que necesitaba tiempo y espacio. Que no nos preocupásemos.

—¿Y funcionó? Lo de no preocuparse, digo.

—¿Tú qué crees? —Suspira—. Si lo encuentras, Harper, dile que su padre está destrozado, aunque jamás lo admitirá. Y que yo..., bueno, que entiendo que necesite su espacio, pero que hay otras formas menos tajantes de demostrarlo.

Cuando cuelgo, la rabia me recorre el cuerpo como una descarga eléctrica. Nate Sullivan es un egoísta; un niño mimado con el cuerpo de un dios griego y la sensibilidad emocional de una piedra.

Y sin embargo...

Hay una pequeña parte de mí, una que intento silenciar a diario, que se pregunta si de verdad está bien. Nate podrá ser muchas cosas —testarudo, gruñón, exasperante hasta límites insospechados —, pero nunca ha sido irresponsable. No con su familia. No con las personas que le importan.

¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si todo esto no es un capricho de estrella consentida, sino algo más grave?

Sacudo la cabeza para deshacerme de esos pensamientos. No puedo permitirme el lujo de preocuparme por él. No cuando mi carrera, mi apartamento y mi dignidad penden de un hilo por su culpa.

Abro iMessage y empiezo a teclear como una posesa.

> Sullivan, sé que probablemente ni siquiera leerás esto porque tu relación con la tecnología es como la mía con el ahorro: inexistente. PERO: tu madre está fingiendo que está bien cuando claramente no lo está; tu padre está destrozado, y yo acabo de recibir un ultimátum... O te encuentro en dos semanas, o me despiden. Así que,

si alguna vez enciendes este maldito teléfono,
LLÁMAME.

Enviar.

Por cierto, acabo de recibir la notificación de que
mi casero me sube el alquiler un treinta por
ciento. No es responsabilidad tuya, pero, dado que
voy a perder
mi trabajo por tu culpa, ahora
también me quedaré sin casa.
Gracias por nada, vaquero.

Enviar.

Una señora con un carrito de la compra me mira como si estuviera loca mientras sigo plantada en medio de la acera, escribiendo como una desquiciada. No me importa. Estoy en modo supervivencia.

Eres un maldito egoísta, Nate Sullivan.
Y voy a encontrarte aunque tenga
que registrar cada rancho
de este país personalmente.

Enviar.

Paso frente a una licorería y, en un impulso nacido de la pura desesperación, entro como una flecha.

—Una botella de vino tinto, por favor —le digo al dependiente, un chico con barba que me mira con curiosidad—. Algo que esté en ese dulce punto entre «no sabe a desinfectante» y «no me dejará comiendo arroz blanco hasta fin de mes».

—¿Estás teniendo un día difícil? —pregunta mientras rebusca entre las botellas.

—Imagina que te dan dos semanas para encontrar a un vaquero que ha decidido jugar a ser el hombre invisible y, si no lo logras, te quedas sin trabajo —respondo, sacando mi tarjeta y rezando para que no sea rechazada—. Y el vaquero en cuestión tiene la capacidad comunicativa de una almeja con laringitis.

El chico se ríe y me recomienda un Ribera que, según él, «engaña al paladar haciéndole creer que te has gastado el doble de dinero».

Mi tipo de vino.

Mientras pago, mi teléfono vibra. Durante un segundo delirante, pienso que tal vez Nate ha resucitado digitalmente.

Pero no. Es mi casero, recordándome con amabilidad que, si no puedo pagar el nuevo alquiler, tengo hasta fin de mes para «explorar alternativas residenciales». Como si vivir bajo un puente fuera una opción que estoy considerando de manera activa.

Salgo a la calle, botella en mano como un trofeo al fracaso, y, antes de guardar el teléfono, escribo un último mensaje.

> Voy a encontrarte, Nate Sullivan. Y, cuando lo haga, vas a volver al ruedo, aunque sea a rastras. No porque me importe tu carrera, sino porque necesito mi trabajo. Y porque tus padres merecen saber qué demonios
> te pasa. Esta es, oficialmente, la operación Cowboy. Y tú, vaquero del demonio, no tienes ni idea de lo testaruda que puedo llegar a ser cuando mi supervivencia
> está en juego.

Pulso «enviar» y guardo el móvil, sintiendo una extraña mezcla de determinación y pánico absoluto. Tengo exactamente catorce días para encontrar a un hombre que ha conseguido eludir a toda la prensa deportiva del país durante seis meses.

Que empiece la caza.

Y que Dios me ayude.

Capítulo 1

Harper

DOS AÑOS ANTES

No hay nada como el olor a estiércol fresco inundando tus fosas nasales para hacer que te replantees todas tus decisiones de vida.

Es mi primer día como gestora de imagen de Nate Sullivan, tres veces campeón mundial de rodeo y, según todas las revistas deportivas, «el vaquero más sexy del circuito». Debería estar extasiada. En cambio, estoy intentando no manchar mis tacones nuevos mientras sigo a Mike Thompson, coordinador de relaciones públicas de la Asociación Profesional de Rodeo, a través de lo que parece un laberinto de establos.

—La mayoría de los jinetes entrenan aquí antes de las competiciones —me explica Mike, esquivando con naturalidad un montón de algo que prefiero no identificar—. Sullivan suele llegar temprano. Es un perfeccionista.

Asiento como si supiera exactamente de qué habla mientras repaso para mis adentros todo lo que he memorizado sobre rodeos en las últimas cuarenta y ocho horas..., lo cual, seamos sinceros, no es mucho. Hasta hace tres días, mi conocimiento sobre este deporte se limitaba a «hombres montando toros» y «sombreros muy grandes».

—¿Estás bien? —Mike me mira con preocupación—. Pareces un poco... tensa.

—Estoy de maravilla —miento con una sonrisa—. Solo estoy procesando toda la información.

La verdad es que estoy aterrorizada. Conseguir este trabajo ha sido un milagro. Cuando Elite Sports Marketing me contrató hace un mes, esperaba gestionar la cuenta de algún tenista novato o, con suerte, de un jugador de segunda categoría del fútbol profesional. En cambio, me asignaron a la estrella más brillante de su catálogo. «Porque tienes algo especial», dijo Victoria. Traducción: «Nadie más quería lidiar con el infame temperamento de Sullivan».

Doblamos una esquina y, de repente, ahí está. La arena de entrenamiento. Y, en medio de ella, montado sobre un toro mecánico que se sacude como si estuviera poseído, Nate Sullivan.

Santo. Cielo.

Las fotos no le hacen justicia. Es enorme. Casi dos metros de puro músculo en movimiento. Lleva unos vaqueros desgastados que parecen una segunda piel y una camiseta negra que se estira sobre su espalda con cada movimiento. Su rostro es una máscara de concentración absoluta mientras el simulador de monta intenta —en vano— descabalgarlo.

—Ocho segundos —murmura Mike a mi lado—. Eso es todo lo que necesitan aguantar en competición para puntuar. Sullivan tiene el récord de permanecer más de quince en los campeonatos nacionales.

El toro de entrenamiento da una sacudida particularmente violenta. Cualquier persona normal habría salido volando. Sullivan apenas parpadea.

—¿Y eso no duele? —pregunto con genuina curiosidad—. Parece que le estén licuando los órganos.

Mike suelta una carcajada.

—Por eso Sullivan es el mejor. Tiene el centro de gravedad más estable que he visto en toda mi carrera, y una tolerancia al dolor que asusta. Hace dos años compitió con tres costillas rotas y ganó.

La máquina al fin se detiene. Sullivan desmonta con una fluidez que debería ser imposible para alguien de su tamaño. Se quita el sombrero, revelando un pelo oscuro y algo húmedo, y se pasa la mano por él. Es entonces cuando lo noto: tiene los nudillos vendados. Y hay una cicatriz que le cruza la mandíbula, apenas visible bajo la barba incipiente.

—¿Siempre está tan... magullado? —pregunto, sin poder evitarlo.

—Es parte del trabajo. —Mike se encoge de hombros—. El rodeo no es para los débiles. Y Sullivan nunca se retira, ni siquiera cuando debería.

Me doy cuenta de que estoy mordisqueándome el labio inferior, un hábito nervioso que creía haber superado en la universidad. Lo suelto con rapidez y me pongo más recta.

—¿Y ahora qué? ¿Vamos a saludarlo?

Mike consulta su reloj.

—Dejémosle terminar su rutina. Odia las interrupciones. Mientras tanto, te explicaré un poco más sobre el circuito.

Durante los siguientes veinte minutos, Mike me bombardea con información sobre temporadas, puntuaciones, patrocinadores y eventos. Intento absorberlo todo mientras observo a Sullivan pasar del toro mecánico a una serie de ejercicios que parecen diseñados específicamente para torturar músculos que ni sabía que existían. Para cuando acaba, tengo la cabeza llena de términos como *bronc riding*, *tie-down roping* y *steer wrestling*, y la creciente sospecha de que me he metido en algo mucho más complicado de lo que esperaba.

—Vale, ahora sí —dice Mike de pronto—. Vamos a presentarte. Solo... no te lo tomes como algo personal si es un poco brusco. No es nada contra ti.

—¿Qué quieres decir?

Mike hace una mueca.

—Sullivan es... complicado con la prensa. Y con cualquiera relacionado con marketing, publicidad o redes sociales.

—Genial —murmuro—. Básicamente, todo mi trabajo.

—No te preocupes. —Me da una palmadita en el hombro que pretende ser tranquilizadora—. Solo necesita tiempo para adaptarse a las caras nuevas.

Mientras nos acercamos, veo a Sullivan hablando con un hombre mayor que parece ser su entrenador. Está bebiendo agua de una botella como si acabara de cruzar el Sahara a pie y la camiseta se le pega al cuerpo de una manera que debería ser ilegal en al menos cuarenta estados.

—¡Sullivan! —lo llama Mike—. Hay alguien a quien quiero que conozcas.

Sullivan vuelve la cabeza hacia nosotros y, por primera vez, puedo ver el color de sus ojos. Verde intenso. Como un bosque en plena tormenta. Y, en este momento, igual de acogedores.

Su mirada me recorre de pies a cabeza, deteniéndose un instante en mis tacones (de lo más inapropiados para este entorno) antes de volver a mi cara. Su expresión es imposible de leer.

—Sullivan, te presento a Harper Reeves —dice Mike—. Tu nueva gestora de imagen de Elite Sports Marketing. Reemplaza a Greg.

Le tiendo la mano, intentando proyectar una confianza que no siento.

—Encantada, Nate. Estoy deseando trabajar contigo.

Sullivan mira mi mano como si le hubiera ofrecido una serpiente venenosa. Después de un momento incómodamente largo, la estrecha con brevedad. Su palma es áspera, callosa, y tan grande que envuelve la mía por completo.

—No me llames Nate —es lo primero que pronuncia, y su voz es profunda, con un ligero acento sureño—. No me conoces lo suficiente.

Siento cómo mi sonrisa profesional empieza a tambalearse, pero me obligo a mantenerla.

—Por supuesto, Sullivan. Como prefieras.

—Y no necesito una nueva gestora de imagen —continúa, cruzándose de brazos—. No necesitaba a Greg y no te necesito a ti. Solo acepté porque está en mi contrato.

El entrenador, sin duda incómodo, murmura algo sobre revisar el equipo y se escabulle. Mike se balancea sobre sus talones, súbitamente fascinado por algo en la distancia.

Respiro hondo. Esto no va como esperaba, pero no voy a dejarme intimidar. No después de todo lo que he luchado para llegar hasta aquí.

—Entiendo tu reticencia —digo, manteniendo mi tono profesional —. Pero, tanto si te gusta como si no, soy parte de tu equipo ahora. Y mi trabajo es asegurarme de que tu imagen pública refleje al atleta excepcional que eres.

Sullivan suelta un bufido.

—Mi «imagen pública» es montarme en toros y no caerme. No necesito a una chica de ciudad diciéndome cómo sonreír para las cámaras.

Siento un repentino calor subirme por el cuello. ¿Chica de ciudad? ¿En serio?

—En realidad —replico, irguiéndome—, tu imagen pública es lo que te consigue esos contratos de patrocinio que pagan tus facturas. Y esos contratos exigen cierto nivel de compromiso con los medios y los fans.

Sus ojos se entrecierran peligrosamente.

—Yo me comprometo con el rodeo. El resto es ruido.

—Un ruido que te ha hecho millonario —señalo, y sé que estoy pisando terreno resbaladizo, pero no puedo evitarlo—. Mira, no soy tu enemiga. No soy la prensa que te acosa ni las fans que invaden tu privacidad. Soy la persona que filtra todo eso para que tú puedas concentrarte en lo que haces mejor. Así que puedes seguir tratándome como si fuera el enemigo, o puedes darme una oportunidad y descubrir que quizá, solo quizá, puedo hacerte la vida más fácil.

Durante unos segundos, el silencio entre nosotros es tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Sullivan me mira fijamente, como evaluándome, y juraría que algo cambia en sus ojos. Un destello de... ¿respeto?, ¿sorpresa?

Pero entonces su gesto se endurece de nuevo.

—Te daré justo lo que mi contrato exige. Ni una palabra más, ni una foto más, ni una sonrisa más —sentencia, dando un paso hacia mí. Es tan alto que tengo que echar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual—. Y cuando tu agencia se dé cuenta de que estás perdiendo el tiempo, tal vez me dejen en paz de una vez.

Abro la boca para responder, pero él ya se ha dado la vuelta y camina hacia los vestuarios con la gracia predatoria de alguien acostumbrado a dominar espacios.

Mike aparece a mi lado, con una expresión que oscila entre la disculpa y la admiración.

—Bueno..., ha ido mejor de lo que imaginaba.

Lo miro incrédula.

—¿Mejor? Prácticamente me ha dicho que me vaya a la mierda.

—Sí, pero te ha dicho más de diez palabras seguidas. —Mike sonríe—. Con Greg solía comunicarse a través de gruñidos. Y no le has dejado intimidarte. Eso cuenta mucho con Sullivan.

Resoplo, intentando ignorar la mezcla de frustración y desafío que burbujea en mi interior.

—Genial. Entonces tenemos una base sólida para una relación profesional fructífera.

Mike se ríe.

—Te doy un mes. Si para entonces no has renunciado o Sullivan no ha intentado que te despidan, te invito a una cerveza.

—Que sean dos —respondo, mirando hacia donde ha desaparecido mi nuevo cliente—. Algo me dice que las voy a necesitar.

Mientras sigo a Mike hacia la salida, no puedo evitar pensar que este trabajo va a ser el mayor desafío de mi carrera o el mayor error de mi vida. Posiblemente ambos.

Y lo peor de todo es que, a pesar de su actitud, hay algo en Nate Sullivan que me intriga. Algo más allá de los músculos y la cara bonita. Algo que me hace querer descubrir qué hay detrás de esos ojos verdes y esa actitud de «odio al mundo».

Pero, primero, tengo que sobrevivir a él.

Y por la forma en que me ha mirado, no va a ser tarea fácil.

Capítulo 2

Nate

Hay ciertos momentos en la vida que deberían venir con una maldita señal de advertencia. Como cuando un toro te mira fijamente antes de intentar matarte. O cuando una mujer en tacones imposibles entra en tu zona de entrenamiento y te desarma con una simple mirada.

El agua de la ducha cae sobre mi nuca, casi hirviendo, pero ni siquiera ese calor consigue borrar la imagen de Harper Reeves de mi cabeza. Joder. Se suponía que hoy solo iba a centrarme en los ajustes que me había recomendado Joe para la posición de mi mano izquierda; en la técnica de agarre que podría darme esos segundos extra sobre el lomo de un animal enloquecido.

Pero no. Mi cerebro ha decidido que es mucho más interesante reproducir en bucle cada detalle de esa mujer.

Cierro los ojos y ahí está ella otra vez. Su pelo castaño oscuro cayendo en ondas perfectas. Esos ojos color miel que me han mirado sin un ápice de miedo cuando le he soltado mi discurso de «lárgate». El modo en que se ha erguido, como si mi metro noventa y cinco no la intimidara en absoluto.

Y sus labios. Joder, sus labios mientras me decía que no era mi enemiga.

—¡Me cago en la puta! —gruño, girando abruptamente la manija del grifo hacia el agua fría.

El chorro helado me golpea como un puñetazo, justo lo que necesito. Porque, no, no voy a pensar en Harper Reeves de esa manera. No voy a rememorar cómo su traje de ejecutiva se ajustaba

a la perfección a curvas que ninguna gestora de imagen debería tener permitido poseer.

Salgo de la ducha tiritando y cabreado conmigo mismo. Esto es justo lo que no necesito. Ya tengo bastante con los periodistas acosándome, los fans invadiendo mi privacidad y los patrocinadores exigiendo que sonría como un jodido muñeco. Lo último que me hace falta es distraerme con una mujer que, por muy atractiva que sea, está aquí para convertirme en un producto más comercializable.

Me seco con movimientos bruscos, como si pudiera arrancarme la piel y con ella esta irritante atracción. El espejo me devuelve la imagen de un hombre que parece estar librando una guerra consigo mismo. Fantástico.

—Es solo una tía —suelto en voz alta, como si decirlo pudiera hacerlo cierto—. Una tía que trabaja para la gente que intenta exprimir hasta la última gota de mi vida privada.

Porque eso es lo que hacen. Lo he visto una y otra vez. Te siguen a todas partes, convierten cada momento en un espectáculo, cada error en un titular. «El Rey del Rodeo sale con una rubia misteriosa». «Sullivan se niega a hablar de su infancia». «Fuentes cercanas revelan que el campeón tiene problemas de control de la ira».

Todo mentira. Todo distorsionado para vender más revistas, conseguir más clics, atraer más miradas.

Y Harper Reeves forma parte de esa maquinaria. Por muy sinceros que parecieran sus ojos cuando me ha dicho que quería «filtrar todo eso» para que yo pudiera concentrarme en lo mío, sigue siendo una pieza más del engranaje que me está exprimiendo.

Me visto con movimientos rápidos y precisos, como si estuviera preparándome para una competición. Vaqueros, camiseta, botas. Mi uniforme para enfrentarme al mundo.

Cuando salgo del vestuario, Joe me está esperando, apoyado contra la pared con esa expresión que pone cuando está a punto de soltar alguna verdad incómoda.

—¿Qué? —le espeto, colgándome la bolsa al hombro.

—Nada —responde, levantando las manos en señal de rendición—. Solo me preguntaba si vas a comerte viva a la nueva chica de marketing o si vas a darle una oportunidad.

—No voy a darle una mierda —mascullo—. Ya sabes cómo funciona esto. Vendrá con grandes ideas sobre cómo «mejorar mi imagen», me sacará fotos sonriendo como un gilipollas y luego se largará cuando se dé cuenta de que no soy el muñeco que esperaba.

Joe suelta una risa que me cabrea aún más.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú —contesta, sin inmutarse por mi tono—. La forma en que la mirabas, como si no supieras si querías echarla a patadas o...

—Ni se te ocurra terminar esa frase —le advierto, sintiendo cómo el calor me sube por el cuello—. No la estaba mirando de ninguna manera.

—Claro que no. —Asiente irónico, con una sonrisa que me dan ganas de borrarle de un tortazo—. Y yo no tengo sesenta años y tres divorcios a mis espaldas.

Paso junto a él sin responder, empujando la puerta con más fuerza de la necesaria. El aire fresco de la tarde me impacta en la cara, pero no consigue enfriar mi irritación. Porque Joe tiene razón, maldita sea. Sí que la estaba mirando. Y no solo porque fuera una intrusa en mi espacio.

La imagen de Harper vuelve a asaltarme. El modo en que sus ojos se han encendido cuando la he llamado «chica de ciudad». Cómo se ha mantenido firme, plantándome cara en lugar de retirarse. La curva de su cuello cuando ha levantado la barbilla, desafiante.

—Joder —murmuro para mí mismo mientras cruzo el aparcamiento —. Céntrate, Sullivan.

Mi camioneta me espera, sólida y fiable, tan diferente de las personas que van y vienen de mi vida. Subo de un salto y cierro la puerta con un golpe seco, como si pudiera dejar fuera todos estos pensamientos incómodos.

Pero la voz de Harper sigue resonando en mi cabeza mientras arranco el motor.

«Tu imagen pública es lo que te consigue esos contratos de patrocinio que pagan tus facturas».

Aprieto el volante hasta que los nudillos se me ponen blancos. Lo peor es que tiene razón, y ambos lo sabemos. Necesito esos contratos. Necesito el dinero que generan. Porque el rodeo, por

mucha gloria que traiga, también trae facturas médicas, temporadas perdidas por lesiones y un futuro incierto.

Pero eso no significa que tenga que gustarme el juego. Y, desde luego, no significa que tenga que gustarme la jugadora, por muy bien que le quede ese traje azul o por muy valiente que sea al enfrentarse a mí.

Salgo del aparcamiento con un chirrido de neumáticos, como si pudiera dejar atrás esta extraña inquietud. Pero, mientras conduzco hacia mi apartamento, una certeza se va formando en mi interior, clara y aterradora:

Harper Reeves va a ser un problema.

Y no solo porque represente todo lo que odio de esta industria.

Sino porque, muy a mi pesar, no puedo dejar de pensar en ella.

Capítulo 3

Harper

Si alguien me hubiera dicho hace un mes que pasaría mis sábados por la noche respondiendo a los mensajes de fans sobre el tamaño de los bíceps de Nate Sullivan, me habría reído en su cara.

Y, sin embargo, aquí estoy.

> @NateSullivanFan45: ¿Es verdad que Nate puede levantar un ternero con una sola mano? 😍

Suspiro y tecleo una respuesta diplomática.

> @OfficialNateSullivan: ¡Nate aprecia tu admiración! Aunque no levanta terneros como rutina de entrenamiento, su programa de preparación física es bastante intenso. ¡Gracias por tu apoyo! 💪

Lo que no añado es que he visto a Sullivan levantar un fardo de heno de doscientas libras como si fuera una bolsa de patatas fritas, así que el ternero probablemente no sería un problema.

Llevo seis semanas como gestora de imagen oficial del Rey del Rodeo, como lo apodan, y puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que la universidad no me preparó para esto. Nadie me advirtió que gestionar la imagen de un deportista de élite sería como intentar domesticar un gato salvaje: imposible, peligroso y con altas probabilidades de acabar arañada.

Mi lista de «situaciones que Nate Sullivan ha convertido en pesadillas de relaciones públicas» crece cada día.

Y eso solo en el primer mes y medio.

Mi teléfono vibra. Es Victoria, mi jefa, enviándome el recordatorio número cincuenta sobre la entrevista de mañana con *Rodeo Monthly*.

> Asegúrate de que Sullivan esté PREPARADO. Sin
> sorpresas. Sin gruñidos. Sin salidas intempestivas.
> Es un perfil importante
> y necesitamos esas fotos para el patrocinador.

Respondo con un pulgar hacia arriba que transmite una confianza que estoy lejos de sentir. La verdad es que no puedo asegurar nada cuando se trata de Nate. Ese hombre es tan predecible como un tornado.

Me froto los ojos, cansada, y decido que necesito un respiro. Después de seis semanas siguiendo la carrera de Nate, me quiero morir.

Estoy a punto de cerrar el portátil cuando veo una notificación: alguien ha comentado algo en la última publicación de Instagram de Nate. Por norma general eso no sería motivo de alarma —los fans comentan cosas constantemente—, pero este comentario es diferente:

> Sullivan es un fraude. Solo gana porque los jueces están comprados. Cualquiera podría hacer lo que él hace.

Suspiro. Los trols son parte del juego, y por eso o bien los ignoro, o bien los bloqueo sin decir ni mu. Pero, antes de que pueda hacer nada, veo algo que me hace contener la respiración: una respuesta desde la cuenta oficial de Nate.

> @OfficialNateSullivan: Ven a decírmelo a la cara en el próximo rodeo. Te invito a intentarlo. El toro estará encantado de conocerte.

¿Qué demonios...?

Me quedo mirando la pantalla, parpadeando como si eso pudiera hacer desaparecer el comentario. Pero, no, ahí sigue. Y está acumulando *likes* a una velocidad alarmante.

Yo no he escrito eso. Yo NUNCA escribiría algo así.

Lo que significa que...

—¡Sullivan! —grito, levantándome de un salto.

Mi habitación de hotel está justo al lado de la suya, una disposición por la que él protestó enérgicamente, pero que yo insistí en que era necesaria «por razones logísticas». (La verdadera razón: evitar que desaparezca antes de la entrevista de mañana, algo que ha intentado hacer al menos siete veces en otras ocasiones).

Aporreo su puerta con más fuerza de la necesaria.

—¡Sé que estás ahí dentro! ¡Abre ahora mismo!

Silencio. Vuelvo a golpear.

—¡Sullivan, si no abres esta puerta en tres segundos, llamaré a Victoria y le diré que estás incumpliendo tu contrato!

La puerta se abre de forma tan repentina que casi me caigo hacia delante. Y ahí está él, metro noventa y cinco de puro músculo y mal humor, vestido con unos vaqueros y una camiseta blanca que ha visto días mejores. Está despeinado, como si hubiera estado pasándose las manos por el pelo una y otra vez, y su expresión es una mezcla de irritación y algo que se parece sospechosamente a la culpabilidad.

—¿Qué? —gruñe, pero sin la habitual hostilidad. Casi diría que... resignado.

Le enseño mi teléfono con el comentario.

—¿Te importaría explicarme esto?

Sullivan mira la pantalla y luego a mí, y hace algo del todo inesperado: se encoge de hombros.

—Se lo merecía.

—¿Se lo merecía? —repito, incrédula—. ¿Te das cuenta de que acabas de amenazar a un fan a la vista de todo el mundo?

—No es un fan —señala, cruzándose de brazos—. Es un trol.

—¡Eso da igual! —exclamo, entrando en su habitación sin esperar invitación—. No puedes usar tu cuenta oficial para atacar a la gente, sea quien sea. Para eso estoy yo, ¿recuerdas? Para gestionar tu imagen pública mientras tú te concentras en no romperte el cuello sobre animales enfurecidos.

Sullivan cierra la puerta y se apoya contra ella, observándome con una expresión que no soy capaz de descifrar.

—¿Has terminado?

—No, no he terminado —respondo, pasándome una mano por el pelo con frustración—. ¿Cómo has accedido a la cuenta? Cambié la contraseña hace dos semanas precisamente para evitar esto.

Un asomo de sonrisa cruza su rostro.

—La tenías anotada en un pósit en tu agenda.

—¿Has estado hurgando en mis cosas? —pregunto, sintiendo cómo el calor sube a mis mejillas.

—No. La dejaste abierta en la mesa durante la cena de ayer.

Maldita sea. Tiene razón. Estaba tan ocupada asegurándome de que Sullivan no espantara al representante de Boot Barn que olvidé guardar mi agenda.

—Eso no te da derecho a...

—Es *mi* cuenta —me interrumpe. Su voz se ha vuelto seria de pronto—. Mi nombre. Mi imagen.

—Que yo gestiono —le recuerdo—. Porque tú, por lo que parece, no puedes resistirte a iniciar guerras virtuales con cualquiera que cuestione tu hombría.

Sus ojos verdes se entrecierran peligrosamente.

—No se trata de mi hombría.

—¿No? Entonces, ¿de qué se trata?

Sullivan se pasa una mano por el pelo, desordenándolo aún más. Es un gesto que he llegado a reconocer como señal de que está incómodo.

—Ese tipo lleva semanas comentando mierda. No solo sobre mí, sino sobre otros competidores. Chicos jóvenes que están empezando y que no necesitan esa negatividad.

Me quedo por un instante sin palabras. Eso no es lo que esperaba.

—Aun así —digo al fin, suavizando mi tono—, hay formas de manejar estas situaciones. Formas que no implican que el dos veces campeón mundial de rodeo se rebaje al nivel de un trol de internet.

Sullivan me mira fijamente durante un largo momento.

—Me da igual. Ese tipo se metió con novatos que acaban de empezar. Se merecía lo que le he dicho y más. Te aseguro que he sido muy comedido teniendo en cuenta lo que en realidad le quería soltar.

Respiro hondo, contando en silencio hasta diez. Es como hablar con una pared. Una pared muy alta, muy testaruda y muy musculosa.

—Mira, entiendo que quieras defender a tus compañeros. Es... noble. Pero hay formas profesionales de hacerlo que no implican que el dos veces campeón mundial de rodeo amenace a alguien con ser corneado por un toro.

—¿Y esas formas incluyen respuestas corporativas insulsas escritas por gente como tú? —replica, cruzando los brazos—. No, gracias.

Me lo esperaba, pero, aun así, su respuesta es un golpe.

Me siento en el borde de la cama; de repente estoy agotada. Seis semanas de tensión constante, de anticipar desastres y de correr detrás de este hombre imposible me están pasando factura.

—Dame tu teléfono —digo, extendiendo mi mano.

—¿Qué? —Su expresión cambia a una de incredulidad.

—Tu teléfono. Ahora mismo. Resulta evidente que no se puede confiar en que no lo uses para sabotear todo mi trabajo.

Sullivan sigue con los brazos cruzados sobre su pecho, una postura que, en cualquier otra persona, interpretaría como defensiva. En él, con su tamaño, parece más bien intimidante.

—Ni lo sueñes, Reeves.

—Sullivan... —replico con mi mejor tono de advertencia.

—No voy a darte mi teléfono, Harper —sentencia, y el uso de mi nombre de pila me sorprende tanto que casi pierdo el hilo de la conversación—. Pero borraré el comentario.

Es un compromiso. Viniendo de él, es algo así como una rendición incondicional.

—Y no volverás a responder a trols —añado, aprovechando el momento de debilidad.

Él me sostiene la mirada durante un instante que parece estirarse hasta el infinito. Sus ojos verdes son imposibles de leer.

—No desde la cuenta oficial —concede al fin.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Significa que tal vez necesite mi propia cuenta personal —dice, y hay un brillo en sus ojos que no había visto antes—. Para expresar opiniones que no comprometan mi «imagen pública».

La idea de Nate Sullivan con una cuenta personal en redes sociales es tan absurda que casi me río. Este es el hombre que una vez me dijo que «los teléfonos inteligentes son para gente que no sabe cómo vivir en el mundo real».

—¿Tú? ¿Con una cuenta personal? —No puedo evitar el escepticismo en mi voz—. Creía que odiabas las redes sociales.

—Las odio —confirma—. Pero odio más no poder defenderme o defender a mis compañeros.

Hay algo en su tono que me hace querer entenderlo, pero me recuerdo a mí misma que no estoy aquí para analizar a Nate Sullivan. Estoy aquí para hacer mi trabajo, y él está dificultándolo con cada segundo que pasa.

—Mira, me da igual si ese tipo es el trol más despreciable del planeta. No puedes usar tu cuenta oficial para amenazar a nadie. Punto. Si tanto te importa defender a tus compañeros, hay formas de hacerlo que no implican arruinar tu reputación y, de paso, mi carrera.

Sullivan me mira con esa intensidad que parece reservada para los momentos en que está realmente irritado.

—¿Has terminado con el sermón?

—No —replico, cruzándome de brazos—. Borra ese comentario. Ahora.

—¿O qué? —me desafía.

—O llamaré a Victoria y le diré que estás incumpliendo de forma deliberada las cláusulas de comportamiento de tu contrato. ¿Quieres arriesgar tus patrocinios por un comentario en Instagram?

Nos miramos fijamente durante lo que parece una eternidad. Al final, con un gruñido de frustración, saca su teléfono y borra el comentario, pero lo hace de una manera tan agresiva que me sorprende que no rompa la pantalla.

—¿Contenta? —pregunta con sarcasmo.

—Extasiada —respondo del mismo modo—. Y para que no vuelva a ocurrir, quiero que me prometas que no usarás esa cuenta sin mi supervisión.

Sullivan suelta una risa seca.

—No hago promesas que no puedo cumplir, Reeves.

—Pues tendrás que aprender —contesto al tiempo que me levanto —. Porque, si vuelves a hacer algo así, te juro que bloquearé tu teléfono con un control parental. Y recuerda que mañana tienes la entrevista con *Rodeo Monthly*. Necesito que estés...

—Presente, puntual y no completamente hostil —termina por mí, con un tono que casi podría pasar por divertido—. Lo sé. Me lo has recordado solo unas quince veces hoy.

—Y lo seguiré haciendo hasta que dejes de desaparecer como por arte de magia cinco minutos antes de cada entrevista —replico.

Mientras me dirijo a la puerta, noto que está mirando su móvil de nuevo. Me detengo y me giro.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada que comprometa tu precioso trabajo —contesta sin levantar la vista.

Me acerco de nuevo y veo que está respondiendo a un mensaje de Instagram. De alguien llamado @WyattMitchellRanch.

> Deja de mandarme fotos de caballos por aquí. Para eso existen las aplicaciones de mensajería. O, mejor aún, no me mandes nada y llámame por teléfono, como hacía la gente normal antes de que todos se obsesionaran con compartir cada maldito segundo de sus vidas.

No puedo evitar sonreír. Es tan... él.

—¿Quién es Wyatt Mitchell? —indago con sincera curiosidad.

Sullivan bloquea el teléfono con rapidez, como si lo hubiera pillado viendo algo indebido.

—Nadie importante.

Lo que, por supuesto, significa justo lo contrario.

—¿Un amigo? —insisto.

—Algo así —responde vagamente—. ¿No tenías una cuenta que gestionar o algo?

Es evidente que quiere que me marche, pero, después de seis semanas, soy inmune a sus intentos de alejarme.

—Está bien, guárdate tus secretos, Sullivan —digo, dirigiéndome de nuevo a la puerta—. Pero recuerda: mañana, a las diez en punto de la mañana, en la entrada del hotel. Si no estás allí, iré a buscarte. Y, créeme, no quieres que eso suceda.

—¿Es una amenaza, Reeves? —pregunta, y hay algo en su voz, un tono divertido, que no le había oído antes.

Me giro para mirarlo una última vez.

—Es una promesa.

Y por un momento, solo un momento, juraría que veo algo parecido a una sonrisa auténtica en su rostro.

* * *

Por supuesto, a la mañana siguiente, Sullivan no está en la entrada a las diez en punto.

Ni a las diez y cinco.

Ni a las diez y cuarto.

A las diez y veinte, mientras el fotógrafo de *Rodeo Monthly* comienza a mirar su reloj con impaciencia, recibo un mensaje:

> Me ha surgido algo importante. No puedo hacer la entrevista. Reprográmala.

Sin una disculpa. Sin una explicación. Solo otra puerta cerrada en mi cara.

Y así es como, seis semanas después de conocer a Nate Sullivan, estoy completamente segura de dos cosas.

La primera, este trabajo va a matarme o a convertirme en la gestora de imagen más resiliente del planeta. Y la segunda, bajo toda esa fachada de vaquero gruñón e intratable, hay algo más profundo; algo que Nate Sullivan oculta a conciencia al mundo.

Y, por alguna razón que no puedo explicar, estoy cada vez más determinada a descubrir qué es.

Capítulo 4

Harper

—Y recuerden, Nate estará encantado de responder a todas sus preguntas. —Sonrío al grupo de periodistas reunidos en el vestíbulo del hotel, mintiendo con la facilidad que solo da la desesperación profesional—. Pero, por favor, mantengamos el tema centrado en la competición de mañana.

A mi lado, Sullivan parece tan «encantado» como un toro antes de su salida del cajón. Su mandíbula está tan tensa que temo que se rompa los dientes, y su postura grita «preferiría estar en cualquier otro lugar del planeta». Para ser más exactos, a unas diez mil millas de aquí.

Llevamos ocho meses trabajando juntos y nuestra relación profesional ha evolucionado hasta alcanzar un delicado equilibrio que yo llamaría «tolerancia mutua hostil». Él cumple con lo mínimo indispensable de sus obligaciones mediáticas, y yo hago malabares para convertir sus gruñidos monosilábicos en respuestas que parezcan amables. Es un baile agotador, pero estoy empezando a encontrar cierto ritmo en él.

Hoy, sin embargo, Sullivan está especialmente tenso. La última competición no fue bien —un toro salvaje en exceso lo desmontó antes de los ocho segundos, algo que es muy raro que le ocurra—, y sé que los periodistas están ansiosos por hurgar en esa herida.

—Sullivan, ¿cómo afectará tu caída del domingo a tu estrategia para mañana? —pregunta un periodista de *Western Sports Network*, yendo directo a la yugular.

Veo cómo los músculos del cuello de Nate se ponen rígidos, y me preparo para intervenir. Pero, por extraño que parezca, responde con una calma forzada:

—Cada toro es diferente. Cada día es diferente. Mañana es un nuevo rodeo.

Veintisiete sílabas. Un récord absoluto para él en una rueda de prensa. Casi me siento orgullosa.

Durante los siguientes veinte minutos, la sesión transcurre con una tensión controlada. Sullivan responde con frases cortas pero profesionales, y yo intervengo cuando las preguntas se desvían hacia territorio personal. Es nuestro sistema, imperfecto pero funcional.

Cuando por fin doy por terminado el encuentro con la prensa, casi puedo ver el alivio físico en los hombros de Sullivan.

—No ha sido tan terrible, ¿verdad? —le digo mientras caminamos hacia los ascensores, lejos de oídos indiscretos.

—Como una colonoscopia sin anestesia —contesta secamente.

—Qué dramático. —Pongo los ojos en blanco—. Apenas te han preguntado nada personal.

—¿Y el idiota que ha querido saber si mi «mal rendimiento» tenía que ver con rumores de problemas románticos?

—Por eso he intervenido antes de que pudieras decirle dónde meterse su micrófono —le recuerdo—. De nada, por cierto.

Sullivan suelta un bufido que, después de ocho meses, he aprendido a interpretar como su versión de un «gracias».

En el ascensor, reviso mi agenda mientras él mira fijamente los números que marcan los pisos, como si pudiera acelerar su ascenso con la pura fuerza de su impaciencia.

—Mañana tienes la sesión de fotos para Wrangler a las nueve, y luego...

—Necesito descansar —me interrumpe con brusquedad—. No me molestes a menos que el hotel esté en llamas.

Las puertas se abren en nuestro piso y sale como un rayo, dejándome a media frase. Típico de él. Hay demasiados momentos en los que me gustaría poder pegarle.

—¡De nada por salvar tu trasero hoy también! —le grito a su espalda, que se aleja.

No se gira, pero levanta una mano en un gesto que podría ser tanto un agradecimiento como una despedida obscena. Con Sullivan, nunca se sabe.

Suspiro y me dirijo a mi propia habitación, dos puertas más allá de la suya. Otro día, otra batalla. A veces me pregunto si Victoria me asignó a Sullivan como castigo por algún crimen que cometí en una vida anterior.

A pesar de todo, mi trabajo me provoca una extraña satisfacción. Quizá sea el desafío constante, o quizá sea el pequeño triunfo que siento cada vez que logro que Sullivan haga algo remotamente sociable sin que parezca que está siendo torturado.

O quizá sea que, muy de vez en cuando, veo destellos de algo más bajo esa fachada gruñona. Como cuando firmó autógrafos durante dos horas en un hospital infantil, mucho después de que las cámaras se fueran. O cuando, con total discreción, pagó la operación de rodilla del hijo de un empleado del circuito con la condición de que nadie supiera que había sido él.

Momentos fugaces que me hacen preguntarme si el verdadero Nate Sullivan es el cascarrabias antisocial que todos conocen, o alguien del todo diferente que se esconde tras esa careta.

Sacudo la cabeza para deshacerme de esos pensamientos. No estoy aquí para psicoanalizarlo. Estoy aquí para hacer mi trabajo y mantener a Victoria contenta. Y, para eso, necesito que Sullivan se comporte durante los próximos tres días en Dallas.

* * *

El grito me despierta a las dos y diecisiete de la madrugada.

No es un grito cualquiera. Es un rugido masculino de sorpresa y furia que me hace saltar de la cama antes incluso de estar completamente despierta.

Salgo al pasillo en pijama y descalza, justo a tiempo para ver a dos guardias de seguridad corriendo hacia la habitación de Sullivan. La puerta está abierta y hay una mujer gritando.

Mi cerebro profesional se activa al instante. Escándalo. Prensa. Desastre.

Corro hacia allí, ignorando el frío del suelo bajo mis pies. Cuando llego a la puerta, la escena, por un momento, me deja paralizada.

Sullivan está pegado a la pared más alejada, vestido solo con un bóxer negro. Su rostro es una máscara de rabia y... ¿es eso miedo? Una chica joven, no debe de tener más de veinte años, está siendo sujetada por los guardias mientras grita incoherencias.

—¡Te amo, Nate! ¡Estamos destinados a estar juntos! ¡Lo he visto en mis sueños!

La habitación está revuelta. Hay fotos esparcidas por todas partes. Fotos de Sullivan. Cientos de ellas. Algunas parecen recortes de revistas, pero otras... otras, sin lugar a dudas, han sido tomadas sin su conocimiento. Sullivan entrenando. Sullivan en restaurantes. Sullivan entrando a hoteles.

Y lo más perturbador: polaroids de Sullivan durmiendo. En esta misma habitación. Tomadas, en apariencia, hace apenas unos minutos.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Qué demonios...? —murmuro, incapaz de procesar del todo lo que estoy viendo.

Sullivan me mira y, por primera vez desde que lo conozco, veo algo en sus ojos que nunca había visto antes: vulnerabilidad pura y descarnada.

—Estaba durmiendo —dice, su voz ronca—. Me he despertado y ella estaba... ahí. Mirándome. Haciéndome fotos.

La joven sigue gritando mientras los guardias la arrastran fuera de la estancia.

—¡Estaremos juntos, Nate! ¡No pueden separarnos! ¡Lo sé todo sobre ti! ¡SÉ DÓNDE VIVES!

Llegan más guardias, seguidos por el gerente del hotel, y, poco después, la policía. Todo se convierte en un torbellino de declaraciones, informes y disculpas profusas del personal del hotel.

Por lo que nos cuentan, la mujer trabaja en el servicio de limpieza del establecimiento. Ha robado una llave maestra. Llevaba meses planificándolo, esperando que Sullivan se alojara aquí.

Durante todo el proceso, me mantengo en modo profesional, gestionando la situación, asegurándome de que no haya filtraciones

a la prensa, coordinándome con el equipo legal de Elite.

Pero no puedo evitar mirar a Sullivan de reojo. Se ha puesto unos vaqueros y una camiseta, pero sigue descalzo. Y aunque ha recuperado su expresión estoica habitual, noto algo diferente en él. Una tensión en sus hombros. Un ligero temblor en sus manos que intenta disimular.

No es solo rabia por la intrusión de los medios o hastío por las fans demasiado entusiastas. Esto es otra cosa. Más profunda. Más personal.

Cuando al fin todos se marchan, cerca de las cuatro de la madrugada, el hotel nos ofrece cambiar de habitaciones. Sullivan se niega.

—Solo quiero que este día termine —dice, pasándose una mano por el pelo.

—Puedo quedarme si quieres —ofrezco, sorprendiéndome a mí misma—. En el sofá. Solo por si...

—No —me corta en seco. Luego, añade más suave—: No. Estoy bien. Solo necesito estar solo.

Asiento, sin saber qué más decir. Cuando me giro para irme, su voz me detiene.

—Harper.

Es la primera vez que usa mi nombre de pila sin que suene como una reprimenda.

—¿Sí?

—Gracias. Por... —Hace un gesto vago que abarca toda la situación—. Por manejar esto.

—Es mi trabajo —respondo de forma automática.

Él asiente, pero hay algo en su mirada que me dice que ambos sabemos que esta noche he hecho más que mi trabajo.

—Buenas noches, Sullivan —digo con voz queda.

—Buenas noches, Reeves —contesta y, por una vez, su uso de mi apellido no suena como una barrera.

De vuelta en mi habitación, me quedo despierta durante horas, repasando para mis adentros lo sucedido. Pienso en las fotos, en la obsesión de esa chica, en el hecho de que alguien ha estado acechando a Sullivan durante meses sin que nadie lo notara.

Y, de repente, muchas cosas comienzan a tener sentido.

Su aversión a los medios. Su reticencia a compartir detalles personales. Su insistencia en mantener en privado dónde vive cuando no está en el circuito. Su irritación cuando las fans intentan tocarlo sin permiso.

No es solo el mal humor de una estrella mimada. Es autoprotección.

A la mañana siguiente, implemento cambios. Sin discutirlo con Sullivan, modifico los protocolos de seguridad. Establezco que la información sobre sus alojamientos sea estrictamente confidencial. Cancelo dos sesiones de firma de autógrafos que consideraba potencialmente caóticas.

Sullivan lo nota. Lo veo en la forma en que me observa durante el desayuno, con una expresión que no puedo descifrar por completo. No dice nada al respecto, pero, cuando le paso el nuevo itinerario, más controlado y con menos exposición, percibo que sus hombros se relajan un poco.

Es el comienzo de un entendimiento tácito entre nosotros. No somos amigos —seguimos discutiendo casi a diario—, pero hay un nuevo nivel de respeto mutuo. Yo entiendo mejor sus límites, y él parece apreciar que no lo presione sobre el incidente.

Las semanas siguientes transcurren con una nueva dinámica. Sullivan sigue siendo Sullivan —gruñón, reservado, alérgico a las entrevistas—, pero detecto pequeños cambios. Me contradice menos cuando sugiero modificar eventos que podrían ser demasiado invasivos. A veces incluso me consulta antes de rechazar compromisos.

Y yo me sorprendo a mí misma defendiéndolo con mayor ferocidad frente a Victoria y los patrocinadores, argumentando por qué necesita cierto nivel de privacidad.

Es un equilibrio frágil, pero funciona.

Hasta que un día, seis meses después, Sullivan simplemente desaparece.

Sin previo aviso. Sin explicación. Como si la tierra se lo hubiera tragado.

Los patrocinadores entran en pánico. Victoria está furibunda. La prensa especula de un modo salvaje.

Y yo... yo siento una punzada de preocupación que va más allá de lo profesional, aunque me niego a reconocerlo por completo.

Al principio me pongo furiosa. Esto es malo para su carrera. Pero, al final, me digo a mí misma que debo respetar su decisión; que, si ha elegido esfumarse, tendrá sus razones; que no somos amigos, solo colegas profesionales con una relación complicada.

Que no debería importarme tanto.

Pero, cuando Victoria me da un ultimátum —encontrarlo o perder mi trabajo—, me doy cuenta de que sí me importa. No solo por mi carrera, sino porque, a pesar de todo, quiero saber que está bien.

Y heme aquí, casi dos años después de nuestro primer encuentro, preparándome para cazar a un vaquero que ha perfeccionado el arte de la desaparición.

La operación Cowboy comienza.

Y, esta vez, no pienso dejarlo escapar.

Capítulo 5

Harper

PRESENTE. ÚLTIMA SEMANA DE MAYO

Mi apartamento nunca me había parecido tan pequeño y deprimente como esta noche.

Arrojo las llaves sobre la encimera de la cocina y dejo caer mi bolso al suelo. La botella de vino que he comprado después de mi sentencia de muerte profesional —cortesía de Victoria Davis y su ultimátum imposible— me llama desde la bolsa como una sirena prometiendo, si no soluciones, al menos un alivio temporal.

No debería beber sola entre semana. No debería estar considerando emborracharme cuando dispongo solo de dos semanas para encontrar a un hombre que ha desaparecido del mapa. Y, sin lugar a dudas, no debería estar gastando dinero en vino cuando acabo de recibir la notificación de que mi alquiler subirá un treinta por ciento el próximo mes.

Pero aquí estoy, descorchando la botella sin molestarme siquiera en buscar una copa. Las emergencias requieren medidas desesperadas.

El primer trago es áspero, pero el segundo ya baja más suave. Para el tercero, empiezo a sentir ese cálido hormigueo que me dice que tal vez, solo tal vez, no todo está perdido.

Abro mi portátil y me dejo caer en el sofá desvencijado que encontré en una liquidación hace tres años. La pantalla cobra vida mostrando justo lo que estaba viendo antes de reunirme con Victoria: el perfil de Instagram de Nate Sullivan.

La última publicación es de hace seis meses y medio. Una foto profesional de él tras ganar en Denver, sosteniendo el trofeo con esa media sonrisa reticente que tanto les costaba arrancarle a las cámaras. La subí yo, por supuesto. Como todas las demás.

Después de eso..., nada. Silencio absoluto.

Doy otro trago a la botella mientras me voy desplazando hacia abajo por la pantalla, ojeando publicación tras publicación. Fotos de competiciones, fragmentos de entrevistas editadas con mucho esmero, alguna que otra colaboración con patrocinadores. Todo currado por mí al más mínimo detalle para proyectar la imagen de un atleta profesional dedicado pero con ese toque de misterio que volvía locos a sus fans.

Lo que no muestran estas fotos es al verdadero Nate Sullivan. Al hombre que podía ser increíblemente leal y descaradamente grosero en la misma frase. Al que odiaba las multitudes, pero se quedaba horas firmando autógrafos para niños. Al que me hacía querer estrangularlo un minuto y admirarlo al siguiente.

Saco mi teléfono y, en un impulso que solo puedo atribuir al vino y a la angustia, vuelvo a marcar su número.

—El número que ha marcado está apagado o fuera de cobertura...

—¡Por supuesto que lo está! —exclamo en medio de mi apartamento—. ¿Por qué ibas a ponérmelo fácil, Sullivan?

Abro iMessage y empiezo a grabar audios, desesperada, sabiendo que, sin lugar a dudas, estoy gritando al vacío.

El vino ya ha llegado a mi cerebro, desatando esa honestidad brutal que por norma general mantengo bajo control...

> Sullivan, acabo de recibir un ultimátum:
> o te encuentro en dos semanas o estoy
> despedida. Y justo cuando pensaba
> que mi día no podía empeorar, mi casero me
> notifica que me sube el alquiler
> un treinta por ciento. Así que felicidades: gracias a
> tu desaparición, no solo perderé mi trabajo sino
> también mi casa.

Enviar.

¿Sabes qué es lo más frustrante? Que, después de todo lo que pasó, después de cómo trabajamos juntos para proteger tu preciada privacidad, simplemente te esfumaste. Sin una palabra. Sin una explicación. Como si el año y medio que pasé defendiéndote de Victoria, de los patrocinadores y de la prensa no significaran nada.

Enviar.

Doy otro trago largo. La botella ya está por la mitad.

Y lo peor de todo es que ni siquiera puedo odiarte como debería. Porque, cada vez que intento convencerme de que eres un capullo integral, recuerdo cómo te quedaste dos horas bajo la lluvia firmando autógrafos para esos niños del hospital, o cómo le pagaste la operación a la hija de aquel empleado sin decírselo a nadie.

Enviar.

El alcohol me está soltando la lengua. Parte de mí sabe que debería parar, pero la otra parte, la que está herida y asustada, necesita desahogarse.

¿Dónde estás, Sullivan? ¿Qué es tan importante como para desaparecer sin decir ni una sola palabra? ¿Estás bien?

Miro fijamente la pantalla después de enviar ese último audio, sorprendida por mi propia vulnerabilidad. No quiero admitirlo, pero una parte de mí está sinceramente preocupada.

El vino me está afectando más de lo que pensaba. Dejo el teléfono y agarro el portátil de nuevo, esta vez abriendo Google. «Nate Sullivan paradero» arroja cientos de resultados: artículos especulando sobre su desaparición, teorías de fans, incluso un ridículo reportaje sugiriendo que se ha unido a una secta.

Paso a la siguiente página de resultados, y a la siguiente, buscando algo —cualquier cosa— que los demás hayan pasado por alto. Pero no hay nada. Es como si se hubiera desvanecido en el aire.

Vuelvo a mi móvil y pulso el botón de grabación.

Sullivan, sé que probablemente ni siquiera
escucharás esto, pero estoy desesperada.
Literalmente, mi carrera y mi techo dependen de
encontrarte. Así que,
si tienes un mínimo de decencia, enciende este
maldito teléfono y llámame.

Enviar.

La botella está ahora en sus últimos tragos, y mi filtro verbal ha desaparecido por completo.

¿Sabes qué? Olvida lo de la decencia. Sé que no
tienes ninguna. Eres un cavernícola con el instinto
comunicativo de una piedra. ¡Una maldita piedra,
Sullivan! Te juro que,
si te encuentro, voy a... voy a...

Hago una pausa, sin saber cómo terminar esa amenaza.

... voy a arrastrarte de vuelta al circuito, aunque
sea por esa estúpida barba que probablemente te
haya crecido hasta
las rodillas, viviendo como un ermitaño
en quién sabe dónde.

Enviar.

Cierro los ojos un instante, sintiendo cómo el apartamento parece girar de manera sutil. Cuando los abro, estoy mirando una foto antigua: Nate recibiendo un título mundial. A pesar de su habitual expresión estoica, hay algo en sus ojos. Una chispa. Una pasión que nunca pudo ocultar por completo cuando estaba compitiendo.

Lo que no entiendo es por qué lo dejaste todo.
Amabas el rodeo. Era lo único que

te hacía sonreír, además de..., bueno, nada más te hacía sonreír, la verdad. Eras un gruñón profesional. Pero sobre un toro eras... libre. Feliz. ¿Qué pasó, Nate? ¿Qué fue tan importante como para renunciar a lo único que amabas?

Mi voz suena más suave ahora, casi preocupada. Me odio un poco por ello.

Enviar.

La botella está vacía y empiezo a sentir la cabeza pesada. Sigo navegando por las fotos antiguas de Nate, cada imagen trayendo recuerdos de momentos compartidos: competiciones, entrevistas, las interminables discusiones en habitaciones de hotel sobre su agenda.

Una última cosa, Sullivan, y luego te dejaré en paz. Tu madre finge que está bien, pero no es así. Tu padre, según ella, está destrozado, aunque nunca lo admitiría. Si no quieres volver por el rodeo, o por mí, o por tu carrera..., hazlo por ellos. Te echan de menos. Y, que Dios me ayude, yo también, aunque seas el ser humano más irritante del planeta.

Enviar.

Mi dedo se queda suspendido sobre la pantalla, horrorizada por lo que acabo de admitir. ¿Echar de menos a Nate Sullivan? ¿Yo? Definitivamente he bebido demasiado.

Cierro la aplicación de mensajería antes de poder humillarme más y vuelvo a las fotos de Nate. Su ceño eternamente fruncido. Sus hombros anchos que parecían cargar el peso del mundo. Esos ojos verdes que, en raras ocasiones, revelaban una vulnerabilidad que nadie más parecía notar.

Mis párpados se vuelven cada vez más pesados mientras sigo mirando fotos, recordando momentos, preguntándome dónde estará ahora y por qué se largó. El portátil se desliza despacio de mi regazo mientras el cansancio y el vino reclaman su victoria.

Mañana. Mañana pensaré con más claridad. Mañana encontraré alguna forma de dar con Nate Sullivan.

O, al menos, eso espero mientras me dejo arrastrar por un sueño inquieto, plagado de vaqueros malhumorados que desaparecen en el horizonte sin mirar atrás.

Capítulo 6

Harper

El dolor de cabeza me golpea antes incluso de abrir los ojos.

Genial. Una resaca. Justo lo que necesitaba para complementar mi inminente desempleo y desahucio.

Me incorporo despacio en el sofá, donde aparentemente he pasado la noche, y parpadeo ante la luz que se filtra por las cortinas baratas. Mi boca sabe como si algo hubiera muerto en ella, y mi cuello protesta por la posición incómoda en la que he dormido.

El portátil sigue a mi lado, con la pantalla en negro. Mi teléfono está en el suelo, junto a la botella de vino vacía que me acusa en silencio de mis malas decisiones.

—Buenos días a ti también —le gruño a la botella mientras me levanto tambaleante.

Después de una ducha rápida y dos ibuprofenos, me siento bastante más humana. Lo suficiente como para enfrentarme a la evidencia de mi patética noche de autocompasión.

Recojo mi móvil con aprensión y abro iMessage. Oh, Dios mío. Los audios están ahí, cada uno más humillante que el anterior. ¿De verdad le dije a Nate Sullivan que lo echaba de menos? Definitivamente, voy a culpar al vino por eso.

—Bueno, Harper —me digo mientras preparo una cafetera entera que planeo consumir en su totalidad—, siempre puedes cambiar de identidad y mudarte a Groenlandia. He oído que el cambio climático está haciendo maravillas allí.

La cafeína comienza a contrarrestar los efectos de mi resaca mientras me siento en la mesa de la cocina con el portátil abierto,

decidida a abordar el problema con la misma eficiencia con la que manejo las crisis mediáticas de mis clientes. Clientes que, si no encuentro a Sullivan, pronto serán exclientes.

El tiempo para la autocompasión pasó anoche.

Ahora toca comportarse como una adulta e investigar a conciencia.

—Piensa, Harper —murmuro, abriendo Google por enésima vez—, ¿dónde se escondería un vaquero cascarrabias que odia a la humanidad?

La respuesta obvia sería «en un rancho en medio de la nada», pero eso apenas reduce las opciones a unos pocos millones de millas cuadradas.

Reviso las búsquedas que ya he hecho mil veces: «Nate Sullivan paradero», «Nate Sullivan retirado», «Nate Sullivan desaparecido». Los resultados son los mismos: especulaciones, teorías conspirativas y un artículo particularmente ridículo que sugiere que se ha hecho monje budista.

—Sí, claro —resoplo—. Como si Sullivan tolerara que alguien le dijera qué hacer, sea humano o extraterrestre.

Frustrada, cierro Google y vuelvo a abrir Instagram. El perfil de Nate sigue exactamente igual que anoche, y que hace seis meses y medio. Me desplazo hacia abajo, viendo publicación tras publicación, cada una meticulosamente creada por mí para proyectar justo la imagen que sus patrocinadores querían.

Lo que significa que no contienen ninguna pista real sobre él.

Entonces, como un relámpago, me acuerdo de algo. Algo que vi hace tiempo, la noche que le quité el teléfono por responder a un trol. Nate estaba hablando con alguien..., un amigo. Un tal... «¡Wyatt!», me acuerdo de golpe.

De inmediato busco entre los seguidores de Nate hasta que lo encuentro: @WyattMitchellRanch. Abro el perfil y ahí está, un tipo con pinta de vaquero junto a caballos impresionantes y paisajes montañosos. Su última publicación es de hace apenas dos días: una puesta de sol sobre lo que parece un rancho.

Lo que me llama la atención no es su perfil en sí, es el de un típico vaquero, sino la completa ausencia de Nate en cualquier publicación.

Para alguien que en apariencia era amigo cercano de Sullivan, es como si no se conocieran de nada, es sospechosamente... discreto.

—Demasiado discreto —murmuro, entrecerrando los ojos.

Recuerdo el mensaje que vi en el teléfono de Nate aquella noche, en el que le decía que lo llamase por teléfono en vez de escribirle por redes.

Típico de Sullivan. Un dinosaurio tecnológico en el cuerpo de un vaquero del siglo XXI.

Pero eso significa que Wyatt y él tenían contacto de forma regular. Y si eran tan cercanos... quizá sepa dónde está. Después de un año y medio junto a Nate puedo decir que no tenía muchos amigos. Su aversión por los seres humanos era legendaria. Lo que significa que tengo que tirar del hilo de este amigo.

Empiezo a examinar cada foto del perfil de Wyatt con atención obsesiva. Las montañas al fondo, la disposición del rancho, cualquier detalle que pueda darme una pista sobre su nombre o ubicación.

Una pista que me ayude a ponerlo sobre el mapa.

En una foto de hace unos tres meses, veo algo que me hace acercar tanto la cara a la pantalla que casi me doy con la nariz: un letrero parcialmente visible al fondo. «Mitchell Ranch – Mont...».

¿Montana?

Abro Google Maps y busco «Mitchell Ranch Montana». Demasiados resultados. Refino la búsqueda: «Wyatt Mitchell Ranch Montana».

Y ahí está. Un pequeño punto en un mapa, cerca de un lugar llamado Livingston. De inmediato busco más información sobre este rancho y encuentro un artículo en una revista local sobre criadores de caballos que menciona brevemente el «Mitchell Ranch, conocido por sus caballos de competición, a las afueras de Livingston».

Mi corazón se acelera. Es una pista real. La primera en seis meses.

Sigo investigando y encuentro varias menciones al «Mitchell Ranch» en artículos sobre cría de caballos de competición. En uno de ellos, Wyatt Mitchell aparece fotografiado junto a Nate en una feria ganadera de hace tres años. El pie de foto los describe como «amigos de toda la vida».

Amigos de toda la vida. Si alguien sabe dónde está Nate, tiene que ser él.

El corazón se me acelera emocionado.

Busco más información sobre Wyatt Mitchell y descubro que es un exjinete de rodeo que se retiró tras una lesión grave. Nate y él competían juntos en el circuito júnior. Esto explica su cercanía: comparten historia, y Wyatt entiende el mundo del rodeo desde dentro.

Intento encontrar un número de teléfono, pero no hay nada público. Tiene sentido: un hombre con un rancho en medio de Montana probablemente valora su privacidad tanto como Nate.

Entonces se me ocurre una idea muy salvaje: no necesito llamar. Necesito ir allí. Directamente.

Es una locura, lo sé. Viajar hasta Montana basándome en una corazonada. Pero si Nate no está allí, al menos Wyatt podría saber dónde encontrarlo. Y una conversación cara a cara siempre es más efectiva.

Además, ¿qué alternativa tengo? ¿Intentar contactar con él por Instagram y que me ignore? ¿Que, en el caso de que me responda, se niegue a darme cualquier información sobre Nate?

—No —murmuro, determinada—. Esta vez haré las cosas a mi manera. Mi futuro depende de ello.

Sin más demora busco vuelos a Montana. Hay uno mañana a Bozeman, la ciudad más cercana a Livingston. Es caro, mucho más de lo que puedo permitirme en mi situación financiera actual, pero... ¿qué otra opción tengo? ¿Sentarme en el sofá y esperar a que se cumpla el plazo para mi despido?

Mi tarjeta de crédito ya está al límite, mi cuenta de ahorros es prácticamente inexistente y, si no encuentro a Nate, de todos modos perderé mi trabajo y mi apartamento.

—Qué demonios —murmuro mientras reservo el vuelo—. O muero ahogada en deudas o muero ahogada en deudas pero con un viaje a Montana en mi historial. Al menos tendré unas buenas vistas antes del apocalipsis financiero.

Mientras hago la maleta, mi mente sigue dando vueltas. ¿Y si me equivoco? ¿Y si Nate no está allí? ¿Y si está pero se niega a volver?

Pero entonces recuerdo la foto de él sosteniendo su último trofeo, esa chispa en sus ojos que solo aparecía cuando estaba compitiendo. Recuerdo cómo, a pesar de todas sus quejas, nunca faltaba a una competición importante; cómo, incluso en sus peores días, se transformaba por completo sobre un toro.

Y recuerdo también su vulnerabilidad la noche del incidente con la fan. Cómo, por un breve momento, vi al hombre detrás de la fachada.

No, no estoy haciendo esto solo por mi trabajo. Estoy preocupada por él. Genuinamente preocupada.

Aunque jamás lo admitiré en voz alta.

Pero, esta noche, me voy a dormir con algo que se parece de manera muy peligrosa a la esperanza.

Montana. Wyatt Mitchell.

Voy a encontrarte, Nate Sullivan.

Capítulo 7

Harper

Hay decisiones cuestionables en la vida, y luego está alquilar el coche más pequeño y barato del aeropuerto de Bozeman para adentrarse en el corazón de Montana.

—Vas a hacerlo genial, campeón —le digo al diminuto Nissan mientras saltamos sobre otro bache que hace que mi cabeza golpee contra el techo—. Solo son unas pocas millas más de caminos sin asfaltar. Nada que no puedas manejar.

El coche responde con un ruido alarmante que definitivamente no estaba incluido en la descripción del manual.

Llevo tres horas intentando encontrar el Mitchell Ranch, guiada por un GPS que parece tener una relación complicada con la realidad y un mapa impreso que he comprado en una gasolinera donde el dependiente me ha mirado como si tuviera tres cabezas cuando le he preguntado por el wifi.

—¿Siempre has sido así de aventurera? —me ha preguntado, masticando un palillo mientras señalaba un camino en el mapa.

—Solo cuando mi supervivencia financiera depende de encontrar a un vaquero fugitivo —he respondido con una sonrisa que ha debido parecer ligeramente maniática, porque ha retrocedido un paso.

Ahora, mientras el sol comienza a descender de manera amenazante hacia el horizonte, empiezo a cuestionarme todas mis decisiones de vida. En especial la de venir a Montana basándome en una corazonada y un perfil de Instagram.

—Si muero aquí —le digo al GPS que acaba de «recalcular ruta» por decimoquinta vez—, quiero que sepas que te odio.

«¿Y si Nate ni siquiera está aquí? —La duda me carcome por dentro—. ¿Y si he hecho este viaje para nada? ¿Y si Wyatt Mitchell me dice que no sabe nada de Sullivan? ¿Y si todo esto ha sido una pérdida de tiempo y dinero que no tengo?».

No. No puedo permitirme pensar así. Seguro que su amigo de la infancia sabe dónde puedo encontrarlo y se apiada de mí y me lo dice. No tengo un plan B.

Justo cuando estoy considerando dar la vuelta y aceptar mi destino como futura desempleada sin techo, veo un letrero de madera a un lado del camino: «Mitchell Ranch – 2 millas».

—¡Sí! —grito, golpeando el volante con entusiasmo—. ¡Lo sabía!

El pequeño Nissan hace un último y valiente esfuerzo mientras subimos por un camino de tierra que serpentea entre colinas cubiertas de pinos. Y entonces, al doblar una curva, lo veo.

El rancho se extiende en un valle amplio, con montañas al fondo que parecen sacadas de una postal. Hay un establo grande, varios corrales y una casa principal de madera y piedra que parece salida de una revista de decoración rústica. Varios caballos pastan tranquilamente en un prado cercano.

Es tan idílico que casi me enfada. Por supuesto que es posible que Sullivan se haya escondido en un lugar que parece un maldito paraíso terrenal.

Aparco junto a una camioneta Ford que ha visto días mejores y respiro hondo. Después de casi doce horas de viaje, por fin estoy aquí. A punto de descubrir si mi corazonada era correcta o si acabo de gastar mis últimos ahorros en una búsqueda inútil.

—Vamos allá —murmuro, revisando mi aspecto en el espejo retrovisor.

Tengo el pelo hecho un desastre después de horas en el coche y mis ojos delatan el cansancio del viaje. Pero no hay tiempo para arreglos. El sol está poniéndose con rapidez, y lo último que necesito es tener esta conversación en plena oscuridad.

Salgo del Nissan y me dirijo hacia la casa principal. Cada paso sobre la grava cruje como un anuncio de mi llegada. La brisa fresca de la tarde me provoca un leve estremecimiento, recordándome que mi chaqueta fina fue una elección optimista.

Subo los tres escalones del porche y me detengo frente a la puerta. Mi corazón late con fuerza mientras levanto la mano para llamar.

Tres golpes decididos.

Silencio.

Estoy a punto de llamar de nuevo cuando oigo pasos acercándose. La puerta se abre y me encuentro frente a un hombre alto que reconozco como Wyatt Mitchell por las fotos de Instagram, aunque en persona tiene un aire más amable.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta, secándose las manos con un trapo y mirándome con curiosidad.

—Hola —digo, intentando sonar más segura de lo que me siento —. Soy Harper Reeves. Estoy buscando a Nate Sullivan.

La expresión de Wyatt cambia de forma sutil. No es sorpresa, sino más bien cautela. Sus ojos me estudian durante un momento, como si estuviera evaluando cuánto debo saber y cuánto debe decirme.

—Lo siento, pero no conozco a ningún Nate Sullivan —responde; su tono es deliberadamente neutro.

Es una mentira tan obvia que casi me río. He visto fotos de ellos juntos, por el amor de Dios. Pero, antes de que pueda llamarle la atención sobre su pésima capacidad para mentir, una voz desde el interior de la casa me congela en el sitio.

—Wyatt, ¿quién es?

Esa voz. Profunda, ligeramente ronca, con ese acento sureño apenas perceptible. La reconocería en cualquier parte.

Nate.

Mi corazón da un vuelco. Está aquí. Realmente está aquí. Después de seis meses desaparecido, de preguntas sin respuesta, de ultimátums y amenazas de despido, al fin lo he encontrado.

Wyatt mira por encima de su hombro, claramente incómodo.

—Nadie —responde, pero es demasiado tarde.

Una figura alta aparece en el pasillo detrás de él, acercándose despacio a la puerta. Y entonces lo veo. Nate Sullivan. En carne y hueso.

No estoy preparada para el impacto que tiene sobre mí verlo después de tanto tiempo.

Está diferente. Su pelo está más largo de lo que lo recordaba, rozando sus hombros, y una barba corta pero densa cubre su mandíbula. Lleva una camiseta gris desgastada y unos vaqueros que han visto días mejores. Sus pies están descalzos. Y, maldita sea, había olvidado lo tremendamente atractivo que es. Esos casi dos metros de puro músculo y actitud desafiante siguen provocándome un cosquilleo traicionero en el estómago. Seis meses sin verlo y mi cuerpo reacciona como si fuera ayer cuando lo veía cada día, recordándome que mi atracción por él siempre ha sido un inconveniente profesional que he intentado ignorar sin mucho éxito.

Pero son sus ojos los que me golpean como un puñetazo en el estómago. Ese verde intenso que siempre parecía contener una tormenta ahora me mira con estupefacción absoluta, seguida de inmediato por algo que se parece demasiado a la furia.

—¿Reeves? —Su voz es apenas un susurro incrédulo.

—Hola, Sullivan —respondo, esforzándome para que mi voz suene profesional y no como si acabara de correr un maratón—. Cuánto tiempo sin vernos.

Durante un momento, nadie se mueve. Es como si el tiempo se hubiera detenido. Puedo ver cómo Nate procesa mi presencia, cómo su mente trabaja a toda velocidad. Shock, confusión, ira... y luego algo más. Algo que parece casi... ¿miedo?

—¿Qué demonios haces aquí? —pregunta al fin, moviéndose junto a Wyatt para bloquear mejor la entrada—. ¿Cómo me has encontrado?

—Tengo mis métodos —contesto, intentando sonar determinada y con seguridad—. Y estoy aquí porque necesitamos hablar.

Su expresión se endurece, convirtiéndose en esa máscara impenetrable que conozco tan bien de nuestros días trabajando juntos.

—No tenemos nada de que hablar —replica, y comienza a cerrar la puerta—. Vuelve por donde has venido.

Pongo un pie para evitar que la cierre, un movimiento que de inmediato reconozco como estúpido cuando siento la presión contra mi zapato.

—Sullivan, por favor. Solo cinco minutos. Es importante.

—Lo que sea que tengas que decir, no me interesa —insiste; su voz es dura como el acero—. Vete.

—¡Papá! ¡Mira lo que he hecho!

Una vocecita infantil interrumpe nuestra tensa confrontación, y veo a Wyatt girar la cabeza hacia el interior de la casa. Por un instante, asumo que la niña está llamando a Wyatt, lo que tendría sentido.

Pero entonces veo cómo todo el cuerpo de Nate se tensa al instante. Su rostro palidece y, por un segundo, parece aterrorizado. Se gira un poco, y es entonces cuando la veo.

Una niña pequeña, de no más de cuatro años, aparece corriendo por el pasillo detrás de ellos. Lleva un papel en la mano y una sonrisa enorme en su carita. Una carita que hace que mi corazón se detenga.

Porque es como mirar una versión en miniatura de Nate Sullivan.

Los mismos ojos verdes intensos. La misma forma de la mandíbula. Incluso la misma manera de fruncir levemente el ceño cuando se concentra.

Mi confusión inicial se desvanece cuando la pequeña se dirige directamente a Nate, ignorando por completo a Wyatt. Y cuando Nate se agacha para hablar con ella, llamándola «Lily», la verdad me golpea con una fuerza demoledora.

Esta niña no es la hija de Wyatt. Es la hija de Nate Sullivan.

Nate Sullivan tiene una hija.

El shock me golpea como una ola física. Siento que me falta el aire. Mi cerebro intenta procesar esta nueva información, pero es como si se hubiera cortocircuitado. Nate Sullivan, el soltero más codiciado del circuito de rodeo, el hombre que evitaba cualquier conversación sobre relaciones o familia como si fueran enfermedades contagiosas, tiene una hija. El hombre al que nunca he visto con una mujer, gracias al cielo.

¿Cuándo ha sucedido esto?

¿Qué me he perdido?

¿Estoy en una realidad alternativa?

Y por la manera en que la mira, con una mezcla de amor feroz y terror absoluto, está claro que haría cualquier cosa por protegerla.

De repente, su desaparición cobra sentido.

La niña se detiene al verme; sus enormes ojos verdes —idénticos a los de su padre— se abren con curiosidad.

—¿Quién eres? —pregunta, ladeando la cabeza.

Nate se agacha con rapidez, poniéndose a su altura, y la manera en que sus grandes manos se posan con delicadeza en los hombros diminutos de la niña me deja sin aliento. Nunca he visto a Nate Sullivan ser tan... suave.

—Lily, cariño —dice con una voz que jamás le había oído usar—. Ve a tu habitación, ¿vale? Papá tiene que hablar con esta... señora.

—Pero quiero enseñarte mi dibujo —protesta la cría, levantando el papel—. He hecho un caballo, como los de Wyatt.

—Lo veré luego, te lo prometo —responde Nate, y hay tanta ternura en su voz que apenas puedo creer que sea el mismo hombre —. Ahora ve a tu cuarto. Por favor.

La niña —Lily— pasa la mirada de su padre a mí y luego a Wyatt, como evaluando si merece la pena insistir. Al final exhala un suspiro dramático.

—Vale —suelta con un puchero—. Pero luego me cuentas un cuento.

—Dos —promete Nate, y le da un beso en la frente antes de ponerse de pie.

Lily se aleja arrastrando los pies, no sin antes lanzarme una última mirada curiosa. En cuanto desaparece por el pasillo, Nate se gira hacia mí, y toda la ternura que había en su rostro ha sido reemplazada por una furia helada.

—Vas a darte la vuelta, subirte a ese coche y olvidar que nos has visto —exige con una voz baja pero cargada de amenaza—. A los dos.

Estoy demasiado aturdida para responder de inmediato. Mi cerebro sigue procurando procesar lo que acabo de ver. Nate Sullivan. Padre. Una niña que debe de tener unos cuatro años, lo que significa que la tuvo durante todo el tiempo que trabajamos juntos. Y nunca, ni una sola vez, la mencionó.

—Sullivan, yo... —Trago saliva, esforzándome por encontrar las palabras—. No tenía ni idea.

—Y así se va a quedar —responde, dando un paso hacia mí—. Nadie puede saber sobre ella. Nadie.

La intensidad en su voz me hace retroceder de forma instintiva. Este no es el Nate Sullivan con el que trabajé, el que gruñía por las entrevistas pero las hacía de todos modos. Este es un hombre con algo que ama y que quiere proteger a toda costa.

—No he venido para causar problemas —le aseguro—. He venido porque Victoria me ha dado un ultimátum. O te llevo de vuelta, o estoy despedida.

—Ese no es mi problema —pronuncia con frialdad.

—Tal vez deberíamos continuar esta conversación dentro — interviene Wyatt mirando al cielo, que se oscurece a toda velocidad —. Está anocheciendo y, por el aspecto de ese coche, no creo que quieras conducir de noche por estos caminos.

Nate se gira hacia su amigo con una mirada que podría derretir acero.

—No va a quedarse —dice; cada palabra suena como una piedra.

—Nate —la voz de Wyatt es tranquila pero firme—, es mi casa. Y no voy a enviar a una mujer a conducir sola por estos caminos de noche. Sabes lo peligroso que es.

Los dos hombres se miran sin apartar la vista, en un duelo silencioso. Puedo ver la batalla interna en los ojos de Nate: la necesidad de proteger a su hija contra el sentido común que le dice que Wyatt tiene razón.

Finalmente, suelta un gruñido de frustración.

—Una noche —acepta, levantando un dedo—. Y mañana te vas. Y si dices una sola palabra sobre Lily a cualquiera...

Deja la amenaza en el aire, pero no necesita terminarla. El mensaje está claro.

—No diré nada —contesto con sinceridad—. Siempre te he respetado.

Algo en mi tono debe convencerlo, porque, después de estudiarme durante un largo instante, asiente de manera sucinta.

—Voy a acostar a Lily —dice, dirigiéndose a Wyatt—. Ocúpate de... esto.

Y sin otra palabra, se da la vuelta y desaparece por el pasillo, dejándome con Wyatt y un millón de preguntas sin respuesta.

—Bueno —interviene su amigo después de un momento, rascándose la nuca—. Esto ha ido mejor de lo que esperaba.

Lo miro incrédula.

—¿Mejor? Parecía a punto de lanzarme a los lobos.

Wyatt esboza una leve sonrisa.

—Créeme, podría haber sido peor. Cuando se trata de Lily... —Se detiene, como si hubiera dicho demasiado—. En fin, pasa. Debes de estar agotada después del viaje.

Me hace un gesto para que entre, y solo entonces me doy cuenta de que todavía estoy de pie en el porche, congelada en el mismo lugar donde he recibido la mayor sorpresa de mi vida.

La casa por dentro es cálida y acogedora, con una mezcla de estilo rústico y moderno. Hay juguetes esparcidos por el suelo de la sala de estar, libros infantiles en las estanterías junto a manuales de ganadería y dibujos pegados en la nevera.

Es la casa de un padre. De una familia.

—Siéntate —me indica Wyatt, señalando el sofá—. ¿Tienes hambre? Estaba a punto de cenar cuando has llegado.

—Gracias —respondo como por inercia, todavía demasiado aturdida para pensar con claridad.

Mientras Wyatt se mueve por la cocina, me quedo sentada, intentando procesar todo lo que acaba de ocurrir. Nate Sullivan tiene una hija. Una hija que ha mantenido en secreto durante años. Una hija por la que abandonó su carrera, su pasión, todo.

Y ahora yo estoy aquí, con la misión de convencerlo para que vuelva.

¿Cómo voy a conseguir eso?

Jamás lo había visto tan determinado en algo.

Si antes ya era imposible persuadirlo..., ahora no me lo quiero ni imaginar.

Pero, si no lo hago, si no lo convenzo, perderé mi trabajo. Mi apartamento. Todo.

Estoy atrapada entre la espada y la pared. Y, por la mirada que me ha lanzado Nate antes de irse, tengo la sensación de que él no va a

hacer que mi elección sea fácil.

Porque acabo de descubrir que hay algo que Nate Sullivan valora más que el rodeo, más que cualquier otra cosa en el mundo.

Y es la niña de ojos verdes que lo llama «papá».

Pero ¿dónde ha estado la pequeña durante todo este tiempo?

Capítulo 8

Nate

SEIS MESES ANTES

Estoy en mi decimotercer minuto sobre el toro mecánico cuando suena mi teléfono.

Lo ignoro, como hago con la mayoría de las llamadas. Si es importante, dejarán un mensaje. Si es Harper Reeves recordándome otra maldita entrevista que no quiero hacer, prefiero fingir que no me he enterado.

Harper. Solo pensar en ella hace que pierda por un segundo la concentración. El toro da una sacudida brusca que casi me derriba, y maldigo por lo bajo. Esa mujer me está volviendo loco. Con su profesionalidad implacable, su manera de plantarse frente a mí sin dejarse intimidar y esos ojos color miel que parecen ver a través de mi fachada de cabrón. Es una distracción que no puedo permitirme, sobre todo porque cada vez me cuesta más mantener la distancia laboral cuando está cerca.

El teléfono deja de sonar. Luego empieza de nuevo.

Y otra vez.

Y otra.

Al quinto intento, maldigo y salto del toro. Quienquiera que sea es persistente. Y la persistencia, en mi experiencia, rara vez trae buenas noticias.

—¿Qué? —gruño al contestar, sin molestarme en mirar el número.

—¿Señor Sullivan? —La voz al otro lado de la línea es profesional, femenina, con ese tono que usan las personas cuando están a punto

de complicarte la vida—. Soy Diane Matthews, del Departamento de Servicios Sociales de Colorado.

Mi primer pensamiento es que se trata de alguna estafa elaborada. El segundo es que tal vez quieren que haga alguna aparición benéfica para niños desfavorecidos, algo que, a diferencia de las entrevistas con medios, no me importa hacer.

—¿En qué puedo ayudarla? —pregunto, secándome el sudor de la frente con una toalla.

—Necesitamos hablar con usted sobre un asunto personal urgente —dice, y algo en su tono hace que me ponga en alerta—. ¿Sería posible concertar una reunión en los próximos días?

—Estoy en medio de la temporada —respondo—. Si me dice de qué se trata, quizá podamos resolverlo por teléfono.

Hay una pausa, y luego:

—Se trata de una menor. Lily Bennett. Su madre, Jessica Bennett, falleció hace tres días en un accidente de tráfico.

El nombre no me dice nada en absoluto. Jessica Bennett. Lo repito para mis adentros, buscando en mi memoria, pero no consigo conectarlo con ninguna cara, ningún recuerdo.

—Lo siento por su pérdida —digo, porque parece lo apropiado—, pero no entiendo qué tiene que ver conmigo.

—Señor Sullivan —su voz es cuidadosamente neutra—, la hermana de Jessica afirma que usted es el padre biológico de su hija de tres años y medio, Lily.

Me quedo paralizado, como si acabara de recibir un golpe físico.

—¿Qué? Eso es imposible —respondo como un resorte—. Tiene que haber un error. No conozco a ninguna Jessica Bennett.

—La hermana de Jessica, Claire, nos ha contado que usted y Jessica tuvieron un encuentro hace poco más de cuatro años, después de una competición en Denver. Según ella, Jessica intentó contactar con usted cuando descubrió que estaba embarazada, pero nunca recibió respuesta.

Denver. Hace algo más de cuatro años. Intento recordar, pero esa época es un borrón de competiciones, fiestas y celebraciones. Había ganado mi tercer título mundial y todo era un caos.

—Mire, no quiero parecer insensible, pero me acuesto con muy pocas mujeres —digo, incómodo por tener que discutir sobre mi vida sexual con una desconocida—. Y estoy convencido de que recordaría a alguien llamado Jessica Bennett.

—Entiendo su escepticismo —dice Diane con serenidad profesional —. Claire mencionó que fue después de una celebración. Que usted había estado bebiendo bastante.

Un recuerdo nebuloso empieza a formarse en mi cabeza. Una fiesta después de ganar en Denver. Whisky a raudales. Una chica rubia que se acercó cuando estaba demasiado borracho para pensar con claridad. No recuerdo su nombre, ni su cara con precisión, pero recuerdo haber despertado en mi habitación de hotel con una resaca brutal y el vago recuerdo de haber cometido un error.

—Incluso si eso fuera cierto —contesto, intentando mantener la calma—, ¿qué pruebas hay de que esa niña sea mía?

—En este momento, solo tenemos el testimonio de Claire. Jessica siempre mantuvo que usted era el padre, pero nunca presentó una demanda de paternidad. Como es lógico, se puede realizar una prueba de ADN.

—Por supuesto que quiero una prueba de ADN —respondo, más brusco de lo que pretendía.

—Lo entiendo perfectamente —dice Diane—. Sin embargo, hay un asunto más urgente. En la actualidad, Lily está bajo el cuidado temporal de su tía Claire, pero ella no puede hacerse cargo de la niña de forma definitiva debido a problemas de salud. Si no aparece un familiar que reclame la custodia, Lily entrará en el sistema de acogida la próxima semana.

El sistema de acogida. Esas palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba. Pienso en esa cría, que podría o no ser mía, quedando en manos del Estado. Sola. Asustada.

—¿Puedo verla? —pregunto, sorprendiéndome a mí mismo—. Antes de la prueba, quiero decir.

—Por supuesto —responde Diane, y noto un cambio sutil en su voz, como si hubiera pasado algún tipo de examen—. Podemos organizar una visita lo antes posible.

Tres días después, estoy sentado en una sala estéril de las oficinas de Servicios Sociales en Denver, y las manos me sudan como si estuviera a punto de montar el toro más salvaje del circuito.

He cancelado dos competiciones, algo que nunca había hecho en mi carrera. Le dije a Harper que era por una emergencia familiar, lo que provocó una ceja alzada, pero, sorprendentemente, ninguna pregunta. Por un momento, mientras me miraba con esos ojos inteligentes, temí que pudiera leer mis pensamientos, ver a través de mi excusa. Pero se limitó a asentir y a reorganizar mi agenda sin presionarme. Fue un recordatorio de por qué, a pesar de lo mucho que me irrita a veces, Harper Reeves es la única persona de la agencia con la que puedo trabajar.

La puerta se abre y entra Diane, seguida por una mujer más joven que sostiene la mano de una niña pequeña.

Y entonces la veo.

El mundo parece detenerse. Todo —el ruido de fondo, las voces, incluso mi propia respiración— desaparece.

Porque esos ojos que me miran con curiosidad infantil son exactamente como los míos. Verde intenso, con ese tono particular que he visto toda mi vida en el espejo. Y la forma de la mandíbula... Es como verme a mí mismo en versión miniatura y femenina.

No necesito una prueba de ADN. No necesito ningún documento. Un solo vistazo y lo sé con una certeza que me golpea en el pecho como un toro desbocado.

Es mi hija.

Mi. Hija.

Lily es pequeña para su edad, con el pelo oscuro cayendo en rizos alrededor de una cara que es innegablemente Sullivan, mezclada con rasgos que no reconozco y que deben de ser de su madre. Lleva un vestido amarillo y unas zapatillas deportivas desgastadas, y agarra un caballo de peluche como si fuera un salvavidas.

—Lily —dice Diane con suavidad—, este es el señor Sullivan. Es un amigo que quiere conocerte.

Me pongo en cuclillas para estar a su altura, consciente de que debo parecer un gigante para ella. De repente, todas mis habilidades

sociales, por limitadas que fueran, se han volatilizado. ¿Qué se le dice a una hija que no sabías que tenías?

—Hola, Lily —hablo, y mi voz suena extrañamente suave—. Me gusta tu caballo.

Ella mira su peluche y luego a mí.

—Se llama Rayo —dice, y su vocecita hace que algo se retuerza dentro de mi pecho—, porque va muy rápido.

—Es un buen nombre —respondo y, por alguna razón, siento ganas de llorar. Yo, Nate Sullivan, que no he derramado una lágrima desde que tenía doce años—. A mí también me gustan los caballos.

—¿Tienes caballos de verdad? —pregunta, sus ojos (mis ojos) abriéndose con interés.

—Mi mejor amigo tiene algunos —contesto, pensando en el rancho de Wyatt—. Caballos grandes y fuertes.

—Me gustan los caballos —dice, y da un pequeño paso hacia mí—. La tía Claire dice que mi mamá está en el cielo. ¿Tú conocías a mi mamá?

La pregunta me impacta como un puñetazo. ¿Qué se supone que debo responder a eso? ¿La verdad? ¿Una mentira piadosa?

—La conocí —contesto al fin, optando por una verdad simple—. Hace mucho tiempo.

Lily asiente, como si eso tuviera perfecto sentido para ella.

—¿Quieres ver cómo dibujo un caballo? —pregunta, cambiando de tema con esa facilidad que solo los niños poseen.

—Me encantaría.

Y así, sin ceremonias, me encuentro sentado en una diminuta mesa con mi hija recién descubierta, viendo cómo dibuja caballos con lápices de colores. Mientras la observo, Diane me pone al día en voz baja.

Jessica luchó contra la adicción durante años. Estaba limpia cuando Lily nació, pero recayó varias veces. El accidente ocurrió cuando conducía bajo los efectos de las drogas. Fue un milagro que Lily no fuera con ella en el coche.

Con cada palabra, siento crecer una determinación en mi interior. Esta niña, esta pequeña persona con mis ojos y una sonrisa que

ilumina toda la habitación, ha sufrido suficiente inestabilidad en su corta vida.

—Quiero la custodia —sentencio en voz baja pero firme, sin apartar los ojos de Lily, que ahora me explica por qué su caballo es morado («porque es más bonito que los marrones»).

Diane parece asombrada.

—Señor Sullivan, eso es..., bueno, es una decisión importante. Hay muchos factores a considerar. Su estilo de vida, su trabajo...

—Haré lo que sea necesario —la interrumpo—. Lo que sea.

Y lo digo en serio. En ese momento, mirando a Lily concentrada en su dibujo, con la punta de la lengua asomando entre los dientes en un gesto de concentración que reconozco como mío, sé que haría cualquier cosa por ella.

Incluso si eso significa dejar atrás todo lo que he conocido.

* * *

Dos semanas después, estoy en el rancho de Wyatt, sentado en su porche mientras observo a Lily correr tras una mariposa en el jardín. Las pruebas de ADN confirmaron lo que ya sabía: es mi hija. Los abogados están formalizando los papeles de la custodia.

Y yo estoy contemplando el mayor cambio de mi vida.

Y el mayor milagro.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta Wyatt, pasándome una cerveza—. Podrías seguir compitiendo. Contratar a una niñera, llevarla contigo...

Niego con la cabeza, sin apartar la vista de Lily.

—No quiero exponerla, Wyatt. Rodeada de extraños, con los medios analizando cada aspecto de su vida...

No menciono mis mayores temores: que la prensa descubra la historia de su madre, las adicciones; que nunca supe de su existencia hasta que ella falleció; que conviertan su origen en un espectáculo, en algo que la persiga toda su vida.

—Sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites —dice Wyatt—. El rancho es grande, y a Lily le encantan los caballos.

—Te lo agradezco —respondo con sinceridad—. Nos quedaremos aquí una temporada, hasta que encuentre un sitio como este que pueda convertirse en nuestro hogar; un sitio donde pueda crecer tranquila, lejos de todo ese circo.

Wyatt asiente, entendiendo lo que no digo. El «circo» incluye a los medios, a los fans obsesivos, a los patrocinadores exigentes. Todo lo que ha sido mi vida durante la última década.

—¿Qué vas a hacer con la prensa? ¿Con tus patrocinadores?

Me encojo de hombros.

—Desaparecer.

—¿Sin explicaciones? —plantea, alzando una ceja—. Eso solo intensificará la curiosidad, lo sabes.

—Prefiero que especulen a que sepan la verdad —contesto—. Al menos por ahora. Hasta que Lily sea mayor, hasta que pueda entender y decidir por sí misma si quiere que el mundo sepa quién es.

La pequeña se acerca corriendo, con las mejillas sonrojadas y una sonrisa que me desarma por completo.

—¡Papá! ¡He visto una mariposa grandísima! —exclama, extendiendo los brazos para mostrar el tamaño, que estoy seguro está exagerado.

Papá. Todavía me desconcierta oír esa palabra dirigida a mí. Hace solo dos semanas, era «señor Sullivan». Luego «Nate». Y ahora, después de explicarle con la mayor delicadeza posible que soy su padre, es «papá».

Y cada vez que lo dice, siento que mi corazón se expande de una manera que nunca creí posible.

—¿De verdad? —pregunto, levantándola y sentándola en mi regazo—. ¿De qué color era?

Mientras Lily me describe la mariposa con todo el entusiasmo de sus tres años y medio, miro a Wyatt y veo en sus ojos que me comprende; que ve lo que estoy viendo: que todo —el rodeo, los títulos, el reconocimiento, el dinero— palidece en comparación a esto.

Con ser el padre que esta niña merece.

Mi niña.

Más tarde esa noche, después de leerle tres cuentos y arroparla en la cama que Wyatt improvisó para ella, me siento en el porche con mi móvil en la mano.

Tengo docenas de mensajes sin leer. Llamadas perdidas. Correos electrónicos urgentes sobre competiciones, entrevistas, sesiones de fotos.

Una vida entera que ya no me pertenece.

Con un suspiro, apago el teléfono. Mañana cancelaré mis cuentas. Cambiaré mi número. Desapareceré del radar.

No será fácil. Extrañaré el rodeo más de lo que quiero admitir. La adrenalina, la competición, incluso la camaradería del circuito.

Y aunque me cueste reconocerlo, también extrañaré a Harper. Su determinación irritante, la forma en que nunca se deja intimidar por mí, cómo sus ojos brillan cuando está enfadada. La manera en que, a pesar de todas mis quejas, siempre ha sabido manejarme mejor que nadie. Es la única persona que ha conseguido traspasar algunas de mis barreras, y ahora voy a esfumarme sin darle una explicación. La idea me produce una punzada inesperada que intento ignorar. Esto no se trata de Harper ni de mí. Se trata de Lily.

Porque, cuando pienso en Lily, en su sonrisa, en la confianza con la que ha puesto su pequeña mano en la mía hoy mientras explorábamos el rancho, sé que no hay competición que pueda compararse con esto.

Haré lo que sea necesario para protegerla, para darle la estabilidad que su madre no pudo.

Incluso si eso significa dejar atrás todo lo que soy.

O, mejor dicho, todo lo que era.

Porque ahora soy algo más importante que un campeón de rodeo.

Soy el padre de Lily.

Y eso lo cambia todo.

Capítulo 9

Harper

PRESENTE. ÚLTIMA SEMANA DE MAYO

La cena en casa de Wyatt Mitchell ha sido, sin duda, la más incómoda de mi vida. Y eso que una vez tuve que cenar con un patrocinador que insistía en comparar el rodeo con la «danza contemporánea para machos alfa».

Wyatt ha intentado mantener una conversación normal mientras servía un estofado sorprendentemente delicioso, pero es difícil ignorar al elefante en la habitación. O, más bien, la ausencia del elefante, ya que Nate ha decidido quedarse con Lily en su cuarto, con toda probabilidad para mantenerla lo más lejos posible de mí, la amenaza que ha invadido su santuario.

Ahora, sentada en el porche con una taza de café entre las manos, observo cómo el cielo de Montana se llena de estrellas. Jamás había visto tantas. En Nueva York, las únicas estrellas que brillan son las que aparecen en las vallas publicitarias de Times Square.

—Es precioso, ¿verdad? —dice Wyatt, saliendo al porche y sentándose en la mecedora junto a mí—. Uno de los motivos por los que nunca podría vivir en la ciudad.

—Es impresionante —admito—. Aunque mi apartamento tiene otras ventajas. Como la posibilidad de pedir comida tailandesa a las tres de la madrugada.

Wyatt se ríe, un sonido cálido y genuino que me hace pensar que, en otras circunstancias, podríamos habernos llevado bien.

—Bueno, Harper —dice después de un momento—, ¿qué es lo que realmente quieres?

La pregunta me toma por sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—Has venido hasta Montana, has seguido pistas que nadie más encontró, te has enfrentado a un Nate Sullivan furioso... —enumera —. Todo eso requiere mucha determinación. Así que ¿qué es lo que realmente esperas conseguir de él?

Es una buena pregunta.

—Necesito que vuelva a competir —respondo al fin—. Mi jefa me ha dado un ultimátum: o traigo a Sullivan de vuelta al circuito, o estoy despedida. Y, si pierdo mi trabajo, también pierdo mi apartamento, porque mi casero acaba de subirme el alquiler un treinta por ciento.

Wyatt silba por lo bajo.

—Eso es duro.

—La vida en la gran ciudad —me encojo de hombros, intentando sonar más despreocupada de lo que me siento—. Pero lo peor es que...

—¿Qué? —me anima a seguir cuando me detengo.

—Que una parte de mí estaba preocupada por él de verdad —reconozco, casi en un susurro—. Sullivan es el hombre más irritante que he conocido, pero, después de trabajar juntos durante año y medio, quería saber que estaba bien.

Wyatt me mira con una expresión que no puedo descifrar, como si estuviera tratando de ver dentro de mi cabeza.

—¿Qué? —pregunto, incómoda bajo su escrutinio.

—Nada. —Sonríe—. Solo que ahora entiendo por qué Nate siempre hablaba de ti.

—¿Hablaba de mí? —No puedo evitar la extrañeza en mi voz.

—Se quejaba de ti constantemente —aclara Wyatt con una sonrisa traviesa—. Lo cual, conociendo a Nate, significa que le importabas más de lo que quería admitir.

Antes de que pueda procesar esa información, una voz profunda hace acto de presencia.

—¿Interrumpo algo?

Me giro para ver a Nate de pie en la entrada del porche, con los brazos cruzados y una expresión inescrutable. ¿Cuánto tiempo lleva ahí? ¿Cuánto ha escuchado?

—Para nada —responde Wyatt, levantándose—. De hecho, ya me iba. Tengo que revisar que todo esté cerrado. Buenas noches.

Y con eso, nos deja solos.

Traidor.

Nate permanece en la entrada durante un momento, como si estuviera decidiendo si quedarse o marcharse. Al final, avanza y se sienta en la mecedora que Wyatt acaba de dejar vacante.

El silencio entre nosotros es tan denso que casi puedo tocarlo. Decido romperlo.

—¿Lily está dormida?

—Sí —contesta de manera tajante.

Más silencio. Genial.

—Mira, Sullivan —digo al rato—, tenemos que hablar sobre lo que vamos a hacer.

—No hay nada que hablar —sentencia, su voz dura—. Mañana te irás y olvidarás que nos has visto.

—No puedo hacer eso —replico—. Mi trabajo depende de que vuelvas.

—Ese no es mi problema —dice, encogiéndose de hombros—. Estoy seguro de que una chica como tú encontrará otra cosa en menos que canta un gallo. Seguro que tienes un plan alternativo, ¿no? Vuelve a casa de tus padres mientras tanto.

Algo dentro de mí se rompe. Tal vez sea el agotamiento del viaje, o la tensión acumulada durante meses, o es tan sencillo como que estoy harta de que me juzgue sin conocerme.

Simplemente estallo.

—¿Mis padres? —Suelto una carcajada amarga—. Esa sería una gran idea si supiera quiénes son o dónde están. Crecí en el sistema de acogida, Sullivan. Pasé por siete hogares diferentes antes de cumplir dieciocho años. No tengo una red de seguridad. No tengo a nadie que me respalde si todo se va a la mierda. Todo lo que tengo lo he conseguido yo sola, y ahora estoy a punto de perderlo todo porque tú decidiste desaparecer sin decir ni una palabra.

Las palabras salen de mi boca como un torrente y, cuando termino, me siento expuesta y vulnerable de una manera que odio. Nunca hablo de mi pasado. Jamás. Y acabo de vomitarlo todo frente al hombre más hermético que he tratado en mi vida.

Durante un momento, hay un silencio total. Nate me mira de hito en hito y, por primera vez desde que lo conozco, parece genuinamente sorprendido. No, más que sorprendido. Parece... afectado.

—No lo sabía —dice al fin, su voz más suave de lo que la he oído nunca, excepto cuando habla con Lily.

—Por supuesto que no lo sabías —respondo, intentando recuperar la compostura—. Porque nunca te has molestado en preguntar. Nunca te has molestado en ver más allá de tus propios problemas. Más allá de ser el centro del universo.

Nate se pasa una mano por el pelo, un gesto que reconozco de nuestros días trabajando juntos. Es lo que hace cuando está incómodo o no sabe qué decir.

—Lo siento —dice por fin, y suena sincero—. Por asumir cosas sobre ti. Pero eso no cambia mi situación.

—¿Cuál es exactamente tu situación? —inquiero—. Porque, desde donde yo lo veo, parece que estás escondiéndote del mundo entero por tener una hija. Y perdóname, pero hay miles de padres solteros que siguen con sus vidas sin necesidad de desaparecer por completo.

Sus ojos se endurecen, y por un momento temo haber ido demasiado lejos. Pero entonces inspira hondo, como si estuviera tomando una decisión.

—Lo único que quiero es que nadie, nadie en absoluto, se entere de la existencia de mi hija —sentencia, en voz baja pero intensa—. No quiero que los medios hurguen en su pasado, en su madre, en cómo nunca supe de su existencia hasta hace unos meses. No quiero que crezca bajo ese escrutinio.

—¿Qué quieres decir con que no supiste de su existencia hasta hace unos meses? —indago, confundida.

Nate me mira durante unos largos segundos, como evaluándome.

—Me enteré de que tenía una hija hace seis meses, cuando Servicios Sociales me contactó tras la muerte de su madre —dice al fin—. Lily es el resultado de un encuentro de una noche que tuve hace años. Su madre intentó contactarme cuando descubrió que estaba embarazada, pero nunca recibí esos mensajes. Probablemente terminaron filtrados con el correo de fans.

La revelación me deja momentáneamente sin palabras.

Nate no sabía que tenía una hija.

Es horrible.

—La madre de Lily murió en un accidente de coche —continúa hablando—. Iba conduciendo bajo los efectos de las drogas. Es un milagro que Lily no fuera con ella.

—Dios mío —murmuro—. Nate, lo siento mucho.

—¿Te imaginas lo que pasaría si los medios se enteraran? —me plantea con la voz cargada de preocupación—. ¿Si descubren que Nate Sullivan tiene una hija secreta de una mujer con problemas de adicción?, ¿que nunca supo de su existencia hasta que la madre murió? Los titulares serían brutales.

En ese instante lo entiendo todo de golpe. Su desaparición. Su enfado. El miedo que he visto en sus ojos. No es solo que quiera mantener a su hija alejada de los focos. Es que tiene miedo de que descubran la historia completa, de cómo eso podría afectar a la niña.

—Y lo peor —prosigue, bajando todavía más la voz— es pensar en Lily creciendo con esa historia sobre ella. Imaginando que un día, cuando sea mayor, leerá en internet cómo su padre ni siquiera supo de su existencia, cómo su madre murió drogada y sola... —Se frota la cara con las manos—. No puedo permitir que eso ocurra. No quiero que mi hija crezca con esa sombra sobre ella.

—Entiendo que quieras protegerla —digo con suavidad—. De verdad que lo entiendo. Pero, Nate, con tu desaparición, lo único que has hecho ha sido poner todavía más el foco sobre ti y tu vida. Hay teorías de conspiración, reporteros buscándote, fans preocupados... Incluso tus padres están destrozados.

Veo un destello de culpabilidad en sus ojos ante la mención de su familia.

—¿Has hablado con mis padres? —inquiere, sorprendido.

—Llamé a tu madre cuando Victoria me dio el ultimátum —admito—. Pensé que tal vez sabrían dónde estabas. Martha me dijo que apenas ha tenido noticias de ti, solo lo suficiente para saber que estás vivo. Esa mujer estaba fingiendo que estaba bien, pero pude percibir el dolor en su voz.

Nate se queda callado, y puedo ver que mis palabras lo han afectado. Entonces, como si un interruptor se hubiera encendido en mi cabeza, veo una solución. Una que podría funcionar para todos.

—Tengo una idea —digo, enderezándome—. Una que podría resolver tu problema y el mío de un plumazo.

Nate me mira con escepticismo.

—¿Qué idea?

—Vuelve por una temporada más —propongo—. Una última temporada de despedida. Anunciamos tu retirada de forma controlada, con la narrativa que tú elijas. Mientras tanto, Lily permanece completamente fuera del radar. Nadie tiene por qué saber de ella. Y, cuando termine la temporada, te retiras de manera oficial, sin misterio, sin especulaciones, y puedes vivir tu vida tranquila con tu hija.

Nate frunce el ceño, considerando mis palabras..., algo que, sinceramente, no esperaba que fuese a hacer.

—¿Y cómo se supone que voy a competir mientras cuido de una niña de cuatro años? No puedo confiar en que no se filtrará a la prensa. Es una información demasiado jugosa y, como bien sabes, se pagaría muy bien.

—Yo podría... —empiezo a decir, y luego me detengo, sorprendida por lo que estoy a punto de ofrecer. ¿De verdad quiero hacer esto?—. Yo podría ayudarte con Lily. Podría ser su niñera mientras compites.

—¿Tú? —Suelta una risa incrédula—. ¿Una mujer que, casi con toda probabilidad, no ha cambiado un pañal en su vida?

—Lily ya no usa pañales, genio —replico, poniendo los ojos en blanco—. Y, para que lo sepas, trabajé como niñera durante la universidad. Era uno de mis tres trabajos para pagar la matrícula.

Eso parece sorprenderlo.

—¿Por qué harías eso? —pregunta, confundido—. ¿Por qué te ofrecerías a cuidar de mi hija?

—Porque todos ganamos —explico—. Tú puedes disfrutar de una última temporada haciendo lo que amas, despedirte en tus términos y luego retirarte sin el circo mediático que has creado al desaparecer. Yo conservo mi trabajo y tengo un lugar donde quedarme mientras busco un nuevo apartamento. Y Lily..., bueno, Lily tendrá a alguien que la cuide mientras su padre compite, alguien que puede mantenerla alejada de los focos y que no venderá su historia.

Veo que está considerándolo; que, por primera vez desde que he llegado, realmente está escuchándome.

—¿Y qué pasa con Victoria? ¿Con los medios? ¿Con toda la gente que querrá saber dónde he estado estos meses?

—Déjame eso a mí —digo con confianza—. Gestionar narrativas es, literalmente, mi trabajo. Puedo crear una historia que satisfaga a la prensa sin revelar nada sobre Lily.

Nate me estudia, como si estuviera buscando el truco en mi propuesta.

—No lo sé —contesta al fin—. No es solo mi decisión. Tengo que pensar en Lily.

—Por supuesto. —Asiento—. Es tu hija.

Hay otro momento de silencio, y después Nate dice algo que no me esperaba en absoluto.

—Solo valoraré aceptar si veo que Lily se siente a gusto contigo —dice—. Si no, no habrá ningún trato.

—¿Eso significa que estás considerando mi propuesta? —planteo, intentando no sonar demasiado esperanzada.

—Significa que quiero ver cómo interactúas con ella antes de tomar una decisión —responde—. Mañana. Prepárate porque os juntaré para ver cómo estáis. Si veo que Lily se siente cómoda contigo, hablaremos de los detalles. Si no, te vas y no le dices a nadie nada sobre su existencia.

Pongo los ojos en blanco. Lo dice como si estuviera concertando una cita para el médico.

—Trato hecho —acepto, tendiéndole la mano.

Nate la mira por un momento antes de estrecharla. Su palma es cálida y áspera, y el contacto envía un hormigueo por mi brazo que me empeño en ignorar.

—No te hagas ilusiones, Reeves —advierte—. Lily es muy selectiva con las personas en las que confía.

—Como su padre, entonces —replico, sin poder evitarlo.

Por un segundo, casi parece que va a sonreír. Casi.

—Mañana a las diez —dice, soltando mi mano—. Y no bajes tarde.

—Nunca llego tarde —respondo—. Tú eras el que siempre desaparecía antes de las entrevistas.

Esta vez, juraría que veo un destello de diversión en sus ojos antes de que se dé la vuelta y entre en la casa.

Me quedo en el porche, mirando las estrellas y procesando lo que acaba de ocurrir. No puedo creer que me haya ofrecido para ser la niñera de la hija secreta de Nate Sullivan. No puedo creer que le haya hablado sobre mi pasado. Y, lo que es más, no puedo creer que él esté considerando mi propuesta.

Pero lo más asombroso de todo es que, por un instante, cuando hablábamos de Lily, cuando he visto esa vulnerabilidad en sus ojos, Nate Sullivan ha dejado de ser el vaquero arrogante que me vuelve loca y se ha convertido en algo mucho más peligroso: un hombre que podría llegar a importarme de verdad.

Nate

Cierro la puerta de la habitación de Lily con cuidado, después de comprobar por tercera vez esta noche que está dormida. Estoy demasiado inquieto. Ha sido un día largo y extraño para todos, en especial para ella. Ver a una desconocida aparecer en casa, la tensión en el ambiente... Los niños perciben estas cosas, aunque intentes ocultarlas.

Wyatt está en la cocina cuando bajo las escaleras, lavando los platos de la cena. Me mira cuando entro, y hay algo en su expresión que me dice que estoy a punto de recibir uno de sus sermones.

—Ni lo intentes —le advierto, abriendo la nevera y sacando una cerveza.

—Intentar, ¿qué? —pregunta con fingida inocencia.

—Lo que sea que estás pensando decirme sobre Harper Reeves.

Wyatt sonríe, con ese tipo de sonrisa que siempre me ha irritado porque significa que cree saber algo que yo no.

—Solo iba a comentar que ha sido una conversación interesante la que habéis tenido en el porche.

—¿Nos has estado espiando?

—Las ventanas estaban abiertas. —Se encoge de hombros—. Y no es que estuvierais susurrando, precisamente.

Me froto la cara con una mano, sintiendo el cansancio de las últimas horas.

—No sé qué hacer con ella —admito al fin.

—¿Con Harper o con la situación?

—Con ambas.

Wyatt deja el último plato en el escurridor y se seca las manos.

—Su propuesta tiene sentido —afirma, apoyándose en la encimera —. Una temporada más, una despedida en tus términos y luego puedes retirarte sin todo el circo mediático.

—¿Y qué pasa con Lily? —pregunto—. ¿Se supone que debo confiarla a una mujer que apenas conozco?

—Has trabajado con Harper durante un año y medio —señala Wyatt—. La conoces mejor que a la mayoría de las personas.

—Conozco a la Harper profesional —replico—. A la gestora de imagen que me perseguía para que sonriera en las fotos y fuera amable en las entrevistas. No sé nada sobre cómo es con los niños.

—Por eso le has dicho que quieres verla interactuar con Lily primero, ¿no?

Asiento, dando un trago a mi cerveza.

—Además —continúa Wyatt—, parece que hay cosas de ella que no sabías. Lo del sistema de acogida, por ejemplo.

El recuerdo de su rostro cuando me ha hablado de su infancia, de la vulnerabilidad en sus ojos, me golpea de nuevo. Harper Reeves, la mujer que siempre había asociado con bléiseres perfectos y una confianza inquebrantable, creció sin padres, sin un hogar estable.

Como podría haber crecido Lily si yo no hubiera aparecido.

—No lo sabía —reconozco—. Nunca hablamos de cosas personales.

—Tal vez deberíais empezar —sugiere Wyatt—. Sobre todo si va a pasar los próximos meses cuidando de tu hija.

—Todavía no he dicho que sí.

Wyatt me mira con esa expresión que significa «no te engañes a ti mismo».

—Vas a decir que sí —declara con confianza—. Porque, por mucho que te guste fingir que eres feliz aquí, escondido del mundo, te he visto mirando los resultados de las competiciones en tu teléfono. También te he visto visionando los vídeos de los nuevos competidores. Echas de menos el rodeo, Nate.

Quiero negarlo, pero sería mentir. Y Wyatt me conoce demasiado bien.

—Eso no significa que vaya a poner a Lily en riesgo —digo, en cambio.

—Por supuesto que no —asiente Wyatt—. Eres un buen padre. Pero también eres un competidor nato. Y esta podría ser tu oportunidad de tener ambas cosas: una última temporada para despedirte del rodeo en tus términos y, después, una vida tranquila con tu hija.

Suspiro, sabiendo que tiene razón. La propuesta de Harper es tentadora justo porque aborda ambos aspectos: mi deseo de proteger a Lily y mi anhelo apenas reconocido de volver a competir.

—¿Y qué hay de Harper? —pregunta Wyatt con un tono demasiado casual—. ¿Crees que podrás trabajar con ella de nuevo?

—¿A qué te refieres?

—Vamos, Sullivan... —Wyatt me mira con incredulidad—. Siempre has tenido una relación... intensa con esa mujer. Incluso antes de desaparecer, hablabas de ella a todas horas.

—Me quejaba de ella a todas horas —lo corrijo—. Hay una diferencia.

—Si tú lo dices... —Sonríe—. Pero he visto cómo la miras.

—No sé de qué estás hablando —respondo, incómodo con la dirección que está tomando esta conversación.

—Por supuesto que no. —Wyatt pone los ojos en blanco—. Solo digo que, si vais a pasar los próximos meses juntos, cuidando de Lily, viajando por el circuito..., las cosas podrían complicarse.

—No se complicarán —afirmo con más seguridad de la que siento —. Sería un acuerdo puramente profesional. Ella conserva su trabajo, yo disfruto de una última temporada y Lily permanece segura y protegida. Nada más.

Wyatt me mira como si fuera un caso perdido.

—Lo que tú digas, amigo —suelta al fin—. Pero recuerda mis palabras cuando estés en medio de la temporada, viviendo en estrecha proximidad con una mujer que ya te volvía loco cuando solo la veías en entrevistas y sesiones de fotos.

—Tu preocupación está anotada —contesto con brusquedad—. Ahora, ¿podemos cambiar de tema?

Wyatt levanta las manos en señal de rendición.

—Como quieras. ¿Qué vas a hacer si Lily y Harper se llevan bien mañana?

Es una buena pregunta. Una que he estado evitando desde que Harper ha hecho su propuesta.

—Supongo que tendremos que establecer algunas reglas —respondo tras meditarlo—. Límites claros sobre lo que Harper puede y no puede hacer con Lily; sobre cómo vamos a mantener su existencia en secreto durante la temporada.

—Eso suena razonable —comenta Wyatt—. ¿Y después? ¿Cuándo termine la temporada?

—Después... —Me detengo, pensando en ello—. Después volveremos aquí, supongo. O buscaré un hogar propio para Lily y para mí. Un sitio tranquilo donde pueda crecer lejos de los focos.

—¿Y Harper?

—Harper volverá a su vida en la ciudad —concluyo, ignorando la extraña sensación que me produce pensar en ello—. Con suerte, con trabajo y un apartamento gracias a haberme traído de vuelta.

Wyatt me mira como si quisiera decir algo más, pero al final se limita a asentir con la cabeza.

—Bueno, será mejor que descanses —dice al poco—. Mañana será un día importante.

Asiento y me dirijo a mi habitación, pero, antes de llegar, Wyatt me llama.

—Nate.

Me giro.

—¿Qué?

—Solo... dale una oportunidad, ¿vale? A Harper. A esta idea. Podría ser bueno para todos.

Lo miro durante un largo momento.

—Lo estoy considerando, ¿no? —contesto al fin—. Eso ya es más de lo que habría hecho ayer.

Wyatt sonríe.

—Es un progreso. Me gusta.

Maldigo por lo bajo y continúo hacia mi dormitorio. Una vez dentro, me siento en el borde de la cama y miro la foto enmarcada de Lily que tengo en la mesita de noche. Está sonriendo, con un caballo en segundo plano; es del día que la traje al rancho por primera vez.

¿Estoy haciendo lo correcto al considerar la propuesta de Harper? ¿Al pensar en exponer a Lily al mundo del rodeo, aunque sea manteniéndola entre bastidores? ¿Y qué pasa con Harper? ¿Puedo confiar en que mantendrá a mi hija a salvo, fuera del radar de los medios?

Y luego está esa otra pregunta, la que Wyatt ha insinuado y que me niego a considerar a fondo: ¿Qué pasará si la proximidad forzada con Harper despierta sentimientos que estuve obviando durante año y medio?

Sacudo la cabeza, rechazando la idea. Esto va sobre Lily. Sobre protegerla. Sobre darle la vida estable que merece.

Y si para eso tengo que pasar una temporada más en el circuito, con Harper Reeves como niñera improvisada de mi hija, pues que así sea.

Pero será estrictamente profesional. Sin complicaciones. Sin sentimientos.

Al menos, eso es lo que me digo a mí mismo mientras me preparo para dormir, ignorando de forma deliberada el recuerdo de sus ojos color miel brillando bajo las estrellas de Montana.

Capítulo 10

Harper

Alguien me está observando.

Lo siento incluso antes de abrir los ojos, ese cosquilleo en la nuca que te dice que no estás sola. Podría ser un asesino en serie. O un fantasma. O, teniendo en cuenta que estoy en un rancho en Montana, tal vez un coyote que se ha colado por la ventana.

Pero cuando abro un ojo y me doy la vuelta, lo que encuentro es mucho más desconcertante: un par de ojos verdes idénticos a los de Nate Sullivan, a no más de quince centímetros de mi cara.

—¡Joder! —exclamo, incorporándome de golpe.

—Esa es una palabra mala —dice la pequeña intrusa con total tranquilidad—. Papá dice que solo se puede decir cuando te caes de un caballo. ¿Te has caído de un caballo?

Me quedo mirándola, con el corazón todavía martilleándome el pecho. Lily Sullivan, en toda su gloria de cuatro años, está sentada en mi cama como si fuera lo más normal del mundo. Lleva un pijama de unicornios y el pelo revuelto por el sueño, y sostiene lo que parece ser un caballo de peluche bastante gastado.

—Yo... no —respondo al fin, intentando recuperar la compostura—. Lo siento. Me has asustado.

—¿Por qué? —pregunta, inclinando la cabeza con sincera curiosidad.

—Porque no esperaba encontrar a nadie en mi habitación cuando me despertara —contesto, pasándome una mano por el pelo que, estoy segura, parece un nido de pájaros en este momento.

—Oh. —Asiente, como si acabara de explicarle una compleja teoría científica—. Es que quería ver si ya estabas despierta.

—Pues ahora sí que lo estoy —murmuro, mirando el reloj: las cinco cuarenta y dos de la mañana. Demasiado temprano para cualquier ser humano razonable—. ¿Tu papá sabe que estás aquí?

Lily niega con la cabeza, y un rizo rebelde cae sobre su frente.

—Papá está dormido. Ronca como un oso —añade, imitando un ronquido exagerado que me hace sonreír a pesar de mi confusión matutina.

—¿Y por qué querías verme? —pregunto, realmente intrigada por esta pequeña versión de Nate que parece haber heredado su capacidad de sorprenderme, pero ninguna de sus barreras.

—Porque eres nueva —responde como si fuera obvio—. Y quería saber si te gustan los caballos.

De todas las preguntas que esperaba, esa no estaba en la lista.

—Me gustan —digo con honestidad—. Aunque no tengo mucha experiencia con ellos.

Lily asiente con solemnidad, como evaluando esta información crucial.

—A Trueno le gustas —declara, levantando su peluche—. Dice que tienes cara amable.

—Gracias, Trueno —contesto con igual seriedad—. Es un gran cumplido viniendo de un caballo tan distinguido.

Esto le arranca una risita que suena como campanillas.

—No es de verdad —aclara—. Es de peluche.

—Ah, eso explica por qué no se ha comido toda la hierba del rancho —bromeo, y Lily se vuelve a reír, esta vez más fuerte.

Es un sonido tan puro y auténtico que no puedo evitar sonreír. Esta niña es absolutamente adorable y, de alguna manera, totalmente diferente y exactamente igual que su padre al mismo tiempo.

—¿Tienes hambre? —pregunta, cambiando de tema con esa facilidad que solo los niños poseen—. Yo sí. Siempre tengo hambre por las mañanas. Papá dice que es porque estoy creciendo.

—Un poco —admito, dándome cuenta de que, en efecto, estoy hambrienta—. ¿Qué tal si nos vestimos y vamos a ver si podemos

encontrar algo de desayuno?

Lily niega con la cabeza.

—No hace falta vestirse. Es sábado. Los sábados son días de pijama hasta las diez —explica con la seguridad de quien recita una ley universal—. Wyatt hace tortitas los sábados.

—¿Tortitas? —digo, animándome ante la perspectiva—. Eso suena genial.

—Con sirope de arce y fresas —añade Lily, claramente entusiasmada—. Y nata montada si me porto bien.

—¿Y te has portado bien? —pregunto, arqueando una ceja.

Lily parece considerar con seriedad la cuestión.

—Creo que sí —dice al fin—. No he despertado a papá, y eso es portarse bien porque necesita dormir. A veces tiene pesadillas.

Esta revelación me sorprende. ¿Nate Sullivan, el hombre que parece hecho de acero y terquedad, tiene pesadillas? De alguna manera, ese pequeño detalle lo hace más humano, más vulnerable.

—Todos tenemos pesadillas a veces —digo con suavidad.

—Yo también —asiente Lily—. Sobre monstruos debajo de la cama. Pero papá dice que no existen, y él siempre dice la verdad.

Hay tal confianza absoluta en su voz que siento una punzada en el pecho. Esta niña adora a su padre, y es obvio que él ha hecho todo lo posible para que se sienta segura y amada.

Es terrible que se haya perdido los primeros años de su vida.

—Tu papá tiene razón —confirmo—. No hay monstruos debajo de la cama.

—Lo sé —dice con total convicción—. Papá los espantó todos.

La imagen mental de Nate Sullivan, cinco veces campeón mundial de rodeo, revisando debajo de la cama en busca de supuestos monstruos me derrite un poco el corazón.

Estoy segura de que ni siquiera cabe debajo de una.

—Bueno —digo, saliendo de la mía—, ¿qué te parece si vamos a ver si Wyatt ya está haciendo esas tortitas?

Lily salta de la cama con la energía infinita de los niños.

—¡Sí! Pero tienes que ponerte las zapatillas. El suelo está frío y papá dice que los resfriados empiezan por los pies.

—Tu papá es muy sabio —comento, buscando mis zapatillas bajo la cama.

—Es el más listo del mundo —asegura Lily con absoluta certeza—. Y el más fuerte. Puede levantar una vaca.

—¿Una vaca entera? —pregunto, fingiendo asombro mientras me pongo una sudadera sobre mi camiseta. He tenido que dormir con la ropa que traía. La verdad es que no esperaba tener que quedarme en el rancho. La idea era solo encontrar a Nate y arrastrarlo de nuevo al ruedo.

—Bueno, no le he visto hacerlo —admite Lily—, pero seguro que puede.

Soy incapaz de evitar reír ante su lógica infantil. Sigo a Lily por el pasillo, notando cómo camina de puntillas al pasar frente a la habitación de Nate, llevándose un dedo a los labios en señal de silencio. Es adorablemente considerada.

La cocina está vacía, pero hay café recién hecho, lo que significa que Wyatt debe de estar por ahí. Me sirvo una taza mientras Lily trepa a un taburete junto a la isla de la cocina.

—¿Quieres leche con chocolate? —le pregunto, recordando mi propia infancia.

—Sí, por favor —responde con educación—. Con la taza de Trueno.

Miro alrededor, confundida.

—La azul con estrellas —aclara, señalando un armario—. Arriba.

En efecto, en el armario que me indica hay una pequeña taza azul con estrellas plateadas. Se la lleno con leche y añado un poco de cacao en polvo que encuentro junto a la cafetera.

—Gracias —dice cuando se la entrego, tomando un sorbo que le deja un bigote de chocolate—. ¿Sabes hacer trenzas?

El cambio de tema me pilla por sorpresa.

—Sí, sé hacer varios tipos —respondo—. ¿Por qué?

—Papá solo sabe hacer una trenza normal —explica, pasándose una mano por su melena—. Y a veces queda torcida. Dice que sus dedos son demasiado grandes.

—Bueno, yo tengo dedos de tamaño normal —suelto mostrándole mis manos—. Podría hacerte una trenza después del desayuno si

quieres.

Los ojos de Lily se iluminan.

—¿De verdad? ¿Sabes hacer la trenza de espiga? La vi en una revista, pero papá dice que es muy complicada.

—La trenza de espiga es mi especialidad —le aseguro, aunque hace años que no hago una—. Te quedaría preciosa en el pelo.

Justo en ese momento me doy cuenta de lo a gusto que me siento con Lily; lo cariñosa que parece y lo tierna que es. Creo que nunca en la vida he tenido esta sensación de hogar, como si todo en esta casa gritase «familia».

Dios mío. Esta situación va a ser un problema.

No sé qué me da más miedo, que Nate se niegue a volver a competir o que acepte mi propuesta.

Esto no va a acabar bien.

Nate

Algo no va bien.

Lo sé en el momento en que abro los ojos. La casa está demasiado silenciosa. Lily suele despertarme saltando sobre mi cama, especialmente los sábados, cuando sabe que Wyatt hace tortitas.

Me levanto de un salto, con el corazón martilleándome en el pecho. Compruebo su habitación: vacía. La cama está deshecha, Trueno no está, y el pánico comienza a crecer dentro de mí.

—¿Lily? —llamo, intentando mantener la calma.

Silencio.

Recorro el pasillo a grandes zancadas, revisando cada habitación de la planta superior. Baño: vacío. Sala de estar: vacía. Estudio de Wyatt: vacío.

Y entonces lo oigo: risas. La risa inconfundible de mi hija mezclada con otra voz. Una voz femenina que reconocería en cualquier parte.

Harper.

Bajo las escaleras sin hacer ruido.

Me detengo en el pasillo, justo antes de la entrada a la cocina. Desde aquí puedo verlas sin que se den cuenta de mi presencia. Por un momento la escena que contemplo me deja sin palabras.

Lily está sentada en un taburete junto a la isla de la cocina, mirando a mi antigua gestora de imagen con lo que solo se puede describir como adoración, riendo como si Harper acabara de contar el chiste más divertido de la historia. Y Harper... Harper está de pie junto a ella con el pelo revuelto, preparando lo que parece ser leche con chocolate en la taza favorita de Lily. La taza de Trueno.

¿Cómo demonios sabe Harper cuál es la taza favorita de mi hija?

Hay una naturalidad en su interacción que me desconcierta. Lily, que por norma general es cautelosa con los extraños, está completamente relajada, hablando de manera animada sobre... ¿trenzas? El corazón se me aprieta en el pecho y una calidez comienza a extenderse por mi cuerpo.

—¿Disfrutando del espectáculo?

—Joder —exclamo.

La voz de Wyatt, justo detrás de mí, casi me hace saltar. Estaba tan absorto observando a Harper y Lily que no lo he oído acercarse.

—No las estaba espiando —murmuro, apartándome del umbral—. Solo estaba comprobando dónde estaba Lily.

Wyatt me mira con una sonrisa que me dan ganas de borrarle de un puñetazo.

—Claro, y yo no tengo ojos en la cara —dice, cruzándose de brazos—. Llevas ahí parado cinco minutos, mirándolas como si acabaras de descubrir que las sirenas existen.

Lo agarro del brazo y lo arrastro más lejos por el pasillo, donde no pueden oírnos.

—Cierra la boca, Mitchell —siseo—. Solo me sorprende que Lily esté tan cómoda con ella. Por lo general, es más cautelosa con los extraños.

—Sí, es sorprendente —asiente Wyatt, pero su sonrisa no desaparece—. Casi tan sorprendente como la forma en que tú estabas mirando a Harper.

—No estaba mirando a Harper de ninguna forma —replico, sintiendo un calor inexplicable subir por mi cuello—. Solo estaba

vigilando que mi hija estuviera bien.

—Seguro. —Wyatt suelta una risa baja—. Y yo soy un experto en ballet clásico.

—Vete a la mierda —gruño, dirigiéndome hacia la cocina.

—Con gusto —responde Wyatt, siguiéndome—. Pero primero voy a hacer tortitas y a disfrutar viendo cómo intentas no comerte con los ojos a tu exgestora de imagen.

Me detengo en seco y me giro hacia él.

—Una palabra más sobre esto delante de ellas y te juro que te arrepentirás.

Wyatt levanta las manos en señal de paz, aunque su sonrisa no desaparece.

—Tranquilo, vaquero. Tu secreto está a salvo conmigo.

—No hay ningún maldito secreto —insisto, pero incluso a mis oídos suena poco convincente.

Entramos en la cocina y tanto Harper como Lily levantan la mirada hacia nosotros. La sonrisa de mi hija se amplía.

—¡Papá! —exclama con alegría—. Harper me ha hecho leche con chocolate y va a hacerme una trenza de espiga después del desayuno. ¿A que es guay?

Intento procesar la escena frente a mí. Mi hija, en pijama, charlando entusiasmada con la mujer que ha venido a llevarnos de vuelta al mundo del que he huido, ambas en la cocina como si fuera de lo más normal.

—¿Has molestado a Harper? —pregunto, frunciendo el ceño. Lo último que necesito es que Lily se encariñe con alguien que solo está aquí por su trabajo.

—No me ha molestado en absoluto —interviene Harper con rapidez—. Hemos tenido una charla muy interesante sobre caballos y monstruos debajo de la cama.

La miro, intentando descifrar sus intenciones. ¿Esto es parte de su estrategia? ¿Ganarse a Lily para presionarme?

—Harper dice que le gustan los caballos pero que no tiene mucha experiencia —informa Lily, interrumpiendo mis pensamientos—. Deberíamos enseñarle a montar, papá.

—Ya veremos —respondo sin pensar, acercándome a la cafetera. Necesito cafeína para lidiar con esto—. ¿Has dormido bien? —le pregunto a Harper, más por cortesía que por interés real.

—Sí, gracias —contesta—. Hasta que he tenido una pequeña visitante sorpresa esta mañana.

Miro a Lily con una ceja alzada, aunque ya sospecho lo que ha pasado.

—Lily, ¿has entrado en la habitación de Harper sin permiso?

Mi hija tiene la decencia de parecer algo avergonzada.

—Solo quería ver si estaba despierta —murmura—. Y Trueno quería conocerla.

Suspiro. Hemos estado trabajando en el concepto de los espacios privados, pero Lily sigue siendo una niña de cuatro años con una curiosidad insaciable.

—Lo siento —le digo a Harper—. Todavía estamos trabajando en el tema de la privacidad.

—No pasa nada —asegura con una sonrisa que parece auténtica —. Ha sido una forma interesante de empezar el día.

Wyatt comienza a preparar la masa para las tortitas, tarareando alegremente.

—Vamos a empezar con el desayuno —dice, guiñándole un ojo a Lily—. ¿Quién quiere tortitas con sirope de arce y fresas, y nata montada?

—¡Yo! —exclama Lily, saltando en su asiento.

Wyatt le sonríe a Harper, y luego me mira con una expresión que me hace querer estrangularlo. El calor que siento subir por mi cuello me enfurece. Me saca de quicio que Wyatt esté tan amigable con ella, como si fuera una invitada bienvenida y no una amenaza para nuestra tranquilidad. Pero lo que más me irrita es darme cuenta de que me molesta ver la facilidad con la que ella le sonríe, cuando conmigo siempre ha sido todo tensión y discusiones.

Durante el desayuno, observo cómo Harper interactúa con Lily. Hay una facilidad entre ellas que me asombra y me inquieta a partes iguales. Mi hija por lo general es tímida, pero con Harper parece muy a gusto, como si la conociera de toda la vida.

—Harper va a hacerme una trenza de espiga —le dice Lily a Wyatt con entusiasmo—. Papá no sabe hacerlas porque sus dedos son como salchichas.

Harper ríe, un sonido claro y auténtico que me pilla desprevenido. No recuerdo haberla oído reír así durante nuestro año y medio trabajando juntos.

—¿Salchichas? —pregunto, fingiendo indignación—. Creía que habíamos acordado que eran como troncos de árbol.

—Las salchichas son más divertidas —responde Lily con una risita.

Después del desayuno, Harper cumple su promesa y comienza a trenzar el pelo de Lily en el sofá de la sala. Me quedo en el umbral, observándolas, mientras Wyatt limpia la cocina. La concentración en el rostro de Harper mientras sus dedos se mueven hábilmente entre los mechones oscuros de mi hija, la paciencia con la que responde a las interminables preguntas de Lily..., todo ello me hace difícil mantener mi postura de que es una amenaza para ella.

—Tiene mano con los niños —comenta Wyatt en voz baja, apareciendo a mi lado.

—Eso parece —admito a regañadientes.

—¿Has decidido qué vas a hacer? —pregunta—. Sobre su propuesta, quiero decir.

Suspiro, pasándome una mano por el pelo.

—No lo sé. Es arriesgado.

—Todo en la vida lo es —responde Wyatt—. Pero mira a Lily. Está feliz. Y tú..., bueno, no te he visto tan relajado en meses.

—No estoy relajado —replico—. Estoy preocupado.

—¿Por qué exactamente? —presiona Wyatt—. ¿Porque la prensa descubra lo de Lily? ¿O porque te sientes atraído por Harper?

Lo miro con una mezcla de sorpresa e irritación.

—No me siento atraído por Harper —siseo—. Y, si vuelves a insinuarlo, te juro que...

—Está bien, está bien... —Wyatt levanta las manos en señal de paz—. Pero piénsalo, Nate. Una última temporada. Un adiós en tus términos. Y luego puedes retirarte de manera oficial y vivir tu vida tranquila con Lily.

Vuelvo a mirar hacia la sala, donde Harper está acabando de hacerle la trenza. A mi hija se la ve radiante de felicidad.

—Parece que a Lily le gusta —murmuro.

—A Lily le encanta —corrige Wyatt—. Y eso debería decirte algo.

Tiene razón, aunque me cueste reconocerlo. A Lily siempre se le ha dado bien juzgar el carácter de las personas, incluso a su corta edad. Si ella confía en Harper...

—Voy a aceptar —suelto al fin. Las palabras han salido de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

Wyatt me da una palmada en el hombro.

—Sabia decisión, amigo.

Me dirijo hacia la sala, donde Harper acaba de terminar la trenza de Lily.

—¡Papá, mira! —exclama ella, girando la cabeza para mostrarme la elaborada trenza que ahora adorna su pelo—. ¡Me encanta!

—Es preciosa —digo con sinceridad, y luego miro a Harper—. Buen trabajo.

Harper parece sorprendida por el cumplido, pero sonríe.

—Gracias. Tu hija tiene un pelo increíble.

—Harper, ¿podemos hablar un momento? —pregunto, señalando hacia el porche—. A solas.

—Claro —responde, levantándose—. Lily, ¿por qué no vas a enseñarle tu trenza a Wyatt?

La niña asiente entusiasmada y corre hacia la cocina. Harper me sigue hasta el porche, donde el aire fresco de la mañana nos recibe.

Me giro hacia ella, intentando mantener una expresión neutra a pesar de la tormenta de emociones que siento.

—He estado pensando en tu propuesta —comienzo a hablar—. Y voy a aceptarla.

La alegría que ilumina su rostro es tan genuina, tan completa, que me pilla desprevenido.

—¿En serio? —inquiere con una emoción que parece demasiado intensa para ser solo por salvar su trabajo—. ¿Vas a volver al ruedo?

Asiento, sintiendo una mezcla de anticipación y temor.

—Una última temporada —confirmo—. La Summer Run completa y, si me clasifico, las National Finals en diciembre. Después, me

retiro de manera oficial.

No estoy preparado para lo que sucede a continuación. Harper se lanza hacia mí y me abraza. Es tan inesperado que me quedo rígido. No estoy acostumbrado al contacto físico, excepto con Lily. Y desde luego no estoy acostumbrado a tener a Harper Reeves pegada a mi pecho.

Es pequeña comparada conmigo, su cabeza apenas llega a mi barbilla, pero hay una fuerza en ella que siempre me ha sorprendido. Despacio, sin pensarlo realmente, mis brazos se cierran alrededor de su cintura, devolviéndole el abrazo.

Y entonces cometo un error. Bajo la mirada.

Estamos tan cerca que puedo contar sus pestañas, ver las motas doradas en sus ojos color miel, sentir su respiración contra mi piel. Todo mi cuerpo se tensa. Se me acelera el pulso. Luego, mi mirada baja de manera involuntaria a sus labios, y un pensamiento peligroso cruza mi mente: ¿cómo sería besarla?

El pensamiento me golpea como un puñetazo, y nos separamos de golpe, como si ambos hubiéramos tocado un cable de alta tensión.

—Yo... —balbucea, con un rubor que se extiende por sus mejillas —. Debería llamar a Victoria. Para contarle que has aceptado volver.

—Sí —digo, aclarándome la garganta—. Y yo tengo que... hablar con Lily. Explicarle bien lo que va a pasar.

Nos miramos con incomodidad durante un segundo más, y después ambos nos giramos y nos alejamos en direcciones opuestas.

Entro en la casa, intentando calmar mi corazón acelerado. ¿Qué demonios acaba de pasar?

Harper

Una vez sola en el porche, me apoyo contra la barandilla y respiro hondo, intentando calmar mi corazón acelerado. ¿Qué demonios acaba de pasar? Por un momento, por un breve e imposible momento, he pensado que Nate Sullivan iba a besarme.

Y lo más aterrador de todo es que yo quería que lo hiciera.

Sacudo la cabeza, procurando despejarla. Esto es estrictamente profesional. Un acuerdo beneficioso para ambas partes. No puedo permitirme complicarlo con... lo que sea que acaba de ocurrir.

Por el amor de Dios, hemos trabajado juntos durante un año y medio y nunca ha sucedido nada parecido.

Tengo que ponerme bajo control.

Con manos ligeramente temblorosas, saco mi teléfono y marco el número de Victoria. Es hora de volver a la realidad.

—Victoria Davis —responde mi jefa con su habitual tono cortante.

—Lo he encontrado —suelto sin preámbulos—. Y ha aceptado volver.

El silencio al otro lado de la línea es tan largo que por un momento pienso que se ha cortado la llamada.

—¿Victoria?

—Te escucho —habla al fin—. ¿Estás diciéndome que has localizado a Nate Sullivan y lo has convencido para que regrese al circuito?

—Sí —confirmo, sin poder evitar que una nota de orgullo se filtre en mi voz—. Hará una última temporada. La Summer Run completa, con la intención de clasificarse para las nacionales de diciembre.

—Harper —la voz de Victoria ha cambiado, hay un nuevo respeto en ella—, no sé cómo lo has logrado, pero acabas de salvar tu trabajo y de ganarte un bono por encontrar a Nate. Y posiblemente has conseguido ese ascenso que tanto querías.

Una oleada de alivio me recorre. Mi trabajo está a salvo. Mi futuro está a salvo.

—Hay algunas condiciones —advierto—. Nate quiere control total sobre su agenda, entrevistas limitadas, y yo seré su único enlace con la agencia.

—Concedido —responde Victoria sin dudarlo—. Lo que sea necesario para mantenerlo en el circuito. ¿Cuándo podemos esperar su regreso oficial?

—Estaremos en Denver para el rodeo de la próxima semana —digo, improvisando—. Haremos un anuncio formal entonces.

—Perfecto. Lo prepararé todo desde aquí. —Hay una pausa—. Buen trabajo, Harper. Realmente buen trabajo.

Cuando cuelgo, me permito un momento de pura celebración. Lo he conseguido. He encontrado a Nate Sullivan. He salvado mi trabajo. Y, ahora, solo tengo que pasar los próximos seis meses cuidando de su hija secreta mientras viajamos por el circuito de rodeo.

Pan comido.

Ignoro deliberadamente el recuerdo de sus ojos verdes mirando mis labios y me dirijo de vuelta a la casa. Tenemos mucho que planificar.

Capítulo 11

Harper

—No me puedo creer que me hayas convencido para hacer esto —gruñe Nate mientras maniobra su enorme camioneta por el aparcamiento del centro comercial de Bozeman.

El trayecto de dos horas desde el rancho ha sido una experiencia... educativa. He descubierto que Nate Sullivan conduce tal y como vive su vida: con absoluta determinación y un desprecio total por cualquier sugerencia de reducir la velocidad.

—¿Preferirías que pasase los próximos seis meses usando la misma ropa interior? —pregunto, arqueando una ceja—. Porque podría hacerlo, Sullivan, pero te garantizo que ninguno de los dos estaríamos contentos con esa situación.

Desde el asiento trasero, Lily suelta una risita que intenta ocultar tras su inseparable Trueno.

—Las personas mayores siempre hablan raro —le susurra al caballo de peluche, lo bastante alto como para que la oigamos.

Nate me lanza una mirada que claramente dice «Esto es culpa tuya», y tengo que morderme el interior de la mejilla para no reírme.

—Las personas mayores hablan de muchas cosas aburridas —respondo con seriedad—. Como impuestos, hipotecas y el precio de la gasolina.

Lily arruga la nariz.

—¿Qué es una *hipocreta*?

—Hipoteca —corrige Nate de inmediato—. Y es algo que espero que no tengas que conocer hasta dentro de muchos muchos años.

Por fin encontramos aparcamiento, aunque Nate ha tenido que dar tres vueltas porque, según él, «Esos espacios están hechos para coches de juguete, no para vehículos reales». Las enormes dimensiones de su camioneta rozan lo ridículo, incluso para los estándares de Montana, pero he aprendido que hay batallas que no merece la pena librar.

Antes de bajar, Nate se gira hacia Lily con expresión seria.

—Recuerda lo que hemos hablado, pequeña. Hoy somos...

—Tío Nate y sobrina Lily —recita ella con la solemnidad de quien repite un mantra importante—. Porque estamos en una misión secreta muy especial.

—Exacto —asiente Nate, y hay algo en la forma en que mira a su hija, una mezcla de orgullo y preocupación, que me provoca un nudo en la garganta—. Y si alguien pregunta...

—Estoy de visita —completa Lily, a todas luces satisfecha de recordar todos los detalles.

Observo este intercambio con una combinación de admiración y tristeza. Es impresionante que una niña de cuatro años pueda mantener una historia tan elaborada, pero me parte el corazón que tenga que hacerlo; que no pueda limitarse a ser quien es: la hija de Nate Sullivan.

—Eres la espía más lista que he conocido nunca —le digo, guiñándole un ojo.

Sus ojos se iluminan ante la idea.

—¿Como en las películas? ¿Con gafas de sol y todo?

—Exactamente —confirmo—. Aunque hoy tendremos que prescindir de las gafas. Llamarían demasiado la atención dentro del centro comercial.

—¡Vamos de compras! —exclama Lily con entusiasmo, haciendo que Nate ponga los ojos en blanco, aunque puedo ver que está reprimiendo una sonrisa.

El centro comercial de Bozeman es sorprendentemente grande y moderno, aunque no es comparable con los mastodónticos templos del consumismo de Nueva York. Aun así, tiene todo lo que necesito y, lo más importante, el anonimato que Nate busca con desesperación.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta Nate, mirando a su alrededor como si estuviera evaluando posibles rutas de escape.

—Ropa interior, pijamas, básicos... —enumero, consultando la lista mental que he estado preparando—. Y luego necesitaré algunas cosas de aseo personal.

Nate asiente con la expresión de un hombre que se dirige al patíbulo.

—Acabemos con esto lo antes posible.

—¿Podemos ir a la tienda de juguetes después? —pregunta Lily, agarrando la mano de Nate y dando pequeños saltitos—. ¡Porfa, porfa, porfaaaaa!

Nate me mira, como buscando apoyo, pero solo le devuelvo una sonrisa inocente.

Nuestra primera parada es una tienda de ropa donde, para mi asombro, Nate parece conocer con exactitud qué sección evitar.

—¿Cómo sabes dónde está la lencería? —pregunto, genuinamente curiosa y divertida.

—No es mi primer rodeo, Reeves —responde con sequedad.

—Vaya, vaya, Sullivan. No sabía que eras un experto en comprar braguitas.

Sus mejillas se tiñen de un rojo que encuentro delicioso a más no poder. Punto para Harper.

—Me refería a venir de compras con... —Se detiene mirando a Lily, quien, por suerte, está distraída con un expositor de diademas brillantes—. Con ella.

—Relájate, solo te estoy tomando el pelo —le aseguro, disfrutando quizá demasiado de su incomodidad—. ¿Por qué no llevas a Lily a ver esas diademas mientras yo me ocupo de mis... asuntos íntimos?

Nate parece aliviado por la sugerencia y se aleja de inmediato con la niña. Los observo por un momento: ella parloteando sin parar, él escuchando con una atención que muchos padres envidiarían. Es difícil reconciliar a este Nate con el gruñón antisocial que siempre he conocido.

Sin más demora selecciono lo esencial: ropa interior práctica, un par de pijamas, calcetines y algunas camisetas básicas. Cuando me dirijo a los probadores con varios vaqueros, me encuentro con Nate

y Lily esperándome. Ella lleva una diadema con orejas de gato en la cabeza y está haciendo una imitación bastante lograda de un felino.

—Miau, miau —dice, trepando por la pierna de su padre—. Soy un gato. Los gatos no hablan, solo dicen «miau».

—Muy convincente —le digo, impresionada—. Casi puedo ver los bigotes.

Lily sonríe, saliendo por un breve instante de su personaje.

—Pa... Tío Nate dice que puedo llevarla —me informa corrigiéndose a tiempo, volviendo de inmediato a su actuación felina —. Miau.

—¿En serio? —pregunto mirando a Nate con sorpresa.

Él se encoge de hombros, como si no fuera nada, pero puedo ver que haría cualquier cosa por ver feliz a su niña.

—Es solo una diadema —murmura.

—Con luces led —señalo, notando que las orejas de gato parpadean con suavidad.

—¿Vas a probarte todo eso? —pregunta, cambiando de tema y señalando la montaña de ropa en mis brazos.

—Tengo que asegurarme de que me queda bien —respondo—. No todos tenemos la suerte de poder ponernos cualquier cosa y parecer modelos de Calvin Klein.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas, y me doy cuenta demasiado tarde de lo que acabo de insinuar: que Nate Sullivan parece un modelo de ropa interior. Lo cual, para ser justos, es objetivamente cierto, pero no es algo que debería estar pensando, y mucho menos diciéndolo en voz alta.

Nate me mira con una mueca que no puedo descifrar, algo entre asombro y... ¿diversión?

—Vaya, Reeves, no sabía que te habías fijado —dice, y hay un deje en su voz que no había oído antes..., casi juguetón.

—Es un comentario profesional —respondo con rapidez—. He gestionado tu imagen durante año y medio, ¿recuerdas? He visto todas tus sesiones de fotos.

—Claro —asiente, pero hay una sonrisa en sus labios que me hace querer lanzarle algo—. Profesional.

—Voy a probarme esto —anuncio, dirigiéndome hacia los probadores—. Vigila mis cosas.

Mientras me pruebo vaquero tras vaquero (¿por qué son todos tan largos? ¿Es que en Montana no hay mujeres bajitas?), puedo oír a Lily fuera, todavía en su papel de gato, haciendo reír a Nate con sus imitaciones. El sonido de su risa, profunda y masculina, me provoca una sensación extraña en el pecho. Es la primera vez que lo oigo reír así.

Cuando salgo, con tres vaqueros que me quedan aceptablemente bien, varias camisetas y diferentes combinaciones de ropa interior, encuentro a Lily «acicalándose» como un gato mientras Nate finge estar fascinado por su comportamiento.

—Creo que ya tengo todo lo que necesito de esta tienda —comento—. Siguiente parada: artículos de aseo personal.

La expresión de Nate se transforma en una de horror cómico.

—¿No puedes ir tú sola a esa sección?

—¿Y perderme la oportunidad de verte incómodo en el pasillo de productos femeninos? Ni hablar, Sullivan.

Mientras nos dirigimos hacia allí, voy sumando de cabeza lo que he seleccionado. Mi tarjeta de crédito ya está al límite y, aunque Victoria me ha prometido un bono por encontrar a Nate, todavía no lo he recibido. Cada artículo que añado a mi cesta mental hace que mi estómago se retuerza un poco más.

Una vez en la zona de perfumería, voy directa a la sección de cuidado personal, con Nate y Lily siguiéndome de cerca. La niña parece fascinada por la variedad de productos, mientras que Nate parece desear estar en cualquier otro lugar.

—¿Para qué sirve esto? —pregunta ella, señalando un frasco de crema hidratante.

—Es para mantener la piel suave —explico, eligiendo el frasco más barato—. Sobre todo en invierno, cuando el ambiente está muy seco.

—¿Y esto? —continúa, apuntando a un paquete de tampones.

Por un momento Nate parece paralizado, y tengo que contener una carcajada ante su expresión de pánico.

—Es para... cosas de mujeres —respondo con diplomacia—. Te lo explicaré cuando seas más mayor.

Lily acepta esta respuesta con una facilidad que me sorprende y sigue con su exploración. Nate me mira con una mezcla de alivio y gratitud que casi me hace sentir mal por haberlo arrastrado a este pasillo. Casi.

—Te debo una —murmura.

—Añádela a la lista —respondo con un guiño.

Cuando ya he terminado, nos dirigimos a la sección de zapatos que no sé ni cómo voy a pagar y, por último, a la de juguetes, donde Lily de inmediato se transforma en un torbellino de energía y entusiasmo. Corre de un pasillo a otro, señalando cada cosa brillante, ruidosa o peluda que encuentra en su camino.

—¡Mira, mira! —chilla sosteniendo un unicornio de peluche que es casi tan grande como ella—. ¡Es muy esponjoso!

Nate la sigue pacientemente, respondiendo a cada exclamación con el interés apropiado. Lo observo interactuar con ella, el modo en que se agacha para estar a su altura, cómo escucha con atención cada palabra que sale de su boca, como si fuera la información más crucial del universo.

Es en estos momentos cuando veo al verdadero Nate Sullivan. No al vaquero gruñón y hosco que conocí hace dos años, sino al hombre que hay detrás de esa fachada. Un hombre que, contra todo pronóstico, se ha convertido en un padre extraordinario.

—¿Estás bien? —pregunta Nate, sacándome de mis pensamientos —. Te has quedado muy callada.

—Todo en orden —respondo con rapidez—. Solo... estoy procesando cuánto me va a costar todo esto.

No es del todo mentira, pero tampoco es toda la verdad. Lo que en realidad estoy procesando es lo peligrosamente fácil que sería encariñarme con esta versión de Nate. Y eso no puede suceder.

Después de que Lily haya explorado cada centímetro de la tienda, al final se decide por un pequeño kit de pulseras de la amistad. «Para hacer una para ti y una para Harper», le explica a su padre con una lógica que no admite discusión.

Cuando nos dirigimos a las cajas, me preparo para el golpe financiero que está a punto de llegar. Entre la ropa, los artículos de aseo y mis provisiones para seis meses de vida nómada, me estoy enfrentando a una factura que sin duda se llevará la mayor parte de mi límite de crédito disponible.

Mientras la cajera escanea artículo tras artículo, veo cómo el total sube y sube. Ciento cincuenta..., doscientos..., trescientos... Intento mantener una expresión neutra, pero por dentro estoy calculando cuántas comidas tendré que saltarme para compensar este gasto cuando llegue a casa.

—Son cuatrocientos veintisiete dólares con ochenta y tres céntimos —anuncia finalmente la cajera.

Trago saliva y busco mi tarjeta de crédito, rezando para que no sea rechazada. Pero, antes de que pueda sacarla, Nate ya está entregando la suya.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto en voz baja.

—Pagando —contesta sin más.

—No puedo dejar que hagas eso —protesto—. Es demasiado.

Nate me mira con esa intensidad que siempre me hace sentir como si estuviera viendo a través de mí.

—Tú vas a ayudarme con Lily —dice en voz baja, para que la niña no pueda oírlo—. Lo menos que puedo hacer es asegurarme de que tengas lo que necesitas.

—Pero...

—No es negociable, Reeves. —Su tono es firme, pero no duro—. Considéralo parte del trato.

Antes de que pueda seguir protestando, la transacción está hecha y la cajera está metiendo en bolsas todos los artículos.

—Gracias —digo al fin, sintiendo una mezcla de alivio y vergüenza.

Nate asiente una vez, como si no fuera gran cosa, pero hay algo en sus ojos que me indica que entiende muy bien lo difícil que es para mí aceptar su ayuda.

—¡Tengo hambre! —exclama Lily mientras salimos de la tienda, cargados con todas las bolsas—. ¡Mucha mucha hambre!

—¿Qué te parece si vamos a la zona de restauración antes de volver al rancho? —sugiero, mirando a Nate.

Él consulta su reloj, como si estuviera calculando si puede soportar más tiempo en este infierno comercial.

—Supongo que podríamos comer aquí —concede al fin.

La zona de restauración está moderadamente concurrida, con el típico surtido de comida rápida y opciones algo más saludables. Lily de inmediato señala un puesto de pizza.

—¡Pizza, pizza, pizza! —canturrea, saltando arriba y abajo.

—Pizza será —asiente Nate, y nos dirigimos hacia allí.

Mientras hacemos cola, noto que varias personas miran a Nate con esa expresión de «me suena de algo, pero no sé de qué». Es el tipo de reconocimiento vago que debe de ser una constante en su vida: lo bastante famoso para ser reconocido, pero no tanto como para ser abordado una vez tras otra.

Aun así, veo cómo se tensa de manera sutil, cómo su postura se vuelve más rígida. Instintivamente, me coloco entre él y las miradas curiosas, utilizando mi cuerpo como una pequeña barrera.

—Relájate —murmuro—. Solo eres un tipo normal comiendo pizza con su sobrina y... lo que sea que yo se supone que soy en esta historia.

—Mi asistente personal —responde en voz baja—. Si alguien pregunta.

—¿Asistente personal? —repito, arqueando una ceja—. ¿En serio? ¿No podía ser algo más glamuroso?

Un atisbo de sonrisa aparece en sus labios.

—Una asistente personal que habla demasiado.

—Ahora sí que suena realista —concedo.

Conseguimos nuestra pizza y encontramos una mesa relativamente aislada. Lily ataca su porción con el entusiasmo propio de su edad, manchándose la cara con salsa de tomate en el proceso.

—Más despacio, cariño —le dice Nate, limpiándole la barbilla con una servilleta—. La pizza no va a escaparse.

—Es que está muy buena —argumenta Lily con la boca llena.

—Y estará igual de buena si la comes más despacio —responde Nate con paciencia—. Además, no hablamos con la boca llena, ¿recuerdas?

Lily asiente con solemnidad y procede a masticar con exagerada lentitud, haciéndonos reír a ambos.

Es un momento tan normal, tan cotidiano —un padre, una hija, una pizza—, y sin embargo me siento extrañamente conmovida. Quizá porque sé lo extraordinarias que son las circunstancias que nos han reunido aquí, o quizá porque nunca tuve muchos de estos momentos en mi propia infancia.

—¿En qué piensas? —pregunta Nate, sorprendiéndome con su atención.

—En nada importante —respondo, apartando esos pensamientos —. Solo en que me sorprende lo buena que está esta pizza para ser de un centro comercial.

Nate me mira como si no me creyera, pero no insiste. En su lugar, se concentra en cortar la pizza de Lily en trozos más pequeños.

—¿Harper? —dice Lily después de un momento, limpiándose la boca con el dorso de la mano a pesar de las servilletas disponibles.

—¿Sí?

—¿Cuántas veces has montado a caballo?

—Solo una —admito—. Monté una vez cuando era pequeña, en un campamento de verano, pero el caballo parecía tener su propia idea de a dónde quería ir, y no era precisamente donde yo quería llevarlo.

Lily se ríe, como si acabara de contar el chiste más gracioso de la historia.

—Los caballos son muy listos —dice con autoridad—. Tienes que hablarles bien para que te hagan caso.

—¿Ah, sí? —pregunto con genuino interés—. ¿Y cómo se les habla bien?

—Con cariño —responde sin más—. Y hay que darles zanahorias. A los caballos les encantan las zanahorias.

Miro a Nate, que observa a su hija con una mezcla de orgullo y algo más profundo y hermoso.

—Es una experta en caballos —me dice, y hay una dulzura en su voz que nunca le había oído usar conmigo, ni con nadie—. Deberías verla con Mantequilla. Ese poni haría cualquier cosa por ella.

—Mantequilla es mi mejor amigo —declara Lily—. Después de Trueno, claro.

—Claro —secundo con seriedad—. Trueno siempre será el número uno.

Lily sonríe, complacida de que entienda la jerarquía.

—Tú también podrías ser mi amiga —añade después de un momento de consideración—. Si quieres.

La oferta, tan simple y directa, me toma por sorpresa. Miro a Nate, insegura de cómo responder. No quiero crear falsas expectativas, pero tampoco quiero rechazar a una niña de cuatro años que me está ofreciendo su amistad con tanta franqueza.

—Me encantaría ser tu amiga, Lily —contesto al fin—. Aunque tengo que advertirte que no sé mucho sobre caballos. Tendrás que enseñarme.

—Yo te lo enseñaré todo —promete con la confianza absoluta de los niños—. Es muy fácil. Solo tienes que darles zanahorias y no gritar. A los caballos no les gusta que les griten.

—Anotado —digo, haciendo un gesto como si estuviera tomando notas mentales—. Zanahorias, sí; gritos, no.

Nate nos observa con una expresión indescifrable, y por un instante me pregunto si he cruzado alguna línea invisible. Pero entonces veo algo en sus ojos, una suavidad casi imperceptible, y me doy cuenta de que, tal vez, solo tal vez, esto es justo lo que necesitaba ver: que su hija estará bien conmigo. A salvo.

Y lo entiendo. De verdad que lo entiendo.

El viaje de regreso al rancho es tranquilo. Lily se queda dormida casi de inmediato, agotada por la excitación del día, y Nate y yo viajamos en un silencio sorprendentemente cómodo.

—Gracias —digo al cabo de un rato, rompiendo el silencio—. Por todo esto. La ropa, la comida... No tenías por qué hacerlo.

Nate mantiene la vista en la carretera, pero asiente.

—No es nada.

—Para mí sí lo es —insisto—. No estoy acostumbrada a... recibir ayuda.

Nate me mira por un breve instante antes de volver a concentrarse en la calzada.

—Yo tampoco —admite—. Supongo que ambos tendremos que acostumbrarnos, al menos durante los próximos meses.

Hay algo en la forma en que lo dice, una vulnerabilidad apenas perceptible, que me hace pensar que quizá, solo quizá, este arreglo podría funcionar.

—Ha sido un buen día —comento, mirando por la ventanilla los vastos paisajes de Montana que pasan a toda velocidad—. Lily es... especial.

—Lo es —confirma, y hay tanto orgullo en esas dos palabras que me hace sonreír.

—Se parece mucho a ti —añado—. No solo físicamente. Tiene tu... determinación.

Nate suelta una risa corta pero sincera.

—¿Esa es tu forma educada de decir que es cabezota?

—Bueno, la manzana no cae lejos del árbol, Sullivan.

Para mi asombro, no se ofende. En su lugar, asiente como si estuviera de acuerdo.

Quizá por eso me atrevo a pronunciar las siguientes palabras.

—Y su madre, ¿cómo era?

Nate me mira un par de segundos, sorprendido por la pregunta.

—No la conocía realmente —responde con honestidad—. Fue... una noche. Una estupidez después de ganar en Denver. Demasiado whisky, demasiada adrenalina... —Se detiene, como si acabara de darse cuenta de con quién está hablando—. No debería estar contándote esto.

—¿Por qué no? —inquiero—. Vamos a pasar los próximos seis meses prácticamente viviendo juntos. Creo que podemos permitirnos ser un poco más... abiertos el uno con el otro.

Nate parece considerar esto, sus manos apretando algo más fuerte el volante.

—Supongo que tienes razón —concede al fin—. Pero no es una historia de la que esté orgulloso.

—Todos cometemos errores, Sullivan —digo con suavidad—. Lo importante es lo que haces después. Y lo que tú has hecho es asumir la responsabilidad y convertirte en un padre increíble para Lily. Eso dice mucho más sobre ti que una noche de malas decisiones.

Me mira de nuevo, más tiempo esta vez, y hay algo en sus ojos que no puedo descifrar. Algo que hace que mi corazón se acelere de una manera que decido ignorar.

—Gracias —se limita a decir, volviendo su atención a la carretera.

El resto del trayecto transcurre en silencio, para nada incómodo de nuevo. Es el silencio de dos personas que, quizá, están empezando a entenderse un poco mejor.

Cuando llegamos al rancho, Lily sigue profundamente dormida. Nate la levanta del asiento trasero con una ternura que contrasta con su tamaño y fuerza, y la lleva dentro mientras yo me ocupo de las bolsas.

Wyatt nos recibe en la puerta, arqueando una ceja al ver la cantidad de compras.

—¿Habéis dejado algo en las tiendas? —pregunta con una sonrisa.

—Solo lo que no era de mi talla —respondo, siguiendo a Nate al interior.

Mientras Nate lleva a Lily a su habitación, Wyatt me ayuda con los bultos.

—¿Cómo ha ido? —pregunta en voz baja—. ¿Ha gruñido mucho?

—Para mi sorpresa, no —respondo—. Ha sido casi... agradable.

Wyatt me mira como si acabara de decirle que he visto un dragón surcando el cielo.

—¿Nate Sullivan? ¿Agradable en un centro comercial? —Sacude la cabeza con incredulidad—. Debes de gustarle más de lo que pensaba.

Siento un calor inexplicable subir por mi cuello.

—No digas tonterías —respondo de inmediato—. Solo estaba siendo educado porque Lily estaba presente.

—Claro —asiente Wyatt, pero su sonrisa sugiere que no me cree en absoluto—. Lo que tú digas.

Antes de que pueda responder, Nate regresa a la sala.

—Duerme como un tronco —anuncia—. Ni siquiera se ha despertado cuando le he quitado los zapatos.

—Señal de que ha pasado un buen día —comenta Wyatt—. ¿Qué tal la experiencia de compras?

—Agotadora —responde Nate, dejándose caer en un sillón—. No entiendo cómo la gente hace esto por diversión.

—Algunos de nosotros disfrutamos de las pequeñas cosas de la civilización, Sullivan —digo, sentándome en el sofá con las bolsas a mis pies—, como poder comprar ropa que no huela a caballo.

—Todo huele mejor con un toque de caballo —argumenta Wyatt con una sonrisa.

—Y esa, damas y caballeros, es la diferencia entre la gente de ciudad y la gente de campo —respondo, haciendo una reverencia imaginaria.

Nate me mira con algo que casi podría confundirse con diversión.

—¿Has adquirido todo lo que necesitabas? —pregunta.

—Creo que sí —contesto asintiendo—. Gracias de nuevo por... ya sabes.

Hace un gesto con la mano, como restándole importancia.

—Te he dicho que no es nada.

—Aun así —insisto—. Te lo devolveré cuando reciba mi bono.

—Ni se te ocurra —replica con firmeza—. Considéralo un gasto operativo.

—¿Un gasto operativo? —repito, arqueando una ceja—. ¿Así es como llamas a comprarle ropa interior a una mujer?

Wyatt suelta una carcajada mientras Nate por un momento parece haberse quedado sin palabras, al tiempo que sus mejillas se tiñen de un rojo que encuentro fascinante.

—Yo... no... —balbucea, y verlo perder la compostura es tan raro que no puedo evitar reírme.

—Relájate, Sullivan —suelto, imitando su tono habitual—. Solo te estoy tomando el pelo.

Me mira con una mezcla de irritación y una intensidad que provoca que mi estómago dé un vuelco traicionero.

—Muy graciosa, Reeves —murmura, pero hay un brillo en sus ojos que no había visto antes, casi como si estuviera disfrutando de nuestro intercambio.

—Bueno, creo que es hora de que lleve todas estas cosas a mi habitación —comento, levantándome y recogiendo mis bolsas—. Ha sido un día largo.

—Te ayudo —se ofrece Nate, poniéndose de pie.

—No hace falta, puedo...

—Insisto —dice, tomando varias bolsas de mis manos.

Nuestros dedos se rozan un breve instante, y siento una descarga eléctrica que decido atribuir al cansancio y a la estática. Y a nada más.

—Como quieras —cedo, permitiéndole llevar la mayor parte de los bultos.

Mientras subimos las escaleras, soy dolorosamente consciente de su presencia detrás de mí; de su altura, de su fuerza, del calor que parece emanar de él incluso a distancia.

«Es ridículo», me digo a mí misma. Es Nate Sullivan. El mismo hombre gruñón e intratable con el que he trabajado durante año y medio. El hecho de que ahora esté viendo su lado paternal no cambia quién es en esencia. Un hombre que me vuelve loca en todos los sentidos posibles, en especial en los irritantes.

Llegamos a mi habitación y Nate deja las bolsas en el suelo con cuidado, como si contuvieran cristal en lugar de ropa interior y camisetas.

—Gracias por la ayuda —digo, rompiendo el silencio incómodo que se ha instalado entre nosotros.

Nate asiente, pero no hace ademán de marcharse. En su lugar, se queda ahí, llenando el marco de la puerta con su presencia imponente, mirándome con una intensidad que me hace sentir como si estuviera bajo un microscopio.

—¿Necesitas algo más? —pregunto, alzando una ceja.

—Solo quería decir... —empieza a hablar, y luego se detiene, pasándose una mano por el pelo en ese gesto que he aprendido a reconocer como señal de nerviosismo—. Lo has hecho bien hoy. Con Lily.

El cumplido me pilla tan desprevenida que por un instante no sé qué responder.

—Gracias —digo al fin—. Es una niña fácil de querer.

—Lo es —concede—. Pero, aun así..., gracias. Por ser paciente con ella. Por seguirle el juego.

—No hay de qué —respondo, y por alguna razón siento un nudo en la garganta—. Es lo mínimo que puedo hacer, considerando que me estás dejando quedarme aquí y todo eso.

Nate asiente, y parece que está a punto de añadir algo más, pero entonces se detiene, como pensándoselo mejor.

—Buenas noches, Reeves —se despide, dando un paso atrás.

—Buenas noches, Sullivan.

Me mira una última vez con una expresión que no soy capaz de descifrar y luego se marcha, cerrando la puerta con suavidad tras él.

Me quedo ahí de pie, rodeada de bolsas de compras, sintiendo una extraña mezcla de emociones que no puedo —o no quiero— identificar. Ha sido un día largo y extraño, lleno de momentos que nunca habría imaginado compartir con Nate Sullivan.

Y mientras empiezo a guardar mis nuevas pertenencias, no puedo evitar preguntarme en dónde me he metido. Porque una cosa es pasar seis meses cuidando de la hija secreta de Nate Sullivan como parte de un acuerdo profesional, y otra muy distinta es sentir este calor en el pecho cada vez que lo veo interactuar con Lily. O, peor aún, cada vez que me mira con esos ojos verdes que parecen ver más de lo que deberían.

Sacudo la cabeza, intentando deshacerme de esos pensamientos. Esto es estrictamente profesional. Un acuerdo mutuamente beneficioso. Nada más.

Y si me repito eso lo suficiente, tal vez incluso comience a creérmelo.

Capítulo 12

Nate

Han pasado tres días desde nuestra excursión al centro comercial, y la rutina en el rancho ha adquirido una extraña normalidad que me inquieta. Harper se ha integrado en nuestras vidas con una facilidad que no esperaba. Cada mañana, está despierta muy pronto, haciéndole el desayuno a Lily o enseñándole a hacer trenzas cada vez más elaboradas. Por las tardes, la lleva a recoger flores silvestres o le lee cuentos con voces distintas para cada personaje.

Y lo peor de todo es que me estoy acostumbrando a ello. A verla moverse por la cocina con una taza de café en la mano, a oír su risa mezclándose con la de mi hija, a la forma en que su pelo castaño brilla bajo el sol de Montana cuando están fuera.

Es peligroso. Todo esto. Porque no es real. Es temporal. Un arreglo con fecha de caducidad.

Y no debería tener que obligarme a recordarlo. Debería pensarlo con naturalidad.

Esta noche, después de acostar a Lily, encuentro a Harper en la sala, rodeada de papeles y con su portátil abierto. Lleva el pelo recogido en un moño medio deshecho, con mechones sueltos que le enmarcan el rostro.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, apoyándome en el marco de la puerta.

Levanta la vista, sobresaltada. Se ve que no me había oído llegar.

—Preparando tu gran regreso —responde—. Estoy elaborando un plan de comunicación, una estrategia para manejar las preguntas sobre tu ausencia y un calendario de entrevistas controladas.

—Suena fascinante —suelto con sequedad.

Harper pone los ojos en blanco, un gesto que parece reservado en exclusiva para mí.

—Alguien tiene que pensar en estas cosas, Sullivan. A menos que prefieras que te acosen con preguntas sobre dónde has estado estos seis meses, debemos controlar la narrativa.

Tiene razón, lo sé. Pero la idea de volver a enfrentarme a todo eso —los medios, las preguntas interminables— me revuelve el estómago.

—¿Lily ya está dormida? —inquiere, cambiando de tema.

—Sí. —Asiento—. Ha caído rendida después de su baño. Toda esa energía tiene que agotarse en algún momento.

Harper sonríe, y hay una dulzura en su expresión que me hace desviar la mirada.

—Es increíble —dice—. Nunca había conocido a una niña tan curiosa y llena de vida.

—Lo sé —respondo, y no puedo evitar que el orgullo se filtre en mi voz—. A veces me pregunto de dónde saca tanto vigor.

—De ti, obviamente —señala Harper—. Esa intensidad es puro Sullivan.

Sus palabras me golpean con una fuerza inesperada. No es solo la observación en sí, sino la forma en que lo dice, como si hubiera estado estudiándome, como si viera conexiones entre Lily y yo que ni yo mismo he notado. Por un instante, me quedo sin saber qué decir, sorprendido por su perspicacia. Hay algo desconcertante en la manera en que Harper parece leerme, en cómo ve más allá de las barreras que he construido con tanto cuidado. Desvío la mirada, fingiendo un repentino interés por los papeles que hay sobre la mesa, procurando ocultar el impacto que sus palabras han tenido en mí.

Me siento en el sillón frente a ella y la observo trabajar. Sus dedos se mueven con rapidez sobre el teclado y, al concentrarse, frunce un poco el ceño. Es la misma expresión que tenía cuando preparaba mis entrevistas o gestionaba crisis mediáticas. Profesional, eficiente, implacable.

—Nate —me llama pasado un rato, usando mi nombre de pila, lo que de inmediato me pone en alerta—, tenemos que hablar de algo importante.

—¿Qué? —inquiero, tensándome.

—Necesitas encender tu teléfono —sentencia—. Y empezar a responder mensajes. De forma gradual.

—No —respondo al instante.

—Escúchame —insiste, inclinándose hacia delante—. Si apareces de repente después de más de seis meses de silencio absoluto, será un caos. La prensa, los patrocinadores, los fans..., todos te abrumarán a la vez. Necesitamos ir preparando el terreno poco a poco.

—No quiero hablar con nadie —gruño—. Para eso te tengo a ti.

Harper suspira; su frustración es más que evidente.

—No puedo responder por ti a tu familia, Nate. Ni a tus amigos cercanos. Ni a tu entrenador. Necesitan saber que estás bien, que vas a volver. Y necesitan oírlo de ti, no de mí.

La mención a mi familia me alcanza donde duele. Sé que mi madre está preocupada. Las pocas veces que he hablado con ella durante estos meses, he sido deliberadamente impreciso. Y mi padre..., bueno, es probable que esté furioso conmigo por desperdiciar mi carrera. Ni siquiera quiero pensar en lo cabreado que estará Jou. Me va a poner los huevos de corbata cuando me vea aparecer.

—Lo pensaré —digo al fin, levantándome.

—No hay tiempo para pensarlo —replica Harper, poniéndose también de pie—. El rodeo de Denver es en unos pocos días. Necesitamos empezar ahora.

Algo en su tono, en el modo en que da por sentado que voy a hacer lo que dice, enciende una chispa de irritación en mí.

—No me digas lo que tengo que hacer, Reeves —le espeto—. No eres mi jefa. No eres nada mío.

En cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento. El destello de dolor en sus ojos es breve pero inconfundible. Y luego, como siempre, su expresión profesional vuelve a su lugar.

—Tienes razón —contesta con una calma que sé que es fingida—. No soy nada tuyo. Solo la persona que está intentando que tu

regreso sea lo menos traumático posible. Para ti y para Lily. La persona que está intentando arreglarlo todo para que el año que viene puedas estar tranquilo con tu hija y no tener que esconderte.

La mención de Lily es un golpe bajo, y ambos lo sabemos.

—Eso no es justo —murmuro.

—¿Sabes qué no es justo? —responde, y ahora hay fuego en sus ojos—. Que me hagas sentir como si fuera la villana por intentar hacer mi trabajo: por intentar protegerte, idiota.

Por un momento, me quedo sin palabras. Harper rara vez pierde la compostura así.

—No necesito tu protección —digo al fin, aunque suena débil incluso a mis propios oídos.

—Por supuesto que no —suelta con sarcasmo—. El gran Nate Sullivan no necesita a nadie. Excepto por el hecho de que sí lo haces. Necesitas a alguien que maneje a la prensa, que te ayude con Lily, que te recuerde que existen otras personas en el mundo además de ti.

Su sentimiento de impotencia es palpable, y lo peor es que tiene razón. Lo sé. Pero admitirlo significaría reconocer una debilidad que no estoy preparado para mostrar.

—Voy a dar un paseo —anuncio, dirigiéndome a la puerta.

—Claro, huye —masculla Harper a mi espalda—. Es lo que mejor se te da.

Me detengo en seco, con la mano en el pomo de la puerta. Sus palabras me molestan mucho. Porque tiene razón. He estado huyendo. De la prensa, de mis responsabilidades, de las consecuencias de mis decisiones.

Pero no puedo dejar que lo vea. No puedo dejar que sepa cuánto me afecta. Lo mucho que me conoce. Así que salgo sin mirar atrás, cerrando la puerta quizá con más fuerza de la necesaria.

El aire frío de la noche me golpea la cara, refrescante después del calor de la discusión. Camino sin rumbo durante un rato, y luego me meto en el establo. Tormenta relincha suavemente al verme, como si pudiera sentir mi agitación.

—Al menos tú no me dices lo que tengo que hacer —murmuro, acariciando su cuello.

Pero mientras estoy allí, en la quietud de esta cuadra, las palabras de Harper siguen resonando en mi cabeza. Y lo peor es que sé que tiene razón. Si voy a volver al ruedo, si voy a exponerme de nuevo al mundo, necesito hacerlo bien. Por Lily. Por mi futuro después del rodeo.

Y eso significa enfrentarme a lo que he estado evitando durante más de seis meses.

Con un suspiro de resignación, me dirijo de vuelta a casa. Subo directo a mi habitación, evitando la sala donde Harper continúa trabajando. Abro el cajón de la mesita de noche y saco mi teléfono. Está apagado, como ha estado la mayor parte del tiempo desde que desaparecí. Lo miro durante un largo momento, como si fuera una bomba a punto de estallar.

Y entonces, antes de que pueda cambiar de opinión, lo enciendo.

La pantalla se ilumina y, durante unos segundos, no pasa nada. Luego, el móvil comienza a vibrar sin parar. Mensajes, llamadas perdidas, notificaciones..., cientos de ellas. La mayoría son antiguas, de los primeros días después de mi desaparición, pero algunas son recientes.

Respiro hondo y comienzo a revisar. Hay mensajes de mis padres, de viejos amigos del circuito, de patrocinadores preocupados. Los ignoro por ahora, buscando algo específico.

Y entonces lo veo. El nombre de Harper en mi lista de iMessage. Con una cantidad alarmante de mensajes no leídos.

Abro la conversación y veo que la mayoría son de hace unos pocos días. Justo antes de que apareciera en el rancho. Son... audios.

Con el teléfono en la mano, bajo las escaleras. Necesito hablar con ella. Necesito... No sé muy bien qué necesito, pero sé que tiene que ver con Harper.

La encuentro todavía en la sala, recogiendo sus papeles. Levanta la vista cuando entro, y su expresión cambia de sorpresa a cautela.

—Has vuelto —dice, como si no fuera obvio.

—He encendido mi teléfono —respondo, mostrándoselo.

Sus ojos lo miran con interés, y entonces veo que se fija en la pantalla. En la conversación de iMessage abierta. En sus audios.

El color abandona su rostro.

—Oh, Dios mío —murmura—. No me digas que has escuchado...

—Aún no —contesto, acercándome con una sonrisa que debe parecerle peligrosa, porque retrocede un paso—. Pero estoy a punto de hacerlo.

—Nate, no —suplica, y es la primera vez que usa mi nombre de pila sin que suene como una reprimenda—. Te juro que estaba borracha. No sabía lo que decía.

Oh, eso suena muy prometedor.

—Razón de más para escucharlos —suelto solo para molestarla, pulsando el botón de reproducción en el primer audio.

> Sullivan, acabo de recibir un ultimátum:
> o te encuentro en dos semanas o estoy
> despedida. Y justo cuando pensaba
> que mi día no podía empeorar, mi casero me
> notifica que me sube el alquiler
> un treinta por ciento. Así que felicidades: gracias a
> tu desaparición, no solo perderé mi trabajo sino
> también mi casa.

Su voz suena tensa, frustrada. Pulso el siguiente.

> ¿Sabes qué es lo más frustrante? Que, después de
> todo lo que pasó, después
> de cómo trabajamos juntos para proteger tu
> preciada privacidad, simplemente
> te esfumaste. Sin una palabra.
> Sin una explicación. Como si el año
> y medio que pasé defendiéndote
> de Victoria, de los patrocinadores
> y de la prensa no significaran nada.

Hay dolor en su voz. Un dolor que no esperaba. Y algo más... ¿decepción?

Harper intenta arrebatarme el teléfono, pero lo mantengo fuera de su alcance.

—Sullivan, para esto ahora mismo —exige con las mejillas encendidas.

En ese momento, Wyatt entra en la sala, atraído por el alboroto.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta, pero su sonrisa sugiere que ya lo ha adivinado.

—Nate ha encontrado unos audios que le envié cuando estaba borracha y desesperada —explica Harper, mortificada—. Y ahora se niega a dejar de reproducirlos.

La sonrisa de Wyatt se ensancha.

—¿Unos audios llenos de ira? —pregunta, acercándose—. Esto tengo que oírlo.

—¡No! —exclama ella.

Pulso el siguiente audio, ignorando sus protestas.

> Y lo peor de todo es que ni siquiera puedo odiarte
> como debería. Porque, cada vez que intento
> convencerme de que eres
> un capullo integral, recuerdo cómo te quedaste
> dos horas bajo la lluvia firmando autógrafos para
> esos niños del hospital,
> o cómo le pagaste la operación a la hija
> de aquel empleado sin decírselo a nadie.

¿Cómo sabe eso? Nunca se lo conté a nadie. Y el hecho de que lo recuerde, de que lo valore..., me hace sentir algo que no puedo nombrar.

Harper salta, esforzándose por alcanzar el teléfono que mantengo en alto. Es como ver a un chihuahua intentando intimidar a un gran danés..., pero consigue que me salte algunos audios procurando esquivarla.

> Te juro que si te encuentro,
> voy a... voy a...

Suena su voz en el siguiente audio, y luego hace una pausa.

> ... voy a arrastrarte de vuelta al circuito, aunque
> sea por esa estúpida barba
> que probablemente te haya crecido
> hasta las rodillas, viviendo como
> un ermitaño en quién sabe dónde.

Wyatt suelta una carcajada.

—Predijo la barba larga —comenta, señalando mi rostro—. Eso es talento.

Harper sigue saltando, cada vez más frustrada. Se está poniendo de puntillas, estirándose todo lo que puede, y, en el proceso, se está acercando cada vez más a mí.

—Sullivan, te lo advierto —dice, jadeando ligeramente por el esfuerzo—: Si no paras esto ahora, voy a...

—¿A qué? —la desafío, disfrutando demasiado de su frustración—. ¿A arrastrarme por mi barba?

Ella entrecierra los ojos, y entonces hace algo inesperado. Se lanza directa contra mí, no contra el teléfono. Sus manos se aferran a mis hombros, y de repente está prácticamente trepando por mi cuerpo para alcanzar el móvil que mantengo en alto.

Es tan inesperado que casi pierdo el equilibrio. La agarro por la cintura como por instinto, procurando estabilizarnos a ambos. Y de pronto soy dolorosamente consciente de cada punto donde nuestros cuerpos se tocan; de lo pequeña que es entre mis manos; de lo bien que encaja contra mí.

Peor aún: cada vez que salta, su cuerpo se frota contra el mío de una manera que está provocando una reacción de lo más inapropiada. Puedo sentir el calor acumulándose en mi entrepierna, y la adrenalina mezclada con su cercanía está haciendo que mi cuerpo responda de forma incontrolable. Me estoy poniendo duro como una barra de acero.

Y entonces suena el último audio; el anterior, con lo que ha hecho, ni siquiera lo he escuchado.

> Una última cosa, Sullivan, y luego te dejaré en paz. Tu madre está fingiendo que está bien, pero no lo está. Tu padre, según ella, está destrozado, aunque nunca lo admitiría. Si no quieres volver por el rodeo, o por mí, o por tu carrera..., hazlo por ellos. Te echan de menos. Y, que Dios me ayude, yo también, aunque seas el ser humano más irritante del planeta.

El tiempo parece detenerse. Harper se queda inmóvil en mis brazos, y puedo sentir cómo contiene la respiración. Wyatt nos mira, y su sonrisa se transforma en algo más suave, más comprensivo.

—Creo que voy a comprobar si Lily sigue dormida —dice, saliendo con discreción de la estancia.

Nos quedamos solos, Harper todavía en mis brazos, tan cerca que puedo contar las pecas en su nariz. Debería soltarla. Debería dar un paso atrás. Debería hacer cualquier cosa excepto lo que estoy haciendo, que es mirarla como si nunca la hubiera visto de verdad.

Porque tal vez no lo había hecho.

Porque tal vez no me lo había permitido a mí mismo.

—Estaba borracha —murmura, sin mirarme a los ojos—. No sabía lo que decía.

—¿No? —pregunto, y mi voz suena más ronca de lo que esperaba.

Al final, levanta la mirada. Hay algo vulnerable en sus ojos, algo que nunca había visto ahí en ella. Y también hay fuego, determinación, esa chispa que siempre me ha fascinado, aunque nunca lo admitiría.

—Quizá algunas partes eran ciertas —admite al fin—. La parte de que eres irritante, obviamente.

No puedo evitar sonreír.

—Obviamente.

Nos quedamos así un momento más, demasiado cerca para ser profesional, demasiado lejos para ser algo más. Y entonces me doy cuenta de que sigo sujetándola por la cintura. Y peor aún, me doy cuenta de que mi excitación es cada vez más evidente. Si no nos separamos ahora, será imposible ocultarla.

La suelto de manera abrupta y doy un paso atrás, girándome un poco para disimular. Durante un breve instante Harper parece desconcertada, pero se recupera con rapidez, alisándose la ropa como si no hubiera pasado nada.

—Toma —digo, ofreciéndole el teléfono—. Puedes borrarlo todo si quieres.

Ella lo coge y lo mira durante un segundo, y luego niega con la cabeza.

—Quédatelo —replica—. Considéralo un recordatorio de por qué no debes desaparecer sin decir nada.

Tomo el móvil; nuestros dedos se rozan apenas un segundo.

—No pensaba hacerlo de nuevo —afirmo, y ambos sabemos que no estamos hablando solo del teléfono.

Harper asiente, y hay una comprensión tácita entre nosotros. Un acuerdo no verbalizado de que, por ahora, esto es lo más cerca que podemos estar. Lo más que podemos admitir.

—Buenas noches, Sullivan —dice, recogiendo sus papeles—. Me alegra que hayas encendido el teléfono.

—Buenas noches, Reeves —contesto, observándola salir del salón.

Cuando estoy solo, miro el móvil en mi mano. Todos esos mensajes, todas esas personas esperando respuestas. Pero lo único en lo que puedo pensar es en Harper diciendo que me echa de menos.

Y en cómo, durante ese efímero momento en que la he tenido en mis brazos, he sentido algo que no había sentido en mucho tiempo. Algo peligroso. Algo que no puedo permitirme sentir.

Porque en seis meses, cuando todo esto termine, ella volverá a Nueva York. Y yo me quedaré aquí con Lily. Eso es lo que hemos acordado. Eso es lo que tiene que pasar.

Cualquier otra cosa sería una complicación que ninguno de los dos necesita.

Al menos, eso es lo que me digo a mí mismo mientras me dirijo a mi habitación, intentando ignorar el persistente aroma floral que parece haberse quedado impregnado en mi camisa... y el recuerdo de Harper en mis brazos, mirándome como si, quizá, yo también le importara más de lo que está dispuesta a admitir.

Wyatt tiene razón. Estoy realmente jodido.

Capítulo 13

Harper

Si me hubieran dicho hace un mes que estaría en los vestuarios del rodeo de Denver ayudando a Nate Sullivan a vendarse las muñecas mientras él gruñe instrucciones sobre cómo hacerlo «correctamente», habría pedido que me internaran en un psiquiátrico. Y, sin embargo, aquí estoy, sosteniendo el esparadrapo mientras el Rey del Rodeo me mira como si estuviera realizando una cirugía a corazón abierto en lugar de un simple vendaje. Nate no quiere que nadie del equipo vea a Lily, así que me ha tocado a mí hacer las veces de asistente personal.

—Más tenso —ordena, frunciendo el ceño—. Si se afloja durante la monta, puedo acabar con la muñeca rota.

—Si sigues dándome órdenes, puedes acabar con algo más que la muñeca rota —murmuro, pero aprieto la venda como me indica.

Una de las cosas que he descubierto en las últimas cuarenta y ocho horas es que el Nate Sullivan precompetición es incluso más gruñón que el Nate Sullivan habitual. Y eso ya es decir mucho.

—¿Has llamado a Wyatt? —pregunta, sin apartar la mirada de su muñeca.

—Tres veces en la última hora —confirmo—. Lily está de maravilla. Están viendo dibujos animados y comiendo helado en la habitación del hotel.

Algo en su expresión se suaviza al mencionar a su hija, pero enseguida vuelve su concentración feroz.

—No me gusta haberla dejado —susurra, más para sí mismo que para mí.

—Lo sé —respondo con más suavidad—. Pero acordamos que era lo mejor para este primer rodeo. Demasiada prensa, demasiadas preguntas. A partir de la próxima competición, yo me quedaré con ella.

Nate asiente, pero percibo la tensión en su mandíbula. La separación de Lily, aunque sea por unas horas, le está costando más de lo que quiere admitir. Por primera vez, me pregunto si de verdad podrá hacer esto durante toda una temporada.

—Listo —anuncio, asegurando el vendaje—. ¿Algo más que necesites antes de que llegue el equipo de ESPN?

—Un whisky doble y un billete a Tasmania —responde con una sombra de sonrisa que me pilla por sorpresa.

—Puedo ofrecerte un Red Bull y un viaje a la arena en diez minutos —contraataco, devolviéndole la sonrisa.

Nate se pone de pie y, maldita sea, había olvidado lo imponente que es con su equipo de competición completo. Los vaqueros ajustados, la camisa con la publicidad de los patrocinadores, el chaleco protector, las espuelas... Todo ello combinado con su altura y esos hombros que parecen capaces de cargar el mundo entero.

¡Y pensar que hace apenas una semana estaba peinando a una niña de cuatro años y discutiendo sobre lo dulces que son los cereales con forma de dinosaurio frente a los cereales con forma de estrellas!

El contraste es... perturbador. Y ridículamente atractivo.

—¿Qué? —pregunta, pillándome en mi escrutinio.

—Nada —respondo con rapidez—. Solo comprobaba que todo está en orden.

—¿Y lo está? —Hay algo en su tono, un desafío velado, que hace que mi pulso se acelere.

—Por supuesto —miento, porque lo último que necesita ahora es saber que estoy teniendo pensamientos del todo inapropiados sobre cómo le quedan esos vaqueros.

Nate me mira durante un segundo más, como si pudiera leer mi mente, y luego asiente y se dirige hacia su bolsa. Lo observo mientras saca una pequeña botella de agua y bebe metódicamente, justo la cantidad que necesita. Ni más, ni menos.

Y ahí está otra de las cosas que he descubierto en estas cuarenta y ocho horas: Nate Sullivan no es solo un vaquero con talento natural. Es un atleta de élite con una disciplina que rivaliza con la de cualquier olímpico. Nunca lo había visto entrenar tan de cerca, lo muy en serio que se toma la preparación.

Desde que llegamos a Denver, he sido testigo de cómo seguía una rutina milimétrica: despertarse a las cinco de la mañana para correr, continuar con una sesión de estiramientos específicos, una dieta calculada al gramo (ni una pizca de azúcar o alcohol en las setenta y dos horas previas a la competición), ejercicios de respiración, visualización... Todo cronometrado y ejecutado con una precisión militar.

El Nate que conocía desde un punto de vista profesional era un enigma hosco que aparecía para las competiciones, ganaba y desaparecía. Nunca había visto todo lo que hay detrás: las horas de preparación, el dolor, el sacrificio.

—Cinco minutos —anuncia uno de los organizadores, asomándose al vestuario.

Nate asiente sin levantar la mirada. Está en «la zona», ese estado mental donde nada existe excepto él y el toro que está a punto de montar. Incluso su respiración ha cambiado, volviéndose más profunda y controlada.

—Estaré en las gradas —le digo, recogiendo mi bolso—. Recuerda, nada de entrevistas después sin que yo esté presente. No abras la boca hasta que llegue a tu lado.

Espero su habitual gruñido de asentimiento, pero, en su lugar, levanta la mirada y me sorprende observándome con una intensidad que me deja sin aliento.

—Gracias —dice.

Es una palabra. Dos sílabas. No debería afectarme como lo hace.

—Es mi trabajo —respondo de manera automática.

—No —sacude la cabeza—. Lo de Lily. Gracias por... entender.

Algo se retuerce en mi pecho, cálido y doloroso a la vez.

—No hay de qué —digo con suavidad, y luego, porque la intensidad del momento me abruma, añado—: Intenta no romperte nada, ¿vale? El papeleo sería una pesadilla.

Una sonrisa fugaz cruza su rostro.

—Haré lo que pueda, Reeves.

Y con eso, vuelve a su preparación, dejándome con la sensación de haber presenciado algo raro y precioso: Nate Sullivan expresando gratitud. De forma voluntaria.

El mundo debe de estar llegando a su fin.

* * *

Las gradas del rodeo de Denver están a reventar. No es sorprendente; el regreso del cinco veces campeón mundial después de una misteriosa desaparición de poco más de seis meses es el acontecimiento del año en el rodeo. Lo que sí me llama la atención es la cantidad de carteles con su nombre y su rostro. «Welcome back, Sullivan», «El Rey ha vuelto», «Sullivan for president».

Este último me arranca una carcajada. Nate sería el peor presidente de la historia. Su discurso inaugural consistiría en un gruñido y un «dejadme en paz».

Encuentro mi asiento en la sección vip, justo detrás del área de competidores. Desde aquí puedo ver a los vaqueros preparándose, ajustando equipos, estirando músculos. Es un mundo de testosterona, cuero y tradición.

Y en medio de todo, destaca Nate. No solo por su altura, sino por el aura que lo acompaña. Los otros competidores lo miran con una mezcla de respeto y recelo. Algunos se acercan a saludarlo con palmadas en la espalda, otros mantienen una distancia prudencial. Es como observar a un lobo alfa reintegrarse en la manada después de una larga ausencia.

—Es impresionante, ¿verdad?

Me giro para encontrarme con un hombre de mediana edad, con un chaleco de prensa y una cámara profesional.

—¿Disculpa?

—Sullivan —aclara, señalando hacia donde está Nate—. La forma en que domina el espacio sin siquiera proponérselo. He fotografiado rodeos durante veinte años y nunca he visto a nadie como él.

No puedo evitar sentir una punzada de orgullo, lo que es ridículo. No es como si yo tuviera algo que ver con el talento o la presencia de Nate.

—Es único —concedo.

—Soy Dave, por cierto —se presenta, tendiéndome la mano—. Fotógrafo de *Rodeo Monthly*.

—Harper —respondo, estrechándosela—. Gestora de imagen de Sullivan.

Sus ojos se iluminan con reconocimiento.

—Ah, la famosa Harper Reeves. Se rumorea que fuiste tú quien lo encontró en un rancho perdido y lo convenció para que volviera.

Me tenso un poco. Esta es, tal cual, la clase de conversación que Nate y yo acordamos evitar: cualquier mención a dónde estuvo o qué hizo durante su ausencia.

—Nate decidió que era el momento adecuado para regresar —digo con una sonrisa profesional y la respuesta ensayada—. Yo solo lo ayudé con los detalles.

Dave parece querer preguntar más, pero en ese momento anuncian por megafonía el inicio del evento y la multitud estalla en vítores.

Los siguientes minutos son un borrón de presentaciones, música *country* a todo volumen y la adrenalina palpable de miles de personas enardecidas con el espectáculo que está a punto de comenzar. Y entonces, al fin, anuncian a los competidores.

Cuando nombran a Nate, el rugido del numeroso público es ensordecedor. Es como una ola física de sonido que hace vibrar el estadio entero. Observo cómo sale a la arena, realizando un breve saludo con su sombrero: su rostro es una máscara de concentración. Nada en su expresión revela lo que sé que está sintiendo: la preocupación por Lily, la presión de este regreso, la ansiedad de estar bajo los focos después de tanto tiempo.

Pero yo lo veo. Veo la tensión en sus hombros, la forma en que su mirada recorre las gradas como evaluando rutas de escape. Y, por un instante, siento un afán de protección tan intenso que me noquea. Quiero apartarlo de todas esas miradas, de todas esas expectativas.

Lo cual es absurdo, por supuesto. Nate Sullivan no necesita mi protección. Es un depredador en su hábitat natural.

Y lo demuestra en cuanto comienza la competición.

Nunca había visto a Nate competir desde tan cerca, y la experiencia es... visceral. La combinación de fuerza bruta y control milimétrico, el modo en que su cuerpo se mueve en perfecta sincronía con el animal, anticipando cada sacudida, cada giro.

Es como ver una danza peligrosa, hipnótica en su violencia controlada.

Cuando monta su primer toro, contengo la respiración durante los ocho segundos completos. El animal es enorme, con cuernos que parecen capaces de atravesar metal, y se mueve como si tuviera un demonio personal que exorcizar. Pero Nate se mantiene firme, moviendo su cuerpo con una gracia que desafía la lógica, hasta que suena la campana.

La multitud estalla en aplausos, y yo me sorprendo a mí misma de pie, gritando como una fan más. Me siento de inmediato, rezando para que nadie lo haya notado, pero Dave me lanza una mirada divertida.

—Te veo bastante emocionada para ser «solo» su gestora de imagen —comenta.

Le lanzo una mirada que podría congelar el infierno.

—Estoy apoyando a mi cliente —respondo con dignidad—. Es lo profesional.

—Por supuesto —asiente con una sonrisa que dice que no me cree ni por un segundo, pero decido ignorarlo.

Las montas se suceden, y Nate continúa dominando la competición como si las últimas veintisiete semanas no hubieran existido. Es como si nunca se hubiera ido, como si el tiempo se hubiese detenido esperando su regreso.

Pero entonces llega el momento del toro final, y algo cambia. El animal que le toca a Nate es conocido por su dificultad. Se trata de un monstruo negro llamado Pesadilla que ha enviado a tres vaqueros al hospital este año.

Veo a Nate estudiando al toro desde la barrera, su expresión ilegible para cualquiera que no lo conozca. Pero yo detecto la leve

tensión en su mandíbula, la forma en que sus dedos se flexionan de forma inconsciente.

Está preocupado. Y eso hace que yo esté aterrorizada.

Cuando se coloca sobre el toro, en el cajón de salida, contengo la respiración. El estadio entero parece hacerlo conmigo. Y entonces se abre la puerta, y el infierno se desata.

Pesadilla hace honor a su nombre. Se lanza fuera del cajón como una fuerza de la naturaleza, retorciéndose en el aire con una violencia que parece imposible para un ser vivo. Por un horrible instante, creo que Nate va a caer. Su cuerpo se inclina de forma peligrosa hacia un lado, y mi corazón se detiene.

Pero entonces, en un despliegue de fuerza y técnica que parece desafiar las leyes de la física, recupera el equilibrio. Sus músculos se tensan bajo la camisa; su rostro es una máscara de concentración feroz mientras se adapta al ritmo salvaje del animal.

Los segundos parecen estirarse eternamente. Cuatro..., cinco... El toro gira con brusquedad, intentando deshacerse de su jinete. Seis..., siete... Un último intento desesperado del animal, una sacudida que parece partir el aire.

Y entonces suena la campana. Ocho segundos.

Nate desmonta con una fluidez practicada, rodando lejos del toro mientras los payasos de rodeo distraen al animal. Se pone de pie, quitándose el polvo de los vaqueros con un gesto despreocupado, como si no acabara de desafiar a la muerte.

Y yo logro respirar.

El estadio explota en aplausos. La puntuación aparece en la pantalla: noventa y cuatro. La más alta de la noche hasta ahora.

Y por primera vez en todo el día, veo a Nate sonreír. Es apenas perceptible, una ligera curvatura de sus labios, pero está ahí. Y algo dentro de mí se derrite ante esa visión.

Porque, en ese instante, veo lo que Lily debe ver cuando lo mira: no al gruñón intratable, no al atleta implacable, sino simplemente a Nate. Haciendo lo que ama, siendo él mismo.

Es aterrador lo mucho que me gusta esa versión de él.

* * *

—No, Nate no hará comentarios sobre su ausencia —repito por enésima vez, interponiéndome entre él y un grupo de periodistas hambrientos de exclusivas—. Como ya hemos explicado en el comunicado oficial, se tomó un tiempo para recuperarse física y mentalmente. Ahora está de vuelta, como habéis podido comprobar hoy.

Estamos en la zona mixta, ese purgatorio mediático donde los atletas deben pasar antes de poder escapar a la libertad. Y Nate está, a ojos vistas, al borde de su paciencia.

—Sullivan, ¿es cierto que estuviste en un retiro espiritual en Nepal? —pregunta un periodista que destaca por su insistencia.

Siento a Nate tensarse a mi lado y le lanzo una mirada de advertencia.

—Lo que es cierto —intervengo antes de que él pueda responder— es que acaba de ganar en su regreso con una puntuación espectacular y que está centrado en la temporada que tenemos por delante. ¿Alguna pregunta sobre la competición de hoy?

Los siguientes diez minutos son un ejercicio de paciencia y diplomacia mientras guío a Nate a través del campo de minas mediático. Responde con su habitual economía de palabras, pero se mantiene profesional. Un milagro, considerando que puedo sentir su ansiedad por terminar y volver con Lily. Su ansiedad por que nadie ahonde en el motivo que lo ha mantenido alejado durante poco más de seis meses.

Al final, cuando el último periodista se marcha, Nate suelta un suspiro que parece venir desde lo más profundo de su ser.

—¿Puedo largarme ya? —pregunta con una mezcla de irritación y agotamiento.

—Sí —confirmo, consultando mi reloj—. Tu coche está esperando en la salida trasera. Te veré en el hotel en una hora. Antes de irme tengo que recoger unas cosas y coordinarme con el equipo de prensa para mañana.

Nate asiente, ya moviéndose hacia la salida, cuando de repente se detiene y se gira hacia mí.

—Ven conmigo —dice, y no es una pregunta.

—¿Qué?

—Al hotel. Ahora. Lily querrá verte.

Algo en su tono me dice que no es solo por Lily. Hay una vulnerabilidad ahí, apenas perceptible bajo su habitual fachada estoica.

Me quedo mirándolo sorprendida, intentando entender qué está pasando por su cabeza.

—De acuerdo —accedo, sorprendiéndome a mí misma—. Dame cinco minutos para avisar al equipo.

Exactamente siete minutos después, estamos en el coche de camino al hotel. Nate mira por la ventana. En apariencia está absorto en sus pensamientos, pero puedo notar la tensión emanando de él en oleadas.

—Lo has hecho muy bien hoy —comento al rato, rompiendo el silencio—. Con la prensa, quiero decir. Y, bueno, también con el toro asesino.

Una sombra de sonrisa cruza su rostro.

—Pesadilla no es tan malo una vez que entiendes su ritmo —responde, como si estuviera hablando de un compañero de baile y no de una tonelada de furia con cuernos.

—Claro, un encanto de animal —ironizo—. Sobre todo cuando intentaba convertirte en puré de vaquero.

Nate me mira, y hay un brillo divertido en sus ojos, casi... juguetón.

—¿Estabas preocupada por mí, Reeves?

—Para nada. Solo por el papeleo que supondría si te sucediera algo —respondo con rapidez—. Un vaquero hospitalizado genera una montaña de formularios.

—Por supuesto —asiente, pero su sonrisa se ensancha de forma sutil—. El papeleo.

Para mi sorpresa, el resto del trayecto transcurre en un silencio cómodo. Cuando llegamos al hotel, Nate prácticamente salta del coche, su ansiedad por ver a Lily es evidente en cada movimiento de su cuerpo.

Subimos en el ascensor, y observo cómo se transforma ante mis ojos. La tensión abandona sus hombros, su expresión se suaviza,

incluso su postura cambia. Es como ver a alguien quitarse una armadura pieza por pieza.

Para cuando llegamos a la puerta de la *suite*, el feroz competidor ha desaparecido por completo. En su lugar está el padre, con una vulnerabilidad en sus ojos que hace que mi corazón dé un vuelco traicionero.

Wyatt abre la puerta antes de que podamos llamar, con un dedo sobre los labios en señal de silencio.

—Está dormida —susurra—. Ha intentado esperar despierta, pero ha caído rendida hace media hora.

La decepción en el rostro de Nate es tan palpable que casi duele verla.

—¿Ha visto algo de la competición? —pregunta en voz baja mientras entramos.

—Tu última monta —confirma Wyatt—. Ha gritado tan fuerte que creo que ha despertado a toda la planta. Está muy orgullosa de su... —se detiene, confirmando que no haya nadie más— padre.

Nate asiente y, sin decir una palabra más, se dirige a la habitación donde duerme Lily. Wyatt y yo lo seguimos en silencio.

La imagen que nos recibe es digna de una postal: Lily, dormida como un lirón, abrazada a Trueno, con una sonrisa pacífica en su rostro. Y junto a ella, sobre la almohada, una hoja de papel con un dibujo infantil: un hombre sobre lo que parece ser un toro, con las palabras «MI PAPÁ ES EL MEJOR», que sin duda ha obligado a Wyatt a que escriba.

Veo cómo la expresión de Nate se transforma en algo tan lleno de amor que tengo que apartar la mirada, sintiendo que estoy presenciando algo demasiado íntimo, demasiado personal.

Se sienta con suavidad en el borde de la cama y acaricia el pelo de Lily con una ternura que contrasta de forma brutal con la fuerza que ha mostrado hace apenas unas horas. Es el mismo hombre que ha domado a Pesadilla y, sin embargo, sus manos se mueven sobre su hija con la delicadeza de quien toca algo infinitamente precioso y frágil.

—Te ha hecho otro dibujo con un caballo —comenta Wyatt en voz baja.

Nate asiente, sin apartar la mirada de la niña. Hay algo crudo y vulnerable en su expresión, algo que hace que mi garganta se cierre con una emoción que no quiero nombrar.

—Deberíamos dejarlos solos —murmuro a Wyatt, dando un paso hacia atrás.

Pero, antes de que pueda alejarme, Nate levanta la mirada hacia mí.

—Espera un segundo —dice, tan bajo que apenas lo oigo—. Por favor.

Y esas dos palabras, especialmente la última, me desarman por completo. Porque Nate Sullivan no dice «por favor». No pide, ordena. No muestra vulnerabilidad, no deja que nadie vea más allá de sus muros.

Pero ahora lo está haciendo. Conmigo.

Así que me quedo mientras Wyatt se retira con discreción, cerrando la puerta tras de sí. Me quedo y observo cómo Nate Sullivan, el Rey del Rodeo, el hombre que hace temblar a competidores que pesan el doble que yo, se quita las botas con cuidado para no despertar a su hija y se tumba junto a ella en la cama, todavía con su ropa de competición polvorienta.

Lily, como si sintiera su presencia incluso en sueños, se gira y se acurruca contra él, y la forma en que Nate la envuelve con su brazo, como si pudiera protegerla de todo el mal del mundo, me rompe y me reconstruye al mismo tiempo.

—Harper —dice después de un momento. Su voz es apenas un susurro.

—¿Sí?

—Gracias. Por obligarme a volver al ruedo manteniendo a Lily a salvo.

Y en ese instante, viendo a Nate abrazar a su hija, con el polvo de la arena todavía en su ropa y la vulnerabilidad desnuda en sus ojos, me doy cuenta de algo aterrador: me gusta esta versión de él.

Estoy en un buen lío.

Porque ver a Nate Sullivan como padre, después de haberlo visto como el atleta feroz que es, está provocando cosas en mi interior

para las que ningún manual de gestión de crisis podría haberme preparado.

Y lo peor de todo es que no estoy segura de querer detenerlo.

Capítulo 14

Harper

Hay ciertas imágenes que, una vez vistas, permanecen grabadas en tu retina para siempre. Como aquella vez que vi a Victoria, mi jefa, bailando «La Macarena» en la fiesta de Navidad después de seis margaritas, o cuando descubrí que mi ex usaba calcetines con sandalias.

Pero nada, y quiero decir NADA, me había preparado para la visión de Nate Sullivan —metro noventa y cinco de puro músculo y actitud— sentado en el borde de una cama de hotel, con la lengua asomando ligeramente entre los dientes en señal de concentración absoluta, intentando trenzar el pelo de su hija.

Me quedo paralizada en el umbral de la puerta, con la taza de café a medio camino de mis labios, contemplando esta escena surrealista que se desarrolla ante mí. He venido a avisarlos de que el desayuno ha llegado, pero ahora no tengo corazón para interrumpir... lo que sea que esté pasando aquí.

—Papá, lo estás haciendo mal —protesta Lily, retorciéndose—. Se supone que tiene que quedar recta y los mechones de pelo tienen que ser iguales.

—Si te sigues moviendo como una anguila eléctrica, voy a terminar haciéndote un nudo marinero en vez de una trenza —gruñe Nate, pero su tono carece por completo de la dureza que reserva para el resto de la humanidad.

—Harper las hace mejor —declara Lily con la brutal honestidad de los niños—. Sus dedos no son como morcillas.

Tengo que morderme el interior de la mejilla para no soltar una carcajada. La cara de Nate es un poema: una mezcla de indignación, determinación y algo que se acerca de manera sospechosa a la inseguridad.

—Mis dedos no son como morcillas —murmura, mirando sus manos como si lo hubieran traicionado—. Son... proporcionados a mi tamaño.

—Son enormes —insiste Lily, girándose para mirarlos de manera crítica—, como los guantes de Mickey Mouse.

Esta vez no puedo contener un resoplido de risa, lo que delata mi presencia. Ambas cabezas se giran hacia mí, con expresiones del todo diferentes: Lily, con alegría; Nate, con algo entre el alivio y la vergüenza.

—¡Harper! —exclama la pequeña, saltando de la cama y corriendo hacia mí—. ¿Puedes hacerme tú la trenza? Papá lo intenta, pero no le sale.

Miro a Nate, buscando su aprobación antes de intervenir. Durante un segundo, veo un destello de algo —¿impotencia?, ¿contrariedad? — cruzar su rostro. Pero luego suspira y levanta las manos en señal de rendición.

—Por favor —dice, y la última palabra suena extraña en sus labios, como una prenda que no está acostumbrado a usar—. Antes de que termine haciéndole un nudo que tengamos que cortar.

Dejo mi taza en la mesita de noche y me siento en el borde de la cama, ocupando el lugar que Nate acaba de abandonar. Lily se coloca obediente entre mis piernas, presentándome su melena, que, debo admitir, parece haber pasado por una guerra.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —pregunto, desenredando con cuidado lo que parece ser el inicio de tres trenzas diferentes superpuestas.

—Papá intentaba hacer una trenza de espiga —explica Lily—. Pero creo que estaba haciendo un nido para pájaros.

Desde el otro lado de la habitación, donde Nate está fingiendo un repentino interés en la vista desde la ventana, me llega un gruñido que podría ser de irritación o de diversión. Con él, a veces es difícil saberlo.

—Bueno, vamos a arreglarlo —propongo, separando el pelo de Lily en secciones—. ¿Qué tal si hoy hacemos una trenza de corona? Así parecerás una princesa.

—¡Sí! —exclama, dando pequeños saltitos de emoción—. ¿Has oído, papá? ¡Voy a parecer una princesa!

Nate se gira, y la expresión en su rostro me deja por un instante sin aliento. Es tan abierta, tan llena de amor, que casi siento que estoy fuera de lugar.

—Ya eres una princesa, renacuaja —responde con una dulzura que hace que algo se retuerza en mi pecho—. Aunque a veces te comportes como un trol de montaña.

Lily suelta una risita, y yo me concentro en trenzar su pelo, agradecida por la distracción. Porque la verdad es que ver a Nate así, tan vulnerable y humano, está haciendo cosas muy peligrosas a mi capacidad de mantener la distancia profesional.

Mientras mis dedos trabajan de manera automática, soy dolorosamente consciente de que Nate nos está observando. No de forma obvia —está revisando su teléfono, preparando su bolsa de viaje—, pero puedo sentir que su mirada se posa sobre nosotras cada pocos segundos.

—¿Cuándo nos vamos en la caravana, papá? —pregunta Lily, interrumpiendo mis pensamientos.

—Esta tarde —responde Nate—. Después de que dejemos a Wyatt en el rancho.

Ah, sí. La caravana. El siguiente capítulo de esta aventura surrealista en la que me he embarcado. Poco más de doscientos pies cuadrados de espacio vital que tendré que compartir con Nate Sullivan durante las próximas semanas mientras recorremos el circuito de rodeo.

Doscientos. Pies. Cuadrados.

Con un hombre que hace que mi cerebro se cortocircuite cada vez que lo veo interactuar con su hija. Un hombre cuya mera presencia parece acaparar todo el oxígeno disponible en cualquier habitación. Un hombre cuyos músculos parecen diseñados para torturar mi autocontrol.

Dios mío. Voy a morir.

—¿Todo bien, Reeves? —pregunta Nate, y me doy cuenta de que me he quedado inmóvil, con mechones de pelo de Lily en las manos, mirando al vacío como una lunática.

—Perfectamente —miento, volviendo de inmediato a la trenza—. Solo estaba... pensando en la ruta.

—Ya tenemos la ruta planificada —señala, arqueando una ceja—. La discutimos ayer.

—Cierto. —Asiento, maldiciendo para mis adentros mi incapacidad para mentir de forma convincente—. Me refería a... la ruta de esta trenza. Es complicada.

Nate me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza, pero por fortuna lo deja pasar. Termino la trenza de Lily en tiempo récord, asegurándola con una goma del pelo y adornándola con una pequeña flor que encuentro en su neceser.

—¡Lista! —anuncio, acercándole un pequeño espejo de mano que tengo por el bolso para que pueda admirar el resultado.

Lily suelta un chillido de deleite que con toda probabilidad han oído hasta en el vestíbulo del hotel.

—¡Es preciosa! ¡Mira, papá! ¡Parezco una princesa de verdad!

Nate se acerca y se arrodilla para estar a su altura, examinando mi trabajo con una seriedad que encuentro entrañable.

—Impresionante —declara al fin y, aunque está hablando con Lily, sus ojos se encuentran con los míos por encima de la cabeza de la niña—. Harper tiene un talento especial para peinarte.

Algo en su tono, en el modo en que lo dice, hace que un calor inesperado suba por mi cuello. No es solo un cumplido; hay una gratitud ahí, un reconocimiento que va más allá de una simple trenza.

—Es fácil cuando tienes una modelo tan bonita —respondo, rompiendo el contacto visual antes de que pueda hacer algo estúpido, como sonrojarme.

Lily salta de la cama y corre hacia el baño, ansiosa por admirarse en un espejo más grande. En cuanto desaparece, el ambiente en la estancia cambia de manera sutil. Sin la presencia amortiguadora de Lily, la tensión entre Nate y yo se vuelve casi palpable.

—Gracias —dice y, por segunda vez en menos de diez minutos, una palabra suena extraña en su boca—. Por... eso.

Hago un gesto vago con la mano, como restándole importancia.

—No es nada. Me gusta hacerlo. No tienes que estar todo el tiempo dándome las gracias por todo.

—No, en serio —insiste, y hay una intensidad en su mirada que me clava al sitio—. Sé que esto no es lo que firmaste hace poco más de dos años, cuando empezamos a trabajar juntos. Cuidar de mi hija, hacer de niñera... Es más de lo que debería pedirte.

—Soy yo la que me he ofrecido a hacerlo —lo corrijo de forma automática—. Y Lily es genial. No es ninguna carga. Estate tranquilo. Vamos a estar de maravilla.

Nate me mira durante un largo momento, como si estuviera intentando descifrar un acertijo particularmente complejo.

—Aun así —dice al fin—. Cómo la cuidas tiene mucho valor para mí.

El corazón se me desboca.

Hay algo en la manera en que lo expresa, tan sincero y despojado de su habitual actitud defensiva, que me desarma por completo. Este es el Nate que poca gente ve, el que existe debajo de todas esas capas de hosquedad y muros emocionales. El hombre, no el mito.

Y es aterradoramente atractivo.

—Es sencillo hacerlo —contesto, y mi voz suena más suave de lo que pretendía, lo que al instante hace que sienta la necesidad de aligerar el ambiente—. Pero, si realmente quieres agradecérmelo, podrías considerar no acaparar todo el baño durante más de una hora cada mañana. Algunas personas también necesitamos ducharnos, ¿sabes?

La tensión se rompe, y una sonrisa genuina, aunque breve, cruza su rostro.

—No prometo nada —responde, y hay un brillo en sus ojos que casi podría confundirse con humor—. La perfección requiere tiempo.

—¿Perfección? —repito, arqueando una ceja—. ¿Es así como llamas a esa cosa que crece en tu cara?

Me refiero a su barba, que ha dejado crecer desde que lo encontré en Montana. No es que me queje; le queda ridículamente bien, le da un aire de leñador sexy que debería ser ilegal. Pero no voy a decírselo, por supuesto.

—Cuidado, Reeves —advierte, pero su tono carece de verdadera amenaza—. Estás insultando a lo que *Rodeo Weekly* votó como «La barba más impresionante del circuito» el año pasado.

—¿En serio? —No puedo evitar reírme—. ¿Hay premios para eso?

—Un trofeo muy pequeño —suelta con total seriedad—. Lo uso como pisapapeles.

Y entonces hace algo inesperado: me guiña un ojo. Es tan rápido, tan fuera de su carácter, que por un segundo creo que me lo he imaginado. Pero, no, Nate Sullivan acaba de hacer una broma y me ha guiñado un ojo.

El apocalipsis debe de estar cerca.

Antes de que pueda recuperarme de la conmoción, Lily regresa corriendo del baño, llena de energía y entusiasmo.

—¡Es la mejor trenza del mundo! —chilla—. ¿Podemos desayunar ahora? ¡Tengo hambre!

Y, así, el momento pasa. Volvemos a la realidad, donde hay desayunos que comer, maletas que hacer y una caravana que nos espera.

Una caravana. Con Nate Sullivan. Durante semanas.

Mientras seguimos a Lily hacia el comedor de la *suite*, no puedo evitar mirar de reojo al hombre que camina a mi lado. Al hombre que acaba de mostrarme un destello de algo que provoca que mi corazón lata un poco más rápido de lo que debería.

Esto va a ser una tortura. Una dulce, confusa y potencialmente desastrosa tortura.

Pero mientras veo a Nate inclinarse para susurrarle algo a Lily que la hace estallar en carcajadas, me encuentro pensando que tal vez, solo tal vez, valdrá la pena.

Aunque tenga que compartir un espacio diminuto con él.

Que Dios me ayude.

Capítulo 15

Harper

DÍA 3 EN LA CARAVANA DEL INFIERNO

Hay ciertas verdades universales que he descubierto en mis primeros días viviendo en una caja de zapatos con Nate Sullivan y su hija:

No importa cuánto planifiques, siempre habrá al menos tres ocasiones al día en que chocarás físicamente con un vaquero de casi dos metros.

La privacidad es un concepto mitológico, como los minotauros o los hombres que entienden las indirectas.

El sonido de Nate Sullivan haciendo flexiones a las cinco y media de la mañana es, de manera oficial, mi nuevo despertador.

Y la más importante de todas:

Ningún curso de gestión de crisis me preparó para ver a Nate salir de la ducha con solo una toalla alrededor de la cintura y con gotas de agua deslizándose por esos abdominales que parecen haber sido esculpidos por el mismísimo Miguel Ángel en un día particularmente inspirado.

—Lo siento —murmura cuando casi chocamos en el estrecho pasillo que separa el baño del dormitorio principal—. Pensaba que seguías dormida.

Intento que mis ojos se mantengan a la altura de su cara. De verdad que lo intento. Pero es como pedirle a un niño que no mire un helado gigante que tiene delante.

—No pasa nada —respondo con una voz que suena estrangulada —. Yo... café. Necesito café.

«Gran trabajo, Harper. Muy elocuente. Seguro que Victoria estaría impresionada con tus habilidades comunicativas».

Nate asiente y se hace a un lado para dejarme pasar, lo que en este pasillo minúsculo significa que tengo que deslizarme junto a él, rozando mi cuerpo con el suyo durante un segundo que parece estirarse hasta el infinito. Puedo sentir el calor que emana de su piel, oler el champú de menta que usa, contar cada maldita gota de agua que se desliza por su torso.

Es demasiado. Demasiado temprano. Demasiado Nate. Demasiado todo.

Para cuando llego a la cocina, mi corazón late como si acabara de correr un maratón. Me apoyo en la encimera, intentando recuperar la compostura antes de que Lily se despierte.

Solo llevamos tres días en esta caravana. Faltan semanas para que esta dinámica de la temporada termine.

No voy a sobrevivir a esto.

Día 7, en algún lugar de Montana

—¡Harper! ¡Mira lo que hemos encontrado!

Lily irrumpe en la caravana como un pequeño tornado, con Nate justo detrás de ella. Sostiene algo en sus manos con el entusiasmo que solo los niños pueden sentir por lo que, con toda probabilidad, sea un insecto particularmente grande o una piedra «mágica».

—¿Qué tesoro habéis descubierto hoy? —pregunto, apartando la vista de mi portátil, donde estaba revisando el calendario de entrevistas que tenemos programadas.

—¡Una rana! —exclama, abriendo las manos para revelar un anfibio de aspecto bastante resignado—. ¡Se llama Princesa Saltarina!

—Vaya, encantada de conocerte, Princesa Saltarina —respondo con seriedad, como si estuviera siendo presentada a la realeza—. Aunque creo que su majestad preferiría estar en su palacio acuático en lugar de en nuestra humilde caravana.

Lily frunce el ceño, considerando mis palabras.

—Pero quiero enseñársela a Trueno.

—Creo que Princesa Saltarina parece un poco nerviosa —le digo con suavidad—. ¿Qué te parece si la devolvemos a su hogar y le hacemos un dibujo para enseñarle a Trueno lo bonita que era?

Después de una breve negociación que involucra la promesa de chocolate caliente con malvaviscos, Nate y Lily salen a devolver a la rana a su hábitat natural. Cuando regresan diez minutos después, Nate se dirige a la pequeña zona que ha improvisado como gimnasio junto a la caravana, bajo el toldo extensible.

Y... ¡oh, Dios mío!

Se quita la camiseta antes de empezar con las pesas que ha colocado de forma estratégica. ¿Es que este hombre tiene alergia a la ropa?

Desde la ventana de la cocina puedo verlo a la perfección mientras sus músculos se tensan y relajan en una danza hipnótica con cada repetición. El sudor comienza a hacer que su piel brille bajo el sol de la tarde, y la concentración en su rostro es tan intensa que casi puedo sentirla desde aquí.

Lily se sienta en la reducida mesa de la caravana, concentrada en dibujar a Princesa Saltarina, mientras yo intento —y fracaso de manera miserable— no mirar a su padre haciendo ejercicio.

—¿Estás vigilando a papá? —pregunta Lily de repente, pillándome infraganti.

—Solo estoy comprobando que no se haga daño —respondo con rapidez—. A veces levanta demasiado peso.

Lily asiente con expresión sabia, como si entendiera a la perfección mi preocupación.

—Sus músculos son muy grandes —comenta de forma casual—. Dice que es porque tiene que ser fuerte para montar toros. ¿Tú montas toros, Harper?

La pregunta me hace reír.

—No, cariño. Yo soy más de... montar en el metro.

Lily frunce el ceño, confundida por el concepto, pero enseguida vuelve a su dibujo. Yo vuelvo a mirar por la ventana, justo cuando Nate termina su serie de pesas y se incorpora, pasándose una mano por el pelo húmedo.

Nuestras miradas se cruzan a través del cristal y, para mi horror, me guiña un ojo. Me ha pillado mirándolo. De nuevo. ¿Cómo puedo tener tan mala suerte?

Sale de debajo del toldo y entra en la caravana, todavía sin camiseta, con una toalla pequeña alrededor del cuello.

—¿Has terminado tu dibujo, renacuaja? —le pregunta a Lily, inclinándose sobre la mesa para ver su obra de arte.

—¡Casi! —responde ella—. Estoy añadiendo purpurina.

—Por supuesto —asiente Nate con total seriedad—. Toda princesa necesita purpurina.

Se endereza y me mira, con una sonrisa jugando en las comisuras de sus labios.

—¿Disfrutando de la vista, Reeves?

—Ponte una camiseta —murmuro, sintiendo cómo el calor sube por mi cuello.

Nate arquea una ceja, y hay algo en su mirada que me hace pensar que tal vez, solo tal vez, sea consciente del efecto que tiene en mí.

—¿Te molesta? —pregunta con un tono que suena peligrosamente cercano a la provocación.

—Solo pienso en tu piel —respondo con rapidez—. El cáncer de piel es una cosa seria, Sullivan. Incluso para tipos duros como tú.

Es una excusa patética y ambos lo sabemos. Pero Nate se apiada de mí y decide no presionar.

—Tu preocupación me conmueve —me espeta, pero hay un brillo en sus ojos que no había visto antes—. Voy a ducharme y luego podemos hacer esas galletas que prometimos, ¿verdad, pequeña?

—¡Sí! —exclama Lily sin levantar la vista de su dibujo—. ¡Con pepitas de chocolate!

Mientras Nate se dirige al diminuto baño, me quedo mirando su espalda, preguntándome si estoy imaginando cosas o si acaba de... ¿flirtear conmigo?

No. Imposible. Es evidente que el calor de Montana me está afectando el cerebro.

Día 14, frontera de Wyoming

—No puedo creer que hayas olvidado comprar café —gruñe Nate, mirando la cafetera vacía como si lo considerara una traición personal.

—Yo no olvidé nada —respondo, igual de irritada—. Te tocaba a ti hacer la compra.

—No, yo hice la compra el martes.

—Exacto. Y hoy es sábado. Así que volvía a tocarte.

Nos miramos fijamente a través de la minúscula cocina; ninguno de los dos está dispuesto a ceder. Es nuestra primera discusión seria desde que comenzó este viaje y, cómo no, es por café. La falta de cafeína nos convierte a ambos en monstruos.

—Podéis dejar de discutir —interviene Lily apareciendo ante nosotros con cara de sueño—. Es muy temprano y me duelen los oídos.

Nate y yo intercambiamos una mirada culpable. Tiene razón. Estamos actuando como niños.

—Lo siento, renacuaja —dice Nate, pasándose una mano por el pelo—. Papá está un poco cascarrabias sin su café.

—Y Harper también —añade Lily con la brutal honestidad de los niños—. Los dos sois como osos cuando os despertáis.

No puedo evitar reírme. Esta niña de cuatro años acaba de ponernos en nuestro sitio a ambos.

—Tienes toda la razón —admito—. Somos unos gruñones. ¿Sabes qué? Iré a la tienda del camping a comprar café. Y tal vez dónuts como disculpa por despertar a la princesa con nuestro mal humor.

Los ojos de Lily se iluminan ante la mención de dónuts, y Nate me lanza una mirada que parece decir «tramposa». Pero hay una sonrisa escondida bajo su barba.

—Te acompaño —dice, para mi sorpresa—. Lily, ¿quieres venir con nosotros a la tienda?

—¡Sí! —exclama con alegría—. ¡Quiero elegir mis propios dónuts!

Y así es como, diez minutos después, los tres caminamos juntos hacia la pequeña tienda del camping. Lily va en medio, sosteniendo nuestras manos y dando pequeños saltos cada pocos pasos. Una

deliciosa calidez me inunda el pecho. Todo es tan... bonito. El aire de la mañana es fresco, con esa cualidad nítida que solo tienen las mañanas en las montañas.

—Siento lo de antes —dice Nate por encima de Lily—. No debería haber asumido que te tocaba a ti.

—Y yo siento haberte respondido mal —admito—. No soy persona hasta después de mi primera taza de café.

—Es algo que tenemos en común —responde, y hay una tensión en su voz que me hace mirarlo.

Está diferente ahora. Más tenso, más nervioso. Tal vez sea el efecto de dos semanas de convivencia forzada o, simplemente, que llevamos demasiado tiempo juntos.

—¿Sabes qué más tenemos en común? —pregunto, intentando mantener la conversación en terreno ligero—. Que ambos somos incapaces de recordar cuándo nos toca hacer la compra.

Nate sonríe, una sonrisa genuina que transforma por completo su rostro.

—Podríamos hacer un calendario —sugiere—. Como los que teníamos en el rancho para las tareas.

—¿Me estás comparando con uno de los vaqueros, Sullivan?

—Dios, no —contesta de inmediato—. Ellos eran mucho menos exigentes.

Le doy un golpe juguetón en el brazo por encima de Lily, sorprendiéndome a mí misma por la familiaridad del gesto. ¿Cuándo nos hemos vuelto tan... cercanos el uno con el otro?

—¡Mirad! ¡Ya hemos llegado! —exclama la niña, tirando de nuestras manos hacia la tienda.

Una vez dentro, Lily se convierte en un torbellino de energía, queriendo ver cada estante, cada producto. Nate la sigue armado de paciencia mientras yo recojo lo que de verdad necesitamos: café (el más fuerte que tienen), leche, pan y algunas otras cosas básicas.

Nos reunimos en la sección de panadería, donde Lily está considerando sus opciones de dónuts como si fuera una decisión de vida o muerte.

—El de chocolate tiene más chocolate —explica con lógica impecable—. Pero el de fresa es rosa. Y el rosa es mi color favorito

hoy.

—¿Solo hoy? —pregunta Nate, arqueando una ceja.

—Ayer era morado —responde ella con total seriedad—. Mañana quizá sea azul.

Mientras esperamos en la caja, una vez que Lily se ha decidido por un dónut de cada sabor «para probar», nuestros brazos se rozan de forma accidental. Es un contacto breve, insignificante, pero siento un hormigueo que sube por mi piel como electricidad estática.

Nate también lo siente. Puedo notarlo en la forma en que se tensa de forma sutil, en cómo sus ojos se encuentran con los míos antes de apartarse.

¿Qué nos está pasando?

Día 21, rodeo de Cheyenne, Wyoming

—¡Y el ganador, con una puntuación de noventa y dos, es Nate Sullivan!

El rugido de la multitud a través de la televisión es ensordecedor mientras Lily y yo observamos la competición desde la seguridad de nuestra caravana. Habíamos decidido que era demasiado arriesgado ir al rodeo, donde cualquiera podría ver a Lily y hacer preguntas incómodas. En su lugar, nos hemos quedado viendo la transmisión en directo, con palomitas y zumo de manzana, como si fuera una fiesta privada.

Lily salta frente al televisor, agitando sus brazos como si acabara de presenciar el evento más emocionante de su vida. Lo cual, para una niña de cuatro años, probablemente sea cierto.

—¡Ha ganado! ¡Ha ganado! —chilla, derramando palomitas por todas partes—. ¡Es el mejor vaquero del mundo!

—Sí que lo es —confirmo, compartiendo su entusiasmo.

Y lo es. Después de tres semanas viéndolo entrenar cada día, observando su dedicación, su disciplina, su pura determinación..., tengo un nuevo respeto por Nate Sullivan, el atleta.

Aunque, para ser sincera, también tengo una nueva apreciación por Nate Sullivan, el hombre. El que lee cuentos a su hija cada

noche con diferentes voces, una para cada personaje. El que se levanta con sigilo cuando Lily tiene pesadillas. El que ha empezado a prepararme café por las mañanas sin que se lo pida, tal y como me gusta.

Es aterrador lo fácil que ha sido acostumbrarme a esta extraña vida nómada con ellos.

—¿Cuándo volverá papá? —pregunta Lily con los ojos todavía pegados a la pantalla, donde ahora entrevistan a Nate.

—Pronto —le aseguro—. Tiene que hablar con algunas personas primero, pero me ha enviado un mensaje diciendo que después vendrá directamente aquí.

Lo que no le digo es que, como su gestora de imagen, debería estar allí con él, manejando a la prensa. Pero Lily es la prioridad, por eso nosotras estamos escondidas lejos de donde se celebra el rodeo. Además, he preparado tan bien a Nate para las preguntas habituales que confío en que podrá manejar la situación por sí mismo. Sobre todo, cuando lo he advertido de que, si no lo hace, lo asesinaré mientras duerme.

Dos horas después, oímos el inconfundible sonido de una camioneta aparcando junto a la caravana. Lily, que ha estado luchando contra el sueño, se reanima al instante y corre hacia la puerta.

—¡Papá! —grita en cuanto Nate entra, lanzándose a sus brazos como un pequeño misil.

—¡Hola, renacuaja! —la saluda levantándola y haciéndola girar—. ¿Has visto cómo he ganado?

—¡Sí! ¡Has estado genial! —exclama Lily—. ¡Harper se tapaba los ojos cuando has montado ese toro grande y negro!

Traicionada por una niña de cuatro años. Maravilloso.

Nate me mira por encima de la cabeza de Lily, con una ceja arqueada y esa sonrisa de suficiencia que me dan ganas de borrarle a bofetadas. O a besos. A veces es difícil distinguir.

—¿Es eso cierto, Reeves? ¿Estabas preocupada por mí?

—Estaba preocupada por todo el trabajo que me daría —respondo, repitiendo la excusa que ya se ha convertido en una broma privada

entre nosotros—. Un vaquero hospitalizado genera una montaña de formularios.

—Por supuesto —asiente, pero su sonrisa se ensancha—. Sería demasiado trabajo.

Hay algo en la forma en que me mira, una intensidad que no estaba ahí antes, que hace que mi corazón despegue.

—¿Vamos a celebrarlo? —pregunta Lily, ajena a la corriente eléctrica que parece fluir entre su padre y yo.

—Claro que sí —responde Nate, apartando al fin la mirada—. ¿Qué te parece cenar pizza?

—¡Sí! ¡Con piña!

—Blasfemia —murmuro, ganándome una risita de Nate.

—Estoy con Harper en esto, renacuaja —dice—. La piña en la pizza es un crimen contra la humanidad.

—¡Pero me gusta! —protesta Lily.

—Y por eso pediremos mitad y mitad —concluye Nate con diplomacia—. Porque somos adultos civilizados que respetan las terribles elecciones gastronómicas de los demás.

Me río. Nate gira la cabeza hacia mí y me mira de una manera que me deja sin aliento.

Esto se está volviendo peligroso.

Día 30, en algún lugar de Colorado

La tormenta nos ha pillado por sorpresa.

Hace apenas un minuto estábamos conduciendo bajo un cielo despejado y, de repente, unas nubes negras se han arremolinado sobre nosotros y la lluvia ha empezado a caer como si alguien hubiera abierto un grifo celestial.

Nate ha maniobrado la caravana hasta un área de descanso tras decidir que era demasiado arriesgado seguir conduciendo con esa visibilidad.

Ahora estamos atrapados, los tres, escuchando la lluvia golpear el techo como si quisiera atravesarlo. Lily, por fortuna, ve toda la situación como una gran aventura.

—¡Es como acampar! —declara, construyendo un fuerte con mantas en la pequeña sala de estar—. Pero sin mosquitos.

—Mejor que acampar —confirmo, ayudándola a asegurar una esquina algo inestable de su construcción—. Y con mejores baños.

Nate está en la cocina, preparando chocolate caliente para todos. Lo observo con disimulo, notando cómo sus movimientos se han vuelto más fluidos en este espacio reducido. Ya no choca con los armarios ni maldice en voz baja cuando se golpea la cabeza con alguna lámpara. Se ha adaptado, como todos nosotros.

—¿Cuánto tiempo crees que durará? —pregunto, refiriéndome a la tormenta.

Nate mira por la ventana, evaluando el cielo con esa mirada de quien ha pasado suficiente tiempo al aire libre como para leer las nubes.

—Probablemente toda la noche —responde—. Pero debería amainar lo bastante para permitirnos conducir mañana por la mañana.

Asiento, intentando no pensar en todo un día encerrados en este espacio diminuto, con la lluvia creando una barrera que nos aísla del resto del mundo.

Cenamos en el fuerte de Lily, porque, como ella sabiamente señala, «la comida sabe mejor en los fuertes». Para mi sorpresa, Nate no protesta cuando le toca meterse en la estructura precaria, pese a que sus largas piernas apenas caben en el espacio designado.

Después de la cena y un maratón de historias (tres cuentos, dos leyendas sobre constelaciones que Nate me asombra que conozca y una historia inventada sobre una princesa rana), Lily al fin sucumbe al sueño.

Nate la lleva a su camita y yo recojo los restos de nuestra fiesta improvisada. Cuando regresa, me ofrece una copa de vino en silencio.

—¿Estamos celebrando algo? —pregunto, aceptándola.

—Que llevamos un mes —responde, sirviéndose una para él—. Un mes entero sin matarnos el uno al otro. Creo que eso merece un brindis.

Sonrío, chocando mi copa con la suya.

—Por no cometer homicidio —digo—. A pesar de tus ronquidos y tu manía de dejar los calcetines por todas partes.

—Y a pesar de tu obsesión por reorganizar mis cosas y tu tendencia a acaparar el baño durante horas —contraataca, pero hay una sonrisa en sus ojos.

Nos sentamos en el pequeño sofá, escuchando la lluvia. Es extrañamente pacífico. Íntimo, de una manera que no debería permitirme sentir.

—¿Cómo lo estás llevando? —me plantea Nate después de un momento—. Todo esto. La vida nómada, las competiciones, Lily...

—Sorprendentemente bien —contesto con honestidad—. Es... diferente a lo que estaba acostumbrada, pero en el buen sentido.

—¿Echas de menos Nueva York?

La pregunta me pilla desprevenida. No porque sea inesperada, sino porque me doy cuenta de que apenas he pensado en mi antigua vida en las últimas semanas.

—A veces —admito—. Echo de menos algunos restaurantes, la energía de la ciudad..., pero no tanto como imaginaba.

Nate asiente, como si entendiera a la perfección lo que quiero decir.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Echas de menos el rancho?

—Partes de él —responde, mirando su copa—. La tranquilidad, el espacio..., pero no cambiaría esto.

—¿Esto?

—Estar en el ruedo de nuevo —aclara—. Y ver a Lily tan feliz. Le encanta esta vida, ¿sabes? Todos los lugares nuevos, la gente que conoce. Está floreciendo.

—Es una niña increíble —digo con cariño—. Te ha salido bastante bien, Sullivan.

Una sonrisa auténtica ilumina su rostro.

—Tuve suerte —dice—. Ella ya era increíble cuando la encontré.

Hay algo en su tono, una vulnerabilidad que raramente muestra, que me hace querer acercarme a él. Físicamente, emocionalmente, de todas las maneras posibles.

Es un pensamiento peligroso.

Un relámpago ilumina la caravana, seguido casi de inmediato por un trueno ensordecedor. Doy un respingo, derramando un poco de vino en mi mano.

—Lo siento —murmuro, avergonzada por mi reacción—. No me gustan las tormentas.

Nate toma mi mano sin decir una palabra, limpiando el vino derramado con una servilleta. Sus dedos son gentiles para unas manos tan grandes y encallecidas.

—A mí me encantan —dice, su voz baja y cercana—. Siempre me han hecho sentir... vivo.

No retira su mano cuando termina de limpiar la mía. En su lugar, sus dedos se entrelazan con los míos en un gesto tan natural que apenas me doy cuenta de que está sucediendo hasta que es demasiado tarde para detenerlo.

Nos quedamos así, agarrados de la mano, escuchando la tormenta. No hablamos. No hace falta.

Hay algo creciendo entre nosotros, algo que ya no podemos ignorar. Algo aterrador y emocionante a partes iguales. Siento todo el cuerpo lleno de electricidad. Tengo la respiración agitada. Ambos la tenemos.

Otro relámpago, otro trueno. Esta vez no salto. La mano de Nate en la mía me ancla, me hace sentir segura de una manera que no puedo explicar.

Cuando por fin levanto la mirada, sus ojos están fijos en mí. Oscuros, brillantes, llenos de una intensidad que hace que mi corazón se acelere.

Se inclina hacia mí, o tal vez soy yo quien se levanta hacia él. La distancia entre nosotros disminuye, lenta pero inexorablemente, como si fuéramos dos imanes incapaces de resistir la atracción.

Puedo sentir su aliento en mi piel, ver cada matiz de verde en sus ojos, contar cada una de sus pestañas...

—¿Papá?

La voz de Lily, adormilada y un poco asustada, rompe el hechizo. Nos separamos como si nos hubieran electrocutado; la culpa y la confusión están escritas en nuestros rostros.

—Aquí estoy, renacuaja —responde Nate, su voz ligeramente ronca—. ¿Te han asustado los truenos?

Lily asiente, frotándose los ojos.

—¿Puedo dormir con vosotros?

«Vosotros». Como si fuéramos una unidad. Como si fuéramos una familia. Esta sensación de pertenencia no debería gustarme tanto.

—Claro que sí —responde Nate, levantándose y cogiéndola en brazos—. Pero Harper necesita descansar. Ha sido un día largo. Así que solo seremos tú y yo.

Me mira, y hay una disculpa en sus ojos. Y algo más. Algo que me dice que lo que casi ha sucedido ha sido un error, un impulso del momento.

—Buenas noches, Harper —susurra Lily, bostezando—. Sueña con ranas princesa.

—Buenas noches, pequeña —respondo con una voz más estable de lo que me siento—. Sueña con cosas bonitas.

Nate se detiene, mirándome por encima del hombro.

—Buenas noches, Reeves —dice con voz queda.

—Buenas noches, Sullivan —contesto.

Mientras me preparo para dormir, oyendo la lluvia y los ocasionales murmullos de Nate contándole historias a Lily para que vuelva a dormirse, me doy cuenta de algo aterrador:

Ya no estoy segura de querer que esta temporada termine.

Y ese pensamiento, más que cualquier casi beso, es lo que de verdad me asusta.

Capítulo 16

Nate

Tengo un problema. Un problema de metro sesenta y cinco, con ojos color miel que parecen ver dentro de mí y una voz que me sigue hasta en sueños.

Harper Reeves me está volviendo completamente loco.

Y lo peor es que no puedo hacer nada al respecto. Porque es la niñera de mi hija. Porque es mi gestora de imagen. Porque en dos meses volverá a Nueva York y se olvidará de nosotros mientras yo intentaré explicarle a Lily por qué Harper ya no está.

Dos meses. Solo tengo que aguantar dos meses más.

—¿Papá? ¿Me estás escuchando?

La voz de Lily me saca de mis cavilaciones. Estamos en el porche del rancho de Wyatt, disfrutando de unos días de descanso después del maratón de competiciones al que fuimos en la caravana y antes de que tenga que volar a Washington para la próxima competición. La primera a la que no podré llevarlas.

El pensamiento hace que el estómago se me apriete en un nudo doloroso.

—Claro que sí, renacuaja —miento, porque no tengo ni idea de qué me estaba diciendo—. Me estabas hablando sobre... el dibujo.

—¡No! —protesta, poniendo los ojos en blanco de una manera que, estoy seguro, ha copiado de Harper—. Te estaba preguntando si puedo dormir con Trueno en la cama grande mientras no estás.

Ah. La «cama grande» es como Lily llama a mi cama. Desde que volvimos al rancho hace dos días, ha estado buscando excusas para

dormir conmigo. Sabe que me voy mañana y está ansiosa, aunque intenta no demostrarlo.

—Claro que puedes —respondo, pasándole una mano por el pelo —. Pero solo si prometes no deshacer toda la cama como la última vez.

Lily sonríe, esa sonrisa que me desarma por completo, y vuelve a su dibujo. Está sentada en el suelo del porche, rodeada de lápices de colores, creando lo que ella describe como «un mapa del tesoro para cuando vuelvas».

El sonido de la puerta abriéndose me hace levantar la mirada. Y ahí está ella. Harper sale al porche con dos tazas de café, vestida con unos vaqueros que le quedan demasiado bien y un viejo jersey mío que le presté hace semanas cuando la temperatura bajó de forma brusca por la noche. Nunca me lo devolvió, y yo nunca se lo pedí.

Verla con mi ropa hace que algo primitivo se retuerza dentro de mí. Un sentimiento para el que no estoy preparado.

Joder.

—Pensé que podrías necesitar esto —dice, ofreciéndome una de las tazas—. Has estado revisando ese itinerario durante horas.

Agarro la taza, intentando que nuestros dedos no se rocen. Últimamente, cualquier contacto con Harper, por accidental que sea, envía una corriente eléctrica por todo mi cuerpo que me cuesta disimular.

—Gracias —murmuro, dando un sorbo.

Perfecto. Justo como lo tomo. Negro con un toque de canela. ¿Cuándo aprendió cómo me gusta el café? ¿Y por qué el hecho de que lo sepa me afecta tanto?

Harper se sienta en la mecedora junto a la mía, observando a Lily con esa expresión que hace que mi pecho se contraiga. Es la misma forma en que mi madre solía mirarme: con un amor tranquilo y constante.

—¿Cómo va el mapa del tesoro? —le pregunta a Lily.

—¡Casi terminado! —responde mi hija sin levantar la vista—. Tiene trampas y cocodrilos y todo.

—Cocodrilos. Muy importante en todo mapa del tesoro que se precie —asiente Harper con absoluta seriedad, y ahí está otra cosa que me desconcierta: el modo en que siempre trata las ocurrencias de Lily con respeto, nunca condescendencia.

Nos quedamos en silencio un rato, los tres, en una escena tan familiar que duele. Porque no es real. No es permanente. Es un espejismo que desaparecerá cuando acabe la temporada.

—¿Ya has terminado de hacer la maleta? —me pregunta Harper, rompiendo el silencio—. No lo dejes para última hora, querrás estar con Lily el máximo de tiempo antes de irte mañana.

—Casi —respondo, aunque ni siquiera la he empezado. Estoy posponiendo todo lo relacionado con este viaje porque la idea de dejar a Lily, incluso sabiendo que está en buenas manos, me revuelve el estómago.

Harper me mira con esa expresión que tanto me irrita, la que dice sin tapujos que ve a través de mis mentiras.

—Nate...

—Lo haré esta noche —la interrumpo, en un tono más brusco de lo que pretendía.

Lily levanta la mirada, distraída apenas un instante por mi tono, pero enseguida vuelve a su dibujo. Harper, sin embargo, no aparta sus ojos de mí.

—¿Podemos hablar un momento? —pregunta, señalando hacia el exterior con un movimiento de cabeza—. A solas.

Mierda. Ese tono nunca presagia nada bueno.

—Claro —respondo, procurando sonar indiferente—. Lily, volvemos enseguida. No te muevas de aquí, ¿vale?

—Vale —murmura, absorta por completo en su obra maestra.

Sigo a Harper hasta el gran roble que hay junto al establo, lo suficientemente lejos para que Lily no pueda oírnos, pero lo bastante cerca para mantenerla a la vista. El sol de la tarde crea patrones de luz y sombra sobre el rostro de Harper mientras se gira para situarse frente a mí.

—¿Qué pasa? —inquiero, cruzándome de brazos.

Harper me estudia por un instante, como evaluando por dónde empezar.

—Has estado actuando de forma extraña desde que llegamos al rancho —dice al fin—. Más... distante. ¿Hay algo que te preocupe?

Su tono es cauteloso, como si estuviera acercándose a un animal herido. Y eso solo me irrita más.

—Estoy perfectamente —contesto adusto.

—Nate, es normal estar nervioso por dejar a Lily —insiste, su voz suavizándose—. Es la primera vez que os separáis desde que...

—No estoy nervioso —la interrumpo, aunque ambos sabemos que es mentira—. He estado ocupado preparando la competición, eso es todo.

Harper suspira, ese suspiro que hace cuando cree que estoy siendo deliberadamente difícil.

—Mira, he estado revisando el pronóstico del tiempo —comenta, cambiando de táctica—. Se avecina una tormenta. Creo que deberías considerar tomar el vuelo del jueves en lugar del de mañana.

—¿Qué? —Frunzo el ceño—. No puedo hacer eso. Tengo reuniones programadas.

—Lo sé, por eso me he adelantado y les he escrito a los patrocinadores —explica, sacando su teléfono—. Han sido muy comprensivos y...

—Espera —la interrumpo, sintiendo que mi irritación crece—. ¿Has contactado a mis patrocinadores sin consultarme primero?

Harper parpadea, claramente sorprendida por mi reacción.

—Solo les he preguntado si era posible reprogramar la reunión —aclara—. No he confirmado nada todavía. Quería hablarlo contigo primero.

—Pues no lo parece —replico—. Parece que ya has tomado la decisión por mí.

—No es así —se defiende—. Solo estaba explorando las opciones. He pensado que querrías pasar un día más con Lily antes de...

—Lo que quiero —la corto— es que no reorganices mi vida sin preguntarme.

—¿Sin preguntarte? —repite, y ahora hay un destello de irritación en sus ojos—. Te estoy preguntando ahora.

—Después de haber hablado ya con mis patrocinadores —señalo —. Ese no es tu trabajo, Harper.

—¿No? —Cruza los brazos, adoptando una postura defensiva—. Soy tu gestora de imagen. Coordinar tu agenda forma parte de mis responsabilidades. Tal y como he hecho siempre.

—Tu responsabilidad es manejar a la prensa y cuidar de Lily mientras compito —corrijo—. No decidir cuándo debo volar o reunirme con patrocinadores.

—Solo estaba intentando ayudar —replica, y puedo ver que está haciendo un esfuerzo por mantener la calma—. La tormenta podría hacer que quedaras atrapado en el aeropuerto durante horas. Pensé que preferirías estar aquí con Lily.

No sé por qué su preocupación me está poniendo tan nervioso; que su preocupación por mí y por Lily parezca tan real cuando se va a marchar en el mismo instante en el que nuestro acuerdo se acabe.

No sé por qué me estoy comportando como un gilipollas.

Solo sé que no puedo parar.

—Puedo tomar mis propias decisiones —insisto—. No necesito que las tomes por mí.

—Es evidente —murmura con un tono que sugiere lo contrario.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunto, dando un paso hacia ella.

Harper no retrocede. Nunca lo hace. Es una de las cosas que más me fascinan y me irritan de ella.

—Nada —contesta, pero su tono lo desmiente—. Olvídalo.

—No, adelante —la presiono—. Si tienes algo que decir, hazlo.

Harper me sostiene la mirada, y veo el momento exacto en que decide ser sincera.

—Estás evitando enfrentarte a lo que te preocupa —afirma—. Estás nervioso por dejar a Lily y, en lugar de admitirlo, te estás enfadando conmigo por intentar ayudar.

Sus palabras dan en el blanco, lo que solo consigue alimentar mi irritación.

—No sabes lo que estoy pensando —respondo con una voz más dura de lo que pretendía.

—Porque nunca lo compartes —contraataca—. Te encierras en ti mismo y esperas que todos adivinemos qué pasa por tu cabeza.

—No tengo por qué compartir todo lo que pienso —replico, acercándome más—. No soy un chaval que necesita que le gestionen cada aspecto de su vida.

—Nunca he dicho que lo seas —me rebate; su frustración es cada vez más evidente—. Pero somos... —Se detiene, como buscando la palabra correcta—. Somos compañeros en esto. Se supone que debemos trabajar juntos.

—Compañeros —repito, y hay algo en esa palabra que me irrita profundamente—. ¿Es eso lo que somos?

Harper me mira confundida.

—¿Qué se supone que significa eso?

No lo sé. Ni siquiera yo entiendo por qué estoy tan molesto. Solo sé que, cada vez que la tengo cerca, cada vez que la veo con Lily, cada vez que hace algo considerado como procurar protegerme de una tormenta, siento que pierdo un poco más el control.

—Nada —respondo, pasándome una mano por el pelo—. Olvídalo. Me iré en el vuelo de mañana como estaba planeado.

—¿Por qué eres tan terco? —inquiere, exasperada—. No es una debilidad aceptar ayuda, ¿sabes?

—No necesito tu ayuda —insisto, aunque una parte de mí sabe que eso no es cierto—. He estado manejando mi carrera y mi vida de manera impecable hasta ahora.

Harper suelta una risa incrédula que me eriza la piel.

—¿En serio? —pregunta—. Porque, cuando te encontré, estabas escondido en un rancho en medio de la nada, con tu carrera en pausa.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, sobre todo porque hay bastante verdad en ellas.

—Estaba protegiendo a mi hija —me defiendo; mi voz suena baja y tensa—. Y no tengo que justificarme ante ti.

—No te estoy pidiendo justificaciones —responde, suavizando un poco el tono—. Solo estoy señalando que todos necesitamos ayuda a veces. Incluso el gran Nate Sullivan.

Hay algo en su forma de hablar, una mezcla de exasperación y... ¿afecto?, que hace que mi irritación comience a transformarse en algo más complicado.

—¿Por qué te importa tanto? —planteo antes de poder detenerme —. ¿Por qué te importa si cojo un vuelo el miércoles o el jueves?

Harper parece sorprendida por la pregunta, como si la respuesta fuera obvia.

—Porque me importáis —declara sin más—. Tú y Lily. Me importa que estés atrapado en un aeropuerto durante horas. Me importa que pases un día menos con tu hija antes de separarte de ella por primera vez durante días.

Su sinceridad me desarma por completo. No hay nada calculador en sus palabras, no hay nada escondido. Solo preocupación pura y dura.

Y eso me desarma del todo.

—No deberías —digo en un tono de voz apenas audible—. No deberías preocuparte por nosotros.

—¿Por qué no? —indaga, dando un paso hacia mí.

—Porque en dos meses te irás —respondo. Las palabras han salido antes de que pueda detenerlas—. Volverás a Nueva York y seguirás con tu vida. Y nosotros seremos solo un trabajo que tuviste una vez.

Harper me mira como si acabara de abofetearla.

—¿Es eso lo que piensas? —pregunta casi en un susurro—. ¿Que para mí esto es solo un trabajo?

—¿No lo es? —contraataco, aunque una parte de mí ruega que lo niegue.

—Sabes que no —asegura, y hay una intensidad en sus ojos que hace que mi corazón se acelere—. Sabes que me importáis más que eso.

Estamos tan cerca ahora que puedo ver las motas doradas en sus ojos, contar cada una de sus pestañas. La tensión entre nosotros es tan densa que casi se puede cortar con un cuchillo.

—Harper... —empiezo a decir, sin saber cómo continuar.

—¿Qué? —responde. Su voz es apenas audible—. Por una vez, Nate, dime qué estás pensando de verdad.

Y ahí está. La pregunta que no puedo contestar sin cambiarlo todo entre nosotros.

—Lo que pienso —digo, mi voz ronca por la emoción contenida— es que me estás volviendo completamente loco.

Y antes de que pueda responder, antes de que pueda procesar mis palabras, hago lo único que mi cuerpo ha estado gritándome que haga durante semanas: la beso.

No es un beso suave o tentativo. Es hambriento, desesperado, cargado de toda la frustración y el deseo que he estado reprimiendo. Mis manos encuentran su cintura, atrayéndola hacia mí con una urgencia que debería avergonzarme.

Por un segundo, Harper se queda inmóvil, y el terror de haberme pasado me paraliza. Pero entonces, como si algo se rompiera dentro de ella, responde con igual ferocidad. Sus manos se enredan en mi pelo, tirando con la fuerza suficiente para arrancarme un gruñido desde lo más profundo de mi garganta.

La empujo contra el tronco del árbol, levantándola sin esfuerzo. Sus piernas se envuelven como por instinto alrededor de mi cintura, y el contacto me hace ver estrellas. Profundizo el beso, explorando su boca mientras mis manos recorren sus costados, memorizando cada curva.

Joder, es increíble.

Harper gime contra mis labios, un sonido que viaja directo a mi entrepierna. La deseo tanto que duele. Quiero devorarla aquí mismo, bajo este árbol, con el sol poniéndose a nuestras espaldas.

Pero entonces, como un balde de agua fría, recuerdo dónde estamos. Quién soy. Quién es ella.

Me separo con brusquedad, jadeando como si hubiera corrido un maratón. Harper parece igual de afectada; sus labios están hinchados; sus ojos, vidriosos; su respiración, entrecortada.

—Esto es... —empiezo a decir, sin saber cómo terminar la frase.

—Un error —completa ella, bajando las piernas y ajustándose la ropa—. Lo sé.

—No podemos... —intento hablar de nuevo.

—Lo sé —repite, y hay una resignación en su voz que me duele físicamente—. Lily. El trabajo. No podemos... complicarlo.

Asiento, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Porque ¿cómo le explico que besarla ha sido como encontrar algo que no sabía que estaba buscando? ¿Cómo le digo que la idea de dejarla, aunque sea por unos días, me aterra casi tanto como dejar a Lily?

—Deberíamos volver —murmura al fin, pasándose una mano por el pelo.

—Sí —concuerdo, agradecido por la salida fácil—. Deberíamos volver.

Pero ninguno de los dos se mueve. Nos quedamos ahí, mirándonos; el aire entre nosotros está cargado con todo lo que no nos atrevemos a decir.

—Esto no puede volver a pasar —digo al fin, porque alguien tiene que decirlo.

—Por supuesto que no. —Harper asiente rápidamente, demasiado rápidamente—. Ha sido solo... un momento de locura. El estrés. La tensión de estas semanas.

—Exacto —coincido, ignorando la punzada de decepción que siento—. Solo eso.

Harper asiente de nuevo y al fin se gira para volver al porche. La observo alejarse, con la espalda recta y el paso decidido, como si no hubiera ocurrido nada.

Pero ha ocurrido. Y aunque ambos finjamos que ha sido un error, un impulso, un momento de debilidad, yo sé la verdad.

Besarla ha sido lo más inevitable que he hecho en mi vida.

Algo que llevaba deseando hacer desde hace años.

Y lo peor de todo es que, a pesar de todas las razones por las que no debería, lo único que quiero es volver a hacerlo.

Joder.

Capítulo 17

Harper

Si alguien me preguntase cómo sobrevivir a las horas posteriores a besar a tu jefe (que también es el padre de la niña que cuidas y el hombre que te vuelve completamente loca), mi respuesta sería simple: no lo hagas. Finge una enfermedad terminal. Múdate a otro país. Considera la posibilidad de unirte a un monasterio en las montañas del Tíbet.

Cualquier cosa es preferible a esta tortura.

Es la mañana después de El Error (así es como he decidido llamarlo en mi cabeza, con mayúsculas y todo, porque «El momento en que Nate Sullivan me empujó contra un árbol y me besó como si el mundo estuviera a punto de acabarse» es demasiado largo). La cocina de Wyatt nunca me había parecido tan pequeña como ahora, con Nate sentado al otro lado de la mesa, concentrado en su café como si contuviera los secretos del universo.

No hemos hablado del beso. No hemos hablado de nada, en realidad, más allá de frases como: «¿Puedes pasarme la sal?» o «Lily necesita calcetines limpios».

Es como si hubiéramos establecido un pacto silencioso para fingir que nunca sucedió. Lo cual sería mucho más fácil si mi cuerpo no reaccionara como un detector de metales enloquecido cada vez que Nate entra en una habitación.

—¿Quieres más café? —me pregunta Wyatt, ajeno, en apariencia, a la tensión que nos rodea y que podría cortarse con un cuchillo.

—Por favor —respondemos Nate y yo al unísono, evitando mirarnos.

Wyatt nos observa con una expresión que sugiere que no es tan ajeno a lo que sucede, pero decide no comentar nada. En su lugar, rellena nuestras tazas y se dirige a la nevera.

—¿Dónde está Lily? —pregunto, desesperada por romper el silencio.

—Todavía durmiendo —responde Nate, y el sonido de su voz envía un escalofrío por mi columna—. Se quedó despierta hasta tarde terminando su «mapa del tesoro».

Asiento, como si esta información fuera fascinante y no una simple observación sobre los hábitos de sueño de una niña de cuatro años.

Mi teléfono suena, salvándome de tener que encontrar un tema de conversación banal. Es Victoria. Por primera vez en mi vida, estoy feliz de recibir una llamada de mi jefa.

—Tengo que contestar —me disculpo, levantándome con tal rapidez de la silla que casi tiro mi café—. Es Victoria.

Nate asiente. Su rostro es una máscara de indiferencia profesional. Pero hay algo en sus ojos, un destello que no puedo descifrar. ¿Irritación? ¿Alivio? ¿Algo más?

No tengo tiempo para analizarlo. Salgo al porche y respondo.

—Victoria, buenos días —digo, intentando sonar profesional y no como alguien que está huyendo de una cocina cargada de tensión.

—Harper, escucha —la voz de Victoria suena más animada de lo habitual, lo que de inmediato me pone en alerta—, necesitamos hablar sobre Las Vegas.

Por un momento, mi cerebro cortocircuita. ¿Las Vegas? ¿Qué tiene que ver Las Vegas con...? Oh. Las finales nacionales de rodeo. El gran evento que culminará la temporada. El momento en que Nate se retirará de manera oficial y nuestro acuerdo llegará a su fin.

El pensamiento me provoca una punzada de dolor inesperada que decido ignorar.

—¿Las Vegas? —repito, ganando tiempo mientras mi cerebro vuelve a conectarse—. Claro, ¿qué pasa con Las Vegas?

—Quiero que elabores un plan exhaustivo para su despedida —explica Victoria—. Una megaconferencia de prensa para anunciar la retirada de Sullivan, entrevistas exclusivas, sesión de fotos conmemorativa..., la obra completa. Los patrocinadores están

dispuestos a pagar una fortuna por ser parte del adiós del Rey del Rodeo.

Mi estómago se contrae. Claro, para Victoria y los patrocinadores, esto es un evento comercial. Una oportunidad de monetizar el final de la carrera de Nate. Para mí..., bueno, para mí significa algo totalmente diferente.

—Entiendo —digo, manteniendo mi tono profesional—. ¿Para cuándo necesitas que esté listo el plan?

—Tienes un mes y medio —responde Victoria—. Quiero que me lo presentes por videoconferencia antes de que vayáis a Las Vegas. Y Harper...

—¿Sí?

—Tiene que ser espectacular. Sullivan nos está dando la temporada más exitosa en años. Su regreso ha superado todas las expectativas. Ahora necesitamos que su adiós sea igual de impresionante.

—Lo será —prometo, aunque no tengo idea de cómo voy a planear la despedida perfecta para un hombre al que en estos momentos no puedo mirar a los ojos sin recordar cómo sentí sus labios sobre los míos.

—Excelente —dice mi jefa—. Oh, y por cierto, el ascenso... puede que esté muy cerca. Has hecho un trabajo extraordinario con Sullivan.

El ascenso. El puesto directivo por el que he estado luchando durante años. La seguridad financiera que tanto necesito. Debería estar eufórica.

En lugar de eso, siento una extraña mezcla de emociones que no puedo descifrar.

—Gracias, Victoria —respondo de forma automática—. Eso es... increíble.

—Te lo estás ganando —afirma, y luego, sin transición, vuelve al modo negocios—. Envíame un borrador preliminar el próximo mes. Y asegúrate de que Sullivan esté a bordo con todo.

Cuando cuelgo, me quedo mirando el paisaje de Montana, intentando procesar la situación. El ascenso, Las Vegas, el final cercano de... lo que sea que esté pasando aquí.

—¿Buenas noticias?

La voz de Wyatt me sobresalta. No lo he oído salir al porche.

—Supongo que sí —respondo, guardando mi teléfono—. Mi jefa me acaba de insinuar que voy a conseguir un ascenso.

—¡Eso es genial! —exclama con auténtico entusiasmo—. Deberíamos celebrarlo. Tengo una botella de champán que he estado guardando para una ocasión especial.

—Gracias, pero no hace falta. —Sonrío, aunque no llega a mis ojos —. Todavía no sé si será.

Wyatt me estudia con esa mirada penetrante que parece ser una característica de los hombres de Montana; o tal vez solo de los que conozco.

—¿Qué más te ha dicho tu jefa? —pregunta, apoyándose en la barandilla del porche—. Pareces... preocupada.

Suspiro. ¿Tan transparente soy?

—Quiere que planifique todo el evento de despedida de Nate en Las Vegas —explico—. La gran retirada oficial del Rey del Rodeo.

—Ah —asiente Wyatt, comprendiéndolo de inmediato—. El final del acuerdo.

—Exacto.

Nos quedamos en silencio un rato, contemplando las montañas en la distancia. Al fin, Wyatt habla.

—¿Sabes? Es curioso cómo funcionan las cosas. Cuando Nate llegó aquí con Lily, estaba convencido de que nunca volvería al rodeo. Y ahora...

—¿Y ahora? —pregunto cuando deja la frase en el aire.

Wyatt me mira con una sonrisa enigmática.

—Ahora no estoy tan seguro de que eso sea lo que más le importe.

Antes de que pueda preguntarle qué quiere decir con exactitud, la puerta se abre y Lily sale corriendo, en pijama, con Trueno en una mano y su mapa del tesoro en la otra.

—¡Harper! ¡Tío Wyatt! —chilla con la energía inagotable que solo los niños poseen a primera hora de la mañana—. ¡He terminado el mapa! ¡Papá tendrá que seguir las pistas para encontrar el tesoro cuando vuelva!

Me agacho para estar a su altura, agradecida por la distracción.

—Es precioso, Lily —digo, admirando el colorido dibujo lleno de caminos serpenteantes, cocodrilos sonrientes y lo que parece ser un cofre del tesoro en la esquina superior—. Tu papá va a estar muy impresionado.

—¿Dónde está? —pregunta, mirando alrededor—. Quiero enseñárselo.

—Creo que está haciendo la maleta —responde Wyatt—. ¿Por qué no vas a ayudarlo?

Lily asiente con ímpetu y sale disparada de vuelta al interior de la casa, gritando «papá» una y otra vez.

—Deberías ir con ella —sugiere Wyatt con un brillo travieso en los ojos—. Nate es terrible haciendo equipajes. Una vez se fue a una competición y se olvidó de llevar ropa interior.

—Estoy segura de que puede arreglárselas —respondo, no muy convencida de poder enfrentarme a Nate en la intimidad de su habitación sin que mi cara se ponga del color de un tomate maduro.

Wyatt suelta una carcajada.

—Harper, no sé qué sucede entre vosotros —dice, levantando una mano cuando estoy a punto de protestar—, y no necesito saberlo. Pero esta evitación mutua que os traéis entre manos es muy obvia. Y Lily se va a dar cuenta si seguís así.

Tiene razón, por supuesto. Lily es demasiado perceptiva para su edad. Si Nate y yo seguimos actuando como adolescentes incómodos, ella lo percibirá.

—De acuerdo —cedo al fin—. Iré a supervisar el desastre.

—Sabia decisión —asiente Wyatt—. Mientras tanto, yo prepararé tortitas. Con pepitas de chocolate. Para todos.

Entro en casa y me dirijo con paso decidido hacia la habitación de Nate. Puedo hacerlo. Soy una profesional. Una adulta. Solo voy a ayudar a mi cliente a hacer su equipaje para un viaje de negocios. Nada más.

La puerta está entreabierta. Puedo oír la voz de Lily explicando entusiasmada cada detalle de su mapa. Me detengo un instante, respirando hondo antes de llamar con suavidad.

—Adelante —responde la voz de Nate.

Empujo la puerta y entro. La escena frente a mí es tan doméstica que hace que mi corazón dé un vuelco traicionero: Nate sentado en la cama con Lily en su regazo, ambos inclinados sobre el colorido mapa, con ropa esparcida a su alrededor en lo que solo puede describirse como un intento caótico de hacer una maleta.

—Wyatt dice que necesitas ayuda —declaro, intentando mantener mi tono ligero—. Y, viendo esto, parece que tiene razón.

Nate levanta la mirada y, por un segundo, veo un destello de calidez en sus ojos antes de que su expresión vuelva a ser cuidadosamente neutra.

—Estamos bien —responde, pero Lily tiene otras ideas.

—¡Harper! —exclama, saltando del regazo de su padre—. ¡Ayúdanos! Papá está poniendo todo desordenado.

—Vale, pillado. Puede que sí necesite ayuda.

—Me sorprende que lo admitas —le digo a Nate, acercándome con cautela, como quien se aproxima a un animal salvaje—. Por norma general insistirías en que todo está bajo control mientras tu maleta parecería haber sido hecha por un tornado.

Un atisbo de sonrisa cruza su rostro.

—Bueno, tengo una crítica muy honesta aquí —dice, señalando a Lily—. Aparentemente, mi técnica de doblado es «del todo incorrecta».

—Porque lo es —asiente Lily con solemnidad—. Harper, enséñale cómo se hace.

Y así, sin más ceremonias, me encuentro sentada en la cama de Nate Sullivan, doblando meticulosamente sus camisetas mientras él y Lily me observan como si estuviera realizando algún tipo de magia arcana.

—Ves, papá —le indica la pequeña, señalando mi trabajo—. Así no se arruga nada.

—Es evidente que he estado haciéndolo mal toda mi vida —concede Nate con un tono que sugiere que está reprimiendo una sonrisa.

La tensión entre nosotros comienza a disolverse poco a poco mientras trabajamos juntos, organizando su equipaje para los

próximos días. Es casi... agradable. Casi normal. Como si fuéramos una familia preparándose para un viaje.

El pensamiento me golpea con tanta fuerza que casi dejo caer el par de calcetines que estoy doblando. No somos una familia. Esto es temporal. En unos meses, volveré a Nueva York y ellos seguirán con sus vidas. El ascenso que Victoria acaba de insinuar podría esperarme. Mi carrera. Mi vida.

Mi vida sin ellos.

—¿Todo bien? —pregunta Nate, captando mi repentina quietud.

—Sí —respondo con rapidez, volviendo a mi tarea—. Solo me acabo de acordar de algo que tengo que hacer más tarde.

—¿Es por algo relacionado con la llamada? —pregunta, y hay curiosidad en su tono—. Parecía importante.

—Como ya sabes, era Victoria —contesto, concentrándome en doblar una camisa con precisión militar—. Quiere que empiece a planificar el evento final de Las Vegas.

Puedo sentir su mirada sobre mí, intensa, cuestionadora.

—¿Las Vegas? —repite, y hay una tensión en su voz que no estaba ahí antes.

—Las finales nacionales —explico, aunque la explicación es ridícula. Él sabe perfectamente de qué hablo—. Tu gran despedida oficial.

—Ah —se limita a decir.

—Quiere que prepare todo un espectáculo —continúo, sin saber por qué siento la necesidad de llenar este silencio repentinamente incómodo—. Conferencia de prensa, entrevistas exclusivas, sesión de fotos...: lo habitual.

Nate no responde de inmediato. Cuando al fin habla, su voz es cuidadosamente neutra.

—¿Y eso es lo que quieres hacer?

La pregunta me pilla desprevenida. ¿Lo que yo quiero? ¿Desde cuándo importa lo que yo quiero?

—Es mi trabajo —respondo.

—No es lo que te he preguntado —insiste, y hay algo en su mirada que me hace sentir como si estuviera viendo a través de mí.

Antes de que pueda responder, Lily interviene, por completo ajena a la tensión entre nosotros.

—¿Qué es Las Vegas? —pregunta, jugando con uno de los calcetines de Nate—. ¿Es donde vas a montar toros, papá?

La expresión de Nate se suaviza de inmediato al dirigirse a su hija.

—Sí, renacuaja. Es el último rodeo de la temporada. El más importante.

—¿Y nosotras iremos contigo? —sigue preguntando con ojos esperanzados.

—Por supuesto —asegura Nate, y su mirada se cruza de manera fugaz con la mía—. Estaremos todos allí, aunque tú te quedarás en el hotel con el tío Wyatt.

«Todos». Como si fuéramos una unidad. Como si yo fuera parte de este «nosotros» que él y Lily forman.

No puedo permitirme pensar así.

El resto de la mañana transcurre en una especie de tregua incómoda. Terminamos de hacer la maleta, desayunamos las tortitas de Wyatt y Nate repasa su itinerario una última vez. Actúa casi normal conmigo, pero hay una distancia sutil, una cautela en cómo se mueve a mi alrededor, como si tuviera miedo de acercarse demasiado.

Y yo hago exactamente lo mismo.

Es una danza extraña y agotadora esta evitación mutua mientras fingimos que todo está bien.

Antes de darme cuenta, llega la hora de su partida. Wyatt ha preparado su camioneta para llevarlo al aeropuerto, y estamos todos en el porche para despedirlo.

De repente Lily, que ha estado inusualmente callada desde el desayuno, levanta los brazos hacia mí. La alzo de forma instintiva, y ella se aferra a mi cuello como un pequeño koala, con la carita medio escondida en mi hombro. Es como si quisiera estar lo más cerca posible de alguien mientras se prepara para ver a su padre marcharse.

Nate se acerca a nosotras, y de pronto el espacio parece encogerse. Con Lily en mis brazos, estamos mucho más cerca de lo que hemos estado desde nuestro beso. Puedo oler su *aftershave*,

ver una pequeña cicatriz sobre su ceja izquierda, sentir el calor que irradia su cuerpo.

—Ven aquí, renacuaja —dice con dulzura, acariciando el pelo de Lily.

Ella se gira en mis brazos, pero no hace ademán de soltarme, creando un extraño triángulo donde los tres estamos conectados. La proximidad es casi insoportable.

—No quiero que te vayas —murmura Lily, extendiendo una manita para tocar la cara de su padre.

—Solo serán unos días —le asegura Nate, y está tan cerca que puedo sentir su aliento en mi mejilla cuando habla—. Y te llamaré cada noche antes de dormir. Lo prometo.

—¿Y me contarás un cuento por teléfono? —pregunta con ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

—Dos cuentos —promete, inclinándose para besar su frente, lo que lo acerca aún más a mí. Por un segundo, su mejilla roza la mía, y tengo que contener un escalofrío—. Y cuando vuelva, seguiremos tu mapa del tesoro juntos. ¿De acuerdo?

Lily asiente, aunque no parece del todo convencida. Sus bracitos se aprietan alrededor de mi cuello, y me sorprende lo natural que lo siento, como si hubiera estado sosteniendo a esta niña toda mi vida.

—Cuida de Harper mientras no estoy —añade Nate. Sus ojos se encuentran con los míos a una distancia tan corta que puedo ver las motas doradas en su iris verdes—. Sabes que es un desastre sin nosotros.

Eso arranca una pequeña sonrisa a Lily.

—Lo haré —promete con solemnidad—. No dejaré que se pierda ni que se olvide de comer.

—Excelente —asiente Nate, como si acabaran de sellar un acuerdo de la máxima importancia—. Confío en ti.

Hay un momento de silencio cargado de intensidad, donde ninguno de los tres se mueve. Estamos tan cerca que casi parece un abrazo familiar, y la idea me provoca un nudo en la garganta.

—Cuídate, Sullivan —digo al fin; mi voz es apenas un susurro dada nuestra proximidad—. Y no hagas nada que genere titulares que tenga que limpiar.

Una sombra de sonrisa cruza su rostro.

—No te prometo nada, Reeves.

Y entonces, para mi completa sorpresa, se inclina y me da un beso en la mejilla. Es tan breve, tan ligero, que casi podría habérmelo imaginado. Pero el calor que se extiende por mi cuerpo desde ese punto de contacto es demasiado real para ser una fantasía. Mi corazón se acelera como si quisiera salir volando hacia él.

—Cuida de mi niña —murmura contra mi piel.

—Siempre —respondo, y ambos sabemos que es una promesa que va más allá de estos pocos días.

Se separa, y el momento pasa. Vuelve a ser Nate Sullivan, el vaquero profesional, el atleta concentrado preparándose para una competición.

Lily y yo lo vemos subir a la camioneta con Wyatt. La pequeña agita su manita frenéticamente mientras se alejan, y yo mantengo un brazo alrededor de sus pequeños hombros, sintiendo cómo se apoya contra mí buscando consuelo.

—Va a estar bien, ¿verdad? —pregunta, mirándome con esos ojos verdes idénticos a los de su padre—. ¿No se hará daño?

—Tu papá es el mejor en lo que hace —le aseguro, aunque no puedo evitar que un nudo de preocupación se forme en mi propio estómago—. Estará de vuelta antes de que te des cuenta.

Cuando la camioneta desaparece en la distancia, Lily exhala un hondo suspiro.

—Bueno —dice con una resolución que me asombra en alguien tan pequeño—, supongo que ahora somos solo tú y yo.

—Supongo que sí. —Asiento, dándole un pequeño apretón—. ¿Qué quieres hacer primero?

Lily lo considera por un momento.

—Creo que deberíamos hacer galletas —decide—. Papá dice que siempre te sientes mejor después de comer galletas.

No puedo evitar sonreír. Es tan parecida a Nate: práctica, decidida y con un corazón mucho más grande de lo que deja ver.

—Pues manos a la obra. Vamos con esas galletas —acepto, tomando su manita mientras entramos en la casa—. Y tal vez podamos enviarle algunas a tu papá.

—¡Sí! —exclama, saltando emocionada—. ¡Con una nota secreta que solo él pueda entender!

Mientras Lily me arrastra hacia la cocina, explicándome su plan para un código secreto basado en la forma de las galletas, me doy cuenta de algo inquietante: no estoy contando los días hasta que termine este trabajo y pueda volver a mi vida normal.

Estoy contando las horas hasta que Nate regrese.

Y ese pensamiento, más que cualquier beso discutiendo bajo un árbol, es lo que realmente debería asustarme.

Capítulo 18

Nate

Hay algo profundamente alarmante en pagar un cambio de billete de última hora solo para volver antes a casa. En especial cuando no hay ninguna emergencia que lo justifique. Ninguna razón lógica o profesional.

Solo que no podía estar lejos de ellas ni un día más.

Contemplo las luces de Montana a través de la ventanilla del avión mientras descendemos, intentando ignorar la voz en mi cabeza que se burla de lo patético que soy. Tres días. Solo han sido tres malditos días. He pasado meses, años enteros, en la carretera sin sentir esta... ansiedad.

Pero eso era antes. Antes de Lily. Antes de Harper.

«Harper».

Su nombre se desliza por mi mente con demasiada facilidad últimamente; como si tuviera derecho a estar ahí, junto a mi hija, en la categoría de «personas que me importan». Y eso es peligroso. Porque Harper Reeves no es mi familia. Su presencia es solo temporal. Una solución práctica a un problema complicado. En cuatro meses volverá a Nueva York, a su vida real, y nosotros seremos solo un capítulo cerrado en su historia.

La idea me golpea como un puñetazo en el estómago. No debería importarme. No tengo derecho a que me importe. Pero, joder, me importa.

Cuando el avión aterriza, soy el primero en levantarme, ignorando las miradas irritadas de los demás pasajeros. La impaciencia me

come por dentro mientras espero mi maleta, mientras busco un taxi, mientras recorro las millas que me separan del rancho.

Son casi las once de la noche cuando al fin llego. Las luces de la casa están apagadas, excepto la del porche, que Wyatt siempre deja encendida. Pago al taxista y subo los escalones intentando hacer el menor ruido posible. No quiero despertar a nadie. No los he avisado de que volvía esta noche, y lo último que necesito es explicar por qué he cambiado mi vuelo.

La puerta está cerrada, pero no con llave. Típico de Wyatt, que sigue creyendo que vivimos en una época en la que no es necesario hacerlo. Entro con sigilo, dejando mi maleta en el recibidor.

La casa está en silencio, solo interrumpido por el tictac del viejo reloj de pared y el ocasional crujido de la madera. Me dirijo a la habitación de Lily, necesitando verla antes que nada. Pero, cuando abro la puerta, la cama está vacía.

Por un segundo, el pánico me atraviesa como una corriente eléctrica. Luego la lógica se impone. Probablemente está con Harper. O quizá con Wyatt, aunque él no suele ser su primera opción para dormir.

Me dirijo a la habitación de Harper, pero también está vacía. La cama está hecha, como si nadie hubiera dormido en ella.

Una idea comienza a formarse en mi mente, y me dirijo como una flecha a mi propia habitación mientras el corazón empieza a latirme desbocado en el pecho. Abro la puerta despacio y...

Ahí están.

Las dos.

Juntas.

Como la visión más perfecta que he tenido en la vida.

La tenue luz de la luna que se filtra por la ventana ilumina la escena: Lily acurrucada contra Harper, ambas profundamente dormidas en mi cama. Lily abraza a Trueno con un brazo mientras el otro descansa sobre el estómago de Harper. Y Harper... Harper tiene un brazo colocado alrededor de mi hija, como si incluso en sueños quisiera protegerla.

Algo se retuerce dentro de mi pecho. Una emoción tan intensa y desconocida que me deja por un momento sin aliento.

Me quedo paralizado en el umbral, absorbiendo la imagen frente a mí. Harper lleva una camiseta vieja como pijama. Su pelo castaño está desparramado sobre mi almohada, y su rostro, por lo general animado por una expresión determinada o exasperada, está del todo relajado en el sueño.

Está preciosa. Y tan natural junto a Lily que duele.

No sé cuánto tiempo permanezco ahí, de pie, observándolas sin poder quitarles los ojos de encima, pero de repente Harper se mueve. Sus ojos se abren poco a poco, desorientados por el sueño. Cuando me ve, se sobresalta, incorporándose con tal brusquedad que temo que despierte a Lily. Pero mi hija solo se gira, murmurando algo incomprensible antes de seguir durmiendo.

—¿Nate? —susurra Harper, su voz ronca por el sueño—. ¿Qué haces aquí? No te esperábamos hasta...

—He vuelto antes —interrumpo en un tono más bajo del normal—. El rodeo terminó y... decidí regresar.

No le digo que cancelé dos entrevistas y una sesión de fotos, aunque ya se enterará; que pagué una fortuna por cambiar mi vuelo; que la idea de pasar dos días más lejos de casa, lejos de ellas, me resultaba insoportable.

Harper parece procesar mis palabras poco a poco, como si su cerebro aún estuviera despertando.

—Oh —dice al fin—. Lo siento, no deberíamos estar aquí... en tu cama, quiero decir.

Comienza a moverse, intentando levantarse sin despertar a Lily, pero alzo una mano para detenerla.

—No te preocupes —murmuro—. No me importa.

De hecho, estoy jodidamente extasiado de que estén aquí.

Harper se detiene, mirándome con incertidumbre.

—Es que... —empieza a decir, pasándose una mano por el pelo en un gesto que, me doy cuenta, está cargado de nervios—. Lily te echaba mucho de menos. No quería dormir sola. Y pensé que si estaba en tu cama, con tus cosas alrededor, se sentiría mejor. Y entonces se quedó dormida, y cuando intenté irme se despertó y...

—Harper —la interrumpo, y hay algo en la forma en que digo su nombre que hace que se detenga—. De verdad, no me importa.

Nuestras miradas se encuentran en la penumbra de la estancia y, por un momento, es como si el tiempo se detuviera. Hay tanto que quiero decir, tantas preguntas sin formular, tantas emociones sin nombre que se agolpan en mi interior.

—¿Has ganado? —pregunta al final, rompiendo el silencio.

—Sí —respondo, agradecido por el cambio de tema—. Primer puesto.

Una pequeña sonrisa aparece en sus labios.

—Por supuesto que sí —dice, y hay un orgullo en su voz que me calienta por dentro—. Lily estará emocionada cuando se entere.

Asiento, sin confiar en mi voz en este momento. Porque lo que quiero decir es que me da igual el resultado del torneo, que solo podía pensar en volver; que cada segundo lejos de aquí me ha parecido una eternidad.

En lugar de eso, me acerco a la cama y me siento en el borde, junto a Lily. Acaricio con cariño su pelo, maravillándome, como siempre, de lo pequeña y perfecta que es.

—La próxima vez tendréis que venir conmigo. —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas—. Las dos. No puedo... —Me detengo, buscando las palabras correctas—. No puedo concentrarme sabiendo que estáis tan lejos.

Levanto la mirada y encuentro a Harper observándome con una expresión que no soy capaz de descifrar. Hay sorpresa ahí, y algo más. Algo que hace que mi corazón se acelere.

—¿Las dos? —repite, su voz apenas es un susurro.

—Sí —confirmo, sosteniendo su mirada—. Las dos.

El silencio que sigue está cargado de algo peligroso. Algo que ni ella ni yo estamos listos para nombrar. Puedo sentir la tensión creciendo entre nosotros, espesándose con cada segundo que pasa.

Harper es la primera en romperlo, apartando la mirada como si no pudiera soportar lo que ve en mis ojos.

—Debería irme —murmura, comenzando a desenredarse con cuidado de Lily—. Ahora que estás aquí, ella estará bien.

Quiero decirle que se quede. Que hay espacio suficiente para los tres. E incluso que la idea de ella y Lily acurrucadas en mi cama mientras yo duermo en el sofá es perfecta.

Pero no digo nada de eso, porque no puedo. Porque hay líneas que no debo cruzar. Porque ya crucé una cuando la besé contra aquel árbol, y desde entonces todo se ha vuelto todavía más confuso y complicado.

No puedo pensar en otra cosa.

—Claro —digo en su lugar, ayudándola a levantarse sin despertar a Lily—. Gracias por cuidar de ella.

Harper asiente, y por un instante permanece ahí, descalza, con la camiseta que le llega a medio muslo, mirándome como si quisiera añadir algo más; como si hubiera un universo de palabras no dichas entre nosotros.

—Buenas noches, Nate —se despide al fin, y hay una suavidad en su voz que me desarma por completo.

—Buenas noches, Harper.

Sale de la habitación intentando no hacer ruido, dejándome solo con Lily y con pensamientos que no tengo derecho a tener; con sentimientos que no puedo permitirme sentir.

Me quito las botas y me tumbo junto a mi hija, vestido por completo, demasiado agotado física y emocionalmente para molestarme en cambiarme. Lily se gira hacia mí, acurrucándose contra mi pecho como siempre hace.

Pero mientras la abrazo, inhalando su familiar aroma a champú de fresa y a ese inexplicable olor a niña pequeña, no puedo evitar notar que la almohada a mi lado huele a Harper. A su champú de vainilla y a ese perfume sutil que siempre lleva.

Y lo peor de todo es que, en lugar de molestarme, me reconforta.

Estoy jodido. Completa y absolutamente jodido.

Porque no solo he vuelto antes para ver a mi hija. He vuelto por Harper también. Y eso es algo que no puedo permitirme. No cuando sé que pronto se irá. No cuando Lily ya está tan encariñada con ella que su partida será devastadora.

No cuando yo mismo estoy empezando a depender de su presencia de una manera que me aterra.

Cierro los ojos, intentando alejar estos pensamientos... Mañana. Mañana recuperaré el control. Mañana recordaré que esto es

temporal, que es un acuerdo profesional, que hay límites que no podemos cruzar.

Pero esta noche, con el aroma de Harper todavía en mi almohada y Lily durmiendo plácidamente en mis brazos, me permito imaginar, solo por un momento, que esto podría ser real; que podría ser permanente.

Capítulo 19

Harper

Hay ciertas cosas que deberían venir con una advertencia explícita. Como los tacones de más de diez centímetros; o los hombres que pueden derretirte con una mirada; o la idea de estar a solas en una casa en mitad de la noche con Nate Sullivan.

Son las dos de la madrugada y no puedo dormir. Después de dar vueltas en la cama durante horas, he decidido que un vaso de leche caliente me ayudará, o, al menos, me dará algo que hacer además de revivir en mi mente cada interacción con Nate desde que volvió hace tres días.

La casa está en silencio, apenas iluminada por la luz del porche y la de la luna, que se filtra por las ventanas. Estoy a punto de entrar en la cocina cuando un sonido me detiene. Un gruñido bajo, seguido de una maldición murmurada.

Me asomo con cautela y lo veo. Nate está sentado en una silla de la cocina, con el torso desnudo, intentando alcanzar algo en su hombro derecho. Incluso en la penumbra, puedo ver que está haciendo una mueca de dolor.

—¿Estás bien? —pregunto, entrando en la estancia.

Nate se sobresalta, girándose con un movimiento tan brusco que suelta otro gruñido de dolor.

—De maravilla —responde de forma automática, enderezándose como si no acabara de verlo retorcerse de dolor—. ¿Qué haces despierta?

—No podía dormir —digo, acercándome—. ¿Qué te has hecho?

—Nada —insiste, pero la manera en que mantiene el hombro rígido lo delata—. Solo es un pequeño tirón muscular.

Pongo los ojos en blanco. Por supuesto que minimizaría una lesión. Podría tener un hueso saliendo de la piel y seguiría insistiendo en que es «solo un rasguño».

—Déjame ver —le pido, encendiendo la pequeña luz sobre la encimera.

—No es nada, Reeves —protesta, pero, cuando intenta levantarse, otra mueca de dolor cruza su rostro.

—Claro, y yo soy una bailarina profesional —respondo con sequedad—. Siéntate y déjame echar un vistazo.

Para mi sorpresa, obedece, aunque con un suspiro exasperado que parece decir «eres imposible». Me acerco y lo que veo me hace contener la respiración, pero no solo por la lesión.

Su espalda es un mapa de músculos perfectamente definidos, ahora tensados por el dolor. Una contusión morada se extiende por su hombro derecho, descendiendo hacia su omóplato.

—¿Esto es «nada»? —pregunto, rozando con suavidad el borde de la contusión—. ¿Qué te ha pasado?

Nate se estremece ligeramente bajo mi toque, pero no se aparta.

—Fue en el rodeo del otro día —admite al fin—. Me golpeé contra la barrera al desmontar.

—¿Y no pensaste que sería buena idea mencionarlo? —lo riño, examinando cuidadosamente la zona—. Esto necesita hielo, antiinflamatorios y tal vez un masaje para liberar la tensión muscular.

—He tenido peores golpes —replica, como si eso justificara ignorar por completo su salud.

—Eso no me tranquiliza en absoluto —murmuro, dirigiéndome al congelador para sacar hielo—. ¿Has tomado algo para el dolor?

—No necesito medicamentos —responde, y puedo captar la terquedad en su voz.

—Por supuesto que no —suelto con sarcasmo—. ¿Para qué aliviar el dolor cuando puedes sufrir estoicamente como un verdadero macho alfa?

Envuelvo el hielo en un paño limpio y lo presiono con suavidad contra su hombro. Nate inhala con brusquedad, pero no se queja.

—Sujeta esto aquí —le indico—. Voy a buscar algo para ese músculo.

Antes de que pueda protestar, salgo de la cocina y me dirijo al baño. Rebusco en mi neceser hasta encontrar el aceite de masaje con árnica que siempre llevo para mis propios dolores musculares. También agarro un analgésico de mi bolso, por si logro convencerlo.

Cuando regreso, Nate sigue donde lo he dejado, sosteniendo el hielo contra su hombro con una expresión que mezcla estoicismo y resignación.

—¿Qué es eso? —pregunta, mirando con sospecha el frasco en mi mano.

—Aceite de masaje con árnica —respondo—. Va a ayudar con la inflamación y la tensión muscular.

Sus ojos se entrecierran.

—No necesito un masaje.

—Y yo no necesito que un vaquero terco me diga lo que no necesita cuando es más que evidente que está sufriendo —contraataco—. Ahora, ¿vas a dejar que te ayude o prefieres seguir fingiendo que eres indestructible hasta que el dolor te impida levantar a Lily mañana?

Es un golpe bajo, lo sé, pero efectivo. La mención de su hija hace que algo cambie en su expresión.

—Bien —cede al fin—. Pero solo cinco minutos.

—Diez —negocio y, cuando abre la boca para protestar, añado—: Y te tomarás esto.

Le ofrezco el analgésico y un vaso de agua que lleno en el fregadero. Me mira como si le estuviera ofreciendo veneno.

—Es solo ibuprofeno, Sullivan, no cianuro —suelto exasperada—. Te ayudará con la inflamación.

Con un suspiro que parece venir desde lo más profundo de su ser, toma la pastilla y se la traga con un sorbo de agua.

—Ahora, quita el hielo y gírate —le indico.

—Mandona —murmura, pero obedece, girando la silla para darme acceso a su espalda.

—Solo cuando es necesario —respondo, vertiendo un poco de aceite en mis manos para calentarlo.

El primer contacto de mis palmas contra su piel envía una corriente eléctrica por todo mi cuerpo. Es ridículamente cálido, como si generara su propia oleada de calor. Y la textura de su piel... suave como el acero, interrumpida por pequeñas cicatrices que cuentan historias de años sobre toros y caballos salvajes.

Comienzo con movimientos delicados alrededor de la contusión, sintiendo la tensión en sus músculos. Está tan rígido que parece hecho de piedra.

—Necesitas relajarte —murmuro—. No puedo ayudarte si estás más tenso que la cuerda de un violín.

—No estoy tenso —protesta, pero sus músculos cuentan otra cosa.

—Claro, y yo soy experta en montar toros —replico, presionando un punto más duro de lo normal justo debajo de su omóplato.

Nate suelta un gruñido que podría ser de dolor o de algo del todo diferente, y ese sonido viaja directo a partes de mi anatomía que deberían mantenerse profesionales en este momento.

—Respira hondo —le instruyo, intentando sonar clínica y no como alguien que está luchando contra el impulso de recorrer con la lengua cada centímetro de su espalda—. Y relájate.

Para mi sorpresa, me obedece. Inhala fuerte y, al exhalar, siento cómo parte de la tensión abandona su cuerpo. Aprovecho para trabajar con más precisión en su espalda, buscando y desenredando con mis dedos los nudos de tensión.

A medida que continúo, Nate comienza a relajarse más; su respiración se vuelve más profunda. Mis manos se mueven por instinto, encontrando contracturas y liberándolas con presión firme pero gentil.

—Joder —murmura cuando mis pulgares encuentran un punto particularmente tenso—. Ahí.

—¿Duele? —pregunto, aligerando la presión.

—No —responde, su voz más ronca de lo habitual—. Es... agradable.

Algo en su tono hace que mi estómago dé un vuelco. Continúo trabajando en ese punto, aplicando presión en círculos lentos, y Nate

deja caer la cabeza hacia delante con un suspiro que suena casi como un gemido.

El sonido despierta algo primario dentro de mí. De repente, soy dolorosamente consciente de la escena y de nosotros: mis manos en su piel, el calor que emana de su cuerpo, la forma en que su respiración se ha vuelto más pesada.

Mis manos se mueven más allá de la contusión, explorando la vasta extensión de su espalda. Ya no es solo un masaje terapéutico. Mis movimientos son más lentos, más sensuales, más... íntimos.

—Harper... —Dice mi nombre como una advertencia, o tal vez una súplica.

—¿Humm? —respondo, fingiendo inocencia mientras mis dedos trazan la línea de su columna.

—Eso ya no es mi hombro —señala, pero no hace ningún movimiento para detenerme.

—¿Quieres que pare? —pregunto. Mis manos se detienen por un momento.

Hay un segundo de silencio cargado antes de que responda:

—No.

Esa única palabra, pronunciada con tanta intensidad, hace que algo se rompa dentro de mí. Mis manos continúan su exploración, deslizándose por sus hombros, bajando por sus brazos, sintiendo cada músculo definido bajo mis dedos.

Hay algo tan íntimo y tan sensual en el momento que se me acelera la respiración. Ni siquiera sé lo que estoy haciendo.

—Joder, Harper.

Nate se gira despacio en la silla hasta quedar frente a mí. Sus ojos, normalmente del verde de un bosque en calma, ahora son oscuros, tormentosos. Me mira como un depredador evaluando a su presa, y debería asustarme, pero, en lugar de eso, siento una oleada de calor líquido recorrer mi cuerpo.

—Ven aquí —dice, su voz un gruñido bajo que hace que mis rodillas amenacen con ceder.

Doy un paso hacia él, hipnotizada. Sus manos encuentran mis caderas, guiándome hasta que estoy entre sus piernas. La posición

me coloca por encima de él, pero, de alguna manera, sigue siendo él quien tiene el control.

—Esto es una mala idea —murmuro, aunque mis manos ya están sobre sus hombros, deslizándose hacia su cuello.

—La peor —coincide conmigo, sus pulgares trazando pequeños círculos sobre mis caderas, justo bajo el borde de mi camiseta.

—No deberíamos —digo, inclinándome hacia él como si estuviera siendo atraída por un imán.

—Tienes toda la razón. —Asiente con los ojos fijos en mis labios.

Y entonces estamos besándonos de nuevo, pero no hay nada de la furia o la sorpresa de nuestro primer beso. Este es deliberado, consciente, inevitable. Sus labios se mueven sobre los míos con una precisión devastadora, como si hubiera cartografiado cada centímetro de mi boca y supiera exactamente cómo hacerme gemir.

Sus manos suben por mi cintura, arrastrando mi camiseta con ellas, exponiendo mi piel al aire fresco de la noche. El contraste entre el frío y el calor de sus palmas me arranca un escalofrío que no tiene nada que ver con la temperatura.

—Eres tan suave —murmura contra mis labios, sus manos explorando mi espalda, mi cintura, rozando el borde de mis pechos —. He pensado en esto cada noche desde que te besé.

—¿En qué exactamente? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

—En cómo sería tenerte así —responde, sus labios trazando un camino desde mi boca hasta mi cuello—. En cómo sonaría mi nombre en tus labios cuando te tocase.

Sus palabras envían una descarga de deseo puro a través de mi cuerpo. Nunca me había imaginado que Nate Sullivan, el hombre de pocas palabras, pudiera decir cosas que me hicieran sentir como si estuviera derritiéndome desde dentro.

Sus manos encuentran mis pechos, cubriéndolos con una reverencia que contrasta con la urgencia de sus labios. Cuando sus pulgares rozan mis pezones a través de la fina tela de mi camiseta, no puedo contener el gemido que escapa de mi garganta.

—Eso es —murmura contra mi piel—. Quiero oírte, Harper.

La forma en que dice mi nombre, como si fuera algo precioso y prohibido a la vez, me hace temblar. Sus manos se deslizan bajo mi

camiseta, piel contra piel, y el contacto es electrizante.

—Nate —suspiro, mis dedos enredándose en su pelo, atrayéndolo más cerca.

Con un movimiento fluido que me toma por sorpresa, me levanta y me sienta a horcajadas sobre él. La nueva posición crea una fricción deliciosa donde más lo necesito, y no puedo evitar moverme contra él, buscando alivio para el calor que crece entre mis piernas.

Puedo sentir la dureza debajo de mí, la evidencia de su deseo presionando exactamente donde mi cuerpo anhela más contacto. Es embriagador saber que lo afecto tanto como él a mí.

Sus manos suben por mis muslos, deslizándose bajo el borde de mis *shorts* de dormir, acercándose a donde estoy húmeda y palpitante por él.

—Dime que pare y lo haré —dice, sus ojos buscando los míos, ofreciéndome una salida que no quiero tomar.

—No pares —respondo, moviendo mis caderas contra él en una invitación inequívoca a continuar.

Con un gruñido que suena casi animal, Nate desliza una mano entre nosotros. Sus dedos encuentran el centro de mi placer a través de la tela de mi ropa interior. Incluso con esa barrera, su tacto me hace ver estrellas.

—Joder, estás empapada —murmura, su voz teñida de asombro y deseo—. ¿Todo esto es por mí, Harper?

—Sí —admito, más allá de cualquier pretensión o juego—. Solo por ti.

Sus dedos mueven a un lado mi ropa interior y finalmente, finalmente, me toca donde más lo necesito. La sensación es tan intensa que tengo que morderme el labio inferior para no gritar y despertar a toda la casa.

—No hagas eso —dice, liberando mi labio con su pulgar—. Quiero oírte. Quiero saber que te estoy haciendo sentir bien.

—Lo estás haciendo —jadeo mientras sus dedos exploran, encuentran mi entrada, se deslizan dentro con una facilidad que sería vergonzosa si la sensación no fuera tan increíble—. Dios, Nate.

Sus movimientos son precisos, determinados, como todo lo que hace. Me toca como si estuviera decidido a descubrir exactamente

qué me hace desmoronarme, y se le da de maravilla.

Mientras sus dedos hacen su magia, sus labios encuentran mi cuello, mi clavícula, bajando hasta el borde de mi camiseta. Con su mano libre, la levanta lo suficiente para exponer mis pechos al aire frío de la noche.

—Eres perfecta, joder —murmura, antes de tomar un pezón en su boca caliente.

La combinación de sensaciones —sus dedos dentro de mí, su pulgar acariciando mi clítoris, su boca en mi pecho— es abrumadora. Puedo sentir el orgasmo construyéndose, una ola de placer a punto de romper.

—Eso es, nena —susurra contra mi piel—. Déjate ir. Quiero sentirte correrte en mis dedos.

Sus palabras son el catalizador final. El placer explota dentro de mí, irradiándose desde donde sus dedos me tocan hasta cada extremidad de mi cuerpo. Me aferro a sus hombros, probablemente lastimando su contusión, pero no puedo controlarme mientras el orgasmo me atraviesa en oleadas interminables.

Cuando por fin vuelvo a la tierra, me encuentro temblando en sus brazos, mi frente apoyada contra la suya, nuestras respiraciones mezclándose en el pequeño espacio entre nosotros.

—Eso ha sido... —comienzo a decir, sin palabras para describir lo que acaba de suceder.

—Increíble —completa, besándome con suavidad—. Eres increíble.

Puedo sentirlo todavía duro contra mí, y deslizo una mano entre nosotros, buscando darle el mismo placer que él me ha dado. Pero, para mi sorpresa, detiene mi mano.

—No esta noche —dice, besando mi palma—. Esta noche era para ti.

—Pero... —protesto, confundida.

—Me gustaría tomarme mi tiempo contigo —me interrumpe, con una sonrisa que promete mucho más en el futuro—. Y no puedo en estas condiciones, el hombro me está matando.

No puedo evitar reírme al comprenderlo mientras la tensión del momento se disipa un poco.

—¿Ha valido la pena? —pregunto, poniendo en su sitio mi ropa.

—Cada segundo —sentencia con una intensidad que hace que mi corazón se salte un latido.

Nos quedamos así un momento, yo todavía en su regazo, su frente contra la mía, respirando el mismo aire. Es íntimo de una manera que trasciende lo físico que acabamos de compartir.

Y es aterrador.

Porque esto no solo ha sido deseo. No solo ha sido tensión sexual finalmente liberada. Para mí ha sido algo más. Algo que no estoy lista para aceptar.

—Debería volver a la cama —digo al fin, rompiendo el hechizo.

Nate asiente, ayudándome a ponerme de pie con una gentileza que contradice su tamaño y fuerza.

—¿Estás bien? —pregunta mientras sus ojos buscan los míos con genuina preocupación.

—Mejor que bien —contesto con total sinceridad—. ¿Y tu hombro?

—Tiene pinta de que va a mejorar —dice con una sonrisa torcida —. Deberías considerar una carrera en medicina alternativa.

Me río, agradecida por el momento de ligereza.

—Buenas noches, Nate —digo, dando un paso hacia atrás, aunque todo mi cuerpo protesta ante la creciente distancia entre nosotros.

—Buenas noches, Harper —responde, y la forma en que dice mi nombre, como una caricia, me sigue hasta mi habitación, donde sé que no dormiré en absoluto.

Porque acabo de cruzar una línea con Nate Sullivan. Y, en lugar de arrepentimiento, todo lo que siento es un intenso anhelo por lo que vendrá después.

Estoy en un lío.

En un serio y delicioso lío.

Capítulo 20

Nate

Hay ciertos momentos en la vida que te cambian para siempre; como la primera vez que montas un toro, o como cuando sostienes a tu hija por primera vez, o, al parecer, cuando Harper Reeves gime tu nombre mientras se deshace alrededor de tus dedos en la cocina de tu mejor amigo.

Han pasado tres días desde aquella noche, y todavía no puedo sacarme de la cabeza la imagen de Harper sentada a horcajadas sobre mí, con la cabeza echada hacia atrás y los labios entreabiertos en un grito silencioso. Tres días desde que probé su piel y descubrí que sabe tal y como siempre había imaginado: dulce, adictiva y peligrosa como el infierno.

Tres días en los que hemos estado bailando uno alrededor del otro como si camináramos sobre cristales rotos. Profesionales durante el día, evitándonos por la noche, temerosos de lo que podría pasar si nos encontramos solos de nuevo.

Es una tortura que yo mismo me he impuesto. Porque no puedo permitirme querer más. No puedo permitirme quererla a ella.

Es demasiado arriesgado.

—¡Papá, mira! —La voz de Lily me saca de mis pensamientos, y agradezco la distracción.

Estoy en el porche, en teoría revisando mi agenda para las próximas competiciones, aunque en realidad llevo diez minutos mirando la misma página mientras mi mente vaga hacia territorios peligrosos.

—¿Qué tienes ahí, renacuaja? —pregunto, forzándome a concentrarme en mi hija.

Lily corre hacia mí con algo en las manos. Detrás de ella, Harper camina a un ritmo más tranquilo, con una sonrisa que hace que mi estómago dé un vuelco traicionero.

—¡Mira lo que hemos hecho! —exclama Lily, enseñándome lo que parece ser un collar de macarrones pintados—. Harper me ha enseñado. ¡Es para ti!

Tomo el collar con la reverencia que merece cualquier regalo de mi hija, aunque esté hecho de pasta seca.

—Es precioso —aseguro, y lo digo en serio. Todo lo que viene de Lily lo es—. ¿Me lo pongo?

—¡Sí! —asiente entusiasmada—. Es un collar mágico. Te protegerá cuando montes toros.

Inclino la cabeza para que pueda ponérmelo. Mientras lo hace, miro a Harper por encima de Lily. Está observándonos con una expresión que no puedo descifrar, pero que hace que algo se retuerza en mi pecho.

—¿Qué tal me queda? —le pregunto a Lily una vez que el collar está en su sitio, contrastando de un modo ridículo con mi camiseta negra.

—¡Pareces un rey! —declara con la absoluta confianza de los niños.

—El Rey del Rodeo con su collar de macarrones —comenta Harper, y hay una calidez en su voz que no me atrevo a analizar demasiado —. Sin duda, deberías usarlo en tu próxima competición.

—No te rías, Reeves —le advierto, pero no hay verdadera amenaza en mi voz—. Esto es alta costura en el mundo de los preescolares.

Harper levanta las manos en señal de rendición, pero su sonrisa no desaparece.

—Jamás me atrevería a burlarme de una obra maestra —asegura —. De hecho, estoy un poco celosa. Mi collar no tiene estrellas doradas como el tuyo.

—¿Tú también tienes uno? —inquiero, sorprendido.

Como respuesta, Harper tira ligeramente del cuello de su camiseta, revelando un collar similar al mío, aunque con macarrones

pintados de púrpura en lugar de azul.

—Los tres vamos a conjunto —explica Lily con seriedad—. Como una familia.

Sus palabras inocentes caen como un rayo entre nosotros. Veo cómo Harper se tensa, aunque su sonrisa no vacila. Yo mismo siento como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

Porque eso es justo lo que parecemos en este último periodo. Una familia. Y es tan tentador, tan fácil imaginar que esto es real y permanente...

—¡Voy a hacer uno para el tío Wyatt también! —anuncia Lily, ajena a la tensión que ha provocado—. ¡Necesito más macarrones!

Y con eso, sale disparada de vuelta a la casa, dejándonos solos en un silencio cargado de tensión.

—Así que... —dice Harper por fin— macarrones.

—Macarrones —confirmo, agradecido por el tema seguro—. Parece que has desatado un monstruo artístico.

—Es increíblemente creativa —responde Harper, acercándose para sentarse en la mecedora junto a la mía—. Deberías ver los dibujos que ha hecho esta mañana mientras entrenabas. Tiene talento.

—Lo sé —digo, y no puedo evitar que el orgullo se filtre en mi voz —. Aunque no tengo ni idea de dónde lo ha sacado. Yo apenas puedo dibujar un palo.

Harper se ríe, y el sonido me calienta por dentro de una manera que debería alarmarme.

—Será de tu madre —sugiere—. ¿No dijiste una vez que ella pintaba?

Me asombra que recuerde ese detalle. Fue una mención casual durante una de nuestras interminables horas de viaje en la caravana.

—Sí, lo hace —confirmo—. Aunque ahora es más un pasatiempo. Solía vender sus cuadros cuando yo era niño, para ayudar con los gastos.

—Lily debería conocerla —comenta Harper y, por su tono, sé que estamos entrando en arenas movedizas—. A tus padres, quiero decir. Son sus abuelos, después de todo.

Siento que mi mandíbula se tensa.

—Harper... —advierto.

—Lo sé, lo sé. —Levanta una mano—. No es asunto mío. Pero Nate, tu madre no para de escribirte. Llama al menos una vez por semana. Está preocupada por ti.

—¿Has estado hablando con mi madre? —indago, mi voz más dura de lo que pretendía.

—No —responde, sin dejarse intimidar por mi tono—. Pero veo sus mensajes cuando reviso tu teléfono para las cosas del trabajo. Y he oído tus conversaciones con ella. Son... breves.

Suspiro, pasándome una mano por el pelo. Este es un tema que he estado evitando de forma deliberada.

—Es complicado —digo al fin.

—¿Qué es complicado exactamente? —presiona Harper—. ¿Decirles que tienen una nieta? ¿Que has estado ocultándoles a Lily durante meses?

—No lo entiendes —gruño, sintiendo cómo la irritación crece dentro de mí—. No es tan simple.

—Entonces explícamelo —me pide, inclinándose hacia delante—. Porque, desde donde yo estoy, parece que estás privando a Lily de conocer a sus abuelos, y a tus padres de conocer a su nieta. Y no entiendo por qué.

Algo en su tono, en la forma en que lo simplifica todo, enciende una chispa de ira en mí.

—No lo entiendes —repito, poniéndome de pie—. ¿Cómo podrías? Tú no tienes que preocuparte por cómo el mundo juzgará a tu hija cuando descubran que es el resultado de una noche de borrachera con una mujer que apenas conocías. Tú no tienes que explicarles a tus padres por qué nunca les dijiste que tenían una nieta. Tú no tienes que proteger a una niña de cuatro años de los titulares que la perseguirán toda su vida.

Las palabras salen como un torrente, cargadas de una frustración que ni siquiera sabía que tenía. Harper me mira, sus ojos muy abiertos, pero no retrocede. Nunca lo hace.

—Nate —dice con suavidad—, entiendo que quieras protegerla. Pero ¿no crees que tener más personas que la amen y la apoyen solo puede ser bueno para ella? ¿De veras crees que tus padres te van a juzgar?

—No es solo por eso. Contárselo significa exponerla —insisto—. Mi padre no sabe mantener la boca cerrada. Mi madre es incapaz de mentir. Si les hablo de Lily, toda la maldita ciudad lo sabrá en una semana.

Harper se levanta también, acercándose a mí con esa determinación que tanto me irrita y me fascina a la vez.

—¿Y qué si lo saben? —pregunta—. ¿Qué es lo peor que podría pasar? La gente hablará por un tiempo y luego pasarán a otro cotilleo. Mientras tanto, Lily tendrá abuelos que la adoren.

—No lo entiendes —repito por segunda vez, sintiendo cómo mi control se desmorona—. No se trata solo de los cotilleos. Se trata de que Lily crezca con una etiqueta. La hija ilegítima. El secreto sucio. El error de Nate Sullivan.

Mi voz se quiebra en la última palabra, y veo la comprensión aparecer en los ojos de Harper.

—Lily nunca será un error —sentencia con firmeza—. Y cualquiera que la conozca lo sabrá. Incluidos tus padres.

—No puedo arriesgarme —insisto, aunque mi resolución empieza a tambalearse bajo su mirada—. No puedo exponerla así.

—¿Estás seguro de que es a ella a quien estás protegiendo? —pregunta Harper, y hay algo en su tono que me eriza la piel—. ¿O te estás protegiendo a ti mismo?

La pregunta me golpea como un puñetazo en el estómago.

—Cuidado, Harper —advierto, mi voz baja y peligrosa.

—Solo digo que tal vez estás más asustado de lo que la gente pensará de ti que de lo que pensarán de ella —continúa, implacable —. Y eso es comprensible, Nate. Pero no es justo para Lily. Ni para tus padres.

Estamos tan cerca ahora que puedo contar las pecas en su nariz, ver el fuego en sus ojos, sentir el calor que emana de su cuerpo. Y quiero besarla. Quiero silenciar sus palabras con mi boca, perderme en ella hasta que ambos olvidemos esta conversación.

Pero eso sería de cobardes. Y ella merece algo mejor que eso.

—No sabes de lo que estás hablando —digo al fin, dando un paso atrás—. No tienes ni idea de lo que es proteger a alguien que depende por completo de ti. A tu familia.

Es un golpe bajo, y lo sé en el momento en que las palabras salen de mi boca. Me siento como un auténtico cabrón. Harper parpadea, como si la hubiera abofeteado, y por un segundo veo dolor puro en sus ojos antes de que su expresión se endurezca.

—Tienes razón —dice, su voz tan fría como nunca la he oído—. No sé lo que es tener una familia que proteger. Pero sé lo que es crecer sin una. Sé lo que es preguntarte por qué nadie te quiere lo suficiente para quedarse. Y no le desearía eso a ningún niño.

Dicho esto, se gira y entra en la casa, dejándome solo con el peso de sus palabras y el conocimiento de que le he hecho mucho daño.

No me merezco a alguien tan maravilloso como Harper en mi vida. Soy un cabrón por herirla solo para protegerme.

Me quedo en el porche, intentando procesar lo que acaba de pasar, sintiéndome como la peor persona sobre la faz de la tierra. La ira se desvanece poco a poco, dando paso a una vergüenza que me corroe por dentro. Harper tiene razón, por supuesto. Estoy asustado. Aterrorizado de lo que la gente dirá, de cómo juzgarán mis decisiones, de cómo eso afectará a Lily.

Pero también tengo miedo de afrontar a mis padres. De ver la decepción en sus ojos cuando les diga que les he ocultado a su nieta durante meses.

Estoy tan perdido en mis pensamientos que no me doy cuenta de que Lily está a mi lado hasta que está tirando de mi pantalón.

—Papá —dice, su vocecita preocupada—, ¿por qué Harper está triste?

Mi corazón se hunde. Por supuesto que Lily se ha dado cuenta de que Harper está alterada. Están muy unidas.

—Harper y yo hemos tenido una pequeña discusión —explico, agachándome para estar a su altura. No quiero mentirle—. A veces los adultos no están de acuerdo en cosas, y eso está bien.

—Pero ¿por qué está llorando? —insiste Lily, y sus palabras son como un puñal en mi pecho.

¿Llorando? ¿Harper está llorando por mi culpa?

—¿Dónde está? —pregunto, intentando mantener mi voz calmada.

—En su habitación —responde Lily—. He ido a buscarla para hacer más collares, pero estaba llorando y me ha dicho que necesitaba un

minuto.

Me incorporo, indeciso. Por un lado, quiero ir tras ella, disculparme, arreglar lo que he roto. Por otro, tal vez lo mejor sea darle espacio. Nunca he sido bueno consolando a nadie.

—¿Quieres que vaya a ver si está bien? —pregunta Lily, y la preocupación de su voz es tan auténtica que me rompe el corazón.

Parece que la adulta sea ella. Ese hecho de por sí es suficiente para que deje de comportarme como un idiota y me saque la cabeza del culo.

—Iré yo, renacuaja —decido—. ¿Por qué no vas a ver si el tío Wyatt necesita ayuda con la cena?

Lily asiente, aunque parece reticente a dejar el tema.

—No estés enfadado con Harper —me pide antes de irse—. Ella nos quiere mucho. Y yo la quiero a ella.

Sus palabras me golpean con una fuerza inesperada. Nos quiere. No solo a Lily. A nosotros. Como si fuéramos un paquete indivisible.

Me dirijo a la habitación de Harper con el corazón martilleando en mi pecho. La puerta está cerrada, pero puedo oír movimiento dentro. Levanto la mano para llamar, pero me detengo.

¿Qué voy a decirle? ¿Que lo siento por ser un idiota? ¿Que tiene razón y soy un cobarde? ¿Que cada vez que la miro siento cosas que no debería sentir?

Respiro hondo y llamo. Tres golpes suaves.

Silencio.

—Harper —digo, mi voz más ronca de lo que esperaba—, sé que estás ahí.

Más silencio, y luego:

—Necesito un momento, Nate.

Su voz suena congestionada, y la imagen mental de Harper llorando por mi culpa me hace sentir como la peor basura del planeta.

—Por favor —insisto, apoyando la frente contra la puerta—. Dame solo un minuto.

Oigo pasos acercándose y luego la puerta se abre. Harper está ahí, con los ojos enrojecidos pero la barbilla en alto, desafiante

incluso en la vulnerabilidad. Joder, es la mujer más fuerte que he conocido.

Me vuelve absolutamente loco.

—¿Qué? —pregunta, sin la hostilidad que merezco, solo cansancio.

—Lo siento —digo de inmediato—. He sido un imbécil.

Parpadea. Parece sorprendida por mi franqueza.

—Sí, lo has sido —concuerda, pero hay un atisbo de sonrisa en la comisura de sus labios.

—No debería haber dicho eso sobre... tu familia —continúo; las palabras salen con dificultad. Nunca he sido bueno expresando lo que siento—. Ha sido un golpe bajo.

Harper suspira, apoyándose en el marco de la puerta. Su mirada se suaviza como si estuviese dispuesta a perdonarme, demostrando una vez más lo buena persona que es.

—Mira, Nate, entiendo que es complicado. De verdad. Solo... creo que estás tomando decisiones desde el miedo, y eso nunca acaba bien.

Tiene razón, por supuesto. Pero admitirlo es otra cosa.

—Lo pensaré —concedo al fin—. Lo de mis padres. Lo pensaré.

Sus ojos se iluminan ligeramente.

—¿En serio?

—No prometo nada —advierto con rapidez—. Pero... lo consideraré.

Es lo mejor que puedo ofrecer ahora, y parece ser suficiente. Harper asiente, y nos quedamos ahí, mirándonos, con tantas cosas no dichas entre nosotros.

El silencio se extiende durante unos segundos en los que ninguno de los dos hace ni dice nada.

—Por cierto —lo rompe ella por fin—, ha llegado la invitación para la gala benéfica de la Fundación del Rodeo. Es este sábado en Helena.

Por un breve instante el cambio de tema me desconcierta.

—¿La gala? —repito—. No voy a ir.

Harper pone los ojos en blanco, y es tan familiar, tan ella, que siento un alivio inexplicable al ver que no he roto por completo lo que sea que hay entre nosotros.

No estoy preparado para perderla. No todavía.

Quizá nunca lo esté.

—Sí que irás —replica con ese tono que no admite discusión—. Es para recaudar fondos para niños con enfermedades graves. Y eres uno de los homenajeados por tu donación del año pasado.

Maldita sea. Lo había olvidado. Después de ganar el campeonato el año anterior, doné una parte sustancial del premio a la fundación. No fue para obtener reconocimiento, solo era lo correcto.

—No puedo ir —insisto—. ¿Qué pasa con Lily?

—Wyatt ya se ha ofrecido a cuidarla —responde, como si hubiera anticipado mi objeción—. Dice que tienen una noche de películas y pizza pendiente.

La idea de vestirme de etiqueta y pasar horas obligándome a sonreír a extraños me revuelve el estómago. Pero la idea de Harper enfundada en un vestido de gala...

—Iré con una condición —suelto, sorprendiéndome a mí mismo.

Harper arquea una ceja, suspicaz.

—¿Cuál?

—Que vengas conmigo —respondo, y las palabras suenan más posesivas de lo que pretendía—. Como mi acompañante.

Sus mejillas se tiñen de un rosa que, para mi sorpresa, resulta de lo más satisfactorio. Un color que hace que tenga que cerrar las manos en puños para no alcanzarla.

—Soy tu gestora de imagen —dice, como si necesitara recordármelo—. Por supuesto que iré.

—No —insisto, dando un paso hacia ella—. No como mi gestora de imagen. Como mi cita.

Harper me mira, y puedo ver el momento exacto en que comprende lo que estoy diciendo. Sus ojos se ensanchan un poco, y su respiración se vuelve algo más rápida.

—¿Tu cita? —repite, como probando las palabras.

—Mi cita —confirmo, sosteniendo su mirada—. Sin carpetas. Sin itinerarios. Sin estar pendiente de la prensa. Solo tú y yo, vestidos con ropa elegante, bebiendo champán caro.

Una sonrisa lenta se extiende por su rostro, y es como ver amanecer.

—Eso suena como una cita real, Sullivan.

—Tal vez lo sea, Reeves —respondo, permitiéndome una pequeña sonrisa—. ¿Te atreves?

Su respuesta es una risa que me calienta por dentro.

—¿El gran Nate Sullivan pidiéndome una cita? —dice, fingiendo sorpresa—. Debe de ser el fin del mundo.

—Podría ser —concedo—. ¿Qué respondes entonces?

Harper me estudia por unos segundos, como evaluando si hablo en serio. Finalmente, asiente.

—De acuerdo.

Algo primitivo y posesivo ruge dentro de mí. Harper Reeves acaba de aceptar ser mi cita. De manera oficial. Frente a todo y a todos.

—Bien —digo, intentando sonar casual y no como si acabara de ganar la maldita Super Bowl—. Te recogeré a las siete.

Harper suelta otra risa.

—Vivimos en la misma casa, Nate.

—Aun así —insisto—. A las siete.

Nos miramos un momento más, y hay algo nuevo entre nosotros. Una promesa. Una posibilidad.

Algo que nunca habría previsto.

—El sábado a las siete —confirma al fin, con una sonrisa que me hace querer besarla aquí mismo.

Pero no lo hago. Porque, cuando bese a Harper Reeves de nuevo, no será de pie en un pasillo, con mi hija y mi mejor amigo a pocos metros. Será en el momento y lugar perfectos.

Y tengo el presentimiento de que esa gala podría ser exactamente eso.

—Papá, tío Wyatt dice que la cena está lista. —La voz de Lily nos interrumpe desde la planta inferior.

—Ya vamos, renacuaja —respondo, sin apartar mis ojos de Harper.

Oímos cómo mi hija asciende las escaleras.

—¿Ya no estáis enfadados? —pregunta Lily, acercándose con cautela.

Harper es la primera en romper nuestro contacto visual, agachándose para estar a la altura de la pequeña.

—No, cariño, ya no estamos enfadados —le asegura—. A veces los adultos discuten, pero eso no significa que dejen de quererse.

Las palabras flotan entre nosotros, cargadas de un significado que ninguno de los dos está listo para analizar del todo.

—Bien —declara Lily, tomando nuestras manos—. Porque somos una familia, y las familias se quieren incluso cuando están enfadadas.

Y mientras mi hija nos arrastra hacia la cocina, una mano pequeña en la mía y la otra en la de Harper, me pregunto cómo he podido tener tanta suerte de tenerlas en mi vida.

Y si tendré la fuerza para dejarla ir cuando llegue el momento.

Capítulo 21

Harper

Si alguien me hubiera dicho hace cuatro meses, cuando lo encontré, que estaría poniéndome un vestido de gala para asistir como la cita oficial de Nate Sullivan a un evento de beneficencia, habría sugerido un examen psiquiátrico urgente. Y, sin embargo, aquí estoy, contemplando mi reflejo en el espejo mientras intento controlar el pánico que amenaza con ahogarme.

El vestido es un préstamo de la esposa de un amigo de Wyatt. Es de un verde esmeralda intenso que hace que mis ojos parezcan más claros, con un escote que revela justo lo suficiente para ser elegante sin resultar excesivo. La espalda, sin embargo, es otra historia: tiene un corte que desciende casi hasta la cintura, dejando al descubierto una cantidad de piel que me hace sentir al mismo tiempo poderosa y terriblemente expuesta.

—¡Estás muy guapa! —exclama Lily desde la cama, donde está sentada con las piernas cruzadas, observándome como si estuviera presenciando una transformación mágica—. Como una princesa.

Sonrío, girándome para mirarla.

—¿Tú crees? —pregunto, nerviosa como pocas veces.

—Sí —asiente con la solemnidad que solo los niños pueden lograr —. Papá se va a quedar con la boca abierta. Como en las películas.

No puedo evitar reírme. Durante la última semana, desde que Nate me invitó oficialmente a la gala, Lily ha estado más interesada de lo normal en mis preparativos, como si de alguna manera entendiera que esto es diferente a las docenas de eventos a los que he acompañado a su padre en calidad profesional.

No sé cómo puede ser tan perceptiva con lo pequeña que es.

—Bueno, eso espero —digo, aplicándome una última capa de pintalabios—. ¿Te apetece quedarte con el tío Wyatt?

—¡Sí! —exclama, rebotando sobre el colchón—. Vamos a hacer un fuerte con mantas y a ver *Enredados* comiendo pizza. Y me ha prometido que puedo quedarme despierta hasta las nueve y media.

—Tenéis preparada toda una noche de rebeldía. —Asiento con fingida seriedad—. Asegúrate de que el tío Wyatt no se pase con los dulces.

—Lo vigilaré —promete, guiñándome un ojo en un gesto que sin duda ha copiado de su padre.

Un golpe en la puerta nos interrumpe. Mi corazón da un vuelco ridículo, como si fuera una adolescente esperando a su cita para el baile de graduación.

—Adelante —digo, maldiciendo para mis adentros el ligero temblor en mi voz.

La puerta se abre y ahí está él. Y santa madre de Dios.

Si pensaba que Nate Sullivan era irresistible en vaqueros y camiseta, no estaba preparada para verlo en esmoquin. El traje negro parece haber sido creado exprofeso para su cuerpo, acentuando sus hombros anchos y su estrecha cintura. La camisa blanca contrasta con su piel bronceada, y la pajarita..., bueno, nunca pensé que una pajarita pudiera hacerme sentir cosas tan profundas, pero aquí estamos.

Se ha recortado un poco la barba, pero no lo suficiente para perder ese aire salvaje que lo caracteriza. Y su pelo, por lo general alborotado, está peinado hacia atrás de una forma que resalta sus pómulos y esa mandíbula que parece tallada en granito.

Está tan guapo que casi duele mirarlo.

Nuestros ojos se encuentran y, por un momento, ninguno de los dos dice nada. Hay una intensidad en su mirada que me deja sin aliento.

—Guau —susurra al fin, su voz más ronca de lo habitual—. Estás...

Se detiene, como si las palabras le fallaran. Y viniendo de un hombre tan directo como Nate Sullivan, eso es muy sorprendente y halagador.

—¿Presentable? —sugiero, intentando aligerar el momento con humor.

—Iba a decir impresionante —responde, y la seriedad con la que lo pronuncia me hace sonrojarme—. Pero eso también se queda corto.

No sé qué estamos haciendo pero esto es muy peligroso.

—¡Te he dicho que se quedaría con la boca abierta! —exclama Lily, rompiendo el momento con su entusiasmo infantil—. ¡Como en las películas!

Nate parpadea, como si acabara de recordar que su hija está en la habitación. Una sonrisa cálida ilumina su rostro mientras se gira hacia ella.

—Tienes toda la razón, renacuaja —le dice—. Harper parece sacada de una película.

Lily asiente, satisfecha de haber acertado en su predicción.

—Tú también estás muy guapo, papá —declara—. Como un príncipe.

—Gracias, pequeña —contesta, inclinándose para besarla en la frente—. ¿Lista para tu noche de diversión con el tío Wyatt?

—¡Sí! —Salta de la cama—. ¡Ya lo tengo todo preparado!

—Excelente —asiente Nate—. ¿Por qué no vas a ver si ya tiene la pizza lista? Nosotros bajaremos en un minuto.

Lily no necesita que se lo digan dos veces. Sale disparada de la estancia, dejándonos solos en un silencio cargado de nervios e intensidad..., o al menos así es como me siento yo.

Nate da un paso hacia mí, sus ojos recorriéndome de una manera que provoca que mi piel se caliente.

—Date la vuelta —dice con suavidad.

Obedezco, girándome despacio. Oigo su inhalación brusca cuando ve la espalda del vestido, o, más bien, la ausencia de tela.

—Joder, Harper —murmura, y hay algo casi reverencial en su tono —. ¿Estás intentando matarme?

Me giro para mirarlo a la cara, con una sonrisa jugando en mis labios.

—¿Funciona?

Su respuesta es dar otro paso hacia mí, entrando de manera definitiva en mi espacio personal. Puedo oler su *aftershave*, una mezcla de sándalo y algo más oscuro, más ancestral.

—Más de lo que imaginas —responde, su voz es un gruñido bajo que envía escalofríos por mi columna—. Voy a tener que pasar toda la noche espantando a otros hombres.

Hay algo posesivo en su tono que debería molestarme —soy una mujer independiente del siglo XXI, por el amor de Dios—, pero, en cambio, hace que algo primitivo dentro de mí ronronee de satisfacción.

—Estoy bastante segura de que nadie se fijará en mí cuando esté al lado del Rey del Rodeo —digo, intentando mantener mi voz ligera a pesar de la intensidad del momento.

Nate niega con la cabeza, sus ojos no abandonan los míos ni un segundo.

—Eso es porque no te ves como yo te veo.

Antes de que pueda responder a eso —y, para ser sinceros, ¿qué se supone que debería decir?— su mano se desliza por mi brazo desnudo, dejando un rastro de fuego a su paso.

—Tendríamos que irnos —dice, aunque su tono sugiere que preferiría hacer cualquier cosa menos salir de esta habitación—. El coche estará aquí en cinco minutos.

Asiento, incapaz de confiar en mi voz en este instante. Nate me ofrece su brazo, un gesto caballeroso que me pilla de sorpresa y que me hace sonreír.

—¿Lista para nuestra primera cita oficial, Reeves? —pregunta con una sonrisa que hace que mi corazón dé un vuelco traicionero.

—Tan lista como se puede estar para ser vista en público con un hombre que usa un collar de macarrones como si fuera una joya de la corona —respondo, recuperando algo de mi sarcasmo habitual.

Su risa, profunda y genuina, es el sonido más hermoso que he oído.

—*Touché*, Harper. *Touché*.

* * *

La gala de la Fundación del Rodeo resulta ser mucho más elegante de lo que cabría esperar. El salón de baile del Best Western Premier Helena Great Northern Hotel ha sido transformado en un espacio que combina sofisticación urbana con toques *western*: centros de mesa con rosas y botas de vaquero en miniatura, servilletas atadas con pequeños lazos de cuero y una banda que alterna entre *jazz* suave y *country* refinado.

Nate mantiene su mano con firmeza en la parte baja de mi espalda mientras nos movemos por el salón, saludando a personas que claramente lo conocen y admiran. Para mi sorpresa, es mucho más sociable de lo que jamás lo he visto en eventos similares. Sonríe, hace pequeñas bromas, responde preguntas con más de dos palabras. Es como si hubiera adoptado una personalidad por completo diferente.

—¿Quién eres y qué has hecho con Nate Sullivan? —susurro cuando al fin disfrutamos de un rato a solas junto a la barra.

Me mira con una ceja arqueada mientras recoge nuestras copas de champán.

—¿A qué te refieres?

—A esto. —Hago un gesto vago hacia él—. Estás siendo... amable. Sociable. Casi humano. Si llego a saber que eras capaz de comportarte así, mi trabajo hubiera sido mucho más sencillo.

Una sonrisa torcida aparece en su rostro mientras me ofrece una copa.

—Tengo mis momentos —responde, chocando con suavidad su copa con la mía—. Además, esta noche es importante para la fundación. Y para mí.

—¿Para ti? —pregunto, confundida.

—Es nuestra primera cita —explica, como si fuera obvio—. Quiero que sea memorable... por las razones correctas.

Hay algo en la forma en que lo dice, una promesa velada, que hace que mi estómago dé un vuelco.

Antes de que pueda contestar, somos interrumpidos por un hombre alto y rubio que se acerca con una sonrisa que muestra demasiados dientes para ser natural.

—¡Sullivan! —exclama, dándole una palmada en el hombro que parece amistosa pero que noto que hace que Nate se tense un poco —. ¡El hombre del momento! Pensábamos que habías desaparecido de la faz de la tierra y resulta que solo estabas... tomándote un descanso para recuperar fuerzas.

Hay algo en su tono, una insinuación, que me pone de inmediato en alerta.

—Langdon —saluda Nate, su voz notablemente más fría—. No sabía que te interesaban las causas benéficas.

—Oh, ya sabes cómo es esto —contesta el hombre, encogiéndose de hombros—. Buena publicidad, desgravación fiscal... —Su mirada se desvía hacia mí, y algo en ella me hace sentir como si acabara de ser evaluada y tasada—. ¿Y quién es esta encantadora señorita?

Antes de que Nate pueda responder, le tiendo la mano.

—Harper Reeves —me presento—. Gestora de imagen de Nate.

Langdon toma mi mano, pero, en lugar de estrecharla, la levanta y deposita un beso en mis nudillos. El gesto es tan anticuado y pretencioso que tengo que luchar contra el impulso de poner los ojos en blanco.

—Gestora de imagen, ¿eh? —dice, sin soltarme la mano—. Eso explica por qué nuestro chico aquí parece casi civilizado esta noche.

—Siempre ha sido civilizado —replico, retirando con suavidad mi mano—. Tan solo reserva su encanto para quienes lo merecen.

Los ojos de Langdon se entrecierran ligeramente, pero su sonrisa no vacila.

—Vaya, vaya. Bonita y con garras —comenta, y luego se gira hacia Nate—. Tienes buen gusto, Sullivan. Siempre lo has tenido.

Puedo sentir la tensión emanando de Nate en oleadas. Su mandíbula está tan apretada que temo que pueda romperse los dientes.

—Si nos disculpas, Langdon —dice, su voz cortante—. Tenemos que saludar a los organizadores.

—Por supuesto, por supuesto —asiente el susodicho, dando un paso atrás—. Un placer conocerte, Harper. Espero que nos conozcamos más... a fondo durante la noche.

La insinuación es tan obvia que casi puedo sentir a Nate vibrando de ira a mi lado. Antes de que pueda responder, Nate desliza su brazo alrededor de mi cintura, atrayéndome hacia él en un gesto sin duda posesivo.

—Lo dudo —declara, su voz un gruñido bajo—. Estará ocupada. Conmigo.

Langdon levanta las manos en un gesto de falsa rendición, aunque su sonrisa sugiere que disfruta provocando a Nate.

—Mensaje recibido, campeón —contesta, retrocediendo—. Nos vemos en el circuito.

Cuando por fin se aleja, Nate suelta un suspiro que parece salir de lo más profundo de su ser.

—Lo siento por eso —murmura, aflojando su agarre en mi cintura, aunque no me suelta por completo—. Langdon es un imbécil.

—Ya me he dado cuenta —respondo, tomando un sorbo de mi champán—. ¿Es un competidor? No lo conozco y eso es raro.

—Excompetidor —corrige—. Se retiró hace años, después de quedar segundo detrás de mí tres temporadas seguidas. Ahora es comentarista deportivo y un grano constante en mi trasero.

—Bueno, es evidente que sigue compitiendo por algo —comento, mirando hacia donde Langdon ahora charla con otro grupo—. La forma en que te miraba...

—No es a mí a quien estaba mirando —interrumpe Nate, su voz tensa—. Es a ti.

Parpadeo, sorprendida.

—¿A mí? Pero si ni siquiera me conoce.

Nate me observa como si acabara de decir que la Tierra es plana.

—Harper, eres la mujer más hermosa de esta fiesta —sentencia con una fuerza que me deja por un instante sin palabras—. Y Langdon siempre ha querido lo que yo tengo.

Hay algo en la manera en que lo dice, en cómo sus ojos se oscurecen, que envía un torrente de calor a través de mi cuerpo.

—¿Y me tienes a mí? —Mi voz suena más baja de lo que pretendía.

La intensidad en su mirada aumenta.

—Esta noche, sí —responde, trazando pequeños círculos con el pulgar en la piel desnuda de mi espalda—. Si tú quieres.

No hay forma de malinterpretar lo que está sugiriendo. Y aunque una parte de mí sabe que debería ser cauta, que esto complicará aún más nuestra ya complicada situación, no puedo negar lo que he estado deseando desde hace semanas.

—Sí —respondo simplemente—. Quiero.

Algo cambia en su expresión, un hambre apenas contenida que hace que mi pulso se acelere.

—Bien —dice, su voz un tono más grave—. Porque no creo que pueda pasar un minuto más viendo cómo todos los hombres de esta sala te devoran con los ojos sin hacer algo al respecto.

Antes de que pueda hacer o decir nada, nos interrumpe una mujer mayor que se presenta como la directora de la fundación. Nate cambia al instante a su modo encantador, pero su mano nunca deja mi espalda, y sus dedos acarician mi piel de manera ocasional a modo de recordatorio constante de la promesa que acaba de hacer.

La siguiente hora es una tortura exquisita. A simple vista, estamos haciendo justo lo que se supone que debemos hacer: socializar, hablar con patrocinadores, posar para fotos ocasionales. Pero hay una corriente subterránea entre nosotros, una tensión que crece con cada mirada, cada toque «accidental», cada palabra murmurada demasiado cerca del oído.

Para cuando Nate sube al escenario para recibir su reconocimiento por su donación del año anterior, estoy tan tensa que podría saltar ante el menor estímulo. Lo observo mientras da un breve discurso —muy elocuente para alguien que por norma general se comunica casi siempre a través de gruñidos— y no puedo evitar sentir un inmenso orgullo.

Este es el Nate que siempre supe que existía bajo esa fachada gruñona: carismático, generoso, apasionado por las causas que le importan. Y el hecho de que esté dispuesto a mostrar ese lado de sí mismo esta noche, por la fundación y por mí, me conmueve más de lo que quiero admitir.

Cuando regresa a mi lado tras su discurso, hay una nueva determinación en sus ojos.

—Ven conmigo —dice, tomando mi mano.

—¿A dónde vamos? —pregunto mientras me guía con discreción hacia una salida lateral.

—A algún lugar donde pueda besarte sin que toda la maldita sala nos esté mirando. No aguanto un segundo más sin probarte —responde; su voz es un gruñido bajo que envía escalofríos por mi columna.

Me dejo llevar; mi corazón late con tanta fuerza que estoy segura de que puede oírlo. Pasamos por un pasillo, doblamos una esquina y, de repente, estamos en lo que parece ser una pequeña biblioteca o sala de reuniones. Nate cierra la puerta detrás de nosotros, y el «clic» del pestillo es el sonido más erótico que he oído en mi vida.

Cuando se gira hacia mí, la intensidad en sus ojos me deja sin aliento. Da un paso adelante, luego otro, hasta que estoy atrapada entre su cuerpo y la pared. No me toca, todavía no, pero puedo sentir el calor emanando de él, embriagador y apabullante.

—He querido hacer esto toda la noche —murmura, con la mirada fija en mis labios—. Desde el instante en que te he visto con este vestido.

—¿Y por qué no lo has hecho? —pregunto; mi voz apenas es un susurro.

Una sonrisa lenta, depredadora, cruza su rostro.

—Sabía que, una vez que empezara, no podría parar.

Y entonces, al fin, sus labios están sobre los míos, y no hay nada suave o titubeante en este beso. Es hambriento, posesivo, casi desesperado. Sus manos encuentran mis caderas, atrayéndome contra él mientras profundiza el beso. Su lengua explora mi boca con una precisión que me hace gemir.

Deslizo los dedos por su pecho, sintiendo los músculos duros bajo la tela del esmoquin, antes de enredarlos en su pelo, desordenando el cuidadoso peinado. No me importa. Quiero verlo deshecho, salvaje, tan afectado por esto como yo.

Nate rompe el beso solo para trazar un camino ardiente por mi mandíbula, mi cuello, el borde de mi escote. Cada toque de sus labios enciende mi piel, enviando oleadas de placer que se acumulan en el lugar donde nace mi deseo.

—Joder, Harper —murmura contra mi piel—. No tienes idea de lo que me haces.

Sus manos se deslizan por mi espalda desnuda, grandes y cálidas, dejando un rastro de fuego a su paso. Cuando llegan al borde inferior, se detienen, como si estuviera pidiendo permiso.

—Tócame —jadeo, más allá de cualquier pretensión de compostura—. Por favor, Nate.

No necesita más invitación. Sus manos se deslizan más abajo, ahuecando mi trasero y levantándome con una facilidad que me recuerda lo fuerte que es en realidad. Por instinto, envuelvo su cintura con mis piernas, y la fricción creada por esta nueva posición nos arranca un gemido a ambos.

Puedo sentirlo duro contra mí, la evidencia de su deseo presionando justo donde más lo necesito. Muevo las caderas, buscando más de esa deliciosa fricción, y Nate gruñe, un sonido primitivo que reverbera a través de mi cuerpo.

—Si sigues haciendo eso —me advierte con voz ronca—, esto va a terminar mucho antes de lo que me gustaría. Y, créeme, quiero hacerte muchas cosas primero.

—¿Qué quieres exactamente? —pregunto, desafiante incluso en mi estado de excitación.

Sus ojos se oscurecen aún más si es posible.

—Quiero follarte contra esta pared —dice, su voz es un gruñido bajo que envía una descarga de deseo puro a través de mi cuerpo—. Quiero hacer que te corras tan fuerte que olvides tu propio nombre. Quiero que todo el mundo en esa sala tenga muy claro a quién perteneces cuando volvamos.

Sus palabras deberían escandalizarme. Deberían ofender mi sensibilidad feminista. En cambio, hacen que me humedezca aún más, desesperada por sentirlo dentro de mí.

—Entonces hazlo —lo desafío, moviendo mis caderas de forma deliberada contra su erección—. Demuéstramelo.

Algo se rompe en él. Con un rugido que suena casi animal, me presiona todavía más contra la pared mientras sus labios devoran los míos en un beso que es pura posesión. Sus manos se mueven de

manera frenética, levantando mi vestido hasta que está arremangado alrededor de mi cintura.

—Joder —murmura cuando sus dedos encuentran el borde de mi tanga—. Has estado así toda la noche, casi desnuda bajo este vestido, y yo sin saberlo.

—Sorpresa —jadeo mientras sus dedos trazan el borde de la tela, provocándome.

—Una muy buena —responde, deslizando al fin un dedo bajo la tela y encontrándome empapada y lista para él—. Tan mojada ya. ¿Todo esto es por mí, Harper?

—Sí —admito, más allá de cualquier pretensión o juego—. Solo por ti.

Sus dedos exploran, encontrando mi clítoris y trazando círculos lentos que me hacen ver estrellas. Es demasiado y no suficiente al mismo tiempo.

—Nate —gimo, moviendo las caderas contra su mano en busca de más—. Por favor.

—Por favor, ¿qué? —pregunta, su voz un susurro ronco contra mi oído—. Dime exactamente lo que quieres, nena.

—A ti —respondo, al tiempo que mis manos se afanan con frenesí en desabrocharle el cinturón—. Dentro de mí. Ahora.

No necesita más incentivo. Mientras yo libero su erección, él aparta mi ropa interior a un lado. Nuestros ojos se encuentran en un momento de absoluta claridad.

—¿Estás segura? —pregunta y, a pesar de la lujuria evidente en sus ojos, hay en ellos una genuina preocupación.

—Nunca he estado más segura de nada —respondo con honestidad.

Él asiente, buscando algo en el bolsillo de su cartera. Saca un preservativo y lo abre con calma, un sencillo gesto que basta para acelerarme el pulso.

Me coge en brazos y, con un movimiento fluido, entra en mí, y ambos gemimos ante la sensación. Es increíble, como si nuestros cuerpos hubieran sido diseñados específicamente para encajar así. Se queda quieto por un momento, permitiéndome ajustarme a su

tamaño, con la frente apoyada contra la mía, mientras nuestras respiraciones se mezclan.

—Harper —murmura mi nombre como una plegaria—. Joder, eres perfecta. No te puedes imaginar la cantidad de veces que te he imaginado así.

Y entonces comienza a moverse, y todo pensamiento coherente me abandona. Cada embestida me lleva más alto, cada roce de su cuerpo contra el mío enciende nuevos puntos de placer. Sus manos sostienen mis muslos, manteniéndome en el ángulo idóneo mientras se hunde en mí una y otra vez.

—Tan apretada —gruñe contra mi cuello—. Tan jodidamente ideal alrededor de mi polla.

Sus palabras son tan obscenas, tan crudas, y sin embargo me excitan aún más.

El placer se construye, una espiral cada vez más tensa en mi vientre. Estoy cerca, muy muy cerca, y, por la forma en que los movimientos de Nate se vuelven cada vez más erráticos, sé que él también lo está.

—Vamos, nena —murmura. Su pulgar encuentra mi clítoris y aplica la presión exacta—. Déjate ir. Quiero sentir cómo te corres a mi alrededor.

Es todo lo que necesito. El orgasmo me arrasa con una fuerza que me deja sin aliento, descargas de placer tan intensas que veo estrellas detrás de mis párpados. Me aferro a él, clavándole las uñas en los hombros mientras mi cuerpo se convulsiona de éxtasis.

Nate me sigue poco después. Su cuerpo se tensa, y se derrama dentro de mí con un gruñido ronco que contiene mi nombre. Se queda inmóvil por un instante, con nuestros cuerpos todavía conectados, y nuestras respiraciones agitadas se convierten en el único sonido de la habitación.

Lentamente, volvemos a la tierra. Nate me baja con suavidad, asegurándose de que mis piernas, todavía temblorosas, puedan sostenerme. Con una ternura que contrasta con la pasión desenfrenada de momentos antes, arregla mi vestido, alisando la tela con manos gentiles.

—¿Estás bien? —pregunta, buscando mi mirada con genuina preocupación.

Suelto una risa suave, algo incrédula.

—Más que bien —respondo con honestidad.

—Joder —dice, besándome con dulzura.

Hay unos segundos de silencio entre nosotros, no incómodo, sino contemplativo. Acabo de cruzar una línea con Nate Sullivan de la que no hay vuelta atrás. Y no me arrepiento en absoluto.

—Deberíamos volver —digo al fin, aunque es lo último que quiero hacer—. La gente empezará a notar nuestra ausencia.

Nate asiente, aunque puedo ver la reticencia en sus ojos.

—Cinco minutos más —negocia, atrayéndome hacia él en un abrazo que es sorprendentemente tierno—. Solo quiero tenerte así un momento más.

Me derrito contra él, permitiéndome disfrutar de la sensación de sus brazos a mi alrededor, de su corazón latiendo contra mi mejilla. Es peligrosamente fácil imaginarme despertar así cada mañana, envuelta en su calor, segura en sus brazos.

Pero eso es un sueño que no puedo permitirme. No cuando todo esto tiene fecha de caducidad.

—¿En qué piensas? —pregunta, trazando patrones perezosos con sus dedos en mi espalda desnuda.

—En lo bueno que eres fingiendo ser sociable cuando quieres —respondo, optando por la ligereza en lugar de la verdad.

Suelta una risa que vibra a través de su pecho.

—No estaba fingiendo —dice—. Es fácil ser sociable cuando tengo algo que celebrar.

—¿Y qué estás celebrando, si se puede saber? —indago, levantando la mirada hacia él.

Sus ojos, por lo general del verde de un bosque en calma, ahora brillan con algo que me hace contener la respiración.

—Esto —se limita a responder, inclinándose para besarme de nuevo—. A ti.

Y aunque sé que debería ser cauta, que no debería leer demasiado en sus palabras, no puedo evitar el calor que se extiende por mi pecho ante la idea de que Nate Sullivan me esté celebrando a mí.

Cuando por fin regresamos a la gala, me siento como si llevara un letrero de neón que dijera «acabo de tener sexo alucinante en la biblioteca». Pero nadie parece notarlo, o, si lo hacen, son lo bastante educados como para no mencionarlo.

Excepto Langdon, que nos intercepta junto a la barra con una sonrisa que sugiere que sabe, sin lugar a dudas, lo que hemos estado haciendo.

—Vaya, vaya —comenta, recorriéndome con los ojos de un modo que hace que sienta la necesidad de ducharme—. Parece que te has... acalorado, Harper. ¿El ambiente es demasiado intenso para ti?

Antes de que pueda responder, Nate da un paso adelante, colocándose entre Langdon y yo en un gesto protector que no debería encontrar tan atractivo.

—Creo que deberías buscar a otra persona para molestar, Langdon —pronuncia, su voz engañosamente tranquila—. A poder ser, en otro continente.

Langdon levanta las manos en un gesto de falsa rendición, pero su sonrisa no vacila.

—Solo estaba siendo amable —suelta—. Pero veo que has marcado tu territorio, Sullivan. Mensaje recibido.

—Harper no es un territorio que marcar —responde Nate, su voz tensa—. Es mi cita. Y merece más respeto del que le estás mostrando.

Algo cálido florece en mi pecho ante sus palabras. No me está tratando como una posesión, sino defendiendo mi dignidad. Es un matiz importante, y el hecho de que Nate lo entienda me hace quererlo aún más.

«Espera. ¿Quererlo?».

No. No, no, no. No puedo permitirme pensar así. Esto es atracción física, química, tal vez incluso afecto. Pero no amor. El amor complicaría todo de formas que ninguno de los dos está preparado para manejar.

—Vámonos —digo, tomando la mano de Nate—. Creo que ya hemos cumplido con nuestras obligaciones sociales por esta noche.

Nate me mira con expresión interrogante.

—¿Estás segura? —pregunta—. Aún no han servido la cena.

—Estoy segura —confirmo, dándole un suave apretón a su mano —. Además, tengo hambre de algo que no está en el menú.

Sus pupilas se dilatan de manera evidente, y la intensidad en su mirada me hace sentir como si estuviera derritiéndome desde dentro.

—En ese caso —dice con una voz un tono más grave—, creo que es hora de largarnos.

El viaje hacia el hotel donde nos quedaremos esta noche es una tortura dulce. Nate mantiene su mano en mi muslo durante todo el trayecto; sus dedos trazan pequeños círculos que envían ondas de calor a través de mi cuerpo. No hablamos mucho, pero la tensión entre nosotros es casi tangible, cargada de promesas para cuando estemos solos de nuevo.

Es como si estuviésemos poniéndonos al día por todo el tiempo que llevamos trabajando juntos y lo hemos desperdiciado discutiendo en vez de acostarnos.

Es como si, una vez que la presa que nos mantenía alejados se hubiese roto, caer el uno en los brazos del otro fuese inevitable.

En cuanto la puerta de la *suite* se cierra tras nosotros, caemos el uno sobre el otro como adolescentes hambrientos. Sus manos están por todas partes, deslizándose bajo mi vestido, mientras sus labios devoran los míos con una urgencia que hace que mis rodillas se debiliten.

—Vamos a la cama —murmura contra mi boca—. Ahora.

Es una orden, no una sugerencia, y mi cuerpo responde al instante. Me levanta en brazos como si no pesara nada y me lleva al dormitorio sin romper el beso.

Cuando me deposita sobre el colchón, se cierne sobre mí con los ojos oscurecidos por el deseo.

—Voy a pasar toda la noche adorando cada centímetro de tu cuerpo —promete. Su voz es apenas un gruñido bajo que envía escalofríos por mi columna.

—Demuéstralo —lo desafío, arqueando una ceja.

Su sonrisa es semejante a la de un depredador que está dispuesto a devorarme.

—Con mucho gusto.

Y cumple su promesa, una y otra vez, hasta que el amanecer nos encuentra enredados en las sábanas, exhaustos y completamente saciados. Mientras me deslizo hacia el sueño en sus brazos, una pequeña parte de mí sabe que acabo de traspasar un punto sin retorno.

Porque esto no ha sido solo sexo para mí. Ha sido algo más. Algo intenso y aterrador a lo que no me atrevo a ponerle nombre.

Y aunque sé que antes o después tendré que enfrentarme a lo que significa, por ahora me permito disfrutar de la sensación de sus brazos a mi alrededor, de su respiración constante contra mi cuello y de la certeza de que, al menos por esta noche, soy completamente suya.

Y él es completamente mío.

Capítulo 22

Harper

DÍA 1 DESPUÉS DE LA GALA

Hay una diferencia abismal entre saber que has cometido un error, que has complicado toda tu vida, y sentirlo en cada músculo dolorido de tu cuerpo.

Me despierto sola en la habitación de hotel, con la luz del sol filtrándose a través de las cortinas que olvidamos cerrar anoche. Anoche..., cuando Nate Sullivan me tomó contra una pared en una biblioteca y luego procedió a demostrar que su resistencia no se limita solo a montar toros cuando llegamos al hotel.

¿En qué estábamos pensando?

El lado de la cama donde ha dormido está vacío, pero todavía conserva su calor. No ha podido irse hace mucho. Encuentro una nota en la mesita de noche, escrita con una caligrafía bastante elegante para alguien con manos tan grandes.

He ido a buscar café y algo de desayuno. No te vayas a ninguna parte.

N.

Directo y dominante, incluso en forma escrita. Típico de él.

Me desperezo, sintiendo el dulce dolor entre mis piernas, y un recuerdo particularmente vívido de Nate arrodillado entre mis muslos me hace sonrojar. ¿Quién hubiera imaginado que el gruñón de Sullivan sería tan generoso en la cama?

El teléfono de Nate, olvidado en la mesita de noche, vibra con una notificación. No pretendo espiar, pero el nombre en la pantalla capta

mi atención de inmediato: «Mamá». Es la tercera llamada perdida desde anoche.

Un nudo de culpabilidad se forma en mi estómago. No por lo que hicimos ayer, sino por lo que no estamos haciendo: afrontar la realidad. Una realidad que incluye a una abuela que ni siquiera sabe que tiene una nieta. Odio estar siendo cómplice de Nate al guardar el secreto.

La puerta se abre antes de que pueda seguir torturándome con ese pensamiento. Nate entra con una bandeja de café y una bolsa de papel que desprende un delicioso aroma a pastelería recién horneada.

Se ha puesto unos vaqueros y una camiseta blanca que se estira sobre su pecho de una manera que debería ser ilegal a estas horas de la mañana. Su pelo está despeinado, como si se hubiera pasado las manos por él una y otra vez, y su barba está más descuidada que de costumbre. Es ridículamente atractivo.

Nuestros ojos se encuentran y, por un momento, ninguno de los dos sabe qué decir. ¿Cómo se supone que debo saludar al hombre que me hizo ver las estrellas múltiples veces anoche, pero con quien tengo una relación laboral la mar de complicada?

—Buenos días —dice sin más, salvándonos a ambos de la incomodidad.

—Buenos días —respondo, agarrando la sábana contra mi pecho desnudo, lo que es absurdo considerando que anoche vio, tocó y besó cada centímetro de mi cuerpo.

Nate parece notar mi repentina timidez y una sonrisa lenta, casi depredadora, cruza su rostro.

—¿Ahora te da vergüenza, Reeves? —pregunta, acercándose a la cama—. ¿Después de todo lo que hicimos anoche?

El calor sube a mis mejillas, pero me niego a dejarme intimidar.

—Solo estoy siendo práctica —contesto con toda la dignidad que puedo reunir estando desnuda en una cama revuelta—. Hace frío.

—Puedo calentarte —ofrece, bajando la voz una octava mientras deja la bandeja en la mesita de noche.

Y, así, la tensión incómoda se transforma en algo completamente diferente. Algo cargado de promesas y deseo apenas contenido.

—Primero café —digo, aunque mi cuerpo ya está respondiendo a su proximidad—. Tenemos que volver al rancho pronto. Lily nos estará esperando.

La mención de la niña actúa como un balde de agua fría. La realidad se impone: tenemos responsabilidades, complicaciones, un acuerdo que no incluía revolcarnos entre las sábanas.

Nate asiente, retrocediendo un poco.

—Café —concuerda, pasándome una taza—. Y luego hablamos de... esto.

Pero no hablamos de ello. Ni en el desayuno, ni durante el viaje de regreso al rancho, ni cuando Lily corre hacia nosotros con los brazos abiertos y nos relata emocionada todo lo referente a su noche de películas con Wyatt.

Y, por descontado, tampoco hablamos de ello esa noche, cuando, después de acostar a la pequeña, Nate me arrincona en la lavandería y me toma sobre la secadora, tapándome la boca con sus enormes manos para ahogar mis gemidos.

No hablamos de ello en absoluto.

Día 7 después de la gala

—¿Estás segura de que estaréis bien? —pregunta Nate por tercera vez mientras deja su bolsa en la camioneta.

—Por supuesto que sí —respondo, intentando transmitir más confianza de la que siento—. Lily y yo estaremos de maravilla estos tres días. Tenemos todo un itinerario de actividades planeado.

—¡Sí! —exclama Lily, saltando emocionada a mi lado—. ¡Vamos a hacer galletas y a pintar piedras y Harper me va a enseñar a hacer trenzas francesas!

Nate sonríe, esa sonrisa especial que reserva para su hija, y se agacha para quedar a su altura.

—Pórtate bien, renacuaja —dice, besando su frente—. Y no dejes que Harper se olvide de comer, ¿recuerdas?

—Lo recordaré —promete Lily con solemnidad—. La ayudaré a hacer el desayuno todas las mañanas.

—Estoy seguro de que lo harás —responde, y luego se incorpora para mirarme—. Si necesitas cualquier cosa, llámame. Tendré el teléfono encendido todo el tiempo.

—Lo sé. —Asiento—. No te preocupes tanto. Ve y gana ese rodeo.

Se acerca, como si fuera a besarme, y mi corazón se acelera, pero se detiene en el último segundo, recordando que estamos a plena luz del día, con Lily observándonos con atención. En lugar de eso, me da un apretón en el hombro que pretende ser profesional, pero que deja sus dedos sobre mi piel un segundo más de lo necesario.

No debería ser tan duro estar alejada de él.

—Te veré en unos días —murmura. Su voz está cargada de promesas no dichas.

Lo vemos marcharse, Lily agita su manita con ímpetu mientras la camioneta se aleja. Cuando desaparece en la distancia, me giro hacia ella con una sonrisa forzada.

—Bueno, ¿qué hacemos primero? —planteo, intentando ignorar la sensación de vacío que ya se instala en mi pecho.

Tengo que controlarme. No puedo echar de menos de esta manera a Nate. No puedo permitirme tener estos sentimientos ridículos por él.

Esa noche, después de acostar a Lily, reviso mi móvil para encontrar un mensaje de Nate:

> La habitación no huele a ti.
> Es una tortura.

Mis dedos vuelan sobre la pantalla antes de que pueda pensarlo mejor.

> La cama me parece vacía sin ti.

Su respuesta llega casi de inmediato.

> Cuando vuelva, no te dejaré salir de ella en todo el día.

Es aterrador lo mucho que anhelo que cumpla esa amenaza.

Cierro los ojos, sintiendo el peso de un secreto que no es mío pero que cada vez me afecta más. ¿Hasta cuándo va a seguir así?

Día 14 después de la gala

—¿Qué estás haciendo? —La voz de Nate, ronca y adormilada, me sorprende.

Son las tres de la madrugada y estoy sentada en la mesa de la cocina, trabajando en mi portátil, o al menos fingiendo que trabajo, cuando en realidad estoy intentando poner en orden mis pensamientos.

—Preparando tu agenda para el rodeo de Colorado Springs —miento cerrando con rapidez la pestaña donde estaba buscando apartamentos en Nueva York.

No sé por qué lo estaba haciendo. Tal vez para recordarme que todo esto es temporal; que en nada volveré a mi vida real, lejos de ranchos en Montana y vaqueros gruñones que me hacen sentir cosas que no debería; que me hacen sentir como si hubiera encontrado un hogar.

Nate se acerca, vistiendo solo unos pantalones de pijama que cuelgan bajos en sus caderas. Se inclina sobre mí, presionando su pecho contra mi espalda mientras mira la pantalla.

—¿A las tres de la mañana? —pregunta, exhalando su aliento cálido contra mi cuello—. Eso puede esperar.

Sus manos se deslizan por mis hombros y masajean con suavidad los nudos de tensión que ni siquiera sabía que tenía.

—Estaba pensando —admito, dejándome llevar por sus caricias.

—Peligroso —murmura, sus labios rozando mi oído—. ¿En qué?

«En nosotros. En lo que estamos haciendo. En cómo cada día que pasa me resulta más difícil imaginar una vida donde no despierte a tu lado».

—En nada importante —miento de nuevo.

Sus manos se detienen unos instantes, como si supiera que no estoy siendo sincera, pero luego continúan su exploración, deslizándose más abajo, por mis brazos, mi cintura.

—Ven a la cama conmigo —dice, y no es una petición.

Debería negarme. Debería establecer límites. Deberíamos hablar de lo que está pasando entre nosotros.

En lugar de eso, me levanto y lo sigo, como una polilla atraída por una llama que sabe que al final la quemará.

Porque, aunque no lo hablemos, aunque finjamos que esto es solo físico, ambos sabemos que cada noche que pasamos juntos, cada secreto compartido, cada risa robada, nos acerca más a un final que nos va a hacer mucho daño a ambos.

DÍA 21 DESPUÉS DE LA GALA

El teléfono de Nate suena mientras estamos preparando el desayuno. Lily está pintando en la mesa, con la lengua asomando entre los dientes debido a la concentración, mientras su padre prepara tortitas y yo corto fruta.

Es una escena tan doméstica que hace que me duela el corazón.

Nate mira la pantalla y su expresión se endurece. «Mamá», otra vez. Sin decir una palabra, silencia la llamada y vuelve a las tortitas como si no hubiera pasado nada.

—¿No vas a contestar? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Después —dice, dando la vuelta a una tortita con más fuerza de la necesaria.

No insisto. No tengo derecho. Pero cada llamada ignorada, cada mensaje sin contestar, es como una bomba de relojería que acabará explotándole en la cara. Odio que tenga una familia tan maravillosa y no comparta con ellos algo tan precioso como es Lily.

Esa noche, mientras Nate duerme a mi lado, con su pesado brazo sobre mi cintura, reviso mi propio teléfono para encontrar un correo de Victoria.

> Harper, necesitamos hablar sobre el plan para el anuncio de retirada de Sullivan en Las Vegas. Videoconferencia mañana a las diez.

Las Vegas. El final de la temporada. El final de nuestro acuerdo.

El final de... lo que sea que sea esto.

La realidad me golpea con fuerza renovada. Esto no es sostenible. No podemos seguir actuando como si no hubiera un reloj avanzando sobre nuestras cabezas, como si no hubiera secretos entre nosotros,

como si pudiéramos limitarnos a seguir follando sin hablar de lo que de verdad importa.

Miro a Nate, tan apacible en su sueño, tan diferente del hombre gruñón que siempre he conocido. He visto capas de él que nadie más conoce: su ternura con Lily, su pasión en la intimidad, su vulnerabilidad en los momentos tranquilos.

Y me aterra pensar que pronto tendré que dejarlo todo atrás.

Porque, aunque no lo hablemos, aunque finjamos que podemos seguir así de forma indefinida, lo cierto es que nuestro tiempo se está acabando. Y cuando llegue el momento de irme, no sé si podré hacerlo sin dejar mi corazón atrás.

Un corazón que, contra todo sentido común, parece haberse enamorado de Nate Sullivan.

Capítulo 23

Harper

Las videoconferencias con Victoria siempre han sido estresantes, pero ninguna como la que estoy a punto de tener. Por alguna razón, mi jefa ha insistido en que hablemos «urgentemente» sobre Las Vegas y la retirada de Nate. Y lo peor es que ha programado la llamada para las diez de la mañana, justo cuando Wyatt ha salido a hacer recados y Nate está entrenando en el establo.

Lo que significa que estoy sola con Lily.

—Cariño, necesito hacer una llamada de trabajo muy importante —le explico mientras preparo mi portátil en la mesa de la cocina—. ¿Crees que podrías jugar en tu habitación durante media hora?

Lily levanta la vista de su libro de colorear, con esa mirada que me recuerda tanto a su padre cuando está evaluando si le estoy diciendo toda la verdad.

—¿Es con la señora mandona? —pregunta con una seriedad impropia de sus cuatro años.

Tengo que morderme el interior de la mejilla para no reírme. Nunca he mencionado a Victoria frente a Lily, pero Nate debe de haberlo hecho, y al parecer con descripciones bastante precisas.

—Sí, con la señora mandona —confirmo—. Y es muy importante que no nos interrumpan.

—Vale —asiente con solemnidad—. Jugaré con mis muñecas. Pero luego jugarás conmigo, ¿verdad?

—Te lo prometo —digo, besándole la frente—. Media hora y soy toda tuya.

Lily sonríe, satisfecha con el trato, y se dirige a su habitación con su libro de colorear bajo el brazo. La observo alejarse, maravillándome de lo fácil que ha sido.

No tengo tiempo de preocuparme por eso ahora. Mi ordenador ya está sonando con la llamada entrante de Victoria. Respiro hondo, me aliso el pelo (que he peinado con esmero para parecer profesional, al menos de cuello para arriba), y acepto la videollamada.

La cara de Victoria aparece en mi pantalla, impecable como siempre, con su característico corte bob y sus gafas de diseñador. Pero no está sola. A su lado, con una sonrisa que me hace querer lanzar el portátil por la ventana, está Jason Parker.

Jason. Mi némesis corporativo. El hombre que ha estado intentando sabotear mi carrera desde que entré en Elite Sports Marketing. El que compite conmigo por el ascenso.

—Harper, querida —me saluda Victoria, con esa falsa calidez que reserva para las conversaciones importantes—, espero no interrumpir nada.

—En absoluto —respondo, manteniendo mi sonrisa profesional a pesar de que mi estómago acaba de contraerse como si hubiera tragado hielo—. Buenos días, Victoria. Jason.

—Harper —contesta él, con un asentimiento que pretende ser cordial pero que siento como el de un tiburón reconociendo a su presa—. Qué... interesante fondo. ¿Dónde estás exactamente?

Mierda. No había pensado en eso. Detrás de mí se puede ver parte de la cocina rústica del rancho, con sus alacenas de madera y la decoración *western* que grita «estoy en medio de Montana» a todo volumen.

—Estoy trabajando de forma remota —respondo de forma vaga—. Ya sabes, para estar más cerca de Sullivan durante esta fase crucial de preparación para Las Vegas.

Victoria asiente de manera aprobatoria mientras Jason entrecierra los ojos. No está nada convencido.

—De eso queríamos hablarte —dice Victoria, yendo directa al grano—. Las finales nacionales son en dos semanas, y necesitamos que la retirada de Sullivan sea el evento del año. Jason ha tenido

algunas ideas para la campaña mediática que quería compartir contigo. Queremos incorporarlas a lo que tú ya tienes preparado.

Y, así, comienza una de las reuniones más incómodas de mi vida profesional. Durante los siguientes veinte minutos, Jason expone sus «brillantes ideas» para la retirada de Nate, a cuál más horrible que la anterior. Quiere convertirlo en un espectáculo circense, con entrevistas exclusivas sobre su vida personal, un documental sobre su «misterioso» descanso de seis meses e incluso una subasta benéfica con objetos personales.

En pocas palabras, todo lo que Nate odiaría.

—Creo que estamos enfocando esto desde el ángulo equivocado —intervengo al fin, incapaz de seguir escuchando—. Sullivan es un hombre muy reservado, valora mucho su esfera privada. Si queremos que coopere, necesitamos respetar sus límites. Sugiero centrar la narrativa en su legado deportivo, en lo que ha aportado al rodeo, no en su vida personal.

Jason me mira como si acabara de sugerir que la Tierra es plana.

—Harper, bonita —dice, con ese tono condescendiente que me hace querer arrancarle la cabeza—, el público no quiere estadísticas y logros deportivos. Quiere saber por qué desapareció, dónde ha estado, si hay una mujer involucrada...

—Y no van a saberlo —corto tajante—. Porque esa información no es relevante para su legado profesional.

Victoria observa nuestro intercambio con interés, como quien sigue un partido de tenis particularmente reñido.

—Harper tiene razón en algo, Jason —dice al rato—. Todos sabemos que Sullivan es difícil con la prensa. Y considerando que ella ha logrado traerlo de vuelta cuando nadie más pudo, creo que su enfoque merece consideración.

La expresión de Jason se endurece por un momento antes de volver a su sonrisa de tiburón.

—Por supuesto, Victoria. Después de todo, Harper es nuestra... experta en Sullivan.

Hay algo en la forma en que lo dice..., una insinuación velada que me hace sentir expuesta, como si de alguna manera supiera lo que ha estado pasando entre Nate y yo.

—Lo que me recuerda algo —continúa Victoria, cambiando de tema—. Harper, los patrocinadores no pueden estar más satisfechos con cómo has manejado el regreso de Sullivan. En especial Boot Barn y Resistol. Han renovado sus contratos con términos muy favorables.

—Eso es... fantástico —respondo, sorprendida y complacida.

—Más que fantástico —corrige Victoria, con una sonrisa que rara vez muestra—. Es justo el tipo de resultados que buscamos en nuestros directores de departamento.

El mensaje es claro como el agua. Victoria está insinuando que mi ascenso está prácticamente asegurado. Y por el modo en que la mandíbula de Jason se tensa, él también lo ha captado.

—Aunque, por supuesto —añade Victoria, siempre estratega—, todo dependerá de cómo se desarrolle el evento de Las Vegas. Necesitamos que sea impecable.

—Lo será —aseguro, intentando no mostrar lo mucho que me afecta la posibilidad de recibir ese ascenso, por algún motivo que desconozco—. Lo tengo todo bajo control.

Y justo en ese instante, como si el universo hubiera decidido que estaba siendo demasiado confiada, oigo un ruido detrás de mí. Un ruido muy específico. El de pequeños pies descalzos sobre el suelo de madera.

Mi corazón se detiene por un segundo.

—Harper —la vocecita de Lily me llega justo antes de que aparezca en el encuadre de la cámara—, Trueno se ha caído y se ha hecho daño en la pata. ¿Puedes curarlo?

Todo ocurre como a cámara lenta. Veo a Lily entrar en el campo de visión de la cámara, sosteniendo su caballo de peluche. Veo los ojos de Victoria ensancharse. Y veo, lo que es infinitamente peor, cómo la expresión de Jason pasa de la sorpresa al cálculo en cuestión de segundos.

—¡Lily! —exclamo, intentando mantener la calma—. Estoy en una reunión, cariño. ¿Recuerdas lo que hablamos?

—Pero Trueno está herido —insiste, con esa lógica inquebrantable de los niños—. Necesita una tirita.

—¿Y quién es esta encantadora jovencita? —pregunta Victoria, manteniendo su tono profesional, pero con evidente curiosidad.

Mi mente trabaja a toda velocidad, buscando una explicación que no implique revelar que es la hija secreta de Nate. Se volverían absolutamente locos. Sería la exclusiva del año. Necesito salvaguardar a Lily como sea. Todos mis instintos de protección se activan.

—Es la sobrina de un amigo —respondo, optando por la versión simplificada de la historia que usamos en público, no quiero que relacionen a Nate con Lily—. Me estoy quedando con unos amigos mientras teletrabajo.

Victoria asiente, al parecer satisfecha con la explicación. Pero Jason... Jason tiene esa mirada. Esa expresión de quien acaba de encontrar una pieza interesante de un rompecabezas.

—Tiene unos ojos muy bonitos —comenta, inclinándose hacia la pantalla—. Un verde muy... distintivo.

Mi sangre se congela. Los ojos de Lily son idénticos a los de Nate. Cualquiera que los vea juntos lo notaría de inmediato.

Tengo que tranquilizarme. Jason no puede hacer esa conexión sin tenerlos a los dos a la vez.

—Herencia familiar —digo con rapidez, poniendo una mano en el hombro de Lily—. Cariño, ¿por qué no vas a buscar la caja de primeros auxilios para Trueno? Terminaré mi reunión en un minuto y le pondremos esa tirita.

Para mi alivio, Lily asiente y sale del encuadre, aunque no sin antes despedirse educadamente de Victoria y Jason.

—Qué niña más encantadora —comenta Victoria—. Bien, ¿por dónde íbamos?

Después de eso, terminamos la reunión enseguida acordando que enviaré el plan final detallado para la despedida de Sullivan en Las Vegas en los próximos días. Cuando al fin corto la conexión, me dejo caer contra el respaldo de la silla, exhausta por la tensión.

—¿Ya podemos curar a Trueno? —pregunta Lily, que ha estado esperando en el umbral de la cocina.

—Claro que sí —respondo, intentando sacudirme la inquietud que me ha dejado la mirada calculadora de Jason—. Vamos a buscar esa

tirita.

Mientras «curo» la pata de Trueno con una tirita decorada con princesas Disney, no puedo evitar preguntarme si acabo de cometer un error garrafal.

Más tarde, cuando Nate regresa del entrenamiento, cubierto de polvo y sudor, decido no mencionarle el incidente. ¿Para qué preocuparlo? Lo más probable es que no sea nada. Jason no tiene forma de conectar a una niña que vive en algún rancho de Texas, Montana, Kansas o Nebraska con Nate Sullivan.

¿Verdad?

Pero mientras observo a Nate levantando a Lily en el aire, haciéndola reír con esas carcajadas que iluminan toda la habitación, no puedo evitar sentir un peso en el estómago. No quiero poner en peligro a las dos personas que, contra todo pronóstico, se han convertido en lo más importante de mi vida.

Capítulo 24

Nate

Mi teléfono suena con una llamada entrante de mi madre. Me paso la mano por el pelo sintiéndome como el mayor cabrón del mundo. Lleva semanas llamando sin cesar, tal vez meses.

—¿No vas a contestar? —pregunta Harper, apoyada en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

Lleva puesta una de mis camisetas viejas, que le queda tan grande que parece un vestido. Su pelo está recogido en un moño desordenado y tiene esa mirada que he llegado a conocer demasiado bien. La que dice: «Estás siendo un idiota, Sullivan, pero voy a dejarte llegar a esa conclusión por ti mismo».

—Luego —respondo, dándole la espalda para seguir preparando el desayuno.

Puedo sentir sus ojos taladrándome la nuca, pero no dice nada más. No hace falta. La tensión entre nosotros es palpable, y no tiene nada que ver con la forma en que sus piernas desnudas me distraen cada vez que pasa por mi lado. Ni con la conversación sobre en qué punto estamos que deberíamos haber tenido hace días, semanas.

Está enfadada porque estoy ocultando a Lily a mis padres. La conversación que llevo meses posponiendo.

Mientras Lily desayuna, absorta en su universo de tortitas y sirope, Harper me mira fijamente desde el otro lado de la mesa. Al final, cuando Lily sale corriendo para ir a buscar a Trueno, Harper rompe el silencio.

—Son tus padres, Nate —dice sin más—. No puedes ocultarles a la niña para siempre.

Dos frases que contienen más culpa de la que puedo soportar. El mensaje que mi madre me mandó la semana pasada sigue resonando en mi cabeza: «Tu padre no está bien».

—No es tan simple —murmuro; la excusa suena cada vez más débil incluso a mis propios oídos.

—No, no lo es —concede Harper, acercándose—. Pero ¿sabes qué es simple? Que tus padres merecen conocer a su nieta. Y que Lily merece conocer a sus abuelos.

Sus palabras caen como piedras en un estanque tranquilo, creando ondas que no puedo ignorar. Porque tiene razón. Lleva teniendo razón desde el principio, y ambos lo sabemos.

—¿Y si me odian? —pregunto al fin, dejando que mi mayor miedo salga a la superficie—. ¿Por no haberles dicho nada? ¿Por haberles ocultado a su nieta?

Harper agarra mi mano sobre la mesa, un gesto tan simple pero tan reconfortante que por un momento me deja sin palabras.

—Te querrán igual —afirma con una certeza que no entiendo de dónde saca—. Estarán dolidos, sí. Confundidos, lo más seguro. Pero, al fin y al cabo, son tus padres. Estoy segura de que no quieren que seas perfecto. Solo que seas sincero y cercano con ellos. Y lo más importante: son los abuelos de Lily.

Miro nuestras manos entrelazadas, su piel suave contra mis callos. Es un contraste que de alguna manera resume nuestra relación: ella, refinada y comunicativa; yo, áspero y torpe con las palabras. Y, a pesar de ello, encajamos. A pesar de ello, Harper me hace querer ser mejor persona.

—De acuerdo —acepto—. Los llamaré e iremos a visitarlos este fin de semana.

La sonrisa que ilumina su rostro casi hace que valga la pena el terror que siento ante la perspectiva de ese encuentro.

—Pero con una condición —añado con rapidez.

—¿Cuál? —pregunta, cautelosa.

—Que vengas con nosotros.

Sus ojos se ensanchan por la sorpresa.

—¿Quieres que vaya contigo? ¿A que Lily conozca a tus padres?

—Sí —respondo, más convencido de lo que he estado de algo en mucho tiempo—. Lily se siente muy segura contigo. Y yo... —Me detengo, dudando sobre cómo continuar sin revelar demasiado—. Yo te necesito allí.

Es lo más cerca que he estado de admitir lo que siento por ella.

Harper me estudia durante un largo momento, como si estuviera buscando algo en mi rostro. Al final, asiente.

—De acuerdo. Iré con vosotros.

* * *

El viaje hasta la casa de mis padres en las afueras de Billings es un torbellino de ansiedad apenas contenida. Por mi parte, al menos. Harper y Lily parecen estar en una excursión divertida, cantando canciones infantiles y jugando al veo veo mientras yo aprieto el volante como si fuera lo único que me mantiene conectado a la realidad.

—¿Cómo son los abuelos? —pregunta Lily por tercera vez, claramente emocionada por la idea de tener más familia.

—Tu abuela es la mejor cocinera del mundo —respondo, mirándola por el retrovisor—. Y tu abuelo solía construir columpios y casas en los árboles para mí cuando era pequeño.

—¡Una casa en un árbol! —exclama Lily, como si acabara de prometerle la luna—. ¿Crees que me construirá una a mí?

—No me cabe duda de que lo hará —interviene Harper, girándose para sonreírle—. Sobre todo si se lo pides con esa sonrisa tuya.

Lily se pone a practicar de inmediato su «sonrisa para el abuelo», que es tan dulce que Harper y yo no podemos evitar reírnos. Por un momento, la tensión se disipa y parecemos una familia normal en un viaje de fin de semana.

Excepto que no somos una familia de verdad por mucho que en mi interior sueñe con ello.

La tranquilidad se rompe cuando al rato aparco frente a la casa de mis padres. Una modesta pero acogedora vivienda de dos plantas con un amplio porche donde pasé innumerables tardes de verano.

Donde ahora, en cuestión de minutos, cambiaré para siempre la vida de mis padres.

—Todo va a salir bien —dice Harper, apretándome la mano por un breve instante antes de soltarla.

Asiento, aunque no estoy convencido. Salgo del coche y ayudo a Lily a desabrocharse. Le agarro de la mano, no porque lo necesite, sino porque necesito algo a lo que aferrarme. Y mi hija es lo mejor del mundo. Harper camina a mi lado; su presencia es un ancla tranquilizadora.

Con ellas junto a mí casi me siento capaz de enfrentarme a cualquier cosa.

Antes de que pueda llamar, la puerta se abre. Mi madre aparece, con una sonrisa que se congela en su rostro cuando su mirada baja hasta Lily. Sus ojos, tan parecidos a los míos, se ensanchan con una mezcla de confusión y shock.

Siento una punzada de culpabilidad por no haberle hablado sobre Lily antes de presentarme en casa con la bomba. En mi cabeza era más sencillo así.

—Nathan —dice. Su voz es apenas un susurro—. ¿Quién...?

No termina la pregunta. No hace falta. Sus ojos viajan de Lily a mí varias veces, y puedo ver el momento exacto en que lo comprende todo. Se lleva una mano a la boca, ahogando un jadeo.

—Hola, mamá —digo con una voz más ronca de lo que esperaba —. Hay alguien a quien quiero presentarte.

Lily, de repente tímida, se esconde parcialmente detrás de mi pierna, pero sus ojos curiosos siguen fijos en su abuela.

—Nathan —repite mi madre, y hay una mezcla de emociones en su voz que no puedo descifrar por completo—. ¿Es...?

—Es tu nieta —confirmo, sintiendo como si acabara de saltar desde un acantilado—. Se llama Lily. Tiene cuatro años.

Mi madre se queda inmóvil, como si le hubiera dado una bofetada. Detrás de ella aparece mi padre, atraído por el sonido de nuestras voces.

—¿Nate? —dice, confuso—. ¿Qué ocurre?

Y entonces ve a Lily. Sus ojos se abren como platos. Da un paso adelante, casi tambaleándose, y mi madre, por instinto, lo agarra del

brazo, como si temiera que fuera a caerse.

—Dios mío —murmura mi padre.

El silencio que sigue es el más doloroso que he experimentado jamás. Puedo sentir a Harper tensa a mi lado, como si estuviera lista para intervenir si fuera preciso. Lily me aprieta la mano, confundida por la reacción de estos extraños que se supone que son su familia.

—Tal vez deberíamos entrar —sugiere Harper con suavidad, rompiendo el hechizo.

Mi madre parpadea, como saliendo de un trance, y asiente con rapidez.

—Sí, por supuesto —dice con voz temblorosa—. Pasad, por favor.

Entramos en casa, y el familiar aroma a canela y madera me golpea con una oleada de nostalgia. Nada ha cambiado y, sin embargo, todo es diferente.

Mi madre nos guía mecánicamente hasta el salón, donde nos sentamos en un silencio incómodo. Lily se aprieta contra mí en el sofá, todavía tímida, mientras mis padres la miran como si fuera un espejismo que podría desaparecer en cualquier momento.

—Quizá podría enseñarle a Lily dónde está el baño —sugiere Harper, percibiendo que necesitamos un momento a solas—. Y tal vez lavarnos las manos antes de... lo que sea.

Le señalo con la cabeza hacia la derecha y le lanzo una mirada agradecida mientras ella se lleva a Lily, explicándole algo sobre un juego de búsqueda del tesoro en el pasillo.

En cuanto desaparecen, mi madre se derrumba. Las lágrimas que ha estado conteniendo fluyen ahora sin contención, y mi padre le pasa un brazo por sus hombros, aunque puedo ver que él mismo está luchando por mantener la compostura.

—¿Cómo...? —comienza a decir ella, incapaz de terminar la pregunta.

—Es una larga historia —respondo, pasándome una mano por el pelo—. Pero la versión corta es que no sabía de su existencia hasta hace unos meses. Su madre murió en un accidente y los Servicios Sociales me contactaron.

—¿No lo sabías? —inquiere mi padre, su voz una mezcla de confusión y algo que suena a decepción—. ¿Durante años?

—No —confirmo—. Fue... una noche. En Denver. Después de ganar el campeonato. Ella intentó contactarme cuando supo que estaba embarazada, pero nunca recibí esos mensajes.

Mi madre solloza en silencio, y cada lágrima es como un puñal en mi pecho.

—¿Por eso desapareciste? —dice al fin atando cabos, la pregunta que he estado temiendo—. ¿Cuánto tiempo hace que la tienes? ¿Por qué nos lo has ocultado?

Hay tanto dolor en su voz que tengo que apartar la mirada.

—Casi once meses —admito, y oigo cómo ambos sofocan una exclamación de sorpresa—. Tenía miedo. De cómo reaccionaríais. De lo que la gente diría si se enteraba. De que Lily fuera señalada por... por cómo llegó al mundo.

—¿Creíste que nosotros la rechazaríamos? —pregunta mi padre, y hay una herida profunda en su voz que me hace sentir como el peor hijo de la historia—. ¿Que nos avergonzaríamos de nuestra propia nieta?

—No —respondo deprisa—. No exactamente. Es solo que... todo fue tan repentino. De pronto era padre. De una niña que no conocía. Estaba aterrorizado, confundido. Y luego, cuanto más tiempo pasaba, más difícil me resultaba la idea de explicaros por qué no os lo había contado antes.

Mi madre se levanta entonces, cruzando la distancia entre nosotros, y por un instante pienso que va a abofetearme. En lugar de eso, me abraza con tanta fuerza que casi me corta la respiración.

—Eres un idiota, Nathan Sullivan —dice contra mi pecho, con la voz amortiguada por las lágrimas—. Un completo y absoluto idiota.

—Lo sé —respondo, rodeándola con mis brazos—. Lo siento mucho, mamá.

Mi padre se une al abrazo y, durante un momento, los tres nos quedamos así, una maraña de dolor, arrepentimiento y, debajo de todo eso, un amor que siempre ha estado ahí.

Cuando por fin nos separamos, mi madre tiene una mirada determinada que conozco demasiado bien.

—Tenemos mucho de que hablar —dice, secándose las lágrimas—. Y lo haremos. Pero, ahora mismo, hay una niña en esta casa que

necesita conocer a sus abuelos. Y si cree que estamos enfadados contigo, podría asustarse.

La sabiduría de mi madre me deja sin palabras. Incluso en medio de su propio dolor, está pensando en Lily. En cómo hacer que se sienta segura y querida.

—Gracias —murmuro con la voz quebrada—. No os merezco.

—Claro que nos mereces, hijo. Ahora que tienes a tu propia hija sabes que no hay nada más importante que un hijo —replica mi padre con una sonrisa en sus labios—. Y esa niña merece unos abuelos que la adoren. Y eso es exactamente lo que vamos a ser.

Como si hubiera sido convocada por nuestras palabras, Lily regresa al salón de la mano de Harper. Se ve menos tímida ahora, y lleva una pequeña flor que ha encontrado quién sabe dónde.

—Mira, papá —dice, mostrándome la flor—. Harper dice que es una margarita. ¿Puedo quedármela?

—Claro que puedes, cariño —respondo, agachándome para estar a su altura—. De hecho, ¿sabes a quién le encantan las margaritas? A tu abuela.

Lily mira a mi madre con renovado interés.

—¿De verdad?

Mi madre, que ha recompuesto su expresión en una sonrisa cálida, se acerca y se arrodilla también, quedando a la altura de Lily.

—Son mis flores favoritas —confirma—. ¿Te gustaría dármela? Podríamos ponerla en agua para que dure más tiempo.

Lily considera la propuesta durante un instante, y luego extiende la flor hacia mi madre.

—Es para ti, abuela —dice, probando la palabra—. Para que no estés triste.

Mi madre toma la flor con manos temblorosas y nuevas lágrimas asoman a sus ojos, pero esta vez son de un tipo diferente.

—Gracias, mi niña —dice, su voz cargada de emoción—. Es el mejor regalo que he recibido nunca.

Y entonces, con una naturalidad que me deja sin aliento, Lily da un paso adelante y abraza a mi madre. Es un abrazo breve, casi experimental, pero mi madre lo recibe como el tesoro que es, devolviendo el gesto con una gentileza infinita.

—¿Sabes qué? —dice mi madre cuando se separan—. Creo que tengo galletas de chocolate en la cocina. ¿Te gustan las galletas?

—¡Me encantan! —exclama Lily, olvidando por completo su timidez ante la mención de los dulces.

—A mí también —comenta mi padre, uniéndose a la conversación —. Sobre todo las de tu abuela. Son las mejores que hay.

—¿De verdad? —pregunta Lily, mirándolo con curiosidad—. ¿Y tú eres mi abuelo?

—Sí, pequeña —confirma mi padre, y puedo ver cómo lucha por mantener la compostura—. Soy tu abuelo John.

—Yo soy Lily —se presenta formalmente, tendiendo su pequeña mano como le hemos enseñado—. Y tengo cuatro años.

Mi padre estrecha su mano con reverencia, como si estuviera hecha de cristal.

—Encantado de conocerte, Lily de cuatro años —responde con una sonrisa que ilumina toda su cara—. ¿Te gustaría ver el columpio que hay en el jardín después de las galletas?

Los ojos de Lily se iluminan.

—¡Sí! ¡Me chiflan los columpios!

Y así, como si fuera la cosa más natural del mundo, mi hija toma la mano de mi padre y se dirigen hacia la cocina, charlando sobre columpios y galletas y todas las cosas importantes en la vida de una niña de esa edad.

Me quedo mirándolos, aturdido por la facilidad con la que Lily ha aceptado a estos nuevos miembros de su familia y por cómo mis padres, a pesar del shock y el dolor inicial, le han abierto sus corazones sin reservas.

—Te lo dije —murmura Harper con cariño a mi lado—. Son tu familia. Por supuesto que la aman.

La miro, y hay tanta comprensión en sus ojos, tanta calidez, que algo se rompe dentro de mí.

—Gracias —digo, mi voz apenas un susurro—. Por obligarme a hacer esto. Por estar aquí.

Harper sonríe, una sonrisa que despierta una dulce sensación de calidez en mi pecho. Tengo que controlarme para no besarla en ese mismo instante.

Me siento tan sobrepasado por la intensidad de los sentimientos que estoy experimentando que creo que voy a explotar.

—¿Sabes? Creo que Lily y tus padres estarán ocupados un buen rato con esas galletas —comenta—. ¿Por qué no das un paseo? Pareces necesitar un rato a solas. Yo me ocupo de vigilar que todos estén bien.

Es justo lo que necesito. Me sabe leer como si fuese un libro abierto.

—Gracias, Harper.

—Ve, Sullivan.

La observo durante unos segundos con inmensa gratitud y luego asiento y me dirijo hacia la puerta trasera, hacia el jardín que fue mi refugio durante tantos años.

* * *

El jardín de mis padres sigue igual que en mi infancia. El inmenso roble donde tuve mi primera casa en un árbol; el columpio que mi padre instaló cuando tenía seis años; incluso el pequeño estanque donde solía atrapar ranas en verano.

Me siento en el viejo banco de madera, dejando que los recuerdos me inunden. El alivio de ver a mis padres aceptar a Lily sin reservas se mezcla con la culpa por haberles ocultado su existencia durante tanto tiempo.

—Siempre venías aquí cuando necesitabas pensar.

La voz de mi madre me sobresalta. No la he oído acercarse. Se sienta a mi lado en el banco, con las manos ocupadas con dos tazas de café humeante. Me ofrece una y la acepto agradecido.

—Algunas cosas nunca cambian —respondo, tomando un sorbo. Está justo como me gusta, negro con un toque de canela.

—Y otras cambian demasiado —suelta ella, mirando hacia la casa, donde podemos ver a Lily a través de la ventana de la cocina, sentada en la encimera mientras mi padre le enseña a decorar galletas—. Es preciosa, Nathan. Y tan parecida a ti que asusta.

—Lo sé —digo, siguiendo su mirada—. Cada día descubro algo nuevo en ella que me recuerda a mí. O a ti. Tiene tu risa, ¿sabes?

Mi madre sonríe, una sonrisa que no alcanza completamente sus ojos.

—¿Por qué, Nathan? —pregunta al fin—. ¿Por qué no confiaste en nosotros? ¿Qué hemos hecho mal?

La pregunta cuelga entre nosotros, pesada y dolorosa. Le debo la verdad, por difícil que sea admitirla.

—Nada. Vosotros no habéis hecho nada mal. Tenía vergüenza —confieso—. De que supierais cómo había ocurrido. Una noche, borracho, con una mujer que no conocía. No es el tipo de historia que quieres contar a tus padres.

Mi madre suspira, tomando mi mano entre las suyas.

—Somos tus padres, no tus jueces —dice con dulzura—. Hemos cometido nuestros propios errores, créeme. Pero Lily... Esa niña no es un error, Nathan. Es un milagro.

—Lo sé. —Asiento—. Y siento haberos privado de conocerla durante tantos meses. Siento haber sido tan cobarde.

—No eres un cobarde —me corrige—. Solo eres humano... Asustado, confundido, intentando hacer lo mejor para tu hija. Te conozco, cariño. Siempre has querido proteger a todos, incluso cuando eras pequeño.

Sus palabras son tan similares a las que Harper ha estado diciéndome que no puedo evitar sonreír.

—Harper dice lo mismo —comento—. Que intento proteger a todos, incluso cuando no necesitan protección.

Mi madre arquea una ceja, y una sonrisa astuta aflora en su rostro.

—Harper parece conocerte muy bien —observa de forma casual, aunque puedo detectar la curiosidad en su voz—. Es encantadora. Y salta a la vista que Lily la adora.

—Es increíble con ella —confirmo, sintiendo un calor inexplicable subir por mi cuello—. No sé qué habría hecho sin su ayuda estos meses.

—¿Solo es ayuda lo que te da? —pregunta mi madre con esa intuición que siempre me ha desconcertado—. Porque la manera en que la miras... y cómo ella te mira a ti cuando cree que nadie está prestando atención...

—Mamá... —la advierto, pero ella levanta una mano, deteniéndome.

—No voy a entrometerme —promete—. Solo voy a decirte algo que mi madre me dijo una vez: cuando encuentres a alguien que te haga mejor persona, que te desafíe y te apoye a partes iguales, no lo dejes escapar. Porque ese tipo de conexión no aparece dos veces en la vida.

Miro hacia la casa, donde ahora mismo puedo ver a Harper unida a la escena de la cocina, ayudando a Lily a sostener la manga pastelera mientras decoran galletas. Se mueve en el espacio de mis padres con una naturalidad sorprendente, como si formara parte de este lugar. Como si formara parte de nosotros.

Desde luego, para mí, lo hace.

—Es complicado —digo al fin.

—El amor siempre lo es —responde mi madre, apretando mi mano —. Pero vale la pena luchar por él.

Antes de que pueda responder, vemos a Lily correr hacia nosotros a través del jardín, con las mejillas manchadas de chocolate y una sonrisa que podría iluminar toda Montana.

—¡Papá! ¡Abuela! —grita, agitando algo en su mano—. ¡Mirad lo que he hecho! ¡Una galleta para cada uno!

Y así, el momento pasa. Pero las palabras de mi madre se quedan conmigo, resonando en mi cabeza mientras veo a mi hija repartir galletas decoradas con glaseado desigual y demasiadas chispas de colores.

Y sé que contarles la verdad ha sido la decisión más acertada.

* * *

El viaje de regreso es tranquilo. Lily se queda dormida casi de inmediato, agotada por la emoción del día y tras comerse las cinco galletas que mis padres han insistido en que se llevara «para el camino». Harper mira por la ventanilla, perdida en sus pensamientos, y yo intento concentrarme en la carretera en lugar de en la forma en que la luz del atardecer juega con su perfil.

—Gracias —digo al rato, rompiendo el silencio.

Ella se gira hacia mí, sorprendida.

—¿Por qué?

—Por obligarme a hacer esto —respondo con honestidad—. Tenías razón. Estaba siendo egoísta. Y cobarde.

Harper sonríe, una sonrisa suave que hace que algo se retuerza en mi pecho.

—No ha sido tan terrible, ¿verdad? —pregunta.

—No —admito—. Ha sido... bueno. Mejor de lo que esperaba. La verdad es que necesitaba hacerlo.

—Tus padres son increíbles —comenta, volviendo a mirar por la ventanilla—. Se nota de dónde has sacado tu capacidad para amar tan profundamente.

Por un momento sus palabras me dejan sin habla. No es el tipo de observación que espero de Harper, siempre tan pragmática y directa. Pero tal vez esa es la Harper que está emergiendo ahora, cuando las barreras entre nosotros se han ido derribando una a una.

—Creo que Lily ha ganado dos fans incondicionales —digo, intentando aligerar el momento.

—Y tanto —responde Harper con una risa—. Nunca había visto a nadie hornear tantas galletas en tan poco tiempo. Creo que estaba intentando compensar cuatro años de *abuelidad* perdida en una tarde.

—Es probable. —Asiento, sintiendo una nueva punzada de culpa—. Van a malcriarla hasta extremos insospechados.

—Es lo que hacen los abuelos —dice Harper, y hay algo en su voz, una nostalgia, que me recuerda que ella nunca tuvo eso. Nunca tuvo una familia que la malcriara, que la hiciera sentir el centro del universo.

—¿Qué te ha dicho tu madre? —pregunta de repente—. Cuando estabais en el jardín.

La pregunta me pilla desprevenido.

—Cosas —respondo con vaguedad—. Sobre Lily. Sobre por qué no les había contado nada.

Harper me mira fijamente, y sé que no me cree. Tiene ese don para ver a través de mis evasivas.

—Tu madre es muy observadora —comenta de modo casual—. Tiene esa mirada que parece darse cuenta de todo.

—Es una cualidad Sullivan —respondo, procurando mantener el tono ligero—. Lily también la tiene. Puede detectar una mentira a varias millas.

—Como su padre —dice Harper, y hay algo en su voz, una vulnerabilidad, que me hace querer detener el coche y abrazarla.

Pero no lo hago. Porque tocarla significaría admitir lo que ya sé en el fondo: que estoy enamorándome de ella. Y no puedo permitirme ese lujo. No cuando sé que su vida está en Nueva York, con su carrera, sus ambiciones, todo lo que ha trabajado tan duro por conseguir. ¿Cómo podría pedirle que lo abandonase todo por quedarse en Montana con un vaquero y su hija? ¿Qué derecho tengo yo a cambiar el rumbo de su vida?

Así que sigo conduciendo, con los nudillos blancos por la fuerza con la que agarro el volante, y me digo a mí mismo que esto es lo mejor; que debo protegerla de tomar una decisión que podría lamentar; que lo que sea que esté creciendo entre nosotros puede esperar.

Aunque, cada día que pasa, me resulta más difícil creerlo.

Porque la realidad es que estoy completamente enamorado de Harper Reeves.

Capítulo 25

Harper

Mucho antes de lo que estoy preparada, mucho antes de que haya podido saciarme de estar en los brazos de Nate, de disfrutar de su presencia, llega el día en el que tenemos que irnos a Las Vegas para la final.

Lo que significa que nuestro acuerdo está a punto de expirar.

Y no quiero que eso suceda.

Quizá por eso veo la ciudad con tan malos ojos.

Las Vegas es tal y como la recordaba: excesiva, ruidosa y por completo desconectada de la realidad. Después de meses en el rancho de Montana, con sus atardeceres interminables y su silencio profundo, la explosión sensorial de luces de neón y máquinas tragaperras me resulta casi dolorosa.

Nate parece compartir mi incomodidad; su mandíbula se tensa mientras recorremos el pasillo vip del hotel Bellagio. Hemos tomado todas las precauciones posibles para que nadie vea a Lily y la relacione con Nate: entrada privada, registro anticipado y, lo más importante, hemos llegado en coches distintos. Wyatt se ha encargado de traer a Lily por una entrada secundaria, evitando el vestíbulo principal, donde podrían encontrarse con periodistas o fans.

Es agotador, toda esta planificación solo para mantener en secreto la existencia de una niña de cuatro años a la que la gente debería respetar. Pero es necesario, al menos hasta que Nate anuncie de manera oficial su retirada y pueda revelar la verdad en sus propios términos.

Ahora su existencia es una noticia demasiado jugosa.

—¿Han llegado bien? —pregunta Nate en cuanto accedemos a la *suite*, revisando su teléfono por enésima vez.

—Wyatt acaba de mandar un mensaje —respondo, enseñándole la pantalla.

> Misión cumplida. La princesa está
> en el castillo.

Nate suelta un suspiro de alivio tan profundo que parece provenir de su alma.

—Odio esto —murmura, pasándose una mano por el pelo—. Escabullirse como si estuviéramos haciendo algo malo. Lily no es un secreto vergonzoso.

—Lo sé —digo con suavidad, poniendo una mano en su brazo—. Pero solo serán unos días más. Después de Las Vegas, todo habrá terminado.

No especifico a qué me refiero exactamente con «todo». La temporada. El secretismo. Nuestro acuerdo.

Nosotros.

El pensamiento me provoca un dolor agudo en el pecho que intento ignorar mientras recorro la lujosa *suite* con la mirada. Es opulenta hasta el ridículo, con vistas panorámicas de Las Vegas y muebles que seguro que cuestan más que mi apartamento entero en Nueva York.

—Victoria no ha escatimado en gastos —comento, procurando aligerar el ambiente.

—Claro que no —responde Nate secamente—. Es mi gran despedida. El último espectáculo del Rey del Rodeo.

Hay algo en su tono, una amargura apenas perceptible, que me hace mirarlo con más atención.

—¿Y lo llevas bien? —pregunto—. Me refiero al hecho de retirarte.

Nate se queda en silencio un momento, contemplando la vista a través de los ventanales.

—Sí —dice al fin—. Es lo correcto para Lily. Para nosotros.

Hay tanto en ese «nosotros» que no me atrevo a analizar.

Un golpe en la puerta nos interrumpe. Es Wyatt, con Lily de la mano. En cuanto ve a Nate, la niña se suelta y corre hacia él.

—¡Papá! —exclama, lanzándose a sus brazos—. ¡El hotel es enoooooorme! ¡Y hay peces en el suelo!

—En el suelo no, renacuaja. —Nate ríe, levantándola en el aire—. Están bajo el cristal, en una fuente.

—¡Parecía que estaba caminando sobre ellos! —insiste Lily, y luego me ve y extiende sus brazos hacia mí—. ¡Harper! ¡El tío Wyatt dice que hay una torre como la de los libros!

La cojo de los brazos de Nate, sintiendo cómo se aferra a mi cuello con esa confianza absoluta que solo los niños pueden ofrecer.

Y, en ese momento, soy consciente hasta un punto doloroso de lo mucho que la quiero. No solo como la hija de Nate, sino como si fuera mía también. El pensamiento es tan abrumador que tengo que tragar saliva para contener la emoción.

—Sí, cielo —confirmo—. Es la torre Eiffel, pero una copia pequeña. La de verdad está en París.

—¿Podemos ir algún día a la de verdad? —pregunta, con esos ojos verdes Sullivan llenos de esperanza.

Mi corazón da un vuelco desgarrador. Es la primera vez que Lily habla de un futuro donde yo sigo formando parte de sus vidas, y no tengo ni idea de cómo responder. Porque lo cierto es que, en una semana, cuando Nate se retire de manera oficial y yo haya cumplido mi parte del trato, no habrá ninguna razón para que siga con ellos.

Excepto, quizá, que me he enamorado hasta la médula de esta pequeña familia improvisada.

El pensamiento me golpea con tanta fuerza que casi me quedo sin aliento. No es una revelación repentina, sino más bien el reconocimiento de algo que ha estado creciendo dentro de mí durante meses; como una semilla que por fin ha brotado, mostrando lo que siempre estuvo allí.

Estoy enamorada de Nate Sullivan. Y de su hija.

Dios, estoy muy jodida.

—Veremos, cariño —respondo al fin, encontrando mi voz—. París es muy bonito en primavera.

Nate me mira por encima de la cabeza de Lily, y hay algo en sus ojos que no puedo descifrar. Una intensidad que me hace apartar la mirada, temerosa de lo que podría revelar la mía.

Mientras Nate y Wyatt sacan las cosas de las maletas, mi teléfono vibra con un mensaje de Victoria.

> Cóctel de bienvenida en el salón Toscana a las siete. Trae a Sullivan. Tenemos que hablar.

Genial. Justo lo que necesitaba: una velada incómoda con mi jefa y los patrocinadores mientras intento no pensar en el hecho de que estoy irremediablemente enamorada del hombre que se supone que es solo mi cliente.

—¿Malas noticias? —pregunta Nate, notando el cambio en mi expresión.

—Victoria quiere vernos esta noche —respondo, guardando el móvil—. Cóctel de bienvenida con los patrocinadores.

Nate hace una mueca, pero asiente. Después de todo este tiempo, ha aprendido que algunas batallas con Victoria no merecen la pena.

—Wyatt puede quedarse con Lily —dice mirando a su amigo, que está ayudando a la niña a sacar sus juguetes de la maleta—. ¿Verdad, Mitchell?

Wyatt levanta la vista y sonríe.

—Claro, para eso he venido, para estar con mi sobrina. La enana y yo tenemos una cita con el servicio de habitaciones y un maratón de películas de princesas.

—¡Sí! —exclama Lily, saltando emocionada—. ¡Noche de princesas!

Veo cómo Nate observa a su hija, con una mezcla de amor y melancolía que me resulta familiar. Las finales marcan el cierre de un capítulo en su vida, pero también el comienzo de otro: uno donde podrá dedicarse por completo a Lily sin el secretismo que ha definido los últimos meses.

Un capítulo en el que la niña estará protegida de la prensa.

Y yo... yo volveré a Nueva York. A mi apartamento vacío. A mi vida de antes.

El pensamiento me provoca un dolor físico en el pecho.

* * *

El cóctel de bienvenida es exactamente lo que se podía esperar de él: una combinación de patrocinadores ansiosos, periodistas hambrientos de exclusivas y ejecutivos de la industria del rodeo. Nate, vestido con un traje oscuro que le queda tan bien que me cuesta dejar de mirarlo, se mueve entre ellos con una gracia forzada que solo yo parezco notar.

Está incómodo, tenso, como un animal salvaje en cautividad. Pero cumple con su papel, estrechando manos, respondiendo preguntas, incluso sonriendo alguna que otra vez cuando la situación lo requiere.

Estoy tan orgullosa de él que me emociona.

Victoria se me acerca mientras estoy junto a la barra, observando cómo Nate charla con un representante de Resistol.

—Has hecho un trabajo excepcional con él —comenta, apareciendo a mi lado como un fantasma corporativo—. Cuando te asigné a Sullivan hace tres años, muchos pensaron que era una sentencia de muerte profesional.

—Incluida yo —admito, tomando luego un sorbo de mi champán.

Victoria se ríe, un sonido raro viniendo de ella.

—Y mírate ahora. Has conseguido lo que nadie creía posible: domesticar al Rey del Rodeo.

Me tenso ante la palabra *domesticar*. Nate no es un animal que haya que domar. Es un hombre complejo, con miedos, sueños y un amor tan profundo por su hija que ha reestructurado toda su vida por ella.

—No lo he domesticado —respondo, en un tono más brusco de lo que pretendía—. Solo he aprendido a trabajar con él.

Victoria me mira con una expresión calculadora que me resulta familiar.

—Como sea, has demostrado tu valía —suelta al fin—. El puesto de directora de marketing deportivo tiene prácticamente tu nombre grabado... si juegas bien tus cartas esta semana, claro.

Me guiña un ojo, y en ese momento noto que Jason se ha unido a nosotras. Su expresión es una máscara de profesionalidad, pero puedo ver la furia contenida en sus ojos.

No está contento con lo que acaba de decir Victoria.

—Creo que es una pena que al final no os coordinarais para organizar este evento, ya te comenté que Jason había estado trabajando en algunas ideas para la ceremonia de retirada que no me parecieron nada desdeñables —continúa Victoria, ajena, en apariencia, a la tensión—. Pero, en todo caso, está claro que la que ha demostrado saber tratar a Sullivan has sido tú.

—Sí, lo recuerdo —contesto, y también recuerdo que la idea de trabajar mano a mano con Jason me revolvió el estómago—. Estoy segura de que eran propuestas... interesantes, pero no para esta ocasión.

Jason sonríe, pero es la sonrisa de un depredador.

—Oh, sigo teniendo muchas ideas que aún no he descartado —dice—. Algunas bastante reveladoras...

Hay algo en su tono que me pone en alerta máxima, pero, antes de que pueda responder, Nate aparece a mi lado, como si hubiera sentido mi incomodidad desde el otro extremo de la sala.

—Harper —dice, posando la mano de forma sutil en la parte inferior de mi espalda baja—, hay alguien de Boot Barn que quiere hablar contigo.

Le agradezco en silencio el rescate mientras nos alejamos de Victoria y Jason.

—No había nadie de Boot Barn, ¿verdad? —pregunto cuando estamos a una distancia segura.

—No —confirma con una pequeña sonrisa—. Parecía que necesitabas una salida de emergencia.

—Mi héroe —bromeo, aunque hay más verdad en esas palabras de la que estoy dispuesta a admitir.

El resto de la velada transcurre en una nebulosa de conversaciones profesionales y sonrisas forzadas. Mantengo un ojo en Jason, que parece estar observándonos con un interés que me inquieta. Hay algo en su mirada, una determinación calculadora, que

me hace pensar que está tramando algo. ¿Se habrá dado cuenta de la excesiva cercanía que hay entre Nate y yo?

Trato de quitarme ese pensamiento de la cabeza.

Cuando al fin logramos escapar, son casi las once de la noche. Nate afloja su corbata en cuanto entramos en el ascensor, como si le estuviera cortando la respiración.

—Odio estas cosas —farfulla, pasándose una mano por el pelo—. Todas esas sonrisas falsas y promesas vacías.

—Lo has hecho muy bien —le aseguro—. Victoria está impresionada.

—Me importa un bledo lo que piense Victoria —responde, y hay una honestidad en su voz que me hace sonreír—. Solo quiero volver con Lily.

Mi corazón se derrite un poco más. Porque por supuesto, después de horas de socialización obligatoria, su primer pensamiento es para su hija.

Cuando llegamos a nuestra planta, Wyatt nos recibe con una expresión que oscila entre la diversión y la exasperación.

—Por fin —dice—. Vuestra hija es una negociadora implacable. He tenido que prometerle tres cuentos y un baño de burbujas antes de que accediera a ponerse el pijama.

«Vuestra hija». Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Wyatt lo ha dicho sin pensarlo, pero el efecto en mí es devastador. Porque durante un segundo, un glorioso y terrible segundo, me permito imaginar que es verdad; que Lily es nuestra hija; que somos una familia.

—¿Está dormida? —pregunta Nate. Al parecer, no le ha afectado el desliz de Wyatt.

Quizá ni siquiera lo ha oído.

—Como un tronco —confirma Wyatt—. El maratón de princesas la ha dejado agotada. Aunque ha insistido en que os dijera que os quiere a los dos y que no os olvidéis de darle un beso de buenas noches, aunque esté dormida.

Otra puñalada directa al corazón. «Os quiere a los dos». Como si yo también fuera parte permanente de su vida. Como si tuviera derecho a esos «te quiero» y a esos besos de buenas noches.

—Gracias por cuidarla —le digo a Wyatt, intentando que mi voz suene normal—. Te debemos una.

—Me debéis varias —corrige con una sonrisa cansada—. Pero lo compensaré con servicio de habitaciones a vuestra cuenta. Buenas noches, chicos.

Y con eso, desaparece en su habitación, dejándonos solos en el pasillo.

Hay un momento de silencio cargado entre nosotros. Todas las noches anteriores, en el rancho, siempre había una excusa: revisar itinerarios, discutir estrategias, ver una película. Pretextos transparentes que nos permitían terminar en la misma cama sin tener que hablar de lo que estaba pasando en realidad.

Pero aquí, en este hotel anónimo de Las Vegas, esas excusas parecen insuficientes.

—Debería ir a ver a Lily —dice Nate al fin, rompiendo el silencio.

—Claro. —Asiento, ignorando la decepción que se apodera de mi estómago—. Buenas noches, entonces.

Me giro hacia mi puerta, buscando la tarjeta-llave en mi bolso, cuando siento su mano en mi brazo. Es un toque ligero, casi tentativo, muy diferente de la forma en que me suele agarrar.

—Harper —dice, y hay algo en su voz que me hace contener la respiración—. ¿Puedes... venir después?

La pregunta flota entre nosotros, cargada de significado. No es una proposición descarada, sino algo más vulnerable. Una petición.

—Sí —me limito a responder, porque es la única respuesta posible.

Sus ojos se oscurecen un poco, y asiente una vez antes de dirigirse a su *suite*. Me quedo mirando su espalda mientras se aleja, preguntándome cómo es posible sentir tanto por alguien en tan poco tiempo.

En mi habitación, me cambio el vestido de cóctel por un pijama de seda que compré exprofeso para este viaje. Es ridículo lo nerviosa que me siento, como una adolescente esperando a su cita del baile. Hemos dormido juntos docenas de veces en el último mes y, sin embargo, esta noche me parece diferente. Más significativo, de alguna manera.

Veinte minutos después golpeo con suavidad su puerta. Cuando se abre, Nate está ahí, con el pelo húmedo de la ducha y vistiendo solo unos pantalones de pijama y una camiseta que se estira sobre su pecho de un modo que debería ser considerado un arma de distracción masiva.

—Lily está profundamente dormida —dice, haciéndose a un lado para que pueda pasar—. Ni siquiera se ha movido cuando le he dado el beso de buenas noches.

—Debe de estar agotada —comento mientras Nate cierra la puerta —. Ha sido un día intenso.

Nate asiente, y entonces nos quedamos allí, mirándonos, con toda la habitación entre nosotros. Es la primera vez que nos sentimos incómodos en la presencia del otro desde..., bueno, desde aquella primera noche en la gala.

—¿Quieres ver la tele? —sugiero, señalando el enorme televisor de pantalla plana que domina una pared.

—En realidad —dice, dando un paso hacia mí—, tenía algo distinto en mente.

Y entonces está frente a mí, tan cerca que puedo contar cada una de sus pestañas, oler el champú de menta que usa, sentir el calor que emana de su cuerpo.

—¿Ah, sí? —pregunto, intentando que mi voz suene ligera y no estrangulada por el deseo—. ¿Y qué sería eso?

En lugar de contestar con palabras, Nate se inclina y me besa. Es diferente a nuestros besos habituales, que suelen ser urgentes, hambrientos, casi desesperados. Este es suave, tímido, como si estuviera pidiendo permiso.

Le respondo de inmediato, mis manos subiendo para enredarse en su pelo todavía húmedo. El beso se profundiza, pero mantiene esa cualidad casi reverencial, como si ambos supiéramos que esa noche es especial sin haber dicho una palabra al respecto.

Cuando nos separamos, sus ojos están oscurecidos por el deseo, pero hay algo más. Una vulnerabilidad que rara vez permite que otros vean.

—Te he echado de menos —dice, y la confesión me toma por sorpresa—. Todo el día, rodeados de gente, solo podía pensar en

estar a solas contigo.

Las palabras hacen que mi corazón se acelere. Es lo más cercano a una declaración que hemos compartido, y no sé cómo responder sin revelar cómo me siento yo.

—Yo también te he echado de menos —acabo admitiendo, porque es la verdad, y porque esta noche no parece el momento para medias verdades.

Sus manos encuentran mi cintura, atrayéndome más cerca, hasta que estamos completamente pegados el uno al otro. Puedo sentir cada plano duro de su cuerpo, cada músculo tensándose bajo su ropa.

—Harper —murmura contra mis labios—, no sé qué me has hecho.

Puedo decir lo mismo.

«Te quiero —pienso con desesperación—. Te quiero tanto que duele. A ti y a Lily. Os quiero a los dos más de lo que creía posible. Más de lo que he querido jamás a nadie».

Pero no digo nada de eso. En lugar de ello, lo beso de nuevo, intentando transmitir con actos lo que no me atrevo a decir con palabras.

Nos movemos hacia la cama como en una danza lenta, desvistiéndonos el uno al otro con una paciencia que nunca antes habíamos tenido. Cada prenda retirada revela más piel para explorar, para adorar. Cuando por fin estamos desnudos, Nate me tumba sobre las sábanas con una gentileza que hace que mis ojos se llenen de lágrimas.

—Eres tan hermosa... —dice, su voz ronca de emoción—. A veces te miro y no puedo creer que seas real.

Sus palabras me desarman del todo. Este no es el Nate Sullivan que el mundo conoce: el vaquero hosco, el competidor implacable. Este es mi Nate. Vulnerable, tierno, capaz de una dulzura que pocos sospecharían.

Lo atraigo hacia mí, necesitando sentir su peso, su calor, la solidez de su cuerpo sobre el mío. Nos besamos como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, como si esta noche fuera un paréntesis en el universo donde solo existimos nosotros dos.

Cuando se hunde en mí, es con una reverencia que me deja sin aliento. Nos movemos juntos, encontrando un ritmo que es tan familiar como completamente nuevo. No es solo sexo; es una fusión, una confesión, un reconocimiento de todo lo que hemos llegado a significar el uno para el otro.

—Nate —suspiro, su nombre una plegaria en mis labios.

—Estoy aquí —responde, sus ojos fijos en los míos, permitiéndome ver todo lo que suele mantener oculto—. Estoy aquí contigo.

El placer se construye despacio, como una ola que crece y crece antes de romper. Cuando finalmente llega, es tan intenso que tengo que morder su hombro para no gritar. Nate me sigue poco después, y mi nombre sale de su boca convertido en un gemido ahogado contra mi cuello.

Nos quedamos así, enredados el uno en el otro, con nuestras respiraciones mezclándose y nuestros corazones latiendo al mismo ritmo. Hay tanto que quiero decirle, tantas verdades atrapadas en mi garganta..., pero tengo miedo. Miedo de romper este momento perfecto, miedo de ofrecer mi corazón y descubrir que no lo quiere.

—¿En qué piensas? —pregunta, trazando patrones perezosos en mi espalda desnuda.

«En que te quiero. En que no sé cómo voy a vivir sin ti y sin Lily. En que daría cualquier cosa por quedarme. Porque me quisieras».

—En lo diferente que es todo ahora —respondo en su lugar—. Comparado con cuando empezamos este viaje.

Nate asiente; su barba roza mi frente.

—Nunca imaginé que acabaríamos así —admite—. Cuando apareciste en el rancho, me enfadé mucho.

—Lo recuerdo. —Sonrío contra su pecho—. Pensé que ibas a echarme a patadas.

—Lo consideré —confiesa, y puedo sentir su sonrisa—. Pero entonces Lily te vio, y fue como si de inmediato supiera algo que yo todavía desconocía.

—¿Qué? —pregunto, levantando la cabeza para mirarlo.

Sus ojos, tan verdes e intensos, me estudian durante un largo instante.

—Que eras importante —dice al fin—. Que ibas a cambiar nuestras vidas.

Las palabras me dejan sin aliento. Están tan cerca de una declaración que casi puedo saborearla. Pero no es suficiente. No cuando mi corazón está completamente expuesto, latiendo en mis manos, listo para entregárselo.

—Vosotros también habéis cambiado la mía —respondo, y es la verdad más pura que he dicho jamás.

Nate me atrae hacia él, besándome con suavidad, como sellando una promesa tácita entre nosotros. Nos quedamos así, abrazados en la penumbra de la habitación, con el sonido distante de Las Vegas amortiguado por el latido de nuestros corazones.

No sé en qué momento nos quedamos dormidos, pero, cuando abro los ojos, la luz del amanecer se filtra por las cortinas mal cerradas. Nate duerme a mi lado, con un brazo sobre mi cintura como si no quisiera dejarme escapar, y el rostro relajado de una manera que rara vez se permite cuando está despierto.

Lo observo dormir, memorizando cada línea de su cara, la forma en que sus pestañas proyectan sombras sobre sus mejillas, cómo su barba ha crecido levemente durante la noche. Quiero grabar esta imagen en mi mente para los días que vendrán. Los días sin él.

El pensamiento me provoca un dolor tan agudo que tengo que contener un sollozo. ¿Cómo voy a dejarlo? ¿Cómo voy a dejarlos a ambos?

Antes de que pueda seguir torturándome con estas preguntas, la puerta de la habitación se abre de golpe.

—¡Papá! ¡Es hora del desayuno!

Lily se queda paralizada en el umbral, con los ojos abiertos como platos al vernos. Por un terrible segundo, el pánico me invade. ¿Cómo vamos a explicar esto? ¿Qué va a pensar?

Pero, entonces, su cara se ilumina con la sonrisa más radiante que le he visto jamás.

—¡Harper también está aquí! —exclama, corriendo hacia la cama y saltando sobre nosotros sin ceremonia alguna—. ¡Es como una fiesta de pijamas!

Nate, despertado bruscamente por el pequeño misil humano que acaba de aterrizar sobre su estómago, parpadea confundido antes de darse cuenta de la situación. Su mirada va de Lily a mí, y veo el momento exacto en que decide que esto no es una catástrofe.

—Buenos días, renacuaja —dice, su voz ronca por el sueño—. ¿Qué haces despierta tan temprano?

—¡Quiero tortitas para desayunar! —responde, acurrucándose entre nosotros como si fuera el lugar más natural del mundo—. ¿Podemos desayunar todos juntos? ¿Como una familia? ¿Con el tío Wyatt también?

Mi corazón da un vuelco doloroso. «Como una familia». Tres palabras simples que contienen todo lo que deseo y todo lo que temo no poder tener.

Nate me mira por encima de la cabeza de Lily y hay algo en sus ojos, una pregunta silenciosa, una vulnerabilidad que me deja sin aliento.

—Claro que sí, cariño —contesto, porque no puedo decir otra cosa —. Como una familia.

Y mientras los tres nos quedamos ahí, enredados en las sábanas, con Lily parloteando sobre las tortitas y los planes para el día, me permito creer, solo por un momento, que esto podría ser real. Permanente.

Que podría ser nuestra vida.

Capítulo 26

Nate

—¡Tortitas de chocolate para la princesa! —anuncia Wyatt, entrando en la habitación sin llamar, bandeja en mano y una sonrisa demasiado amplia para estas horas de la mañana.

En una misma mañana nos han atrapado dos veces.

La verdad es que no me importa. Quiero que todo el mundo sepa que Harper es mía. Por muy neandertal que sea ese sentimiento.

No me sorprende que Wyatt haya entrado sin avisar; tiene una llave de repuesto de la habitación que le di para emergencias, aunque es evidente que su definición de «emergencia» incluye interrumpir momentos íntimos.

Wyatt no parece nada sorprendido cuando ve a Harper a mi lado. Es más, se le dibuja una sonrisa de sabiondo en la boca que me encantaría borrar con mi puño. Sé que más tarde voy a tener que aguantar un «te lo dije».

Lily salta de la cama de inmediato, como si tuviera un radar para detectar azúcar en un radio de cincuenta metros.

—¡Con sirope extra! —exclama, corriendo hacia Wyatt con los brazos extendidos.

—Y nata montada —confirma él, guiñándole un ojo—. Todo un desayuno nutritivo, ¿eh?

Me incorporo un poco, consciente de que las sábanas apenas cubren lo esencial, y le lanzo a mi supuesto mejor amigo una mirada que promete venganza. Wyatt, el muy cabrón, se limita a ampliar su sonrisa.

—He pensado que podríamos desayunar en mi habitación —le dice a Lily—. Hay una película de princesas que empieza en cinco minutos.

—¡Sí! —Lily da pequeños saltos de emoción—. ¿Puedo, papá?

—Claro, renacuaja —respondo, intentando sonar normal y no como un hombre que acaba de ser pillado en la cama con la niñera de su hija—. Pero no te acostumbres a desayunar viendo la tele.

Lily asiente con solemnidad, como si estuviera procesando una lección vital, y luego se gira hacia Harper, que se ha subido las sábanas hasta la barbilla.

—¿Vienes luego a ver la película, Harper? —pregunta con esos ojos imposibles de resistir.

—En un rato, cariño —contesta ella con una calma que admiro—. Primero tengo que hablar con tu papá de cosas aburridas de mayores.

Esto parece satisfacer a Lily, que toma la mano de Wyatt y se dirige hacia la puerta. Justo antes de salir, Wyatt se gira y articula en silencio «de nada». Le respondo con un gesto obsceno que, por suerte, Lily no ve.

En cuanto la puerta se cierra, Harper deja escapar un suspiro que parece haber estado conteniendo durante horas.

—Bueno, eso ha sido... interesante —dice, pasándose una mano por el pelo revuelto.

—Wyatt nunca ha entendido el concepto de privacidad —gruño, aunque no puedo evitar sonreír al ver lo adorable que está con las mejillas sonrojadas y el pelo hecho un desastre.

—Al menos ha traído el desayuno —señala Harper—. Aunque solo para Lily.

Me inclino y la agarro por la cintura, tirando de ella hasta que está sentada a horcajadas sobre mí. Sus piernas desnudas a cada lado de mis caderas, la sábana apenas cubriendo lo esencial entre nosotros.

—Podemos pedir algo después —murmuro, acariciando sus muslos con las manos—. Ahora mismo tengo hambre de otra cosa.

Harper pone los ojos en blanco, pero no puede ocultar la sonrisa que se forma en sus labios.

—Eres incorregible, Sullivan —dice con las manos apoyadas en mi pecho—. Y, además, tenemos que hablar.

La seriedad en su tono me hace ponerme en alerta. «Tenemos que hablar» nunca es el comienzo de una conversación que quieras tener.

—¿Sobre qué? —pregunto, intentando mantener un tono de voz distendido mientras mis manos siguen acariciando sus piernas.

Harper suspira, y hay una vulnerabilidad en su actitud que me derrite.

—Sobre lo que pasará después de Las Vegas —dice al fin—. Sobre... nosotros.

La palabra queda suspendida en el espacio entre nuestros cuerpos, cargada de significado. «Nosotros». Como si fuéramos una unidad, algo definido y tangible, no solo dos personas que han estado gravitando la una alrededor de la otra sin nombre ni etiqueta.

Pero yo quiero más. Mucho más.

La quiero a ella.

—¿Qué quieres que pase? —pregunto, y me asusta lo mucho que me importa su respuesta.

Harper baja la mirada mientras sus dedos trazan patrones sin sentido en mi pecho.

—Sabes que se supone que debo volver a Nueva York —dice en voz baja—. El acuerdo siempre fue que te ayudaría durante la temporada y luego...

—¿Y si no volvieras? —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Sus ojos se levantan de golpe, cargados de sorpresa.

—¿Qué?

Mi corazón late tan fuerte que estoy seguro de que puede sentirlo bajo sus manos. No había planeado hacer esto ahora, así, pero de repente parece el momento perfecto... o tal vez el único que tendré.

—¿Y si te quedaras? —insisto, subiendo las manos para acunar su rostro—. Con nosotros. Conmigo y con Lily.

Harper me mira como si acabara de hablarle en un idioma extranjero.

—Nate, yo... —comienza a decir, pero se detiene, como si no supiera cómo continuar.

—Sé que es pedir mucho —añado con rapidez—. Tienes tu vida en Nueva York. Tu carrera. Ese ascenso que Victoria prácticamente te prometió anoche. Pero Lily te adora. Y yo...

«Te quiero». Me detengo, las palabras atascadas en mi garganta. No soy bueno en esto. Nunca lo he sido. Expresar sentimientos, ser vulnerable, pedir lo que realmente quiero. Es más fácil montar un toro salvaje que decirle a esta mujer lo mucho que la amo.

Harper espera, sus ojos fijos en los míos, dándome el espacio para encontrar las palabras. Y es esa paciencia, esa comprensión silenciosa, lo que por fin me da el valor para continuar.

—Y yo me he enamorado de ti —confieso en un susurro ronco—. Probablemente desde que te presentaste en el rancho con esa determinación imposible de ignorar. Definitivamente desde que te vi con Lily por primera vez. Y cada día desde entonces solo ha empeorado.

Su respiración se entrecorta y, por un instante terrible, pienso que he cometido un error catastrófico; que he malinterpretado todo lo que ha pasado entre nosotros; que, para ella, esto ha sido solo...

—Nate —dice al fin, y hay un temblor en su voz que soy incapaz de interpretar—. Yo también...

Oigo pasos apresurados en el pasillo, seguidos del sonido de una llave en la cerradura. La puerta se abre de golpe, interrumpiéndola. Wyatt está ahí, sin Lily, con una expresión que nunca le había visto antes. Una mezcla de urgencia y preocupación que hace que se me hiele la sangre.

—Nate —dice, ignorando por completo nuestra posición comprometida—. Tienes que ver esto. Ahora.

Sostiene su *tablet* como si contuviera material radioactivo. Harper se aparta de mí, envolviendo la sábana alrededor de su cuerpo, mientras yo agarro el dispositivo.

La pantalla muestra un artículo de TMZ, y el titular me golpea como un puñetazo en el estómago: «Exclusiva: Descubrimos a la hija secreta del Rey del Rodeo».

Debajo hay una foto borrosa pero inconfundible de Lily. Alguien la ha visto, a pesar de todas nuestras precauciones.

Mis manos tiemblan mientras me desplazo por la pantalla para leer el artículo; cada palabra es peor que la anterior.

«Fuentes cercanas a Sullivan confirman que la niña es fruto de un encuentro casual con una admiradora tras una competición en Denver. La madre falleció hace unos meses, dejando a Sullivan con la custodia completa de la pequeña, a quien ha mantenido oculta del público desde entonces».

El artículo continúa, detallando información que muy pocas personas conocen: el nombre de Lily, su edad exacta, el hecho de que su madre murió en un accidente relacionado con drogas, incluso menciona que los Servicios Sociales me contactaron porque yo no sabía nada de la existencia de mi hija.

Mi visión se nubla por la furia. Solo un puñado de personas conocen estos detalles. Mi familia. Wyatt.

Y Harper.

Levanto la mirada despacio, encontrándome con sus ojos. Está pálida y agarra la sábana como si fuera un salvavidas.

—Nate, no me lo puedo creer —dice, y hay un temblor en su voz.

Pero ya es demasiado tarde. Las piezas encajan en mi cabeza con una claridad dolorosa. La conversación con Victoria y Jason ayer. El guiño cómplice de Victoria al mencionar el ascenso... «Si juegas bien tus cartas esta semana...».

Y Harper ha jugado sus cartas. Ha vendido mi historia. Ha vendido a Lily.

El frío extremo se extiende por mis venas, reemplazando la calidez que sentía hace apenas unos minutos. La traición es tan profunda, tan absoluta, que me deja sin palabras.

Wyatt nos mira a uno y a otro, percibiendo la tensión que ha caído como una losa.

—¿Dónde está Lily? —pregunto con una voz irreconocible incluso para mí mismo.

—Sigue viendo la película —responde Wyatt—. No sabe nada de esto.

—Bien. —Asiento mecánicamente—. Mantenla así.

Me levanto de la cama, agarro mis pantalones del suelo y me los pongo con movimientos bruscos. Necesito alejarme. Necesito pensar. Necesito proteger a mi hija.

—Nate, tranquilo. —La voz de Harper me llega como a través de un túnel—. Vamos a solucionar esto.

No respondo. No puedo. Porque ¿qué solución podría haber? Los hechos están ahí, negro sobre blanco, para que todo el mundo los vea. Ella nos ha traicionado.

Jamás he sentido tanto dolor.

—Voy con Lily —dice Wyatt con un tono mucho más serio de lo habitual—. Os dejo para que habléis.

Mi mirada se centra en Harper, un pensamiento se solidifica en mi mente como hielo: Harper Reeves nunca nos ha querido. Solo hemos sido un medio para conseguir un fin.

Y yo, como un completo idiota, casi le entrego todo lo que me importa.

Capítulo 27

Harper

El silencio que sigue a la salida de Wyatt parece amplificar la tensión en la habitación. La puerta se cierra suavemente tras él, dejándonos solos con la crisis que acaba de estallar.

Permanezco inmóvil, con la sábana todavía aferrada a mi cuerpo, intentando procesar lo que acaba de suceder. La noticia sobre Lily está por todas partes. Todo lo que Nate ha intentado proteger, expuesto de la peor manera posible.

No quiero que nadie haga daño a Lily.

Mi mente ya está trabajando a toda velocidad, planificando cómo manejar esta crisis. Necesitaré hablar con Victoria, preparar un comunicado, quizá organizar una entrevista controlada para que Nate pueda contar la historia en sus propios términos antes de que los tabloides la distorsionen más...

—¿Cómo has podido? —La voz de Nate, baja y peligrosa, me saca de mis pensamientos.

Lo miro, confundida. Está de pie, a medio vestir, y tiene los ojos clavados en mí con una intensidad que me deja helada.

—¿Qué? —pregunto, sin entender.

—¿Cómo has podido hacernos esto? —repite. Cada palabra suena como un latigazo—. ¿A mí? ¿A Lily?

Y entonces lo entiendo. La comprensión me golpea como un puñetazo en el estómago, robándome el aliento. Él cree que yo... que yo he...

—¿Crees que he sido yo? —consigo articular. La incredulidad tiñe cada una de las sílabas.

Suelta una risa amarga, del todo diferente a la calidez con la que me miraba hace apenas unos minutos.

—¿Quién más podría haber sido? —replica, lanzando la *tablet* sobre la cama—. Victoria prácticamente te prometió ese ascenso anoche. «Si juegas bien tus cartas», ¿recuerdas? Y vaya si las has jugado bien.

El mundo se desmorona a mi alrededor. No es solo la acusación lo que me destroza, es la certeza en su voz. La convicción absoluta de que lo he traicionado.

—Nate —intento hablar con serenidad, pero mi voz se quiebra—, no puedes pensar eso. No de verdad.

—¿No? —responde, dando un paso hacia mí—. ¿Quién más conocía estos detalles, Harper? ¿Quién más tenía acceso a la prensa? ¿Quién más tenía un motivo?

Las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos, pero me niego a dejarlas caer. No por orgullo, sino porque la magnitud de su desconfianza es tan inmensa que el dolor trasciende al llanto.

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —continúa, pasándose una mano por el pelo con desesperación—. Todo lo que he intentado proteger, todo lo que he sacrificado para mantenerla a salvo, destruido. Por un maldito ascenso.

Cada palabra es un puñal que se clava más profundo. Este hombre, que hace unos minutos me confesaba su amor, ahora me mira como si fuera su peor enemiga.

—¿Ha sido todo una estrategia desde el principio? —inquiere, y hay una vulnerabilidad en su voz que me destroza aún más—. ¿Acercarte a mí, ganarte a Lily, meterte en mi cama? ¿Todo para conseguir tu gran exclusiva?

No respondo. No puedo. Las palabras se me atascan en la garganta mientras intento comprender cómo hemos llegado a este punto.

Cómo puede creer, después de todo lo que hemos compartido, que yo sería capaz de algo así.

—Dime algo —dice al fin con la voz rota—. Lo que sea. Dame una razón para no creer lo que es obvio.

Lo miro a través de las lágrimas que por fin han decidido caer, viendo al hombre que amo destrozado por una traición que no he cometido.

Y, en ese momento, entiendo que nada de lo que diga importará. Ya ha decidido que soy culpable.

—¿Es eso lo que realmente piensas de mí? —pregunto con una voz sorprendentemente firme a pesar de las lágrimas—. ¿Después de todo lo que hemos compartido?

Me mira durante un largo instante, y veo el conflicto en sus ojos. Una parte de él quiere creerme. Pero el miedo por su hija, el instinto de protección, es más fuerte.

—Sí —responde a la postre—. Es lo que pienso.

Algo se rompe dentro de mí con esas palabras. No es solo mi corazón. Es mi fe en él. En nosotros. En todo lo que creía que estábamos construyendo.

Me levanto, aferrando todavía la sábana, pero ahora con dignidad en lugar de vergüenza.

—Eres un imbécil, Nate Sullivan —suelto, y mi voz ya no tiembla—. Me acabas de romper el corazón, ¿lo sabes? No porque me acuses de algo tan horrible, sino porque, después de todo este tiempo, después de todo lo que hemos vivido juntos, no confías en mí lo suficiente como para darme el beneficio de la duda.

Sus ojos se ensanchan ligeramente, asombrado por mi repentina fuerza.

—Jamás, y escúchame bien, jamás haría algo que pudiera dañar a Lily —continúo—. Preferiría vivir en la calle, perder mi trabajo, perderlo todo antes que traicionaros a alguno de vosotros.

Doy un paso hacia él; las lágrimas, ahora, son más de rabia que de dolor.

—¿Y sabes qué es lo más irónico? Que estaba a punto de decirte que te quiero. Que quería quedarme. Construir una vida contigo y con Lily. Gracias por abrirme los ojos antes de cometer ese error.

Algo cambia en su expresión. El hielo en sus ojos comienza a derretirse, reemplazado por algo que parece pánico.

—Harper... —comienza a decir, dando un paso hacia mí con la mano extendida.

—No me toques —le advierto, retrocediendo—. Has dejado muy clara tu opinión sobre mí.

Agarro mi pijama de seda, que anoche quedó en el suelo, mientras le doy la espalda, negándome a mostrar más vulnerabilidad de la que ya ha visto. Voy a ponerme esas prendas como si fueran una armadura que reconstruyo a mi alrededor, pieza por pieza.

—Haré mi trabajo —digo mientras me pongo la parte superior con manos temblorosas—. Averiguaré quién ha filtrado esto y protegeré a Lily como siempre he hecho, y luego me largaré, muy lejos de ti —añado poniéndome los pantalones—. Porque, a diferencia de ti, yo cumplo mis promesas.

—No lo dices en serio —murmura, y suena casi suplicante.

Me giro para mirarlo una última vez, completamente vestida, y me sorprende lo calmada que me siento ahora mismo. El dolor sigue ahí, desgarrándome por dentro, pero la claridad también.

—Nunca he hablado más en serio en mi vida —sentencio—. Te he dado todo lo que tenía, Nate. Mi tiempo, mi esfuerzo, mi corazón. Y, a cambio, me has acusado de la peor traición imaginable al primer indicio de problemas. Eso me dice todo lo que necesito saber sobre cuáles son tus verdaderos sentimientos por mí.

Me dirijo a la puerta. Cuando paso junto a él, se mueve como para detenerme, pero algo en mi expresión le hace reconsiderarlo.

—Voy a arreglar esto —digo con la mano en el pomo—. Por Lily. No por ti.

Abro la puerta y me paro un último momento.

—Y, Nate —añado sin mirar atrás—, vivir con tanta desconfianza debe de ser agotador.

Salgo y cierro la puerta tras de mí, y solo entonces, en la soledad del pasillo, permito que mis hombros se hundan. Las lágrimas que he estado conteniendo a duras penas fluyen libremente ahora, y tengo que apoyarme contra la pared para no caer.

Acabo de perder todo lo que me importa. El hombre que amo. La niña a la que adoro. La posibilidad de una familia que nunca tuve.

Pero no tengo tiempo para lamentarme. Hay una niña que necesita protección y si hay algo que sé hacer bien es mi trabajo.

Incluso con el corazón hecho pedazos.

Así que me seco las lágrimas, respiro hondo, me visto a toda velocidad en mi habitación y me dirijo al ascensor. Tengo una crisis que manejar y un traidor que descubrir.

Y cuando todo esto termine, cuando Lily esté a salvo y Nate se dé cuenta de su error, será demasiado tarde.

Porque algunas cosas, una vez rotas, no pueden repararse.

Capítulo 28

Harper

El trayecto en ascensor hasta el vestíbulo es el más largo de mi vida. Cada segundo que pasa es un segundo más en que la vida de Lily está expuesta al escrutinio público. Necesito encontrar a Victoria y a Jason. Por mucho que me desagrade la idea de trabajar con él, necesito todos los recursos de la agencia para contener este incendio mediático.

Los ojos siguen escociéndome por las lágrimas, pero me obligo a mantener la compostura. No me puedo permitir derrumbarme ahora. Lily me necesita profesional y eficiente, aunque su padre acabe de destrozarme el corazón.

Localizo a Victoria y a Jason en uno de los salones privados del hotel. A través de la puerta de cristal veo que están inclinados sobre un portátil, hablando en voz baja, pero con evidente excitación. Algo en su lenguaje corporal me pone al instante en alerta.

—Victoria —digo al entrar, sin molestarme en llamar—. Tenemos una crisis.

Ambos levantan la mirada, y lo que veo en sus rostros me deja helada. Victoria parece irritada, pero no sorprendida. Y Jason... Jason tiene esa sonrisa. Esa maldita sonrisa de superioridad que siempre he detestado.

—Vaya, Harper —dice Victoria, cruzándose de brazos—. Por fin te dignas aparecer.

Su tono me desconcierta. No es el de una jefa preocupada por una crisis mediática inesperada.

—Acabo de enterarme de la filtración —explico mientras me acerco a ellos—. Necesitamos preparar un comunicado de inmediato y gestionar las solicitudes de prensa. Sullivan está...

—¿Furioso? —me interrumpe Jason con una sonrisa que hace que se me revuelvan las tripas—. Me lo imagino. No debe de ser agradable que todo el mundo descubra que has estado ocultando a tu hija ilegítima.

Me quedo paralizada. Hay algo en su tono, una satisfacción maliciosa, que me pone en guardia. Estudio su rostro, la sonrisa apenas contenida, esa mirada calculadora que siempre ha tenido pero que ahora parece amplificada.

—Un momento —digo despacio mientras las piezas comienzan a encajar—. Tú sabías que esto iba a salir hoy.

Jason intercambia una mirada con Victoria, una mirada cómplice que me provoca arcadas.

—Solo estamos haciendo nuestro trabajo, Harper —responde Victoria con impaciencia—. Gestionando la situación.

Pero ya no la escucho. Mi mente está repasando a toda velocidad los últimos días. La insistencia de Jason en «coordinarse» conmigo para Las Vegas y mi rechazo a sus ideas. Su interés inusual en Nate. Y luego recuerdo algo más: la videoconferencia interrumpida por Lily y cómo Jason miró con demasiada atención a la niña.

—La videoconferencia... —susurro, y veo cómo los ojos de Jason se entrecierran de manera sutil—. Allí es donde te diste cuenta, ¿verdad? Tú se lo has contado a los medios.

No es una pregunta. Es una certeza que crece dentro de mí con cada segundo que pasa.

Jason se recuesta en su silla, extraordinariamente relajado, como si estuviéramos discutiendo sobre el tiempo y no sobre la vida privada de una pequeña de cuatro años.

—Por supuesto que he sido yo —admite sin un ápice de remordimiento—. Desde que vi a esa cría supe que había algo más ahí. Esos ojos verdes... idénticos a los de Sullivan.

—Has estado investigando desde entonces. Por eso sabes tantas cosas —murmuro, sintiendo náuseas.

—Llamémoslo iniciativa profesional. Tenía que darle a la prensa una buena historia —responde con una sonrisa que me dan ganas de borrarle de un puñetazo—. Algo que claramente te ha faltado a ti.

Me giro hacia Victoria, esperando ver indignación por lo que Jason ha hecho. Pero lo que encuentro es una mirada gélida que me deja sin palabras.

—¿Sabes cuánto tiempo llevamos intentando conseguir alguna exclusiva sobre Sullivan? —dice; su voz es cortante como un cuchillo —. ¿Tienes idea del valor mediático que tiene su historia? ¿Y tú lo has sabido todo este tiempo y no has dicho nada? Menos mal que Jason ha tenido el cerebro de anunciarlo. Si llegamos a perder esta oportunidad...

No puedo creer lo que estoy escuchando. Victoria no está enfadada con Jason por filtrar información confidencial. Está enfadada conmigo por no haberla filtrado antes.

—Es una menor, Victoria —replico con la voz teñida de incredulidad—. Una niña de cuatro años cuyo padre ha hecho todo lo posible por protegerla del circo mediático. No es una mercancía para vender al mejor postor.

Victoria suelta una risa seca, como si acabara de decir algo de lo más ingenuo.

—Todo es una mercancía en este negocio, Harper. Creía que, después de estos años, lo habrías entendido.

—Por suerte para Sullivan —interviene Jason—, yo sí entiendo cómo funciona este mundo. Ya he organizado una entrevista exclusiva con *People*, una sesión de fotos controlada y un perfil en profundidad para ESPN. Todo el paquete de «padre soltero».

Me siento enferma. Todo lo que Nate temía, todo lo que ha intentado evitar, está sucediendo ante mis ojos. Y lo peor es que viene de la gente que se supone que debería proteger sus intereses.

No venderlo como ganado.

Seguro que Jason ha cobrado una millonada por sacar a la luz esta historia.

—No tenías derecho —sentencio. La voz me tiembla de rabia—. No tenías ningún derecho a hacer esto.

—Tenía todo el derecho —responde Jason, poniéndose de pie—. Es mi trabajo conseguir la mayor atención para nuestros clientes. Algo que tú, claramente, has olvidado mientras jugabas a las casitas con Sullivan y su bastarda.

Algo se rompe dentro de mí. Antes de darme cuenta, he cruzado la distancia entre nosotros y mi mano ha impactado contra su mejilla con un sonido que resuena en toda la habitación.

—No vuelvas a referirte así a Lily —le advierto en un susurro furioso—. Nunca.

Jason se lleva una mano a la cara. En apenas un instante, la sorpresa da paso a la rabia. Pero, antes de que pueda responder, Victoria interviene.

—Suficiente. Es demasiado pronto para este melodrama —dice. Su tono no admite réplica—. Harper, estás despedida. Recoge tus cosas y vete.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, pero no me extrañan. Tampoco tengo ningún interés en trabajar en un sitio en el que no tienen integridad.

—¿Me estás despidiendo a mí? —pregunto. La indignación se mezcla con la rabia—. ¿Después de lo que él ha hecho?

—Jason ha demostrado iniciativa y visión comercial —declara Victoria con frialdad—. Tú has demostrado una lealtad mal entendida hacia un cliente en lugar de hacia tu agencia. No es personal, son negocios.

Quiero reírme. ¿No es personal? Acaban de destrozar la vida privada de una niña por dinero y ambición.

—El ascenso es tuyo, Jason —añade como si yo no estuviera presente—. Has demostrado tener lo que hace falta para este negocio.

Jason sonríe con la marca roja de mi mano todavía visible en su mejilla.

—Gracias, Victoria —dice, sin apartar sus ojos de mí—. Prometo no decepcionarte.

Estoy a punto de responder cuando la puerta del salón se abre de golpe. Y ahí está Nate, con una expresión que nunca le había visto

antes. Una mezcla de ira, arrepentimiento y determinación que hace que todos en la estancia se queden inmóviles.

Nate

No debería haber dejado que se fuera así.

La idea me golpea apenas segundos después de que Harper cierre la puerta. La he acusado de la peor traición imaginable sin concederle siquiera el beneficio de la duda. Yo, que sé mejor que nadie lo que es ser juzgado de manera injusta.

Termino de vestirme, paso por la habitación de Wyatt para comprobar que Lily sigue ajena a todo, le pido a mi amigo que se quede con ella un rato tras resumirle lo que ha sucedido entre nosotros y, sin demorarlo más, salgo a buscarla. Casualmente la veo entrar en el ascensor al final del pasillo y corro para alcanzarla, pero las puertas se cierran justo cuando llego. Maldigo en voz baja y pulso el botón repetidas veces, como si eso fuera a hacer que el ascensor volviese.

Al fin, otro ascensor llega y me dirijo al vestíbulo, buscándola con desesperación entre la multitud. La localizo dirigiéndose hacia uno de los salones privados, y la sigo a una distancia prudencial, caminando despacio para no llamar la atención de la gente. Necesito hablar con ella, necesito disculparme. Quiero que podamos tener esta conversación tranquilos. Sin un montón de testigos alrededor.

Me quedo fuera del salón, intentando reunir el valor para entrar, cuando oigo voces elevadas que proceden de dentro. Por un lado, la voz de Harper, que suena tensa y furiosa. Y luego otra voz, masculina, que reconozco como la del idiota pretencioso de la agencia. Jason.

Y entonces escucho algo que me deja helado: una confesión. Jason admitiendo que él filtró la información sobre Lily; que ha estado investigando desde que la vio en una videoconferencia.

La realidad de lo que he sabido todo el rato, pero estaba bloqueado bajo capas de miedo por mi hija, me impacta con fuerza.

No ha sido Harper. Por supuesto que no ha sido Harper.

La culpa me golpea con tanta potencia que casi me doblo por la mitad. He acusado a la mujer que amo de algo horrible, cuando en verdad ella ha estado protegiéndonos todo este tiempo.

Capto el sonido inconfundible de una bofetada, seguido por la voz fría de Victoria despidiendo a Harper. Y eso es todo lo que necesito para salir de mi estupor.

Abro la puerta de repente, y todos se giran hacia mí. Victoria parece sorprendida. Jason, a pesar de la marca roja en su mejilla, parece casi complacido, como si esperara mi aparición para completar su espectáculo. Y Harper... Harper me mira con una mezcla de sorpresa y dolor que me parte el alma.

—Sullivan —dice Victoria, recuperando de inmediato la compostura —. Justo estábamos hablando de ti.

—Lo he oído todo —respondo en voz baja—. Cada. Maldita. Palabra.

Jason da un paso adelante, tendiéndome la mano para saludarme como si fuéramos viejos amigos.

—Nate, entiendo que estés molesto por la filtración, pero te aseguro que hemos convertido esto en una oportunidad. La narrativa del «padre soltero» está generando una respuesta increíblemente positiva.

No pienso. No calculo. Tan solo actúo. Mi puño conecta con su mandíbula con un crujido satisfactorio, y Jason cae al suelo como el saco de mierda que es, sangrando profusamente.

—¡Sullivan! —exclama Victoria, horrorizada.

—Eso es por llamar «bastarda» a mi hija —digo, alejando mi mano para no caer en la tentación de darle otro puñetazo—. Y por filtrar información sobre una menor sin consentimiento.

Jason se incorpora despacio, llevándose una mano a la nariz.

—Voy a demandarte por esto —me amenaza, pero hay miedo en sus ojos.

—Adelante —respondo—. Será interesante explicarle al juez cómo violaste la privacidad de una niña de cuatro años para avanzar en tu carrera.

Me giro hacia Victoria, que parece estar recalculando a toda velocidad su posición en todo esto.

—Y en cuanto a ti —continúo—. Acabas de perder a la mejor gestora de imagen que has tenido jamás. Y a tu cliente más rentable.

—Nate, no seas impulsivo —dice, adoptando de repente un tono conciliador—. Podemos arreglar esto. Puedo mantener a Harper si es lo que quieres.

—No soy yo quien decide si Harper se queda o se va —replico—. Esa decisión es suya. Pero yo he terminado con Elite Sports Marketing. Considera mi contrato rescindido, efectivo desde ya.

Victoria palidece. Perder a un cliente como yo, justo en plena despedida y con esta exclusiva de mierda, es un golpe devastador para la agencia.

—No puedes hacer eso —farfulla—. Hay cláusulas, penalizaciones...

—Demándame también —la interrumpo—. Tengo excelentes abogados y, francamente, todo el tiempo del mundo para hacer de tu vida un infierno legal.

Me giro hacia Harper, que ha presenciado toda la escena en silencio. Sus ojos están brillantes, pero su expresión es ilegible.

—¿Podemos hablar? —le pregunto. Mi voz suena considerablemente más suave—. A solas.

Después de un momento que parece eterno, asiente. Salimos juntos del salón, dejando a Victoria y a Jason para que lidien con las consecuencias de sus actos.

En el pasillo, nos detenemos. Hay tanto que quiero decirle, tanto que necesito que entienda, pero las palabras parecen inadecuadas.

—Lo siento —digo al fin con la voz quebrada—. Lo siento tanto, Harper... Debería haberte creído. Debería haber confiado en ti.

Ella me mira, y hay un cansancio en sus ojos que me destroza.

—Sí, deberías haberlo hecho —se limita a responder.

—No tengo excusa —continúo—. He entrado en pánico. Solo podía pensar en proteger a Lily, y he optado por la conclusión más fácil. Ha sido imperdonable.

—Lo ha sido —confirma, y hay una firmeza en su voz que me asusta—. Porque si hay algo que nunca, jamás, haría es dañar a Lily. O a ti.

—Lo sé —digo, dando un paso hacia ella—. Lo sé ahora, y lo sabía entonces, en el fondo. Solo que he dejado que el miedo me cegara.

Harper cruza los brazos, creando una barrera física entre nosotros.

—Entiendo el miedo, Nate. Entiendo el instinto de proteger a tu hija. Lo que no puedo entender, lo que no puedo perdonar, es que, después de todo lo que hemos compartido, después de todo lo que te he demostrado, tu primer instinto haya sido creer lo peor de mí.

Sus palabras son como puñales, porque sé que tiene razón.

—Dame otra oportunidad —le suplico, algo que nunca he hecho en mi vida—. Por favor, Harper. Te quiero. Y sé que tú también me quieres.

Veo el conflicto en sus ojos, el dolor luchando contra algo más profundo.

—Sí, te quiero —admite al fin, y por un segundo mi corazón se llena de esperanza—. Pero a veces el amor no es suficiente, Nate.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, aunque temo la respuesta.

—Quiero decir que me has roto el corazón —contesta. Su voz suena firme a pesar de la emoción—. Y no sé si puedo confiar en que no lo harás de nuevo la próxima vez que algo salga mal.

—No lo haré —prometo con desesperación—. He aprendido la lección. Confiaré en ti, siempre.

Harper niega con la cabeza, y veo una lágrima descender por su mejilla.

—No puedes prometer eso —replica con suavidad—. La desconfianza está en ti, Nate. Es tu primer instinto, tu mecanismo de defensa. Y entiendo por qué. De verdad que sí. Pero no puedo construir una vida con alguien que, en el fondo, siempre esperará lo peor de mí.

—Eso no es justo —protesto, aunque sé que tiene razón—. La gente comete errores. Yo he cometido uno terrible, pero eso no significa que no pueda cambiar.

—Tal vez —concede—. Pero, ahora mismo, necesito espacio. Necesito tiempo para pensar si esto es algo que puedo superar.

Da un paso atrás, y es como si estuviera viendo cómo se aleja toda mi felicidad.

—Voy a ayudarte a manejar esto —declara, volviendo brevemente a su tono profesional—. Por Lily. Prepararé un comunicado, me coordinaré con la prensa, me aseguraré de que la narrativa sea la correcta. Te prepararé una entrevista para que puedas explicarte.

—Harper...

—Y luego me iré —continúa, como si no me hubiera escuchado—. Volveré a Nueva York. Buscaré otro trabajo. Seguiré adelante.

—Por favor, no lo hagas —le ruego, y no me importa lo patético que suene—. Te necesitamos. Yo te necesito.

Harper me mira, las lágrimas son evidentes en sus ojos, y hay tanto amor y tanto dolor en su mirada que apenas puedo soportarlo.

—Adiós, Nate —dice sin más, y se aleja por el pasillo.

La veo marcharse, y cada paso que da es como un puñal en mi corazón. Pero no la sigo. No tengo derecho a exigirle nada más después de cómo la he tratado.

Sin embargo, mientras la veo desaparecer en el ascensor, una determinación se forma dentro de mí. Esto no puede ser el final. No voy a perderla así.

Haré lo que sea necesario para recuperar su confianza. Para demostrarle que puedo ser el hombre que merece. Para construir la familia que Lily y ella merecen.

No importa cuánto tiempo me lleve. No importa lo difícil que sea.

Voy a recuperar a Harper Reeves.

Y, esta vez, no la dejaré escapar.

Capítulo 29

Nate

Las luces del pasillo que conduce a la sala de prensa parpadean, o quizá son mis nervios jugándome una mala pasada. Respiro hondo, intentando calmar el martilleo de mi corazón contra mis costillas. En diez minutos estaré frente a decenas de periodistas hambrientos de declaraciones, pero no es eso lo que me tiene al borde de un ataque de ansiedad.

Es ella. Harper. La mujer a la que he destrozado con mi desconfianza y a la que estoy a punto de suplicar públicamente que me dé otra oportunidad.

En los últimos tres días apenas hemos hablado. Nos hemos comunicado solo por mensajes fríos y profesionales sobre la organización de esta rueda de prensa. Ha cumplido su palabra: ha manejado la crisis con una eficiencia implacable, manteniendo a los medios a raya mientras preparábamos esta aparición oficial. Todo por Lily. No por mí.

—Cinco minutos, señor Sullivan —me informa una asistente, una chica joven que parece intimidada por mi presencia.

Asiento de manera mecánica, repasando mentalmente lo que voy a decir. No hay guion. No hay notas preparadas. Lo que tengo que expresar no puede reducirse a palabras ensayadas. Tiene que venir del corazón, por muy aterrador que resulte abrirlo frente a las cámaras.

Se lo debo. A las dos. Ellas me han enseñado a ser valiente con mis sentimientos.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo. Es un mensaje de Wyatt.

Tienes que ver esto. AHORA.

Viene con un enlace a un artículo de *The New York Times*. El titular me deja sin aliento.

Extrabajadora de Elite Sports Marketing denuncia prácticas antiéticas en la filtración sobre la hija de Nate Sullivan.

Abro el artículo con dedos temblorosos y lo que leo me deja helado. Harper ha dado una entrevista exclusiva, denunciando a Elite Sports Marketing, y más en concreto a Jason Parker, por investigar y filtrar información sobre una menor de edad. Ha expuesto todo el asunto: cómo Jason vio a Lily durante una videoconferencia, cómo investigó en secreto, cómo vendió la historia a los medios para conseguir un ascenso.

Lo más impactante es que no menciona en ningún momento que yo la acusé a ella. Toda la narrativa gira en torno a proteger a Lily, a denunciar prácticas poco éticas en la industria del marketing deportivo. Se ha colocado a sí misma en el punto de mira, granjeándose enemigos poderosos, quemando todos sus puentes profesionales.

Por Lily. Por nosotros.

Mi teléfono vibra de nuevo. Otro mensaje de Wyatt.

¿Te das cuenta de lo que ha hecho? Acaba de inmolarse profesionalmente. Nadie en la industria la contratará después de esto.

Lo sé. Por supuesto que lo sé. Harper acaba de sacrificar su carrera, todo por lo que ha trabajado durante años, para proteger a mi hija. Para protegerme a mí, aunque no lo merezca.

Un nudo se forma en mi garganta. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? ¿Por qué tuve que reaccionar así? Esta mujer ha puesto nuestro bienestar por encima del suyo desde el primer día, y yo le pagué con desconfianza y acusaciones.

—Señor Sullivan, es la hora —me indica la asistente, apareciendo de nuevo con expresión nerviosa.

Asiento, guardando el teléfono. Mi determinación a que sepa lo maravillosa que es y lo mucho que la quiero se ha multiplicado por mil.

Mientras camino hacia el escenario, un pensamiento se cristaliza en mi mente con absoluta claridad: no merezco a Harper Reeves, pero voy a pasar el resto de mi vida intentando ser digno de ella.

Harper

El murmullo en la sala de prensa crece por momentos mientras los periodistas ocupan sus asientos. Desde mi posición en la parte trasera puedo ver la expectación en sus rostros, el hambre de declaraciones brillando en sus ojos. Todos quieren la historia de «el Rey del Rodeo y su hija secreta».

Mi maleta está en recepción, estoy lista para marcharme en cuanto termine esta rueda de prensa. No puedo quedarme. No cuando cada mirada de Nate, cada sonrisa de Lily, es un recordatorio de lo que podría haber tenido y he perdido.

No sé si seré capaz de irme si los veo de nuevo.

La entrevista que le concedí a *The New York Times* saldrá publicada en cualquier momento. Lo más probable es que Victoria ya esté redactando la demanda por difamación, y Jason tiene que estar escupiendo fuego. No me importa. He dicho la verdad y, si eso significa el fin de mi carrera en el marketing deportivo, que así sea.

Lily vale más que cualquier trabajo; que cualquier carrera.

Un movimiento en un lateral del escenario capta mi atención. Es Nate, imponente con un traje oscuro y el pelo un poco más corto que hace unos días. Parece nervioso, algo que rara vez he visto en él. Sus ojos recorren la sala y, por un segundo, nuestras miradas se cruzan.

Aparto la vista de inmediato, fingiendo revisar mi teléfono. No puedo permitirme esa conexión ahora. Duele demasiado.

El moderador se acerca al micrófono, pidiendo silencio. Presenta a Nate con la típica retahíla de logros deportivos, y luego le cede la

palabra. Los *flashes* de las cámaras estallan como pequeños relámpagos mientras Nate se acerca a la tribuna.

Se aclara la garganta, y el silencio que cae sobre la sala es casi tangible.

—Gracias por venir —empieza diciendo con una voz más suave de lo habitual—. Sé que todos tenéis muchas preguntas sobre las noticias que han salido estos días. Sobre mi hija.

Hace una pausa, y puedo ver cómo traga saliva. Está nervioso, pero hay una determinación en su mirada que conozco bien.

—Antes de responder a nada, quiero contaros una historia. Mi historia. Nuestra historia.

Los periodistas se inclinan hacia delante, ávidos de cada palabra. Yo me hundo un poco más en mi asiento, intentando hacerme invisible.

—Hace meses, recibí una llamada que cambió mi vida —empieza a contar Nate—. Servicios Sociales de Colorado me informó de que tenía una hija de tres años. Una hija que no sabía que existía.

La sala permanece en absoluto silencio mientras Nate relata cómo se enteró de la existencia de Lily, de que su madre había fallecido, y cómo tuvo que tomar la decisión más importante de su vida en cuestión de días.

—La primera vez que vi a Lily —explica, y su voz se quiebra un poco— supe que era mía. Tiene mis ojos. Mi sonrisa. Incluso mi cabezonería, según me dicen.

Una risa suave recorre la sala, relajando por un breve instante la tensión.

—Pero también supe algo más —prosigue. Su mirada es ahora más intensa—. Supe que haría cualquier cosa por protegerla. Por darle la vida normal que merece. Por eso desaparecí. Por eso mantuve su existencia en secreto. No por miedo a dañar mi imagen, como algunos han insinuado, sino por amor. Por el derecho de una niña de tres años a crecer sin el escrutinio público, sin que su historia personal se convierta en titulares sensacionalistas. Ella no tiene la culpa de quiénes la trajeron al mundo.

Mientras habla, noto cómo las lágrimas empiezan a formarse en mis ojos. Este es el Nate que conozco. El padre feroz y protector que

haría cualquier cosa por su hija.

—Cometí errores —admite—. Debería haber manejado las cosas de otra manera. Debería haber confiado en más personas. Pero, todo lo que hice, lo hice por ella. Y no me arrepiento.

La sala está cautivada. Algunos periodistas incluso han dejado de tomar notas, absortos en sus palabras. Veo a una reportera secándose discretamente una lágrima.

—Y entonces —continúa Nate, y hay un cambio en su tono que me hace levantar la mirada—, cuando pensaba que tendría que afrontar esto solo, apareció alguien que lo cambió todo.

Mi corazón se detiene por un segundo. No puede estar hablando de...

—Harper Reeves —pronuncia, y su voz acaricia mi nombre de una forma que hace que me tiemblen las rodillas—. La mujer más valiente, más leal y más extraordinaria que he conocido jamás.

Los periodistas comienzan a murmurar, algunos girándose en sus asientos, buscándome. Me hundo más en mi silla, deseando que la tierra me trague.

—Harper llegó a mi vida con la misión de traerme de vuelta a las competiciones —continúa contando Nate, ignorando el revuelo—. Y, en cambio, me trajo de vuelta a la vida. Nos trajo de vuelta a la vida a Lily y a mí.

Las lágrimas corren libremente por mis mejillas ahora. No puedo detenerlas, ni quiero hacerlo.

—Ella nos enseñó a reír de nuevo. Enseñó a Lily a hacer trenzas y galletas. Me enseñó a mí a ser un mejor padre, un mejor hombre y un mejor hijo.

Nate hace una pausa, y su mirada se fija directamente en mí. Sé que debería esconderme, mantener la compostura profesional, pero no puedo apartar mis ojos de él.

—Y yo, como el idiota que soy —prosigue con una honestidad brutal—, le pagué su devoción con desconfianza. Cuando la historia de Lily se filtró, la acusé a ella. A la persona que más ha hecho por protegernos.

Una exclamación colectiva recorre la sala. Esto no estaba en el guion. Se suponía que hablaríamos de Lily, de su futuro, no de...

nosotros.

—Harper —dice Nate con voz afectada—. Sé que estás ahí, aunque creas que no te veo. Siempre te veo.

Siento todas las miradas de la sala posarse en mí, pero solo puedo ver a Nate. Solo él importa.

—Te he fallado de la peor manera posible —continúa con la voz rota—. Y sé que probablemente no merezco tu perdón. Pero si hay algo que he aprendido en estos meses contigo es que el amor verdadero merece una segunda oportunidad.

¿Amor verdadero? Las palabras resuenan en mi cabeza como un eco infinito.

—Te quiero, Harper Reeves —declara, y lo dice con tanta convicción que es imposible no creerlo—. Te quiero con cada parte de mí. Y Lily te quiere. Y, si me das otra oportunidad, pasaré cada día del resto de mi vida demostrándote que puedes confiar en mí; que puedes contar conmigo; que somos una familia.

No sé en qué momento me he puesto de pie. No recuerdo haber decidido moverme. Pero de repente estoy caminando hacia el escenario, como en trance, guiada solo por la fuerza magnética de sus palabras, de su mirada.

Los periodistas se apartan, creando un pasillo improvisado. Algunos están grabando, otros se limitan a observar boquiabiertos. No me importa. Nada me importa excepto llegar hasta él.

Cuando alcanzo el escenario, Nate ya está ahí, esperándome al pie de las escaleras. Nos miramos durante un segundo que contiene una eternidad, y luego, sin palabras, me levanta en sus brazos.

—Lo siento tanto... —susurra contra mi pelo—. Te quiero. Te quiero más que a nada. Por favor, perdóname.

—Yo también te quiero —respondo mientras las lágrimas empapan su camisa—. Pero me has hecho mucho daño, Nate.

—Lo sé —dice, y puedo sentir su corazón latiendo contra el mío—. Y pasaré el resto de mi vida compensándotelo. Solo... no te vayas. Por favor, no te vayas.

No puedo hablar. El nudo en mi garganta es demasiado grande. Así que hago lo único que puedo hacer: me aferro a él como si fuera mi tabla de salvación en medio de una tormenta.

Y, de alguna manera, lo es.

Vagamente soy consciente de los *flashes* de las cámaras, de los murmullos emocionados, de algún que otro aplauso espontáneo. Pero todo eso es ruido de fondo. Lo único real, lo único que importa, es este hombre, sus brazos a mi alrededor y la promesa de un futuro juntos.

—¿Esto significa que me perdonas? —pregunta Nate. Su voz suena tan vulnerable que me rompe el corazón.

—Significa que quiero intentarlo —contesto, apartándome lo suficiente para mirarlo a los ojos—. Porque te quiero. Porque quiero a Lily. Porque quiero esta vida contigo, por muy complicada que sea.

La sonrisa que ilumina su rostro es como el amanecer después de la noche más oscura. Y cuando se inclina para besarme, justo allí, frente a todos los medios del país, sé que estoy exactamente donde debo estar.

En casa. Por fin en casa.

Capítulo 30

Harper

MESES DESPUÉS

El olor a pintura fresca me recibe cuando abro la puerta principal. Nuestra casa —todavía me cuesta creer que pueda llamarla así— está casi terminada. Solo faltan algunos detalles, como las cortinas que he encargado para el salón y los muebles del porche que llegarán la próxima semana.

Dejo las bolsas de la compra en la isla de la cocina y me quedo un momento contemplando el espacio. Amplios ventanales que dan al valle, vigas de madera expuestas en el techo, una chimenea de piedra que será el centro de nuestras noches de invierno. Todo tal y como lo habíamos soñado.

Construir desde cero no fue la opción más sencilla, pero Nate insistió. «Quiero que sea nuestra», dijo aquella tarde de febrero mientras contemplábamos este terreno vacío junto al rancho de Wyatt. «Un lugar que creemos juntos, no solo para vivir, sino para echar raíces».

Y vaya si hemos echado raíces.

El sonido de risa infantil me saca de mis pensamientos. Me asomo por la ventana de la cocina y veo a Lily montada en Mantequilla, su poni, mientras Nate camina a su lado, sosteniendo las riendas con una mano y gesticulando con la otra, probablemente contándole alguna historia exagerada sobre sus días de rodeo.

Verlos juntos todavía me provoca un nudo en la garganta. El amor entre ellos es tan palpable, tan puro, que a veces me parece

imposible que haya tenido la suerte de formar parte de esto.

Salgo al porche trasero, todavía sin barandilla, y los saludo con la mano. Lily me ve de inmediato y agita su brazo con entusiasmo.

—¡Harper! ¡Mira lo rápido que voy! —grita, aunque Mantequilla apenas se mueve a paso de tortuga.

—¡Eres toda una amazona! —le respondo, bajando los escalones para acercarme a ellos—. Pronto estarás lista para un caballo de verdad.

Nate me lanza una mirada de fingido horror.

—No le des ideas, por favor —murmura cuando llego a su lado—. Apenas puedo manejar la ansiedad con el poni.

Me río y me pongo de puntillas para darle un beso. Sus labios saben a café y a aire fresco de montaña, una combinación que se ha convertido en mi favorita.

—El padre más valiente del rodeo, ¿asustado por un poni que podría ser derribado por una brisa fuerte? —bromeo.

—No es miedo —se defiende, pasando un brazo por mi cintura—. Es precaución paternal totalmente justificada.

—¿Has comprado mis galletas favoritas? —pregunta Lily con ilusión, tirando de las riendas para detener a Mantequilla junto a nosotros.

—Sí, las he dejado en la cocina, cariño —contesto—. Pero primero hay que cepillar a Mantequilla y guardar todo el equipo, ¿recuerdas?

Lily asiente con solemnidad. Si hay algo que hemos aprendido en estos meses es que la responsabilidad se enseña con el ejemplo. Y Nate es inflexible sobre el cuidado de los animales.

—¿Necesitas ayuda con la compra? —pregunta Nate mientras levanta a Lily del poni.

—Ya la he dejado en la cocina —digo—. Pero hay que guardarla antes de que el helado se derrita.

—¡Helado! —exclama Lily, que de repente se muestra más interesada en la compra que en su poni—. ¿De qué sabor?

—Adivina —la reto, sabiendo a la perfección que su mente de cinco años solo puede pensar en un sabor.

—¡Chocolate con trocitos de galleta! —responde sin dudar.

—Y el premio es para... ¡Lily Sullivan! —anuncio con voz de presentadora, haciéndola reír.

Tras encargarse de Mantequilla con Nate, él se queda un rato más en el establo y Lily viene corriendo a la casa, donde estoy guardando la compra. Decide echarme una mano y trabajamos en gran sincronía, ella pasándome los productos de las bolsas y yo colocándolos en su sitio. Es una rutina que hemos mejorado con el tiempo, como tantas otras.

—Harper —dice Lily de repente, con ese tono serio que adopta cuando está a punto de hacer una pregunta importante—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, cariño —respondo, dejando la leche en la nevera—. Puedes preguntarme lo que quieras.

Lily se pasa las manos por el pelo un par de veces, exactamente igual que Nate cuando está nervioso.

—¿Tú eres como mi mamá ahora?

La pregunta me pilla tan desprevenida que por un segundo me quedo paralizada, con una caja de cereales suspendida en el aire. Lily nunca había planteado esto de forma tan directa.

—Bueno... —empiezo a decir, eligiendo mis palabras con cuidado. No quiero hacer nada que no sea adecuado—. Yo te quiero muchísimo, como una mamá quiere a su hija. Pero tu mamá siempre será tu mamá, aunque ya no esté aquí.

Lily asiente, procesando mis palabras con una seriedad impropia de su edad.

—Pero tú vives con nosotros, y me cuentas cuentos, y me haces trenzas, y me cuidas cuando estoy malita —enumera, como si estuviera presentando pruebas en un juicio—. Eso es lo que hacen las mamás.

Mi corazón se encoge y se expande al mismo tiempo. Dejo la caja de cereales y me agacho para estar a su altura.

—Tienes razón, cariño. Eso es lo que hacen las mamás. Y yo hago todas esas cosas porque te quiero con todo mi corazón.

—Entonces eres como mi mamá —concluye con la lógica aplastante de los niños—. Porque las mamás quieren a sus hijos con todo su corazón.

Las lágrimas amenazan con derramarse, pero las contengo. Esta conversación es demasiado importante para nublarla con mi emoción.

—Me encantaría ser como tu mamá —digo por fin—. Si tú quieres.

Lily sonríe, satisfecha con mi contestación, y me da un abrazo rápido antes de volver a su tarea de pasarme productos de la bolsa. Para ella, el asunto está resuelto con esa simplicidad que solo los niños poseen.

Para mí, sus palabras han abierto una puerta a un anhelo que no me había permitido reconocer del todo.

Nate entra en la cocina unos minutos después, oliendo a heno y a jabón. Debe de haberse lavado las manos en el fregadero exterior.

—¿Qué me he perdido? —pregunta, notando de inmediato mi expresión emocionada.

—Nada —respondo, lanzándole una mirada que dice «te lo cuento luego»—. Lily me estaba ayudando con la compra.

—¡Y Harper me ha prometido helado! —añade Lily, saltando feliz.

—¿Después de cenar? —pregunta Nate, arqueando una ceja hacia mí.

—Por supuesto —confirmo, guiñándole un ojo a Lily, que responde con una risita cómplice.

La cena transcurre entre risas y anécdotas. Lily nos habla del dibujo que ha hecho en casa de los abuelos, donde ha pasado la mañana mientras yo iba a Livingston a hacer la compra. John y Martha Sullivan se han convertido en una parte fundamental de nuestras vidas, visitándonos con regularidad y malcriando a Lily como solo los abuelos saben hacer.

Después de acostar a Lily, con la promesa de que mañana iremos los tres a elegir el color de las paredes de su nueva habitación, Nate y yo nos sentamos en el porche a medio hacer con dos copas de vino. El cielo de Montana se extiende sobre nosotros, un manto de estrellas tan brillantes que parece irreal.

—¿Me vas a contar qué ha pasado antes con Lily? —pregunta Nate, entrelazando sus dedos con los míos.

Le relato nuestra conversación, intentando recordarla palabra por palabra. Cuando termino, Nate está en silencio, mirando hacia el

horizonte.

—¿Te incomoda? —pregunto. De repente me siento insegura—. Sé que es un tema delicado y no quiero...

—No —me interrumpe, girándose para mirarme—. No me incomoda en absoluto. De hecho, he estado pensando mucho en ello estos últimos tiempos.

—¿En qué exactamente?

Nate toma un sorbo de vino, como dándose valor.

—En lo mucho que has cambiado nuestras vidas. En cómo Lily te adora. En cómo te has convertido en una parte esencial de nuestra familia.

Mi corazón se acelera. Hay algo en su tono, una seriedad que no es habitual en nuestras charlas nocturnas.

—Vosotros también habéis cambiado mi vida —respondo—. Me habéis dado un hogar, una familia. Algo que nunca tuve.

Nate asiente, apretando con suavidad mi mano.

—Precisamente por eso quería hablarte de algo —dice, y ahora sí que estoy nerviosa—. He estado esperando a que la casa estuviera casi terminada, a que nos estableciéramos del todo.

—Me estás asustando, Sullivan —bromeo, aunque mi voz tiembla un poco.

Sonríe con esa sonrisa ladeada que sigue haciendo que mi estómago dé un vuelco incluso después de todos estos meses.

—No es nada malo, te lo prometo —asegura—. Es solo que..., bueno, desde que nos mudamos juntos, desde que empezamos a construir esta casa, he estado pensando en nuestro futuro. En cómo hacerlo oficial.

—¿Oficial? —repito, sin entender del todo a qué se refiere.

Nate suelta mi mano y se levanta, solo para arrodillarse frente a mí en el porche inacabado. Mi corazón se detiene por un segundo cuando lo veo sacar una pequeña caja del bolsillo de sus vaqueros.

—Harper Reeves —dice con voz firme pero llena de emoción—. Has cambiado mi vida de una forma que nunca creí posible. Me has enseñado a confiar, a abrirme, a ser vulnerable. Has amado a mi hija como si fuera tuya. Has construido un hogar con nosotros, no solo estas paredes, sino un verdadero hogar lleno de risas y amor.

Abre la caja, revelando un anillo sencillo pero hermoso: una esmeralda rodeada de pequeños diamantes.

—¿Te casarías conmigo? ¿Formarías oficialmente esta familia que ya has hecho tuya?

Las lágrimas que he estado conteniendo todo el día por fin se derraman. Son tantas las emociones que me embargan que por un instante no puedo hablar. Amor, gratitud, felicidad absoluta.

—Sí —logro articular al fin—. Sí, Nate. Mil veces sí.

Sus manos tiemblan un poco mientras desliza el anillo en mi dedo. Encaja a la perfección, como si siempre hubiera estado destinado a estar allí.

—Te quiero —dice, levantándose para besarme—. Te quiero tanto que a veces me asusta.

—Yo también te quiero —respondo contra sus labios—. A ti y a Lily. Sois mi familia. Mi hogar.

Sus labios vuelven a encontrar los míos, pero esta vez hay algo diferente en su beso. Una promesa, un anhelo, una certeza. Sus manos recorren mi espalda, atrayéndome más cerca, hasta que cada centímetro de nuestros cuerpos se encuentra. El calor que emana de él, familiar y electrizante al mismo tiempo, me envuelve por completo.

—Vamos dentro —susurra contra mi cuello, con la voz ronca por el deseo.

El camino hasta nuestra habitación es un baile lento de manos entrelazadas y besos robados. La luz de la luna se filtra por las ventanas sin cortinas, bañando la estancia con un resplandor plateado que convierte a Nate en una obra de arte en movimiento mientras se deshace de su camisa.

Cuando al fin nos encontramos sobre las sábanas nuevas, hay una reverencia en cada caricia, una devoción en cada suspiro. No es solo pasión lo que nos une esta noche; es el reconocimiento de que esto, nosotros, es para siempre.

—Eres perfecta —murmura mientras sus manos exploran mi cuerpo con una familiaridad que nunca deja de asombrarme—. Cada día me pregunto qué he hecho para merecerte.

Las palabras se desvanecen mientras nos perdemos el uno en el otro, nuestros cuerpos moviéndose en perfecta sincronía, como si hubieran sido creados específicamente para estar juntos. Cada caricia, cada suspiro, cada mirada compartida son una declaración de amor más poderosa que cualquier palabra.

Y cuando al rato alcanzamos juntos ese momento de pura conexión, siento como si todas las piezas de mi vida, incluso las dolorosas, de pronto encajaran en su sitio. Como si todo el camino recorrido, todas las lágrimas derramadas, me hubieran estado guiando hacia este preciso instante.

Nos quedamos así, abrazados bajo las estrellas que vemos a través de la ventana, en la habitación de la casa que estamos construyendo juntos. Una casa que es el símbolo perfecto de nuestra relación: construida desde los cimientos, con esfuerzo, con amor, diseñada para durar toda una vida.

Mientras Nate me sostiene contra su pecho, pienso en el camino que nos ha traído hasta aquí. En aquella primera vez que aparecí en el rancho de Wyatt, determinada a llevarlo de vuelta al ruedo. En cómo Lily me conquistó con su sonrisa y su corazón abierto. En todas las noches en la caravana, las competiciones, las risas, las peleas, las reconciliaciones.

Ha sido un camino lleno de baches, de giros inesperados, de momentos de duda. Pero cada paso, incluso los dolorosos, nos ha traído hasta aquí. A este momento insuperable.

Y mientras miro el anillo en mi dedo, brillando bajo la luz de las estrellas, sé con certeza que este no es el final de nuestra historia.

Es solo el comienzo.

Epílogo

Harper

DOS AÑOS DESPUÉS

—¡Mamá! ¡Papá dice que, si no te das prisa, llegaremos tarde y la jueza se irá a comer hamburguesas sin nosotros!

La voz de Lily resuena por toda la casa, mezclada con la risa inconfundible de Nate, que claramente le ha susurrado esa frase para que me la transmita. Sonrío mientras me aplico el último toque de brillo labial, contemplando mi reflejo en el espejo.

Hoy no es un día cualquiera. Hoy es EL día.

Me ajusto el vestido azul claro —el favorito de Lily— y salgo del dormitorio. En el pasillo me encuentro con mi pequeño comité de bienvenida: Lily, con un vestido de flores que hace juego con la corona de margaritas que se ha empeñado en llevar, y Nate, impresionante con su traje oscuro, mirándome como si fuera la octava maravilla del mundo.

—¡Por fin! —exclama Lily, corriendo hacia mí—. ¡Estás guapísima!

—Tú también estás preciosa, cariño —respondo, arrodillándome para ajustarle la corona de flores que amenaza con deslizarse sobre su ojo izquierdo—. La princesa más bonita de Montana.

—De todo el universo —corrige ella con esa seguridad inquebrantable de los siete años.

—De todo el universo —concede Nate, acercándose para besarme con suavidad—. Las dos.

Me levanto y le ajusto la corbata, aunque está perfecta. Es solo una excusa para tocarlo, para sentir su solidez, su calor, su

presencia, que sigue acelerando mi corazón después de todo este tiempo.

—¿Nerviosa? —pregunta en voz baja, solo para mí.

—Un poco —admito—. ¿Y si algo sale mal? ¿Y si la jueza encuentra algún problema con los papeles o...?

—Harper —me interrumpe, tomando mi rostro entre sus manos—. Todo está correcto. Los abogados han revisado cada documento tres veces. Y la jueza Roberts es amiga de mis padres. Va a ser pan comido.

—Pan comido —repito mientras respiro hondo—. Vale. Estoy lista.

—¡Por fin! —exclama Lily de nuevo, tirando de nuestras manos—. ¡Vamos, vamos, vamos!

El trayecto hasta el juzgado del condado es un torbellino de canciones infantiles y charla nerviosa. Lily no para de hablar sobre cómo va a enseñarles a todos sus amigos «el papel que dice que Harper es mi mamá de verdad» mientras Nate me lanza miradas tranquilizadoras cada vez que nota que estoy a punto de hiperventilar.

Cuando llegamos, Martha y John ya están esperando en los escalones, junto a Wyatt, que sostiene un enorme ramo de flores. Mi familia. Mi verdadera familia.

—¡Ahí está mi nieta favorita! —exclama John, abriendo los brazos para recibir a Lily, que se lanza hacia él como un pequeño misil.

—Soy tu única nieta, abuelo —responde ella con esa lógica implacable que ha heredado de su padre.

—Por ahora —murmura Martha con una sonrisa cómplice, lanzándome una mirada significativa que me hace sonrojar.

Nate y yo no hemos hablado oficialmente de tener más hijos, pero la idea flota entre nosotros como una posibilidad dulce y tentadora.

Wyatt se acerca y me entrega el ramo.

—Para la nueva mamá —dice, guiñándome un ojo—. Aunque, seamos sinceros, has sido su madre desde el día que pisaste mi rancho.

Las lágrimas amenazan con echar a perder mi cuidado maquillaje, pero las contengo. Ya habrá tiempo para llorar después.

Entramos todos juntos al juzgado, un edificio antiguo pero acogedor. La secretaria nos guía hasta una sala pequeña y luminosa, donde nos espera la jueza Roberts, una mujer de unos sesenta años con una sonrisa amable y ojos perspicaces.

—Así que esta es la famosa familia Sullivan —dice, levantándose para saludarnos—. John y Martha no paran de hablar de vosotros.

Nos sentamos en las sillas dispuestas frente a su escritorio. Lily, incapaz de contener su emoción, se sienta en el borde de la suya, balanceando las piernas.

—¿Usted es la señora que va a darme el papel? —pregunta sin ceremonias.

La jueza sonríe.

—Así es, jovencita. Soy la jueza Roberts, y hoy vamos a hacer oficial lo que ya sabéis todos: que Harper es tu mamá.

—Ella ya es mi mamá —declara Lily con total convicción—. Pero papá dice que necesitamos un papel para que todo el mundo lo sepa.

—Tu papá tiene razón —asiente la jueza, mirándome con calidez—. Los papeles son importantes. Hacen que las cosas sean oficiales.

La jueza procede a revisar los documentos, haciéndonos algunas preguntas de rutina. Nate sostiene mi mano todo el tiempo, y su pulgar traza círculos tranquilizadores en mi palma.

—Bien —dice finalmente la jueza—. Todo parece estar en orden. Pero antes de proceder, ¿hay algo que quieran decir? ¿Alguna declaración para el registro?

Miro a Nate, sorprendida. No esperaba esto. Él asiente, animándome.

—Yo... —empiezo a hablar, pero las palabras se me atascan en la garganta.

—Tú puedes —susurra Nate, apretando mi mano.

Respiro hondo y miro a Lily, que me observa con esos ojos verdes idénticos a los de su padre, llenos de amor y confianza absoluta. Esos ojos que me conquistaron desde el primer momento.

—Lily —digo por fin—, desde el día que te conocí, supe que eras especial. No porque fueras la hija de Nate, sino porque eres tú. Tu

valentía, tu bondad, tu forma de ver el mundo... Me conquistaste mucho antes que tu padre.

Un coro de risas suaves llena la sala, y me siento más valiente para continuar.

—Nunca imaginé que tendría la suerte de ser madre, y mucho menos de una niña tan maravillosa como tú. Cada día me enseñas algo nuevo, me haces reír, me haces querer ser mejor persona. Y aunque este papel es importante, lo que de verdad importa es lo que ya tenemos: un amor que nadie podrá romper jamás.

Las lágrimas que he estado conteniendo por fin se derraman, pero no me importa. Lily se levanta de su silla y corre hacia mí, lanzándose a mis brazos.

—Te quiero, mamá —dice contra mi cuello, y esas tres palabras valen más que todos los documentos legales de la historia.

—Yo también te quiero, mi vida —respondo, abrazándola con fuerza—. Más que a nada.

Nate se une a nuestro abrazo, envolviéndonos a ambas con sus brazos fuertes. Por un momento, el mundo entero se reduce a nosotros tres, a este círculo perfecto de amor.

—Bueno —dice la jueza con voz algo afectada—, creo que ya he visto suficiente. Es un honor para mí declarar oficialmente a Harper Reeves Sullivan como madre legal de Lily Sullivan.

Firma los documentos con decisión y luego nos mira con una sonrisa.

—Felicidades, familia Sullivan.

La sala estalla en aplausos y felicitaciones. Martha llora abiertamente, John finge que solo se le ha metido algo en el ojo y Wyatt silba tan fuerte que es probable que lo oigan hasta en el siguiente condado.

Mientras salimos del juzgado, con Lily entre Nate y yo, cada uno sosteniendo una de sus manos, me siento completa de una manera que nunca creí posible.

—¿Y ahora qué? —pregunta mi hija, saltando entre nosotros.

—Ahora —dice Nate, levantándola en brazos—, vamos a celebrarlo. Hamburguesas para todos, como prometí.

—¡Sí! —exclama Lily, y luego me mira con esos ojos que siempre parecen ver dentro de mi alma—. ¿Sabes qué, mamá?

—¿Qué, cariño? —pregunto, saboreando cómo suena esa palabra en sus labios.

—Somos como en mi cuento favorito —dice con esa sabiduría suya que a veces me deja sin aliento—. Al principio estábamos tristes, luego vino la aventura y ahora tenemos nuestro final feliz.

Nate me mira por encima de la cabeza de Lily, sus ojos brillantes de emoción.

—No es un final, renacuaja —dice, besando su frente—. Es solo el comienzo.

Y mientras caminamos hacia el coche, rodeados de nuestra familia, bajo el cielo infinito de Montana, sé que tiene razón.

No es un final.

Es el primer capítulo de nuestra mejor aventura.

Banda sonora

«La Macarena», ℗ 1996 Serdisco, interpretada por Los del Río.

Operación Cowboy
Olivia Darcy

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta y del interior: © Vero Navarro

© Olivia Darcy, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-08-31556-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta